

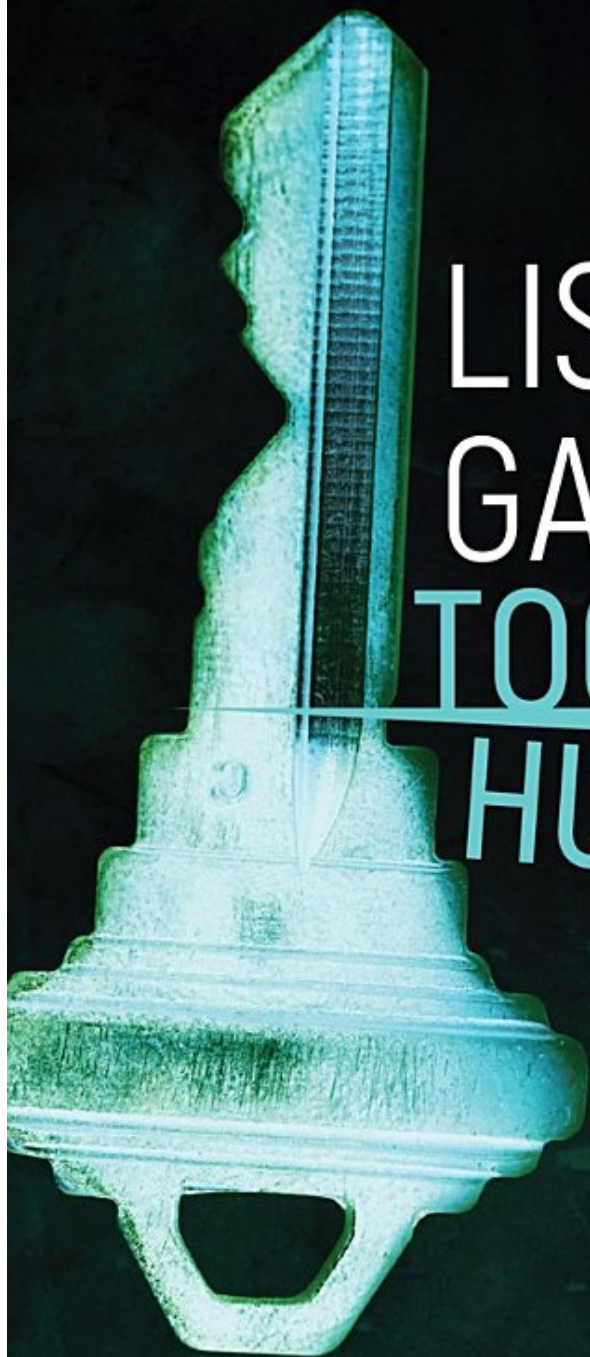
Una investigación de Tessa Leoni



LISA GARDNER TOCADO Y HUNDIDO

SUMA
de letras

Una investigación de Tessa Leoni



LISA GARDNER TOCADO Y HUNDIDO

SUMA
de letras

Lisa Gardner

Tocado y hundido

Traducción de
María del Mar López Gil



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Yo morí una vez.

Ahora lo recuerdo, en la medida en que soy capaz de recordar algo, la sensación de dolor, lacerante y agudo, y a continuación el agotamiento, demoledor y profundo. Quería permanecer tumbada; lo recuerdo con nitidez. *Necesitaba* poner fin a aquello. Pero no lo hice. Hice frente al dolor, al agotamiento, a la jodida luz blanca. Me arrastré para volver al mundo de los vivos.

Por Vero. Me necesitaba.

¿Qué has hecho?

Ahora soy ingrávida. Entiendo, distraídamente, que algo va mal. Los coches no deberían ser ingrávidos. Los todoterrenos urbanos de alta gama no fueron diseñados para volar. Y percibo un olor penetrante y acre. A alcohol. Más concretamente, a whisky. Glenlivet. Siempre me he enorgullecido de beber, de lo bueno, lo mejor.

¿Qué has hecho?

Quiero gritar. Mientras planeo por los aires, a punto de morir por segunda vez, al menos debería poder chillar. Pero de mi garganta no sale sonido alguno.

En vez de eso, me quedo mirando por el parabrisas, precipitándome en la noche oscura como boca de lobo, y curiosamente me da por fijarme en que está lloviendo.

Como aquella noche. Antes de...

¿Qué has hecho?

No está tan mal volar. La sensación es agradable, incluso emocionante. Se desafían los límites de la gravedad, se deja muy atrás la fuerza gravitatoria de

la tierra. Debería extender los brazos y abrazar la segunda muerte que se cierne ante mí.

Vero.

La pequeña y hermosa Vero.

Y entonces...

La gravedad se cobra su venganza. Mi automóvil deja de ser ingrátido en cuanto vuelve a tomar contacto violentamente con la tierra. Una colisión estremecedora. Un estruendo atronador. Mi cuerpo, antes en vuelo, ahora se estampa como una muñeca de trapo contra el volante, el salpicadero, la palanca de cambios. El chasquido del cristal haciéndose añicos. Mi cara aplastada.

Dolor, lacerante y agudo. A continuación agotamiento, demoledor y profundo. Quiero tumbarme. *Necesito* poner fin a esto.

Pienso en Vero.

Y entonces: oh, Dios mío, ¿qué he hecho?

Tengo la cara húmeda. Me lamo los labios y saben a agua, a sal, a sangre. En cuanto levanto la cabeza lentamente, me atenaza un dolor agudo en la sien. Me doblo de dolor, pego la barbilla al pecho instintivamente y a continuación apoyo mi dolorida frente contra el duro plástico. Me doy cuenta de que tengo el volante del coche clavado en el pecho, la pierna retorcida en un ángulo casi imposible y la rodilla embutida en algún lugar bajo el amasijo del salpicadero. He caído, pienso, y no puedo levantarme.

Oigo un sonido. Risa. O tal vez sea un plañido. Es un sonido extraño. Estridente, continuo y no del todo cuerdo.

Procede de mí.

Más agua. La lluvia se ha abierto paso en el interior de mi coche. O yo me he abierto paso fuera. No estoy segura. Whisky. El hedor a alcohol es tan fuerte que me dan ganas de vomitar. Me doy cuenta de que tengo el jersey empapado. Después, todavía aguzando la mirada para distinguir lo que me rodea, vislumbro trozos de cristal desperdigados alrededor; los restos de una botella.

Debería moverme. Salir. Llamar a alguien. Hacer algo.

La puñetera cabeza me va a estallar y, en vez de un cielo negro de terciopelo, veo luces blancas que estallan en mi campo de visión.

Vero.

Una palabra. Se me mete entre ceja y ceja. Se asienta. Guiándome.

Instándome a moverme. Vero, Vero, Vero.

Me muevo. El plañido da paso a un alarido desgarrador al intentar salir trabajosamente del asiento del conductor. Da la impresión de que mi coche ha aterrizado de morro; el salpicadero está prácticamente empotrado contra mí. No estoy derecha, sino inclinada hacia delante, como si mi Audi, una vez hundido el morro contra el suelo, no pudiera recuperar el equilibrio. Eso significa que tengo que realizar un doble esfuerzo para deslizarme por el espacio plegado como un acordeón que queda entre mi asiento y el volante y el salpicadero hundido.

El airbag. La desmesurada masa me cubre los brazos, me enreda las manos, y lo maldigo. Vuelvo a chillar, a forcejear y a vociferar sonidos sin sentido, pero la rabia ciega me dispara la adrenalina hasta que al menos el demoledor agotamiento se mitiga y solo deja dolor, un dolor infinito y espantoso que enseguida asumo que no puedo permitirme el lujo de contemplar, mientras por fin me retuerzo para colarme de costado entre el asiento del conductor y el salpicadero. Me desplomo, sin resuello, sobre el compartimento central. Las piernas me responden. Los brazos, también.

Me estalla la cabeza.

Vero.

Humo. ¿Huele a humo? Inmediatamente soy presa del pánico. Humo, gritos, fuego. Humo, gritos, fuego.

Vero, Vero, Vero.

¡Corre!

No. Me paro a pensar. No hay humo. Eso fue la primera vez. ¿Cuántas veces puede morir una mujer? No estoy segura. Es una imagen borrosa en mi mente, desde el olor a tierra mojada hasta el calor de las llamas. Todo separado y a la vez junto. Me estoy muriendo. Estoy muerta. No, simplemente me estoy muriendo. No, un momento, estoy muerta. La primera vez, la segunda, ¿la tercera?

No logro discernirlo.

Solo una cosa importa, lo que siempre ha importado. Vero. Debo salvar a Vero.

El asiento trasero. Me giro. Primero me doy un golpe en la rodilla izquierda, luego en la derecha, y vuelvo a gritar. Joder. Me da igual. Asiento trasero. Tengo que llegar al asiento trasero.

Me muevo a tientas en la oscuridad, lamiéndome la lluvia y el barro de los

labios mientras comienzo a percibir otras impresiones. El parabrisas está destrozado, pero también el techo corredizo, de ahí la lluvia. Mi precioso, lujoso y relativamente nuevo SUV Audi Q5 ha encogido como mínimo treinta centímetros, si no sesenta; el morro ha sufrido lo peor del impacto y las puertas delanteras casi con toda seguridad están demasiado abolladas para abrirlas. Pero la parte trasera parece prácticamente intacta.

—Vero, Vero, Vero.

En ese preciso instante me doy cuenta de que llevo guantes. O de que llevaba guantes. El cristal los ha rajado hasta dejarlos como grandes andrajos sangrientos que entorpecen mis movimientos. Forcejeo para quitarme uno, luego el otro, y a continuación los meto deliberadamente en el bolsillo de mis pantalones. No puedo tirarlos al suelo. Eso sería dejar porquerías y yo no trato así de mal a mi coche. O no solía hacerlo.

La puñetera cabeza me va a estallar. Tengo ganas de enroscarme en un ovillo y dormir, dormir y dormir.

No. No puedo. Vero.

Haciendo un sumo esfuerzo por moverme una vez más, tanteo a la derecha, luego a la izquierda, palpando con los dedos en la oscuridad. Pero no encuentro nada. A nadie. Busco y busco, primero en el asiento trasero; luego, con manos más temblorosas, en el suelo. Pero ningún cuerpo menudo aparece por arte de magia.

¿Y si...? Puede que haya salido despedida, lanzada al vacío en la brusca caída del vehículo. El coche había intentado volar, y tal vez Vero también.

«Mami, mira, soy un avión».

¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?

Tengo que salir del vehículo. Es lo único que importa. Ahí fuera, algo en las tinieblas, la lluvia, el barro. Vero. Tengo que salvarla.

Me arrastro con los codos desde la parte de delante a la de atrás de mi coche abollado. Entonces, me vuelvo bruscamente hacia la puerta trasera de la derecha. Pero no se abre. Tiro de la manija, embadurnándola de sangre. La emprendo a empellones con la puerta. Lloro, suplico e imploro, pero nada. No cede. Los daños, el cierre de seguridad. ¡Mierda!

Otra salida. La parte de atrás, el maletero. Me pongo en movimiento de nuevo penosamente despacio, pues el lacerante dolor de cabeza me provoca náuseas, y sé que voy a vomitar, pero me da igual. Tengo que salir del coche. Tengo que encontrar a Vero.

El vómito, cuando sale a borbotones, es un líquido de poca densidad que huele a whisky de malta caro sin mezclar y a una larga noche de lamentos.

Me arrastro por el infecto charco y sigo avanzando. Mi suerte cambia por primera vez: el maletero ha quedado entreabierto por el impacto de la colisión.

Empujo para abrirlo de par en par. A continuación, cuando me resulta insoportable seguir arrastrándome debido a las magulladuras —¿o fracturas? — de mis costillas, consigo salir apoyándome con los brazos y caigo de bruces al suelo. El barro, blando y rezumante, amortigua el golpe. Me pongo de costado, sin resuello por el dolor, por el esfuerzo, por la desesperación de mi situación.

Lluvia, lluvia, vete ya, otro día volverás.

«Mami, mira, soy un avión».

Me invade de nuevo el cansancio. El agotamiento, demoledor y profundo. De buena gana me quedaría tendida aquí. Vendrán a socorrerme. Alguien que haya presenciado el accidente, que haya oído el golpe. Un conductor que pase. O tal vez alguien me eche en falta. Alguien a quien le importe.

Me viene a la cabeza la imagen del rostro de un hombre, pero desaparece antes de poder procesarla.

—Vero —susurro. A la lluvia que cae, al barro rezumante, a la noche sin estrellas.

El olor a humo, pienso inconscientemente. El calor del fuego. No, esa fue la primera vez. Maldita sea, céntrate. ¡Céntrate!

Parece que la carretera está muy por encima de mí. Hay fango, hierba, arbustos desaliñados y peñascos picudos de por medio. Oigo sonidos lejanos, el zumbido de coches a toda velocidad por arriba, como pájaros exóticos, y caigo en la cuenta, a medida que me arrastro boca abajo milímetro a milímetro, que los vehículos se encuentran demasiado lejos. Están arriba; yo, abajo. Jamás me verán. Jamás se detendrán ni me ayudarán a buscar a Vero.

Otro milímetro, dos, tres, cuatro. Doy un grito ahogado al golpearme con una piedra. Maldigo al enredarme en un matorral. Mis dedos trémulos avanzan, tanteando, tanteando, tanteando, mientras la cabeza me agujenea agónicamente y hago una pausa, de tanto en tanto, dando arcadas patéticamente para arrojar escupitajos de bilis.

Vero.

Y acto seguido: *¡Oh, Nicky, qué has hecho!*

Oigo ese plañido de nuevo, pero no me detengo. Me niego a reconocer que el animal lastimero que emite todos esos sonidos en realidad soy yo.

No sé cuánto tiempo llevo arrastrándome por el resbaladizo barro, pero cuando remonto la pendiente estoy cubierta de lodo negro de pies a cabeza, y, lejos de molestarme, me hace gracia. Encaja, pienso. Tengo el aspecto que debería tener.

El de una mujer que ha salido de la tumba.

Luces. Dos puntos idénticos, aproximándose. Entonces me pongo a cuatro patas. No tengo más remedio si pretendo que el conductor me vea. Y no pasa nada, porque ya no me duelen las costillas. Se me ha entumecido el cuerpo, el dolor punzante de mi cabeza ha sobrecargado todos los circuitos y curiosamente ha anulado todo lo demás.

Quizá ya esté muerta. Quizá sea este el aspecto de los muertos, mientras adelanto un pie y, sin prisa pero sin pausa, me incorporo.

Un chirrido de frenos. El coche que se aproxima derrapa brevemente cuando el conductor pisa el freno sobre la calzada mojada. Entonces, milagrosamente, se detiene, justo delante de mi mano levantada y mi rostro pálido y empapado.

—Por el amor de... —Un hombre mayor, obviamente conmocionado, queda fugazmente iluminado por la luz del interior del coche al abrir la puerta del conductor. Sale del coche con aire vacilante, se endereza—. Señora, ¿se encuentra usted bien?

No digo una palabra.

—¿Ha tenido un accidente? ¿Dónde está su coche? Señora, ¿quiere que llame al 911?

No digo una palabra.

Solamente pienso: Vero.

Y, de repente, recuerdo. Recuerdo todo. Un tremendo estallido de luz, terror y rabia. Un dolor me agujonea no solo la cabeza, sino también el corazón. Y en ese instante recuerdo con toda nitidez quién soy. El monstruo de debajo de la cama.

Enfrente de mí, como si me leyera el pensamiento, el anciano retrocede, da un pequeño paso atrás.

—Hum... Quédese aquí, señora. Voy a..., hum..., a llamar para buscar ayuda.

El hombre desaparece en la penumbra del interior de su coche. No digo

nada. Me quedo bajo la lluvia, tambaleándome.

Pienso, por última vez: Vero.

Entonces el instante se desvanece, el recuerdo se disipa.

Y no soy absolutamente nadie, solo una mujer que ha vuelto dos veces de entre los muertos.

La llamada se realizó poco después de las cinco de la madrugada: accidente de tráfico de un único vehículo de motor, desplazado fuera de la carretera, daños desconocidos. Dado que la localidad en cuestión no disponía de agentes para el servicio nocturno —bienvenidos al agreste New Hampshire—, una patrulla del condado se desplazó a ocuparse del siniestro. El agente, Todd Reynes, llegó quince minutos tarde —de nuevo, bienvenidos al agreste New Hampshire, o, más concretamente, a las largas carreteras azotadas por el viento que nunca conducen directamente de un punto a otro—, justo cuando los técnicos de emergencias sanitarias se afanaban en inmovilizar a una mujer embadurnada de barro y sangre en una camilla. La conductora, le comunicaron, sin duda presentaba numerosas heridas y hedía a alcohol hasta el punto de que acercarse a ella suponía un alto riesgo de embriaguez por contacto.

A escasa distancia había otro conductor, el tipo mayor que había encontrado a la mujer y había realizado la llamada. Se mantenía alejado de la escena, pero saludó al agente Reynes con un ligero asentimiento de cabeza, obviamente dispuesto a prestar declaración, a firmar sobre la línea de puntos o a hacer lo que fuera que hubiera que hacer para zanjar oficialmente su intervención en algo en lo que, de entrada, en ningún momento había querido involucrarse.

El agente Reynes asintió a su vez, pensando que la situación estaba bastante clara. Una conductora ebria a punto de ser evacuada por los técnicos de emergencias sanitarias. Un coche destrozado que en breve sería remolcado por la siguiente grúa disponible. Listo.

En ese preciso instante, la mujer, empapada por la lluvia, embadurnada de

barro y cubierta de sangre, echó mano del primer cierre de velcro, tiró de él con un sonido que no auguraba nada bueno, y acto seguido se incorporó de un respingo y exclamó histérica:

—¡Vero! No la encuentro. Solo es una cría. Socorro. Por favor, que alguien... Dios, ¡socorro!

Así fue como el sargento Wyatt Foster, de la Brigada de Investigación Criminal del sheriff de North Country, se apostó en el arcén poco después de las siete de la mañana, con la calzada secándose por fin, pero ahora cubierta por todas las unidades de los cuerpos de seguridad disponibles entre Concord y Canadá. Bueno, tal vez eso fuera una exageración, pensó, pero no por mucho.

Wyatt se apeó del vehículo y se estremeció al recibir la cruda dentellada del frío de una mañana de finales de otoño que justo en ese momento despuntaba. Hacía días que llovía a cántaros, lo bastante como para emitir alertas de riadas y al mismo tiempo alentar la construcción de arcas a diestro y siniestro. La buena noticia era que por fin estaba escampando. La mala noticia era que la fuerte tormenta, que había arreciado a lo largo de casi toda la noche, probablemente había borrado la mayor parte de las pistas que habrían podido ayudarles a localizar a una niña desaparecida.

Perros, pensó. Esta tarea exigía algo más que meros hombres; necesitaban perros.

A unos quince metros vio a uno de sus detectives, Kevin Santos, asomado al borde de la carretera. Pese a que aún no era invierno, Kevin llevaba puesto su chaquetón más grueso; tenía una mano metida en un bolsillo y en la otra un café con leche de tamaño grande de Dunkin' Donuts. Wyatt fue a su encuentro.

—¿No tendrás por casualidad otro? —Señaló hacia el café.

Kevin enarcó una ceja. Era diez años menor que Wyatt y tenía una memoria casi enciclopédica que le había hecho ganarse un apodo: el Cerebro. En ese momento hizo gala una vez más de su valía.

—He comprado cuatro. En situaciones como esta todo café es poco.

Hizo un gesto hacia el capó de su vehículo, donde, cómo no, estaba posada una bandeja de cartón con tres vasos de café. Wyatt no preguntó dos veces.

—¿Me pones al día? —dijo cuando empezó a entrar en calor con el segundo trago.

Kevin señaló hacia delante, o en realidad hacia abajo, pues el arcén daba

paso a un barranco de bastante envergadura. No demasiado poblado de árboles, tan solo arbustos, troncos desplomados, peñascos y otros residuos propios de zonas boscosas, que, a unos treinta o sesenta metros de profundidad, parecían dar paso a lo que normalmente era un riachuelo espumoso, pero que, esa mañana, gracias a la prodigalidad de la madre naturaleza, se había convertido en un poderoso torrente.

Justo delante del riachuelo/torrente, Wyatt a duras penas vislumbró el maletero de un todoterreno oscuro inclinado en un curioso ángulo, con la puerta del maletero abierta de par en par.

—Un Audi Q5 —informó Kevin.

Wyatt, debidamente impresionado, arqueó una ceja. Un coche de alta gama recién salido al mercado. Ya con eso extrajo numerosos datos, ninguno de los cuales le despertaba un especial interés. En los viejos tiempos podías contar con que las personas que conducían bajo los efectos del alcohol o las drogas eran hombres entrados en años o chavales descerebrados. Ahora por lo visto eran supermamáes pudientes que iban hasta arriba de distintos medicamentos con receta y que lo negaban tajantemente. En otras palabras, del tipo de las que no se doblegaban sin oponer resistencia.

—Al parecer el vehículo se ha salido de la carretera justo por aquí —explicó Kevin, señalando hacia el suelo con el café en la mano.

Wyatt bajó la vista. Efectivamente, justo donde la calzada daba paso al barrizal, se apreciaban claramente huellas de neumáticos parcialmente borradas por la lluvia, pero lo bastante profundas como para quedar visibles.

—Da la impresión de que ha caído en picado —murmuró Wyatt, observando el destino final del Q5.

—La hipótesis que se baraja es que se saltó la curva.

Esta vez, Kevin señaló hacia la carretera, donde el piso se curvaba hacia la izquierda, mientras que el Audi claramente había girado a la derecha.

—Seguramente ya había perdido el rumbo —dijo Wyatt, volviéndose para observar el ángulo de la calzada detrás de él e inspeccionar de nuevo la zona de delante—. Si no, el coche habría avanzado más antes de salirse.

—Igual ya se había dormido. O había perdido el conocimiento. Algo así. Todd controla estos casos de embriaguez.

Wyatt asintió. El agente Todd Reynes era un curtido policía que había pasado tiempo en la unidad de operaciones del Programa de Formación Contra el Consumo de Estupefacientes. Tenía olfato para los conductores

borrachos, solía decir que podía localizarlos a kilómetros de distancia. También era un jugador de hockey extraordinario. Dos valiosas habilidades en las montañas de New Hampshire.

—Todd ha comentado que nunca había olido a nadie en semejante estado. La conductora debía de llevar en el vehículo un recipiente abierto que se hizo añicos en el impacto, porque llevaba la ropa empapada en whisky.

—¿Whisky?

—De hecho, resulta que era escocés de malta: Glenlivet. De dieciocho años. Del bueno. Pero estoy haciendo trampa: he visto los restos de la botella.

Wyatt hizo un gesto con los ojos.

—De modo que nuestra conductora bebe un poco de whisky escocés, se le derrama otro tanto y se sale en la curva. Puede que estuviera demasiado borracha para verla. Puede que estuviera traspuesta. En cualquier caso, sale despedida al vacío.

—Eso parece. —El equipo técnico de reconstrucción de accidentes de tráfico, por supuesto, se ocuparía de ello. Examinaría la escena con una estación total, un aparato muy similar a los usados en topografía que utilizan las cuadrillas de mantenimiento de caminos para determinar ángulos, trayectorias, el punto A y el punto B. Después el ordenador proporcionaría una guía completa del qué, del dónde, del porqué y del cómo. Por ejemplo, un conductor inconsciente se habría podido salir de la calzada a bajas revoluciones por minuto o incluso a ninguna, con el pie apartado del acelerador, mientras que alguien conduciendo de manera errática, derrapando un momento, pisando a fondo el freno al siguiente, dejaría otras evidencias diferentes a su paso. Tanto Wyatt como Kevin eran miembros cualificados del equipo de reconstrucción de accidentes de tráfico. Lo habían hecho antes. Lo harían de nuevo.

No obstante, ese no era el cometido de esa mañana. Esa mañana, junto a docenas de agentes uniformados locales, del condado y del estado, se arremolinaban en el frío y embarrado escenario del accidente con un objetivo en mente: localizar a una niña desaparecida.

—Bien —dijo Wyatt en tono enérgico—, suponiendo que el vehículo hubiera salido despedido de la carretera aquí hasta ir a parar allí...

—Los agentes de la primera patrulla iniciaron la búsqueda en un radio de quince metros alrededor del vehículo. Ahora, como es lógico, estamos rastreando barranco arriba hasta la carretera. El terreno es escarpado, pero no

demasiado denso, y, sin embargo, como puedes comprobar...

Desde ese emplazamiento elevado prácticamente tenían una vista aérea. Por descontado, unas horas antes, en plena noche, en medio de una tormenta, debía de haber sido un revoltijo oscuro. En cambio, ahora —Wyatt miró la hora—, a las siete y veinticinco de la mañana, con el alba despuntando y la húmeda y gris luz del día ocupando el emplazamiento cubierto de barro y arbustos...

Podían realizar un reconocimiento visual de una parte significativa del barranco sin necesidad de dar un solo paso. Y dondequiera que Wyatt mirara..., no veía nada salvo barro.

—Perros —dijo.

Kevin sonrió.

—Ya los he llamado.

Salieron de la calzada y comenzaron a descender por el lodazal.

—¿Qué sabemos de la niña? —preguntó Wyatt mientras bajaban trabajosamente hacia el siniestro. El barro aún estaba muy blando y dificultaba el descenso. Mantenía la vista clavada en el suelo, en parte para evitar descalabrarse y en parte para evitar destruir cualquier cosa que pudiera resultar de utilidad. Se le derramó café por el agujerito de la tapa del vaso y se deslizó por su mano. Lástima desperdiciar una bebida tan imprescindible.

—Nada.

—¿Cómo que nada? ¿Cómo es posible?

—La conductora estaba enajenada. El alcohol, las heridas, a saber. Todd dice que pasó de la conmoción más absoluta a prácticamente la histeria en cuestión de segundos. Los técnicos de emergencias sanitarias finalmente la inmovilizaron y se la llevaron antes de que alguien resultara herido.

—Pero ¿mencionó a una hija?

—Vero. Que no podía encontrarla. Que solo era una niña. Que por favor la socorriesen.

Wyatt frunció el ceño; le daba mala espina.

—¿Edad aproximada?

—No hemos encontrado ni sillitas portabebés ni elevadores en el asiento trasero del vehículo. Tampoco se había activado el airbag del asiento del pasajero. En resumidas cuentas, hablamos de una niña demasiado mayor para llevar asiento de seguridad, pero demasiado pequeña para poder viajar en el asiento delantero.

—De modo que es probable que ronde entre los nueve y trece años. Lo que viene a llamarse preadolescente.

—Seguramente sepas más de eso que yo, amigo.

Wyatt puso los ojos en blanco, no mordió el anzuelo.

—¿Algún rastro de sangre? —preguntó.

—Por favor. El interior del vehículo parece un matadero. La conductora presentaba diversos cortes de antes o después del accidente, quién sabe. Pero tras conseguir salir del amasijo y arrastrarse sobre los trozos de cristal hasta la parte trasera del vehículo..., es un milagro que le quedaran fuerzas para remontar el barranco y, ni que decir tiene, para dar el alto a un conductor que pasaba...

—¿Remontar el barranco? —Wyatt se detuvo.

Kevin hizo lo propio. Ambos levantaron la vista hacia la calzada, que ya quedaba muy por encima de ellos.

—¿Cómo si no iban a encontrarla? —preguntó Kevin con tono indulgente—. Nadie repararía en un coche estrellado en un barranco en plena noche. Qué demonios, si tú y yo apenas podíamos distinguir el vehículo a la luz del día asomados desde arriba.

—Mierda —masculló Wyatt, porque... Bueno, porque era un hombre sano y fuerte, con una condición física razonablemente buena, le gustaba pensar, y no solo porque fuera un policía, sino porque su otra pasión era la carpintería y no había nada como pasar unas horas a la semana con un martillo para mantener los bíceps y los tríceps macizos. Pero, a pesar de todo eso, le estaba costando lo suyo *descender* por el barranco abriéndose paso en el pegajoso barro y a la vez lidiando con los densos arbustos espinosos. No podía imaginar lo que supondría *remontar* todo ese trecho, y mucho menos lloviendo a mares, y mucho menos al acabar de sobrevivir a lo que a todas luces era un grave accidente.

—Paró a un hombre llamado Daniel Ledo —continuó Kevin—. El tipo comentó que ella no abrió la boca. Es veterano del ejército, pasó un tiempo en Corea. Según él, parecía conmocionada como si literalmente sufriera neurosis de guerra. En realidad no reaccionó hasta que los sanitarios la metieron en la ambulancia. Entonces vio a Todd y..., pum, empezó dale que te pego con esa niña, Vero, que no encontraba a Vero, que había que ayudar a Vero...

—Que no encontraba a Vero parece dar a entender que la había estado

buscando.

—Claro —convino Kevin.

—Abriéndose paso entre el barro y el lodo. Por eso se las ingenió para salir del coche. Por eso consiguió subir hasta la carretera. Porque intentaba buscar ayuda para encontrar a su hija.

—Es muy posible.

—¿Y...?

—Todavía no tenemos nada. Después de dos horas de intensa búsqueda por parte de una docena de agentes uniformados, sin olvidar a los colegas de Pesca y Caza, más cualificados si cabe. He llegado treinta minutos antes que tú, Wyatt. Los chicos ya se habían desplazado aquí, estaban metidos en faena. Comenzaron rastreando un radio de quince metros alrededor del siniestro. Ahora están trabajando en un radio de siete kilómetros. De momento no tengo nada que objetar a nuestra búsqueda.

Wyatt entendió lo que su detective le trataba de decir. Debería ser fácil recuperar un cuerpo que había salido despedido del vehículo. Una niña asustada acurrucada para pasar la noche, a la espera de ayuda, debería haber respondido a las insistentes llamadas. Con lo cual les quedaba...

Wyatt se quedó mirando la maraña de matorrales entre los que una cría herida y desorientada podía pasar horas vagando. Miró al frente, hacia el antiguo riachuelo, que discurría ahora rápido y caudaloso y que podría arrastrar un cuerpo inconsciente.

—Perros —repitió.

Avanzaron hacia el coche.

El Audi Q5 Premium debía de haber sido una preciosidad: pintura exterior gris marengo con acabado negro y plata a partes iguales. Interior en dos tonalidades, con asientos de piel gris plateado, detalles negro azabache y acabados en cromo. Uno de esos vehículos diseñados para llenarlo hasta arriba con la compra del supermercado, transportar a medio equipo de fútbol además de al perro y lucir de maravilla mientras hacía todo eso.

Ahora yacía, con la parte trasera hacia arriba, el morro totalmente hundido en el lodazal y la puerta del maletero abierta de par en par. Parecía un reluciente misil urbano que se había desviado de su trayectoria y había quedado atrapado en el boscoso New Hampshire.

—Llantas de veinte pulgadas con acabados de titanio —dijo Kevin entre dientes en un tono a medio camino entre el asombro y el anhelo—. Volante

deportivo. Transmisión automática Tiptronic de ocho velocidades. Esta es la versión 3.0, o sea, que tiene un motor de seis litros que puede pasar de cero a cien kilómetros en menos de seis segundos. ¡Toda esa potencia y además con cabida para llevar los palos de golf!

Wyatt no compartía la afición de Kevin por los automóviles o las estadísticas.

—Pero ¿tiene tracción en las cuatro ruedas? —Era lo único que le interesaba saber.

—Viene de serie en todos los Audis.

—¿Y control de estabilidad? ¿Sistema antibloqueo de frenos? ¿Cualquier cosa que hubiera podido ayudar a un conductor en una noche lluviosa?

—Claro. Por no mencionar los faros delanteros de xenón, las luces traseras de tecnología LED y media docena de airbags.

—O sea, ¿que el vehículo debería haber respondido bien en una noche oscura y tormentosa?

—Desde luego, a menos que se produjera inesperadamente algún fallo mecánico o electrónico...

Wyatt resopló; no le extrañaba. En los tiempos que corrían los coches eran, más que un medio de transporte, un ordenador sobre ruedas. Y un Audi con una pinta tan sofisticada...

Qué demonios, el coche estaba equipado con un montón de controles diseñados para su propia seguridad, por no hablar de la seguridad del conductor. De modo que, para que hubiera acabado en esas condiciones...

La mejor manera de reconstruir un accidente era hacia atrás, o sea, comenzando por el final —el siniestro— y retrocediendo para determinar la causa: el frenazo que no se dio o el derrape que provocó el volantazo hacia el quitamiedos. En este caso, daba la impresión de que el vehículo había caído en un ángulo de cuarenta y cinco grados, de morro, por así decir, a consecuencia de lo cual el daño se había distribuido de un extremo al otro: el capó abollado, las lunas frontales y laterales hechas añicos y otros destrozos propios de un tremendo impacto frontal.

No apreció indicios de desconchones ni arañazos en la pintura de los laterales, lo cual significaba que el Audi no había rodado por la pendiente entre la maraña de arbustos, sino que más bien se había precipitado al vacío. A suficiente velocidad, por lo tanto, para la típica caída en picado al abismo. En un ángulo de ciento ochenta grados, al menos según su cálculo a ojo; la

medición con la estación total sin duda les aportaría más datos. Sin embargo, daba la impresión de que el vehículo se había salido de la carretera en el punto donde habían estado tomando café y había volado un breve instante hasta tocar tierra abruptamente, estampándose de morro en el lodazal.

Primera pregunta: ¿por qué se había salido de la carretera el vehículo? ¿Por un fallo de la conductora, especialmente dado su aparente estado de embriaguez, o por otro motivo? Segunda pregunta: ¿a qué velocidad y a cuántas revoluciones? En otras palabras, ¿la mujer se había precipitado al barranco, a todo trapo, con un propósito, o el vehículo había acabado cayendo al vacío y la conductora había recuperado el conocimiento demasiado tarde para intentar nada?

Buenas noticias para Wyatt. Todos esos modernos ordenadores con ruedas estaban equipados con sistemas de registro de datos electrónicos que grababan los instantes finales de un coche de manera similar a las pequeñas cajas negras de los aviones. El departamento del sheriff del condado no gozaba de la suficiente consideración como para dotarlo de su propio sistema de recuperación de datos, pero las autoridades estatales descargarían los datos del coche en su ordenador y..., tatatachán, encontrarían respuestas a muchas de sus preguntas.

De momento, Wyatt siguió enfrascado en la tarea que tenía entre manos. La desaparición de una niña cuya edad oscilaba entre los nueve y trece años.

A esas alturas había huellas alrededor del siniestro, pero, en vista de la cantidad y el tamaño, Wyatt enseguida dedujo que pertenecían a los primeros servicios de emergencia que se habían aproximado en busca de la niña más que a los ocupantes del vehículo que habían salido por la puerta del pasajero. Solo para cerciorarse, Wyatt se puso un guante de látex, dio un paso al frente e intentó tirar de la puerta. Como era de esperar, estaba atascada. Comprobó la del asiento trasero y tampoco cedía; la fuerza del impacto había combado demasiado los marcos como para que las puertas funcionaran.

Con lo cual le quedaba la puerta del maletero, abierta. Se dirigió hacia allí e inspeccionó el suelo buscando más huellas. Prácticamente solo vio pisadas de botas que encajaban con las que llevaban la mayoría de los agentes de las fuerzas de seguridad.

—¿Inspeccionan primero el suelo? —preguntó a Kevin—. ¿Todd o alguien del equipo de primera intervención ha comprobado las huellas?

—Todd dijo que enfocó con la linterna. Dadas las circunstancias, no vio

nada. Pero, a pesar de no hallar huellas, se figuró que la conductora debió de salir del Audi por la parte trasera; es la única puerta que funciona.

—Así que, suponiendo que la niña estuviera consciente, no tuvo más remedio que haber salido también por aquí —apostilló Wyatt—. Me pregunto... La madre probablemente se diera cuenta de que acababa de tener un accidente, ¿no? Recobró el conocimiento, buscó a su hija, le invadió el pánico al no localizarla y a continuación emprendió su heroica marcha en busca de ayuda. Pero tal vez, teniendo en cuenta su estado de embriaguez, la fuerza del impacto frontal..., tal vez la madre se quedara noqueada un rato. De hecho, tal vez no recuperara la consciencia hasta quince, veinte, treinta minutos después del siniestro. En ese intervalo, la hija intentó espabilarla, le entró el pánico porque no reaccionaba y emprendió el rumbo sola.

Kevin no tenía respuestas. Al fin y al cabo, todo eran hipótesis, y el Cerebro prefería las estadísticas.

—¿Móvil? —preguntó Wyatt.

Ahí sí salió airoso Kevin.

—Hemos recuperado uno de debajo del salpicadero, registrado a nombre de la conductora. Eso es todo.

Wyatt sopesó la situación.

—¿Conoces a algún niño que no tenga móvil? —preguntó a Kevin.

—¿Yo? Estás dando por sentado que conozco niños.

—Tus sobrinas, sobrinos...

—Claro, todos tienen iPods, *smartphones*, lo que sea. En términos generales, lo más conveniente para nosotros es que tengan en las manos algún tipo de dispositivo electrónico; si no, podrían hablarnos.

—Entonces, suponiendo que la menor sea una niña de entre nueve y trece años, es probable que también tenga teléfono, en cuyo caso... —Buscó la mejor manera de expresarlo—. ¿Por qué no lo usó? ¿Por qué no se quedó dentro del coche sin más, donde al menos estaría más o menos resguardada de la lluvia, y llamó en busca de ayuda, para ella, para su madre, en vez de ponerse en marcha en una tormenta? ¿Hay cobertura?

Kevin asintió.

—El teléfono de la conductora indica que la compañía proveedora del servicio es Verizon. La misma que uso yo, y yo tengo cuatro barras.

—Entonces, queda descartado que no pudiera llamar. Pero a lo mejor...

Estaba tratando de analizarlo detenidamente, de ponerse en la piel de una

niña asustada. Los críos podían ser resolutivos, más duros de lo que uno pensaba. Le constaba tanto por experiencia profesional como personal.

—La niña debió de sufrir una descarga de adrenalina que la empujara a luchar o huir —sugirió Kevin—. A lo mejor optó por huir.

—O a lo mejor también está herida. Con un golpe en la cabeza, desorientada. —Francamente, las posibilidades eran infinitas, lo cual le disgustaba. No podía evitar imaginarse a Sophie, de nueve años, que ya había pasado por un infierno, con su impenetrable mirada. En esa situación, ¿qué habría hecho ella? Dada su reputación, probablemente rescatar a su madre del asiento delantero y cargar con ella a rastras por el embarrado despeñadero con sus propias manos. Era de esa clase de crías.

Y no lo odiaba. Sencillamente no le sonreía. Ni le dirigía la palabra. Ni reconocía su existencia de ninguna manera significativa. Pero no pasaba nada. La batalla no había hecho más que empezar y él guardaba muchos ases en la manga. Quizá.

—Investiguemos si cabe la posibilidad de que haya un teléfono móvil —dijo Wyatt—. Ponte en contacto con la compañía a ver si hay otros nombres abonados, ya sabes, un plan familiar o algo así. Porque si tiene teléfono...

—Podemos rastrearlo —apostilló Kevin.

—Y donde hay un móvil...

—Hay un adolescente pegado a él.

—Exacto.

Contento de haber aportado algo de provecho, Wyatt continuó realizando un reconocimiento superficial del siniestro. Se acercó a la puerta del conductor, cuyo cristal, totalmente resquebrajado, se había hecho añicos en el suelo. Tal vez al ser golpeado por el codo de la conductora desde el interior. O tal vez lo aporreara con el puño en su desesperación por intentar escapar.

Escudriñó el interior. Como era habitual en la mayoría de las colisiones frontales, el salpicadero estaba dañado y la columna de dirección empotrada contra el asiento del conductor. Se fijó en que el cinturón de seguridad estaba enredado, lo cual indicaba que la conductora lo llevaba puesto en el momento del impacto y que se lo había quitado con el fin de escapar. A la conductora debía de haberle costado horrores zafarse de semejante maraña, pensó. Especialmente teniendo en cuenta sus posibles heridas: fracturas en el pie o en el tobillo por pisar a fondo el freno en un vano intento de evitar despeñarse, contusiones en las rodillas al chocar contra el salpicadero, o

incluso magulladuras en el abdomen, costillas, hombros, del cinturón de seguridad. Había visto a conductores con las manos abrasadas al activarse el airbag, con los pulgares partidos por el volante, con el esternón aplastado contra la columna de dirección.

Y este accidente había sido de los graves. Le constaba por otra pista característica: la sangre. A raudales. El volante estaba manchado, el salpicadero embadurnado, estaba estampada en el respaldo del asiento plateado, en la parte superior de la puerta. La conductora había sangrado; probablemente se hubiera lacerado en varias partes en vista de los grandes trozos de cristal claro —de la botella de whisky— y fragmentos más pequeños de las lunas de seguridad tintadas. Distinguía huellas dactilares de sangre totalmente definidas donde obviamente la conductora había intentado hacer palanca agarrándose al salpicadero, al borde del asiento, a lo que fuera con tal de salir.

Se preguntaba si habría permanecido inconsciente en el transcurso del accidente, si habría perdido el conocimiento durante unos instantes mientras conducía y habría vuelto en sí ya destrozada a los pocos minutos. ¿O habría sido peor aún? ¿Habría recuperado la consciencia justo cuando el vehículo salía despedido por los aires? ¿Habría gritado? ¿Habría tratado desesperadamente de pisar el freno? ¿O se habría vuelto por instinto hacia su hija, como si a esas alturas pudiera reparar el terrible error que obviamente había cometido?

Wyatt tenía sus dudas. Puede que respetara el esfuerzo de la conductora por salir del coche siniestrado y arrastrarse a gatas hasta la carretera con el fin de buscar ayuda para su hija. Pero, de nuevo, ¿no era eso como respetar al pirómano por escapar del edificio en llamas?

Frunció el ceño y se fijó en la palanca de cambios, que curiosamente estaba en punto muerto. Volvió la vista hacia Kevin.

—¿Ha estado alguien dentro del coche?

—No.

—¿Han apagado el motor?

—Qué va, se habrá ahogado. No sé. Todd fue el primero en llegar al escenario. En cuanto se enteró de lo de la cría, nos centramos en eso.

Wyatt asintió con la cabeza; proteger vidas siempre era prioritario.

—Está en punto muerto —comentó.

Le tocaba pensar a Kevin.

—¿Y si la palanca de cambios recibió un golpe? Durante el impacto reciben sacudidas montones de cosas: objetos sueltos, bolsos, codos. O puede que la conductora, mientras se retorció para salir, lo golpeará sin querer y lo dejase en punto muerto.

—Puede. —Wyatt se enderezó, no del todo convencido, pero no era el momento. Más tarde, una vez que la grúa remolcara el vehículo del emplazamiento, cuando retiraran concienzudamente todas las puertas y los asientos y los enviaran al laboratorio estatal para analizarlos, se ocuparían de ello. La posición del asiento del conductor. Los espejos. Huella de la mano derecha aquí; huella de la mano izquierda allí, por no mencionar el análisis de la estación total así como los datos recuperados con el sistema de registro electrónico. Un accidente de ese calibre no se reconstruía en cuestión de horas, sino de días, e incluso semanas.

No obstante, lo harían. Rigurosamente. Meticulosamente. Para que el mundo entero supiera lo que una madre hasta arriba de Glenlivet se había hecho a sí misma y a su hija una oscura noche de tormenta.

Justo en ese momento, Wyatt oyó ladridos procedentes de la carretera. Había llegado la unidad canina.

Se enderezó, se apartó del vehículo y miró la hora.

Las ocho y veintidós de la mañana. Habían pasado aproximadamente tres horas y quince minutos desde el aviso; todavía tenían que investigar un accidente y, por encima de todo, encontrar a una niña.

Al final, concluyó, todos los caminos conducen a Roma. De vuelta desde el embarrado barranco al sinuoso y grisáceo tramo de carretera donde había comenzado esta tragedia y donde ahora esperaba el perro rastreador.

Kevin y él emprendieron la subida.

Mira, mamá! ¡Mira! Puedo volar.

Echa a correr, con los brazos extendidos a los lados, emitiendo con su preciosa boquita los sonidos propios de un avión. Contemplo con admiración su larga melena oscura ondeando, al tiempo que corretea con sus piernecillas por el reducido espacio.

Me pregunto si yo tenía tanta energía a su edad. O tanto valor, mientras la contemplo salvar un obstáculo y sortear con suma destreza el siguiente.

Creo que en algún punto en el fondo de mi mente ya sé la respuesta a esta pregunta y será mejor no remover el tema.

Disfruta de este momento. Vero, con cuatro años, aprendiendo a volar.

Se ríe tontamente y acelera, con más ímpetu. Y el sonido de su alegría alivia la congoja de mi pecho. Dobla una esquina, rodea el andrajoso sofá marrón —el relleno asoma por un desgarrón, alguien debería arreglarlo, ¿debería arreglarlo yo?— y le veo la cara, los rosetones de sus mejillas regordetas, el brillo de sus ojos grises bajo las tupidas pestañas, mientras apunta directamente a su objetivo y viene derecha hacia mí.

—¡Mami! Puedo volar, puedo volar, puedo volar.

Te quiero, pienso. Pero no lo digo. No me salen las palabras. Me quedo ahí de pie, apuntalada para recibir el impacto mientras se lanza hacia mí como un bólido.

No corras tanto. Tranquila. Es casi como si yo supiera lo que va a ocurrir a continuación.

En el último segundo, tropieza con su piecillo contra la pata de la mesa de centro y, por un momento, realmente está volando, con el cuerpo estirado, las manos y los pies sacudiéndose en el vacío.

*Los ojos de Vero, abiertos como platos.
Su boca, formando una «O» de asombro perfecta.
—¡Mami! —exclama a voz en grito.
Chsss, trato de susurrar. No hagas ruido. Que no te oiga.
Aterriza con un golpe. Zas. Crac.
Entonces empieza de verdad el llanto.
Chsss, trato de susurrar de nuevo.
Mientras esos ojos grises se llenan de lágrimas, se clavan en los míos.
El bramido de un hombre desde el dormitorio del apartamento. A
continuación, pasos, sonoros y de mal augurio.
—Mami, puedo volar —dice Vero, y ha dejado de llorar. Me comunica un
hecho.
Lo sé, quiero decirle. Lo entiendo.
Ojalá pudiera alargar la mano, tocarle el pelo, acariciarle la mejilla.
En vez de eso, cierro los ojos, porque en algún punto en el fondo de mi
mente sé lo que va a ocurrir a continuación.*

Me despierto con pitidos de máquinas. Luces brillantes, lo bastante potentes como para deslumbrarme. Hago una mueca en un acto reflejo, giro la cabeza y al instante desearía no haberlo hecho, pues un nuevo dolor me estalla en la frente.

Estoy en la cama de un hospital. Tendida boca arriba, con las manos a los lados, atrapadas bajo ásperas sábanas blancas cubiertas con una fina manta azul. Examino las barras metálicas de ambos lados de la cama y a continuación los cables que salen de un accesorio en mi dedo y que conectan con todo tipo de monitores. Tengo la boca seca, la garganta reseca. Gemiría, pero no tengo ganas de hacer el esfuerzo.

Me duele... todo. De la cabeza a la punta de los pies, de las rodillas a los codos. Lo primero que pienso es que debo de haberme caído de un edificio de veinte plantas y haberme roto hasta el último hueso debido al impacto. Lo segundo que pienso es: ¿por qué se han molestado en recomponerme? Si por fin hice acopio de valor para saltar, ¿no podían haberme dejado en paz?

Entonces lo veo, con la cabeza caída hacia delante, sentado en la silla que hay a los pies de mi cama.

Se me encoge el corazón. Pienso: te quiero.

Me estalla la cabeza. Pienso: ¡aléjate de mí, joder!

Y acto seguido: ¿cómo demonios se llama?

El hombre tiene el rostro curtido, surcado de arrugas por la preocupación y el estrés, aun estando dormido. No obstante, le da un aire de haber vivido bastante atractivo. Más cerca de los cuarenta y pocos que de los treinta y largos, pelo oscuro entreverado con algún que otro mechón canoso, el cuerpo aún fibroso a pesar del paso de los años. Me gusta ese cuerpo; lo sé a ciencia cierta.

Y, sin embargo, no quiero que se despierte. Más que nada, ojalá no me hubiera encontrado aquí.

«Mami, puedo volar», susurra Vero en el fondo de mi mente.

Pienso en ese chascarrillo de los pilotos: lo difícil no es volar, sino aterrizar.

El hombre abre los ojos.

No me extraña que sean castaños, sombríos y de mirada penetrante.

—¿Nicky? —susurra, al tiempo que extiende los brazos, con el cuerpo totalmente alerta.

—¿Vero? —pregunto con voz ronca—. Por favor... ¿Dónde está Vero?

El hombre no responde. Se hunde en el asiento; mis primeras palabras lo desarman. Se lleva la mano a los ojos, tal vez para que yo no perciba las respuestas que ahí acechan.

Entonces este hombre al que amo, este hombre al que odio —¿cómo demonios se llama?— dice con un fuerte suspiro:

—Oh, cariño. Otra vez no.

Se llama Annie. Es buena chica. Tiene cuatro años, es un pelín bravucona, pero tiene instinto. No va a encontrar a otra que trabaje como ella; eso garantizado.

El adiestrador, Don Frechette, alargó la mano para acariciar cariñosamente a su perra detrás de las orejas. Annie, una vivaracha labradora de pelaje amarillento, respondió moviendo la cola con tanto ahínco que a punto estuvo de azotarse su propio hocico.

A Wyatt le gustaban los perros. En el último caso sin resolver en el que había trabajado, el perro rastreador de cadáveres encontró un hueso de cincuenta años en el lecho de un arroyo seco. El hueso parecía una ramita seca y olía a cieno. Uno de los agentes más jóvenes hizo amago de desecharlo cuando la antropóloga forense que lo acompañaba lo agarró del brazo. «¿Esta reliquia? —preguntó el agente—. Pero si no es más que un palo».

A la antropóloga forense le pareció gracioso. Más tarde le confesaría a Wyatt que la historia le había resultado además increíble. Hacía tiempo que el hueso había perdido todo resto de materia orgánica, explicó. ¿Qué pudo oler el perro? Pero los perros saben lo que se hacen, reflexionó. Nada de dispositivos de última generación de localización por GPS ni análisis forenses; cada vez que hacía un trabajo de campo, lo único que ella necesitaba era el olfato de un perro.

Tessa había mostrado interés en tener un perro. Tal vez podría acompañarlas a ella y a Sophie a comprar un cachorro ese fin de semana. O ir a la perrera municipal para llevar a casa a un nuevo miembro de la familia. Seguramente con eso se apuntaría unos tantos con la cría.

¿O sería ponerle demasiado empeño? Tessa le había dejado muy claro que

lo peor que podía hacer era ponerle demasiado empeño.

No era que Sophie lo odiara, se recordó para sus adentros. Quizá.

—¿Y el tiempo? —preguntó a Frechette, señalando hacia el fino chubasquero del hombre y luego al fino abrigo de la perra, teniendo en cuenta el frío que hacía a unos cinco grados.

—No hay problema. Entraremos en calor enseguida. No me importa el frío. Conserva el olor, lo mantiene a un nivel bajo, más fácil para que la perra lo rastree. Y Annie se fatiga antes con calor. En una mañana como esta, de cielos despejados y bajas temperaturas, estará deseando ponerse manos a la obra. Bueno, ha dicho que se trata de un accidente de coche.

—Sí.

—¿Hay cristales?

—Bastantes, alrededor del vehículo.

—Entonces Annie va a necesitar sus botas. ¿Y el terreno?

—En su mayor parte barro, un torrente caudaloso. Hay algunos arbustos espinosos, el batiburrillo habitual de piedras y ramas caídas. El descenso es un poco complicado debido a la pendiente. Pero una vez que llegas al barranco... Realmente se camina bien. Es probable que los agentes de Pesca y Caza ya hayan llegado a Maine y estén de vuelta.

—¿Los de Pesca y Caza? ¿Quiénes están de servicio?

—Barbara y Peter.

—Ah, me caen bien. Buena gente. ¿Y han vuelto con las manos vacías?

—Todos hemos vuelto con las manos vacías. —A Wyatt no le extrañaba que el adiestrador de perros conociera a los agentes de Pesca y Caza. New Hampshire andaba sobrado de bosques y escaso de gente. Tarde o temprano, daba la sensación de que conocías a todo el mundo que te encontrabas y de que te encontrabas con todo el mundo que conocías.

—¿Necesita más información sobre la niña? —preguntó Kevin—. Creemos que ronda entre los nueve y trece años.

Frechette miró a Kevin con gesto burlón, y acto seguido bajó la vista hacia Annie, que prácticamente estaba dando brincos de anticipación.

—Eh, chica, ¿necesitas la descripción? ¿Tienes previsto llamar a la niña por su nombre? ¿O igual vas a usar tus ojos daltónicos para localizar un abrigo rosa?

Kevin se sonrojó.

—No necesitamos partes, detective. Lo único que necesitamos es el olfato

de Annie. Confíe en mí, si ahí fuera hay una niña, Annie la rescatará.

Tras un cierto tira y afloja, acordaron una estrategia de búsqueda. Al haber estado con varios perros en distintas situaciones, Wyatt ya sabía que casi todos los adiestradores tenían su propio criterio sobre la mejor manera de proceder. Dado que la zona de búsqueda era relativamente reducida y que el olor estaría contaminado por las docenas de agentes que habían estado pululando por el escenario, Frechette quería abordarlo como un rastreo: que Annie comenzara por la parte trasera del coche, supuestamente la última ubicación de la niña, y ver si a partir de ahí podía seguir el rastro. Una estrategia más propia de un sabueso que de un labrador, confesó Frechette, pero confiaba a pies juntillas en las dotes de su chica. Su perra estaba entrenada; tenía instinto; encontraría a la niña desaparecida.

Un cachorrito de labrador de pelaje amarillento, pensó Wyatt. Con un lazo rojo alrededor del cuello. *Toma, Sophie. Es para ti.*

Lo más probable era que Sophie aceptara el cachorro y continuara mirándolo con gesto impasible.

Wyatt estaba en apuros. Lo veía venir desde hacía seis meses. No solo se había quedado prendado de una mujer increíble, Tessa Leoni; también se había quedado prendado de su hija. Y, mientras que a los veinte años lo único importante al salir con alguien era caer bien a los suegros, a los cuarenta lo único importante era ganarse a sus hijos. En ese sentido, Sophie, de nueve años, estaba resultando ser un hueso duro de roer.

No es que lo odiara. Quizá.

Se dirigieron al barranco.

Los demás agentes se estaban retirando a petición del adiestrador. Wyatt había comunicado la orden por radio. Le costó dar la orden, replegar a los investigadores de carne y hueso para reemplazarlos por un can. Pero, por regla general, el valor de un perro equivalía al de ciento cincuenta voluntarios. O sea, que Annie era la mayor baza con la que contaban y, para que hiciera su trabajo, era necesario apartar de su camino a todos los agentes y sus respectivos matices de olores.

Ya se habían cruzado con algunos agentes estatales y locales que subían mientras ellos bajaban. Barbara y Peter, de Pesca y Caza, se pararon para acariciarle el hocico a Annie. Como todavía no le habían dado la orden con la tarea, Annie respondió esponjándose alegremente.

Todos los miembros del equipo de búsqueda parecían cansados, pensó

Wyatt, pero no desanimados. Aunque la búsqueda no había durado lo suficiente como para considerarla un fracaso, tras el intervalo de cuatro horas comenzaba a resultar preocupante. ¿Qué distancia podría haber recorrido realmente una niña a altas horas de la madrugada? ¿Y por qué no había retrocedido al oír sus voces?

Habían pasado de una búsqueda sencilla a un terreno más preocupante. Estos agentes, especialmente Barbara y Peter, tenían sobrada experiencia para saberlo.

Llegaron al Audi siniestrado. Frechette dio un suave silbido al observarlo.

—Caramba, hablamos de una caída en picado. Es como si el trasto se hubiera despeñado por un precipicio o algo así.

Wyatt no hizo ningún comentario. Sin los resultados de la estación total no estaba seguro del «o algo así».

Annie también observó el siniestro y emitió un aullido desde el fondo de su garganta. Había dejado de moverse de un lado a otro y tenía la mirada clavada en su adiestrador. Estaba lista, pensó Wyatt. Con el instinto infalible de un perro, entendía que había llegado el momento de trabajar.

Frechette le ordenó a la perra que permaneciera quieta. Ella volvió a aullar, pero obedeció. El adiestrador caminó por el escenario, fijándose en los cristales rotos, en las manchas de sangre, en los trozos de metal retorcidos. Wyatt se dio cuenta de que estaba atento a su perra, pues era su trabajo.

El adiestrador rodeó el coche y se asomó por la ventanilla del asiento trasero.

—¿Creen que la niña iba sentada aquí?

—Eso suponemos —respondió Kevin.

—Está limpio —comentó Frechette.

Wyatt frunció el ceño.

—¿A qué se refiere?

—A ver, la mayoría llevamos un montón de porquería en los coches. Algo de abrigo para esta época del año, tentempiés, botellas de agua, no sé. Correspondencia que todavía no hemos llevado a casa, correas de perros, cachivaches de todo tipo. Por lo menos yo llevo en mi coche casi todos esos chismes. Seguro que ustedes también.

Wyatt no pudo negarlo. Se acercó un poco más. En el primer reconocimiento se había centrado en los daños producidos en el morro. Esta vez vio a lo que se refería Frechette. En el suelo de la parte trasera del

vehículo había trozos de cristal, la mayoría posiblemente de la botella de whisky o que se habían desplazado al arrastrarse la conductora desde la parte delantera. Pero, efectivamente, los típicos desperdicios de la vida cotidiana, como vasos de café usados, botellas de agua, tentempiés para la niña, iPad para entretenerse en el coche... Nada. Ni en los asientos traseros ni en la zona del maletero había absolutamente nada.

Por lo visto, lo único que la conductora consideraba necesario para un trayecto en coche era una botella de Glenlivet.

—¿Supone un problema? —preguntó Wyatt al adiestrador.

—Ni mucho menos. En realidad son buenas noticias. Me preocupaba que en la parte trasera pudiera haber más cristales, que Annie pudiera lastimarse las patas. Tal y como yo lo veo, podemos meterla en el maletero, que salte a los asientos traseros y se meta en faena. ¡Eh, Annie!

La obediente labradora, que seguía sentada junto a Kevin, aulló a modo de respuesta.

—¿Quieres trabajar?

Un ladrido entusiasta.

—Está bien, bonita. Vamos a trabajar. ¡Ven, Annie! ¡Ven!

La perra salió disparada a su encuentro como una bala amarilla, deteniéndose lo justo para atender al gesto de su adiestrador, a la espera de la siguiente orden.

—¡Arriba!

Saltó al maletero.

—¡Vamos!

Se quedó en el asiento trasero sin olfatear, sin explorar, con sus grandes ojos castaños clavados en la cara de Frechette.

—Vale, Annie —dijo en voz alta Frechette desde la puerta del maletero—. El asunto es este: ha desaparecido una niña y vas a rastrear su pista. Busca, ¿entendido?

A Wyatt le pareció una modalidad de entrenamiento canino bastante informal, pero ¿él qué iba a saber? Desde luego, daba la impresión de que Annie, con las orejas levantadas y totalmente en guardia, lo entendía.

—¡Busca el rastro!

La perra agachó la cabeza y se puso a olisquear el asiento, la manija de la puerta, la ventanilla. Tenía los labios ligeramente retraídos, como si estuviera no solo aspirando el olor por la nariz, sino saboreándolo por la boca.

—¡Busca, Annie! ¡Busca!

La perra aulló y se puso a trabajar en los asientos traseros siguiendo su propio diseño reticular de atrás hacia delante, de atrás hacia delante. Estaba rastreando, no cabía duda de ello: ya no prestaba atención al adiestrador, sino que estaba concentrada al cien por cien en captar el olor.

Retrocedió. Se desplazó de la parte posterior del asiento del pasajero a la parte posterior del asiento del conductor. Más olfateo ansioso, otro leve aullido. Realizó un reconocimiento a fondo de ambas puertas traseras, de arriba abajo, de lado a lado. Tras realizar una exploración preliminar con la pata saltó del asiento al suelo, cubierto de cristales.

Wyatt se alegró de que llevara botas caninas. Si no, no habría tenido más remedio que apartar la vista.

Más aullidos, zozobra, angustia. Después Annie volvió a los asientos, de lado a lado, de atrás hacia delante. A continuación, saltó con un grácil brinco al maletero y se puso a trabajar diligentemente en ese espacio milímetro a milímetro.

Algunos perros se tumban para indicar que han percibido un olor. Otros ladran. Wyatt no estaba seguro de los matices, pero, a juzgar por lo que sabía, Annie todavía no había tenido suerte. Y se estaba cabreando.

La perra miró a Frechette y, con patente frustración, aulló de nuevo.

—¡Busca! —repitió él.

La perra agachó la cabeza y retomó la faena. Saltó del maletero a los asientos traseros. Después, tras otros pocos minutos de exploración a fondo, retrocedió hacia el centro de la parte delantera. Olfateó, hizo una pausa y volvió a olfatear.

Luego, apostada hacia delante, se agazapó sobre la consola central revestida de cristal con movimientos lentos y cautelosos. Wyatt reparó en que estaba familiarizada con el cristal. O al menos tenía suficiente experiencia como para proceder con precaución. Siguió olisqueando sobre el cristal. Y en ese momento...

Guau.

Se desplazó hacia el centro de los asientos delanteros. Volvió a ladrar. Saltó por encima de los asientos hasta el maletero. Ladró otra vez, levantó la cola y volvió a mirar a Frechette al correr hacia el parachoques trasero, con el cuerpo totalmente en guardia.

Frechette captó el mensaje.

—¡Busca, Annie! ¡Busca!

Salió disparada del coche, con un pelín de exceso de entusiasmo, y tuvo que retroceder para recuperar el rastro. Pero en cuestión de minutos siguió la pista, con la cabeza gacha, avanzando lozana y con brío por el terreno al tiempo que brincaba de un lado a otro, de un arbusto a otro. Empezó el ascenso por el barranco; ellos fueron a la zaga.

Al seguir los pasos de la perra, Wyatt empezó a reparar en cosas que le habían pasado desapercibidas. La forma en la que se había partido la rama de un arbusto en concreto; en otro había un largo mechón de pelo oscuro enganchado entre dos hojas. Alguien había pasado por allí y, a juzgar por el aspecto reciente de la rama partida, hacía muy poco.

El rastreo nunca era totalmente lineal. Se mantuvieron a tres metros de Annie, dejándole espacio suficiente para trabajar; correteaba hacia delante, retrocedía despacio, salía disparada hacia la derecha y a continuación volvía a la izquierda. Puede que un perro más mayor y ducho hubiera aflojado el ritmo, mientras que Annie lo estaba dando todo en la búsqueda. Iba a localizar el objetivo contra viento y marea.

Fueron subiendo por el barranco poco a poco en zigzag, como si la primera persona no hubiera sabido qué camino tomar. Como si hubiera ido dando traspies en la oscuridad.

Más pruebas: una piedra suelta, pisadas en la hierba, un jirón de tela. Wyatt colocó carteles identificativos en cada una para su posterior recogida. Tendrían que dibujar un mapa del itinerario, hacer un croquis y posteriormente recopilar todas las pruebas para examinarlas.

Cuando llevaban dos tercios de la pendiente, encontraron una roca manchada por un lado con una sustancia marrón rojiza. Wyatt concluyó que era sangre. Lo bastante densa como para que ni siquiera la lluvia hubiera podido borrarla. Hicieron una pausa mientras Annie olisqueaba en la base de la roca, aullando en tono ansioso. Entonces, la niña estaba herida. Quizá, tal y como habían barajado, hubiera recuperado el conocimiento antes que la madre y hubiese ido en busca de ayuda.

Una niña sola, de pie en un arcén en mitad de la noche...

Se quedaron callados. Annie siguió avanzando. Los tres hombres la siguieron en silencio.

Al llegar a la cima, Annie empezó a ladrar. A continuación salió como un rayo hacia la calzada, corriendo a toda velocidad hacia el frente, después a la

derecha, a la izquierda, y seguidamente se puso a dar vueltas en un círculo de seis metros, casi desquiciada. Cruzó la carretera y regresó como una flecha. Volvió a bajar tres metros del barranco y subió trotando.

—¡Busca! —ordenó Frechette, al tiempo que fruncía el ceño a la perra que tenía a su cargo—. Les dije que era joven —murmuró, medio disculpándose, medio justificándose.

Annie no volvió a mirarlo. Continuó corriendo en círculos con creciente impotencia.

De repente, la perra se sentó. Miró fijamente a Frechette, ladró dos veces, agachó la cabeza y se tumbó en la calzada. Había perdido su simpatía y entusiasmo. De hecho, no miró a nadie en ningún momento.

—¿Qué significa eso? —preguntó Wyatt.

—Ha acabado. No solo ha perdido el rastro, sino que está saturada. Tendrá que descansar para poder volver a intentarlo. Denos treinta minutos.

Wyatt asintió al adiestrador, que dio un paso al frente para atender a su abatida perra.

—Los perros no se toman muy bien los fracasos —comentó Kevin.

—Ni yo. —Wyatt se dirigió al borde del barranco y escudriñó el sinuoso camino que acababan de recorrer. De modo que alguien..., ¿la niña desaparecida?, consiguió llegar hasta allí, y luego...

—Señor.

Al darse la vuelta, Wyatt se encontró al agente Todd Reyes.

—Todd —dijo a modo de saludo—. Me han comentado que fuiste el primero en intervenir. Gracias por tomar la iniciativa en la búsqueda de la niña desaparecida.

—No hay de qué. Señor, ese es el perro de búsqueda, ¿no?

—Sí. Se llama Annie. Nos comentan que es joven, pero ha hecho un buen trabajo siguiendo el rastro hasta aquí. Ahora, sin embargo, se nota que se siente un poco impotente.

—¿Ha perdido el rastro?

—Eso parece.

—Creo que sé el motivo.

Wyatt enarcó una ceja.

—Por supuesto, agente —dijo, para indicarle al hombre que se explicara.

—¿Ve esa señal de ahí?

Wyatt se volvió hacia el arcén. En efecto, a unos cinco metros más abajo

había una señal de precaución amarilla advirtiendo de una curva cerrada.

—Cuando llegué al escenario, reparé en la señal de precaución porque Daniel Ledo, el hombre que realizó la llamada, estaba al lado, y justo ahí —Reynes señaló hacia Annie, que seguía tumbada, observando fijamente a su adiestrador con aire rebelde— se encontraba la ambulancia.

Wyatt se irguió.

—Estás diciendo...

—Ahí es donde los sanitarios colocaron a la conductora en la camilla.

Wyatt cerró los ojos. Ahora lo entendía. El olor que el perro había olfateado, el rastro que acababan de seguir barranco arriba. Al final no era el de la niña desaparecida, sino el de la conductora.

—Siempre cabe ese riesgo —dijo entre dientes—. Le puedes decir a la perra que rastree, pero no a quién.

Cruzó para darle la noticia a Frechette. Frechette repitió que, aunque su perra necesitaba un descanso, en veinte o treinta minutos podrían volver a intentarlo.

Lo cual hicieron. Dos veces, con los mismos resultados.

Según Annie, del vehículo emanaba un solo olor. Un olor que rastreó hasta la carretera. Hicieron que rodeara el lugar del accidente. La llevaron al caudaloso torrente.

Annie cada vez se mostraba más taciturna y huraña. Había cumplido su misión.

Un olor. Un rastro. Una persona que había desaparecido misteriosamente en medio de una carretera asfaltada.

Esa era la versión de Annie, y se ceñía a ella.

—Houston —anunció Wyatt poco después de las diez de la mañana—, tenemos un problema.

Con qué soñabas cuando eras pequeño? ¿De mayor querías ser astronauta, bailarina o quizá incluso un superhéroe con capa roja y la habilidad de saltar sobre edificios altos de un solo brinco? A lo mejor querías ser abogado como tu madre o bombero como tu padre. O tal vez no te identificabas en absoluto con tus padres y por lo general soñabas con largarte sin volver la vista atrás.

Pero soñabas.

Todo el mundo sueña. Los niños, las niñas, nacidos en un gueto o criados entre algodones. Todo el mundo aspira a ser alguien, a hacer algo.

Creo que debería tener sueños, pero, por más que lo intento, no los recuerdo.

La médica está en la habitación. Se encuentra junto a la puerta, hablando con el hombre que afirma ser mi marido. Tienen las cabezas juntas y hablan cuchicheando, como los enamorados, pienso, pero no sé por qué.

—¿Antes del accidente dormía mejor? —pregunta la médica.

—No, unas cuantas horas por la noche en el mejor de los casos.

—¿Y los dolores de cabeza?

—No ha mejorado. Ya no dice nada. Simplemente me la encuentro tumbada en el sofá con una bolsa de hielo sobre la frente.

—¿El ánimo?

El hombre suelta una áspera carcajada.

—Los días buenos, solo deprimida. Los días malos, no hay palabra para describirlo.

La médica asiente. Su placa identificativa reza: «DRA. SARE CELIK». Es guapa, de tez oscura y rasgos exóticos. Me pregunto de nuevo si tendrá una relación con mi marido.

—La labilidad emocional es un efecto secundario habitual del síndrome de posconmoción cerebral —explica—. A menudo resulta lo más difícil para los seres queridos. ¿Qué tal su memoria? ¿Ha mejorado a corto plazo?

—Cuando recuperó la consciencia, decía que no me reconocía en absoluto. La doctora Celik enarca una ceja; finalmente parece sorprendida. Hojea una tabla que sujeta en la mano.

—Ni que decir tiene que mandé que le hicieran un TAC y, por supuesto, una resonancia magnética cuando ingresó. No apareció nada anómalo, pero, dado su historial de traumatismos cerebrales, voy a mandar que le hagan una revisión en las próximas veinticuatro horas. ¿Cómo reaccionó en esa situación? ¿Se alteró? ¿Se puso furiosa? ¿Lloró?

—Nada. Fue como... Afirmaba no saber que yo era su marido, y sin embargo la noticia no le sorprendió.

—Había bebido antes del accidente.

Mi marido se sonroja con aire culpable, como si en cierto modo fuera responsable suya.

—Pensaba que me había deshecho de todas las botellas que había en la casa —masculla.

—Por favor, recuerde lo que le dije antes: el alcohol inhibe directamente la capacidad de recuperación del cerebro. Lo cual quiere decir que, para alguien en su estado, la mínima ingesta de cualquier bebida alcohólica es contraproducente para su recuperación.

—Lo sé.

—¿Ha sido este el primer accidente?

Él vacila y hasta yo sé que eso significa que no.

La doctora Celik lo observa con gesto serio.

—Hay un fuerte corolario entre las lesiones cerebrales y el consumo abusivo de alcohol, en especial en pacientes con historiales de dependencia. Y teniendo en cuenta que ha sufrido, no una, sino tres conmociones en cuestión de meses, su esposa es vulnerable. Incluso una mínima copa de vino le afectará en mayor grado a corto plazo y supondrá un riesgo de abuso de sustancias para ella a largo plazo.

—Lo sé.

—Este último accidente casi con toda seguridad va a ralentizar su recuperación. Es bastante habitual que se produzca un efecto casi exponencial por traumatismos cerebrales múltiples en un corto periodo de tiempo. No me

extraña que vuelva a padecer amnesia. Lo más probable es que también sufra fuertes jaquecas, que le cueste centrarse, que padezca un agotamiento agudo. Puede que también sufra sensibilidad a la luz o a alguna otra sensación intensa —olor, sonido, vista—. Por otro lado, podría acusar la sensación de estar «bajo el agua»; de no poder ver las cosas con total nitidez. Tales episodios, por supuesto, pueden agudizar su ansiedad y provocar cambios de humor más acusados.

—Estupendo —comenta el hombre en tono amargo.

—Yo mantendría un ambiente tranquilo en casa. Establecería una rutina diaria y me ceñiría a ella.

—Claro. El mero hecho de que no me recuerde no es motivo para que no haga lo que le diga.

La médica continúa como si no le hubiera oído.

—Es de esperar que se fatigue con facilidad. Yo limitaría el tiempo que dedica a dispositivos electrónicos: nada de videojuegos, iPad, ni siquiera programas de entretenimiento o películas. Que descanse su cerebro. Ah, y que no conduzca.

—De modo que... una vida tranquila en casa, a las diez en la cama.

La médica frunce el ceño con gesto serio. Por su parte, el hombre/mi marido se pasa la mano por su pelo revuelto.

Percibo un retazo de recuerdo. De pie en otra habitación en otro momento.

«Por favor, Nicky, no discutamos. Otra vez no».

Caigo en la cuenta de que seguramente en su momento amaba a este hombre. Es la única explicación de que ahora me duela tanto su presencia.

La doctora Celik sigue hablando de mis necesidades, de mi convalecencia. Obviamente, está al tanto de mi caso. Ha dicho traumatismos cerebrales múltiples. Me da la impresión de que debería saber lo que eso significa, pero no retengo las letras en mi cabeza. Se voltean de arriba abajo, hacia atrás, un vertiginoso espectáculo de acrobacia alfabética. Me rindo. Me duele la cabeza; tengo una incipiente sensación de migraña que me resulta familiar en las sienas.

Pienso en Vero, aprendiendo a volar.

Sí que soñaba. Casi lo recuerdo, como una palabra en la punta de la lengua. En una época, hace mucho tiempo, en un diminuto apartamento con un olor viciado a cigarrillos, comida grasienta y desesperanza general, fantaseaba con la hierba verde. Imaginaba campos abiertos y espacio para correr. Deseaba

que el sol me acariciara la cara.

Tenía un anhelo. Un tremendo e imperioso anhelo que tardé años en identificar.

Anhelaba que alguien me quisiera.

Oh, Vero, lo siento muchísimo.

La doctora Celik se marcha. El hombre, mi marido, vuelve a mi lado. Tiene el gesto serio otra vez, las arrugas le surcan sus oscuras facciones. Pero, de nuevo, es atractivo.

Intenta sonreír cuando ve que estoy despierta; la sonrisa no le alcanza a los ojos. Está preocupado. ¿Por mí? ¿Por otra cosa?

Lleva una camisa azul claro, desabotonada a la altura de la garganta. Mi mirada se posa en la piel que queda al descubierto, bronceada por haber pasado años al aire libre. Durante una milésima de segundo, me viene a la cabeza una imagen de mí misma besando esa zona, deslizando la lengua por su clavícula. No solo lo recuerdo a él. Recuerdo su sabor. Hace que me estremezca.

—Eh, hola. —Me coge de la mano, como para tranquilizarme. Tiene el pulgar calloso.

La cabeza me martillea de nuevo. De repente me invade un agotamiento absoluto.

Parece percatarse de ello.

—¿Te duele la cabeza?

No puedo hablar. Me limito a mirarle fijamente. Me suelta la mano y me acaricia las sienes. Casi suelto un suspiro.

—¿Recuerdas el accidente? —me pregunta.

No, pero, como todavía no puedo hablar, me quedo en silencio.

—Según el TAC —continúa—, has sufrido otra conmoción, la tercera en seis meses. Es más, te has magullado el esternón, se te han dislocado unas cuantas costillas y te han dado casi tantos puntos como a un edredón acolchado. Pero los médicos de urgencias han hecho un buen trabajo. Lo que le preocupa a la neuróloga es la conmoción, tu *tercera* conmoción.

—Provoca... migrañas —murmuro.

—Sí, por no mencionar diversos grados de confusión, ansiedad, sensación de fatiga general, sensibilidad a la luz y amnesia a corto plazo. Además de, ya sabes, otras complicaciones menores como no reconocer a tu propio marido. —Trata de quitarle hierro; es en vano—. Recuperarás la memoria —añade,

en tono más serio—. Los dolores de cabeza desaparecerán. Recuperarás la capacidad para centrarte y funcionar. Pero tardarás un tiempo. Necesitas descansar, brindarle a tu revoltijo de células cerebrales la oportunidad de recuperarse.

—El alcohol me perjudica.

Se queda inmóvil, me observa atentamente con sus ojos de color castaño oscuro.

—El alcohol no es recomendable para personas que sufren traumatismos cerebrales.

—Pero bebo.

—Bebías.

—Soy alcohólica. —No dice nada, pero leo la respuesta en su rostro: que hubo un tiempo en que pensó que me bastaría con él. Como es obvio, no ha sido así.

—¿Con qué soñabas de pequeño? —pregunto.

Frunce el ceño. Se le forman patas de gallo cuando frunce el ceño. Deberían avejentarle, restarle atractivo. Pero, de nuevo, no es el caso.

—No lo sé. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Por qué no?

Sonríe. Sigue masajeándome las sienes con los pulgares, dibujando pequeños círculos. Tan de cerca, percibo un poso del aroma que desprende su piel, una fragancia limpia y jabonosa que me resulta familiar y al mismo tiempo ligeramente embriagadora. Si pudiera moverme, me pegaría a él, aspiraría más hondo.

Pero no. En vez de eso, siento una oscuridad creciendo en el fondo de mi cabeza. Una sensación de pavor para contrarrestar su atrayente olor.

Corre.

Pero, claro, no puedo. Estoy postrada en una cama de hospital, inmovilizada por sábanas blancas y una conmoción cerebral mientras mi marido me frota las sienes, me acaricia el pelo.

—Soñé la primera vez que te vi —musita, en voz baja y ronca—. Te vi, al otro lado de la consabida sala abarrotada. Tú no reparaste en mí ni mucho menos. Pero yo te vi y... sentí que llevaba toda la vida esperando ese preciso momento. Encontrarte. Me consumiste, Nicky. Aún lo haces.

Su aliento me acaricia la mejilla como una pluma. Una vez más, reacciono ante su aroma; ladearía la cabeza si pudiera.

Corre.

Entonces lo veo, un cardenal desvaído a lo largo de su mandíbula. No puedo contenerme. Saco el brazo de debajo de las sábanas. Toco el cardenal, lo recorro con las yemas de los dedos, noto el tacto rasposo de su barba incipiente que esta mañana no ha tenido ocasión de afeitarse. No se aparta. Pero retira los dedos de mis sienes e intuyo que está conteniendo la respiración.

Yo le hice ese cardenal. Lo sé sin ningún género de dudas. Yo golpeé a este hombre. Y, a la mínima oportunidad, volvería a hacerlo.

—Me odias —susurro; no es una pregunta.

—Ni pensarlo —dice. Está claro que es mentira—. Tú sí que me odias —corrige, en voz más baja—. Pero te niegas a decirme por qué. Hubo un tiempo en que fuimos felices. Y luego... Todavía sueño, Nicky. ¿Y tú?

He metido la pata, pienso, he dado un paso en falso. Porque, a pesar de no recordar quién soy, me agrada pensar que sé lo que soñaba hace tiempo, y no era esto. Jamás fue esto.

Vero, la vuelvo a ver; el contorno de la imagen se difumina, como si la visión estuviera desvaneciéndose de mi mente cansada y resultara imposible definirla. Se da la vuelta, como para alejarse, y lo primero que me viene a la cabeza es agarrarla de la mano. Es importante retenerla. No puedo dejar que se marche.

Me mira. Me doy cuenta, sobresaltada, de que tiene la cara más afilada, de más mayor. Ya no es un bebé, sino una niña, puede que de diez, once, doce años.

«¿Por qué yo?», pregunta, en tono lastimero.

—Vero —susurro.

—Chsss —sisea mi marido.

«¿Por qué yo, por qué yo, por qué yo?».

Se da la vuelta de nuevo. Me abandona. Alargo la mano para agarrarle el brazo, pero se zafa. No puedo retenerla. El mundo es tan oscuro... La cabeza está a punto de explotarme. O tal vez ya lo haya hecho.

—¡Vero!

—¡Nicky, por favor!

Estoy desvariando. Estoy luchando. Lo sé, pero no lo sé. Lo único que importa es conseguir estar con Vero. Él va a interponerse entre nosotras. Ahora caigo en la cuenta. Y no es la primera vez.

—¡Enfermera, enfermera! —exclama alguien a voz en grito. El hombre que dice ser mi marido está gritando.

Vero, Vero, Vero. Está alejándose de mí.

Echo a correr. ¿En la cama del hospital? ¿En mi cabeza? ¿Qué más da? Echo a correr; entonces la alcanzo. La cojo del brazo, la agarro con fuerza.

Vero se da la vuelta.

De las cuencas de sus ojos brotan gusanos que se esparcen retorciéndose sobre su reluciente calavera blanca.

«Deberías haberme dicho que las niñas no pueden volar».

Un instante. Un recuerdo. Enseguida se desvanece.

Y no soy absolutamente nadie, solo una mujer que ha vuelto dos veces de entre los muertos.

Entra la enfermera. Ya no opongo resistencia. Me quedo totalmente inmóvil mientras me administra el sedante. Miro fijamente al frente. Más allá de la silueta inclinada de la enfermera. Más allá del semblante demacrado de mi marido. Miro fijamente hacia la puerta abierta y a los dos detectives que aguardan allí.

Wyatt y Kevin llegaron al hospital justo a tiempo para el espectáculo. La persona que les interesaba estaba sacudiéndose como una posesa en la cama, mientras un hombre pedía ayuda a voces e intentaba sujetarla. A continuación entró la enfermera apurada para administrarle una potente dosis de sedante, y con ello Wyatt perdió su mejor oportunidad para llegar al fondo del asunto.

La conductora, Nicole Frank según el registro del vehículo, se quedó inconsciente. Solo quedaba el hombre, que respiraba entrecortadamente y parecía hecho polvo.

El marido, supuso Wyatt. O el novio. Lo que fuera. Wyatt necesitaba respuestas, las necesitaba ya y estaba dispuesto a ser flexible. Ya había mandado a un detective al juzgado para solicitar una orden de registro del parte médico de la señora Frank, donde constaría la tasa de alcoholemia de la mujer. Sus ayudantes también estaban llevando a cabo un rastreo desde el lugar del accidente hasta las tiendas de licores de las inmediaciones para comprobar con exactitud dónde y cuándo había comprado la botella de whisky escocés de dieciocho años. De momento iban a presentar cargos por conducción bajo los efectos del alcohol con circunstancias agravantes.

Quedaba pendiente, por supuesto, el asunto de la niña desaparecida.

La enfermera salió de la habitación prácticamente sin dirigirles la mirada, con lo cual solo quedaba el hombre. Entre los treinta y muchos y cuarenta y pocos. Uno ochenta. Con cierto atractivo rudo, como pensó Wyatt que lo definirían las mujeres. No un hombrecillo gris, sino un tío que realmente se ganaba la vida.

—¿Señor Frank? —Wyatt probó suerte.

—¿Sí? —Tenía la mirada clavada en su mujer con gesto preocupado.

Apartó la vista de ella lo justo para lanzarles una mirada furibunda, lo cual le resultó interesante a Wyatt. Suponiendo que la hija del hombre hubiera desaparecido, ¿no debería estar agradecido por ver a dos detectives? ¿Incluso desesperado, el padre preocupado que exige respuestas inmediatas? Por el contrario, daba la impresión de que su preocupación primordial era su mujer. Entonces, ¿le traía absolutamente sin cuidado la niña o ya estaba al tanto de lo que le había ocurrido a Vero y de por qué no podían localizarla?

Wyatt sintió el primer subidón de adrenalina. Miró fugazmente a Kevin, que parecía compartir sus sospechas. Ambos hombres, en vez de lanzarse de frente, instintivamente dieron marcha atrás. En las situaciones de ámbito doméstico, la agresividad rara vez funcionaba. Era mucho mejor ponerse de parte de los padres. Mostrar una actitud relajada, serena, informal. Y luego, poco a poco, darles la suficiente cuerda para que se ahorcaran ellos mismos.

Wyatt inició el procedimiento. Respetuoso, evitando la confrontación.

—¿Podemos hablar con usted un momento?

—Mi mujer —respondió el hombre.

—Parece que está descansando. Tenemos que hacerle unas preguntas.

—Son policías —dijo el hombre. Pero no puso objeciones. Se dirigió hacia ellos. Iba a mostrar una actitud colaboradora. Perfecto.

Wyatt hizo las presentaciones; él mismo, después Kevin, y Thomas Frank hizo lo propio. Thomas, ¿puedo llamarle Tom? No, es Thomas.

Wyatt le ofreció al hombre un café. Otro gesto de cordialidad. A esta hora tan avanzada de la mañana, el hospital estaba concurrido, así que sugirió buscar un rincón tranquilo para charlar. El marido parecía dudar, por lo que Wyatt y Kevin echaron a andar sin más por el cegador pasillo en dirección a la cafetería del hospital. Como era de esperar, el marido fue a la zaga, demasiado cansado para discutir.

Una vez pedido el café, arrinconaron al señor Frank detrás de un ficus artificial y llegó la hora de meterse en faena.

—¿De qué conoce a Nicole Frank? —preguntó Wyatt, solo para ir sobre seguro.

—¿A Nicky? Es mi mujer.

—¿Llevan juntos mucho tiempo?

Thomas Frank esbozó una tenue sonrisa.

—Sé que suena cursi, pero para mí siempre ha sido la mujer de mi vida. Lo supe en cuanto la vi por primera vez.

—¿Cómo se conocieron?

—En un plató de cine. Los dos trabajábamos para una productora en Nueva Orleans. Yo me ocupaba de la escenografía; ella trabajaba en el departamento de servicios, ya saben, repartiendo comida. Me fijé en ella el primer día de un rodaje de treinta días, o sea, que tenía exactamente un mes para pedirle que saliera conmigo.

—¿Cuánto tardó? —preguntó Wyatt con curiosidad.

—Tres días en saludarla. Ella tardó tres semanas en devolverme el saludo. Incluso en aquella época ya era tímida.

—¿Llevan juntos desde entonces?

—Sí.

—¿Qué les trajo a New Hampshire?

Thomas levantó la vista hacia ellos. Tenía los ojos irritados, muy apagados. Los de un hombre que no dormía bien por las noches, supuso Wyatt, antes de las circunstancias actuales. ¿Problemas conyugales, problemas laborales, problemas paternofiliales? A Wyatt le dio otro subidón ante las posibilidades.

Pero Thomas se encogió de hombros sin más.

—¿Por qué no? Es un buen estado: montañas para caminar, lagos para nadar, y, encima, sin IVA ni impuesto sobre la renta. ¿Qué pega va a tener?

—¿Y su actual trabajo? —preguntó Wyatt, manteniendo una actitud distendida.

—Sigo en escenografía, solo que ahora soy autónomo. Diseño y fabrico atrezos específicos, decorados de escenas difíciles de encontrar. Nicky me ayuda; se encarga de los retoques, la pintura, los cosméticos, ese tipo de cosas.

—¿No deberían estar en Los Ángeles? —preguntó Kevin—. ¿O en Nueva York? ¿En un sitio así?

Thomas negó con la cabeza.

—No necesariamente. Las películas se ruedan prácticamente en cualquier sitio, sobre todo si el estado o la ciudad ofrecen incentivos fiscales. Hay un montón de trabajo de producción en Nueva Orleans, Seattle, Nashville, hasta en Boston. Y no es necesario que yo esté *in situ*. Tengo mis contactos de los viejos tiempos. Ahora la gente de escenografía recurre a mí para lo que necesita. Lo diseño, lo construyo, lo mando y listo.

—¿Y Nicky también? —volvió a preguntar Wyatt.

—Sí, como le he comentado.

—¿Dónde estuvo su mujer anoche, señor Frank?

Thomas, incómodo, se rebulló al tiempo que apartaba la mirada.

—Yo pensaba que en casa —respondió en tono áspero—. La última vez que la vi estaba dormida en el sofá.

Kevin y Wyatt se cruzaron la mirada. Hora de empezar a tensar la cuerda, pensó Wyatt.

—¿Qué hora era? —preguntó, en un tono aún de lo más amable.

—No lo sé. Las ocho, las nueve.

Wyatt observó al hombre detenidamente.

—Un poco temprano para irse a dormir —comentó.

—La última vez que la vio... —intervino Kevin, cerrando filas con él.

Thomas posó la taza de café bruscamente.

—¡No ha sido culpa suya!

Ninguno de los detectives dijo una palabra.

—Es decir, estábamos estupendamente. Todo iba estupendamente. Una pareja feliz, una vida feliz..., hasta hace seis meses, cuando Nicky se cayó por las escaleras. Estaba haciendo la colada, no sé. Me la encontré desmayada en el suelo del sótano. La llevé a urgencias, donde le diagnosticaron una conmoción leve. Nada serio, en principio. A descansar y reponerse. Salvo que a raíz de eso empezó a tener dificultad para dormir. Y a sufrir arrebatos agresivos sin motivo. Dolores de cabeza, fatiga, dificultad para centrarse... Leí algo sobre el tema. Los síntomas eran típicos de alguien convaleciente de una conmoción. Me decía a mí mismo, y a ella, que había que tener paciencia. Solo un poco más de tiempo. Pero apenas unos meses después me encontré a Nicky tirada en el porche. Según ella, estaba saliendo de la casa, pero debió de tropezar o qué sé yo. Con tan mala suerte que se volvió a dar un cabezazo. Dos conmociones en tres meses.

El marido se quedó mirándolos. Wyatt y Kevin le sostuvieron la mirada, esta vez con expresiones más frías, permitiéndole que percibiera su escepticismo, que sintiera la presión.

—Síndrome de posconmoción cerebral —espetó el hombre—. Mi mujer no es una borracha. Al menos no lo era. Tampoco es violenta. Al menos no lo era. —El hombre ladeó ligeramente la cabeza, mostrando la marca de un antiguo cardenal en la mandíbula—. Pero las caídas, los traumatismos cerebrales múltiples... La neuróloga me dice que cada lesión adicional surte

un efecto exponencial. La verdad es que no me lo explico. Solo sé que mi mujer... últimamente ya no es ella.

—De modo que la dejó sola anoche —murmuró Wyatt.

—¡Me fui a trabajar a mi taller! Tenemos un anexo independiente, a espaldas de nuestra casa, donde guardo todas mis herramientas, mi equipamiento. Allí es donde trabajo y, por el amor de Dios... He atendido a Nicky la mayoría de los días, todos los días. Ahora voy rezagado. Porque eso es lo que pasa cuando tu mujer está enferma. Tienes trabajo pendiente y al mismo tiempo tienes que pagar más facturas. En cuanto se queda dormida, salgo pitando por la puerta. No estoy diciendo que esté bien; estoy diciendo que no tengo más remedio que hacer eso para salvar la situación. Los médicos aconsejan que tenga un ambiente estable con una rutina normal. Perder la casa precisamente ahora por no poder pagar la hipoteca no ayuda a cumplir ninguno de esos requisitos.

—¿Dónde consiguió el whisky? —preguntó Kevin arrastrando las palabras.

Thomas Frank se ruborizó. Cogió la taza de café y le dio un sorbo.

—No lo sé.

—¿Y las llaves del coche? —Wyatt siguió apretándole las clavijas.

—En el cestillo de la entrada. No es que le hayan prohibido conducir; los médicos simplemente no se lo recomiendan.

—Es probable que tampoco le recomienden beber. —Kevin de nuevo.

Labios apretados.

—No, efectivamente.

—Pero lo hace. —Wyatt, reclamando de nuevo la atención del hombre. Porque ya había llegado el momento; lo intuía. Thomas Frank estaba nervioso y enfadado. Roto y descolocado.

Y acababa de contarle casi todos los detalles de su vida y de la de su mujer sin mencionar en ningún momento a una niña llamada Vero.

Wyatt se inclinó hacia delante. Escrutó a Thomas, como buscando la verdad o simplemente tratando de dilucidar si el hombre en realidad era tan rematadamente estúpido como sospechaban. Desde el otro lado, Kevin hizo lo mismo.

Estrechando el cerco. Apretando las tuercas.

—Háblenos de su hija —dijo Wyatt—. ¿Dónde estaba anoche?

Thomas Frank no dio un respingo. No se estremeció en un acto reflejo, ni

siquiera se sobresaltó. En vez de eso, los miró desconcertado.

—¿Qué?

—Su hija, Vero. La niña que ha desaparecido.

Wyatt se esperaba cualquier reacción menos esta: Thomas cerró los ojos. Soltó un fuerte suspiro.

—No tengo ninguna hija.

—La de Nicky, entonces...

—Sargento... No tenemos hijos. Ninguno. Ni míos, ni de ella, ni de los dos. Y yo lo sabría. Llevamos juntos veintidós años.

—Mire, desde su primera conmoción, Nicky tiene problemas para dormir. Tiene pesadillas horribles, salvo que los sueños, episodios, lo que sea, no siempre suceden de noche. Es como si le hubieran vapuleado el cerebro. No recuerda a las personas que conoce, por ejemplo a mí, pero, por otro lado, le da por hablar de personas que no existen. Por lo que sé, lo real ha pasado a ser imaginario, y lo imaginario ha pasado a ser real. Hemos consultado a médicos y probado medicamentos, pero el mejor consejo que nos han dado los médicos es ejercitar la paciencia. Los traumatismos cerebrales tardan tiempo en curarse.

—Vero no existe. —Wyatt tuvo que ponerle a prueba con la frase porque, de toda la información que esperaba sacar de esta conversación, esto no estaba previsto.

—No hay ninguna Vero.

—Pero le suena el nombre —señaló Kevin, que parecía tan perplejo como Wyatt.

—La ha mencionado anteriormente, sobre todo en sueños. Además, ha habido algunos... episodios. Verán, al principio yo mismo estaba confundido, quizá había algo que yo desconocía. Pero no: si realmente la sondeas para que hable de la tal... Vero, la historia, quién es ella, cambia constantemente. A veces Vero es una cría, a lo mejor un bebé que Nicky tiene a su cargo. Pero una vez encontré a Nicky escondida en un armario porque «Vero» y ella estaban jugando al escondite. Luego está la noche en que se le quemó la cena porque «Vero» se había pasado todo el rato gritándole. Adolescentes, me dijo. Pienso que... Joder, no sé qué pensar. Vero no es una persona real, sino más bien un tremendo delirio mental.

—Cuando el agente Reyes fue al lugar del siniestro —Wyatt siguió presionando—, afirmó que su mujer se mostró bastante insistente. Que había perdido a Vero. Que no era más que una niña. Que había que encontrarla. Su mujer sonaba bastante convincente.

—Bienvenido a mi mundo. —Thomas Frank volvió a suspirar. No parecía sarcástico; más bien un hombre que estaba muy cansado—. Puedo darles el nombre de nuestra neuróloga, la doctora Sare Celik —sugirió—. A lo mejor puede ayudarles a entenderlo.

—¿Podría ser el nombre de un miembro de su familia? ¿De una hermana, de una vieja amiga?

—Nicky no tiene familia. Cuando la conocí era una adolescente y ya estaba sola desde hacía un par de años. No le gusta hablar de ello. Al principio la presioné. Pero ahora, al cabo de veintidós años... ¿Qué más da? Todo —Thomas Frank hizo una pausa y los observó con elocuencia—, *todo* ha ido fenomenal desde entonces. Nunca hemos tenido ningún problema; Nicky nunca ha tenido ningún problema. Tienen que creerme cuando les digo esto: mi mujer simplemente está... enferma. Pregunten a los médicos. Por favor, hablen con ellos.

—Cuéntenos cómo transcurrió la noche. ¿Qué ocurrió?

—Nicky cocinó pollo —respondió inmediatamente Thomas—, lo cual quiere decir que tenía una buena noche. Es complicado centrarse con traumas cerebrales. A veces comienza una tarea, por ejemplo cocinar, y a continuación... se queda en blanco. Lo deja a medias y se va, cosas así. No obstante, ayer terminó de preparar el pollo al horno, sin incendios de por medio.

—¿Qué estuvo usted haciendo mientras ella cocinaba?

—Devolviendo algunas llamadas. En la casa, por si tenía que dar un brinco para apagar el fuego, pero intentando sacar adelante algo de trabajo.

—Cenaron. ¿Con vino, cerveza?

—El alcohol no es recomendable para personas que sufren traumatismos cerebrales —recitó Thomas.

—No ha respondido a mi pregunta.

—Ni vino, ni cerveza, ni licores. Cenamos pollo, ensalada y pan de ajo.

—¿Y luego?

—Vimos la tele. El canal de casa y jardín, algo ligerito. Es importante que mi mujer no se altere.

Wyatt le preguntó a qué hora, el nombre del programa, y lo anotó.

—De modo que en ese momento serían las ocho...

—Más bien las siete y media. Nicky se quedó dormida en el sofá. Yo miré la hora, me pareció que era demasiado temprano para llamarlo siquiera noche, así que volví al trabajo. Tapé a mi mujer con una manta y a continuación salí sigilosamente al taller de la parte trasera.

—¿Cuándo regresó?

—No lo sé. A las once.

—¿Y descubrió que Nicky había desaparecido?

—Me di cuenta de que no estaba en el sofá, pero lo primero que pensé fue que seguramente habría subido a acostarse. Vi los informativos de la noche y después subí yo también. Entonces fue cuando caí en la cuenta de mi error.

—¿Qué hizo?

—Recorrí toda la casa llamándola. Después pensé un poco y comprobé si su coche estaba en el camino de entrada. Vi que tampoco estaba, lo cual me pareció una pésima idea, así que la llamé al móvil.

Wyatt asintió con la cabeza, instando al hombre a continuar.

Pero Thomas Frank se encogió de hombros sin más.

—No lo cogió. Sinceramente, no sabía qué estaría haciendo mi mujer hasta que me llamaron del hospital y me dijeron que estaba en la sala de urgencias. Así es como me enteré del accidente.

—¿Qué cree que hizo su mujer desde las ocho de la tarde hasta las cinco de la madrugada? —preguntó Wyatt.

—No lo sé. Conducir —balbuceó Thomas, al ser «beber» la otra respuesta obvia.

—¿Alguna persona con la que hubiera podido estar? ¿Una amiga, una confidente? ¿Un amante?

—Somos nuevos en la zona. Apenas habíamos deshecho las maletas cuando Nicky sufrió su primera caída. Desde entonces solo hemos conocido a personal médico. No hemos trabado... amistades.

A Wyatt le dio la impresión de que el señor Frank parecía un pelín resentido.

—¿Alguna razón por la que ella estuviera en ese tramo de la carretera? ¿Un restaurante, una tienda, su bar favorito en esa zona?

—No hemos salido mucho.

—¿Su mujer tiene debilidad por una marca de whisky en concreto?

Thomas apretó los labios, se mostraba reacio a responder. A Wyatt no le sorprendió. En todos los interrogatorios que había realizado a familiares de personas que abusaban del alcohol, eran los últimos en facilitar información por iniciativa propia. A fin de cuentas, por algo los llamaban propiciadores.

Wyatt cambió de táctica.

—¿Y Vero? ¿Alguna razón para involucrar a la policía en una misión imposible para localizar a una niña imaginaria?

—Esa no ha sido su intención. Ustedes y yo sabemos que Vero no existe, pero para Nicky... Vero, en cierto modo, es muy real.

—¿Entonces qué desató ese arranque antes? —preguntó Wyatt—. ¿Cuando llegamos?

—No tengo ni idea. Casi nunca lo sé. Rutina y repetición; esa va a ser la vida de mi mujer a un año vista.

—¿Y botellas de whisky de por medio?

—Miren. —Thomas Frank se inclinó hacia delante y apoyó las manos en las rodillas—. No sé lo que pasó anoche, pero pueden consultar los antecedentes de mi mujer. Este es su primer delito. ¿No pueden ponerle sin más una multa o algo así?

—¿Ponerle una multa? Señor Frank, su mujer se va a enfrentar como mínimo a un cargo por conducir bajo los efectos del alcohol con circunstancias agravantes. Es un delito grave.

—¡Pero si nadie ha resultado herido!

—Ella sí. Según la ley, con eso basta.

El señor Frank se recostó en el asiento. La verdad es que parecía horrorizado.

—Pero..., pero...

—Sin mencionar —continuó Wyatt— que ha hecho invertir horas de recursos del condado y el estado en la búsqueda de una niña inexistente.

—¡No es culpa suya!

—Y sin embargo...

—Por favor, deben entender... —Thomas tenía los ojos fuera de las órbitas, parecía casi presa del pánico—. Mi mujer no es mala persona. Solo está enferma. Cuidaré de ella. La vigilaré más de cerca. No volverá a ocurrir.

—Pensaba que tenía que trabajar. Para ponerse al día con las facturas y todo eso.

—Me tomaré una excedencia. O contrataré a alguien o lo que sea. Por

favor, detectives. No hay necesidad de presentar cargos. Mi mujer va a estar bien. Se lo prometo, me encargaré de todo.

Wyatt observó detenidamente al hombre. Thomas Frank, concluyó, no estaba mintiendo. Y sin embargo... a Wyatt le daba la sensación de que algo no cuadraba. Instinto de detective, veinte años de experiencia que apuntaban a que, cuando una mujer estaba ingresada, el marido era el principal sospechoso. Wyatt no sabía nada sobre ese síndrome de posconmoción cerebral. Solo sabía que las familias, todas las familias, inevitablemente tenían algo que esconder. Lanzó el último cañonazo de advertencia:

—¿Y qué pasa con Vero? ¿También va a encargarse de ella?

Y tuvo la satisfacción de ver por fin al hombre estremecerse.

Vero y yo estamos tomando té. Sentadas a una mesa de madera de arce de tamaño infantil, Osito Gordinflón sentado frente a ella, y Priscilla la Princesa sentada frente a mí. La habitación es luminosa y soleada. Paredes en tono verde claro con un lado cubierto por un mural de rosas trepadoras, realzado con una fresca cenefa blanca. La cama individual de Vero está pegada a la pared del fondo, oculta bajo metros de gasa rosa. Es una habitación preciosa, perfecta para una niña de corta edad, y noto una punzada porque ya sé que a ninguna de las dos le agrada estar aquí.

Vero me pasa la tetera de porcelana. Vierto con delicadeza un chorrito de zumo de manzana en mi refinada taza de loza. Repito el proceso para Osito Gordinflón, con sus rechonchas extremidades marrones y redondeada panza, que está sentado a mi izquierda. En ese preciso instante me doy cuenta de que Vero le ha pegado cinta adhesiva en forma de «X» sobre los ojos de cristal. Igual que a Priscilla la Princesa.

Miro a Vero, una visión de gasa rosa y metros de perlas.

—No pasa nada —me dice—. No les da miedo la oscuridad.

Asiento con la cabeza, como si tuviera toda su lógica, y pongo la tetera en medio de la mesa. El rosal pintado a mano se mueve por la pared. Parece como si de las flores estuvieran cayendo pétalos rosas al suelo. Además de algo más oscuro, más inquietante. Sangre goteando de las espinas.

—Tómame el té —ordena Vero.

Bebemos en un cordial silencio, mordisqueando sendas obleas de vainilla. Entre el zumo de manzana y la galleta azucarada, la comida resulta empalagosa; siento unas ligeras náuseas. Pero no paro. Necesito este momento, cualquier momento, todos los momentos son pocos, para estar con

Vero.

—Va a dejarte —dice ahora. Entiendo que se refiere a Thomas—. Cree que estás loca.

No digo nada, simplemente dejo sobre la mesa mi dedal de té. Ojalá pudiera alargar la mano hasta el otro lado de la mesa y estrecharla entre mis brazos. Quiero reconfortarla, decirle que todo irá bien. Quiero decirle que lo siento, que no supe hacerlo mejor, que estas cosas pasan.

Pero no quiero mentir.

En ese preciso instante me doy cuenta de que la mesa, la habitación, es realmente demasiado infantil para ella. No es una niña de seis años, sino que se acerca más a los doce; una capa de rímel cubre sus ojos gris acero, sus labios están embadurnados con un carmín demasiado llamativo.

Se queda mirándome, bebe otro sorbo de zumo de manzana. O quizá sea whisky, Glenlivet de dieciocho años, directamente de la botella.

—No es culpa tuya —susurro.

—Mentirosa.

—Si pudiera dar marcha atrás, lo haría.

—Pedazo de mentirosa.

—Vero...

—Chsss... —Se levanta bruscamente, y ahora lo oigo: sonoras pisadas procedentes del pasillo.

Es superior a mí. Me estremezco y, enfrente de mí, Vero sonrío, aunque no es una imagen agradable.

Ahora que está de pie, me doy cuenta de que el vestido le llega casi a la altura del ombligo. No es apropiado ni mucho menos para una niña de doce años. Y bajo los volantes rosas asoman unas manchas verdosas y cárdenas, moretones que le cubren brazos y piernas.

Las pisadas, amenazantes, se aproximan. Mientras, siguen cayendo más pétalos del rosal trepador, gotas de sangre fresca de las espinas.

Quiero tocar esta estatua marmórea de niña-mujer, que ya tiene una actitud demasiado contenida y me reta con la mirada para que haga algún comentario sobre el escote de su vestido, el estado de sus brazos y piernas.

—Sé fuerte —susurro, pero ambas sabemos que ese no es el problema. Vero siempre ha sido dura. En este mundo, sin embargo, quienes no se saben doblegar finalmente acaban rompiéndose.

Pisadas. Más fuertes. Más pesadas. Mal presagio.

—No deberías haber venido.

—Te echo de menos...

—Me mataste.

Abro la boca. No tengo nada más que decir.

—Corre —ordena Vero con firmeza, la niña con más dotes de mando que la adulta—. Lárgate y no mires atrás.

Pero soy incapaz de abandonarla.

Otra vez.

—¡Está aquí! ¿No lo entiendes? Va a dar contigo, y cuando lo haga...

—No es culpa tuya —me oigo decir a mí misma, pero Vero ya me está dando la espalda.

—Estúpida perdedora. Lárgate. Huye. ¡Maldita sea, corre! ¡Corre!

Quiero hacer todas esas cosas. En cambio, no hago ninguna de esas cosas. Me aparto de la mesa. Me aproximo a esta niña pequeña que ya no es tan pequeña. Y, a sabiendas de lo que va a suceder a continuación, la estrecho entre mis brazos.

Por un segundo, está ahí. Puedo sentirla. Puedo olerla. Vero. Y en ese momento, como siempre, sé perfectamente lo que he hecho.

Entonces su carne se disuelve en mi abrazo. Y ya no estoy acurrucando contra mi pecho nada más que un montón de huesos, cubiertos de cientos de gruesos gusanos blancos que se remueven contra mi piel.

Su calavera gira lentamente en mis brazos, me observa con las cuencas vacías y oscuras.

—Corre —me ordena el esqueleto de Vero.

Pero es demasiado tarde. Él ya está aquí.

Mis ojos se abren de golpe. Luces brillantes sobre mi cabeza. Una habitación de hospital aséptica. Ya no pienso. Me muevo.

Agarro el primer puñado de cables y los arranco de mi cuerpo. Me salpica sangre del dorso de la mano al dar un tirón a la vía. De las espinas de las rosas, pienso, histérica, observando cómo las gotas rojas se extienden en la cama del hospital. Está aquí. Está aquí.

No entiendo cómo funcionan las barras metálicas. Están subidas, me tienen atrapada en la cama. Forcejeo con ellas desesperadamente, tratando de forzarlas empujando hacia abajo. Como no lo consigo, avanzo a duras penas

hasta el extremo del colchón y salto; mis pies descalzos se estampan contra el frío suelo y el camisón del hospital aletea suelto al salir disparada hacia la puerta abierta.

Tengo que correr. ¿Hacia dónde, hacia dónde, hacia dónde?

Me las ingenio para llegar al amplio pasillo. Es inmenso, estoy demasiado expuesta. Cualquiera puede verme. Justo en ese momento, una enfermera da un grito de advertencia desde el fondo del pasillo.

Corre. Él está cerca. O a lo mejor ya está aquí.

Huyo, a ciegas, ajena a todo, espoleada por el instinto. Me duelen los pies, las costillas, el pecho. Me da igual. Nada supera mi ansia de escapar. Busco un armario. Algún lugar pequeño y oscuro. Como un animal que se refugia en su guarida. Un armario podría ser mi salvación.

Oigo pasos que retumban detrás de mí; después, más voces de alarma.

Al doblar la esquina a toda velocidad, me topo con él.

—Nicky —dice Thomas.

Extiende los brazos y me bloquea el paso. Su rostro carece por completo de expresión. No distingo nada salvo sus ojos oscuros atravesándome.

—¡Él está aquí! —exclamo histérica.

—Chsss —sisea mi marido.

—No, no, tengo que correr. Tengo que escapar. Vero me lo ha advertido.

Algo titila en su mirada. Por un segundo, da la impresión de que casi me cree. Y a continuación:

—Atiende a mi voz, Nicky. Céntrate y punto. En mi voz. Hablándote. En mi voz, calmándote.

—*¡Tengo que salir de aquí!*

—Céntrate. En una cosa. En mi voz. No escuches nada más. Es lo único que importa. Solo una cosa, Nicky. Céntrate en mi voz. El resto pasará.

No quiero centrarme. Estoy erguida, tambaleándome, y me aprietan las costillas y se me corta la respiración y hay un esqueleto en mi cabeza y gusanos en mis brazos y acaso no sabe que el rosal continúa sangrando y que le fallé a Vero. Tantas veces, de tantas maneras. Vuelvo con ella una y otra vez. Y vuelvo a fallarle una y otra vez.

Estoy cansada. De repente. Extenuada. No creo que pueda aguantar más.

—No pasa nada —murmura Thomas—. Vamos, cariño. Debes de tener frío. Vamos a meterte en la cama.

Da un paso al frente.

«¿Por qué yo?», susurra Vero en mi cabeza. Pero ya no está quejándose, solo entablando conversación.

—¿La cabeza bien? —continúa Thomas—. ¿Te duele?

En ese preciso instante, me estalla. Me agarro las sienes, cierro los ojos con fuerza. En ese momento Thomas salva el hueco que nos separa. Sus brazos se cierran como una trampa de acero alrededor de mis hombros. El personal sanitario se bate en retirada. ¿Por qué no? Ha llegado el marido. Está claro que se hace cargo.

—El sonido de mi voz —ordena.

De modo que obedezco. Escucho el sonido de su voz. Y, con el peso de sus manos sobre mis hombros, me doy la vuelta y camino a su lado dócilmente.

En la habitación del hospital, baja sin esfuerzo las barras metálicas y me ayuda a subir a la alta cama. Me mete las piernas, temblorosas, bajo la sábana y me arrebujá con el cobertor azul hasta el cuello.

Lo observo con resentimiento, preparada para ver su gesto de regodeo. Él ha ganado, yo he perdido, pese a que no entiendo las reglas del compromiso. Al mirarme, sin embargo, me sobresalto al ver el destello de sus ojos, su semblante angustiado. Se hace el fuerte, se esfuerza visiblemente por no derrumbarse. ¿Por mi bien o por el suyo?

—Por favor, cariño —empieza a decir—, no puedes seguir con esto. Estás llamando la atención innecesariamente... —Se le quiebra la voz; aparta la mirada. Está disgustado. Por mi culpa. Me siento mal, debería disculparme. Esos ojos oscuros, tan oscuros, pienso. Cómo lo quise en su momento. ¿Lo sigo queriendo?

Traga saliva con esfuerzo.

—Sé que no me crees. Lo sé; que todo parece estar al revés, patas arriba. Pero te quiero, Nicky. Lo único que siempre he querido es lo mejor para ti. Lo recuerdes o no.

—Quiero irme a casa —susurro.

Sonríe con aire cansado.

—No creo que los médicos te lo permitan. Estás muy enferma, Nicky. Tres traumatismos, y te has magullado las costillas.

—Tú me cuidarás.

—En vista de los últimos seis meses, la doctora Celik discreparía.

—No es culpa tuya que yo beba —digo.

No responde.

—No voy a probar una gota de alcohol —prometo en un arrebato—. Pero sácame de aquí. Las luces son demasiado fuertes. Me hacen daño en los ojos.

—La policía quiere interrogarte —dice sin rodeos—. Aquí o en casa, tendrás que hacerles frente, Nicky.

—¡Pero si no recuerdo nada!

—¿Ni siquiera haber comprado el Glenlivet?

Su pregunta, formulada en ese tono cortante, me deja atónita. ¿Que si recuerdo haber comprado la botella de whisky? Puede. Más o menos. ¿Acaso eso es una respuesta?

—Quiero irme a casa —repito.

Él abre la boca. Cierra la boca. Es obvio que a estas alturas no sabe qué hacer conmigo. ¿Me dejará?

¿Lo echaré de menos?

—¿Recuerdas la promesa que te hice la primera noche que pasamos juntos en Nueva Orleans? —pregunta de repente.

No. Debe de reflejarse en mi cara.

—Hace mucho tiempo, dijiste que tu casa era dondequiera que yo estuviese —añade.

Las palabras me resultan ajenas.

—Hace mucho tiempo, dijiste que mi amor te fortalecía.

No tengo respuestas.

—Y hace mucho tiempo, dijiste que bastaría con que estuviéramos juntos.

No sé qué decir; me está contando historias de la vida de otra persona.

Da la impresión de que es consciente de ello. Se le hunden los hombros. Me observa con gesto inexpresivo.

—Aquella noche hicimos un trato. Que cada vez que oliese a humo, alargaría la mano hacia mí. ¿Huele a humo, Nicky?

Frunzo el ceño. Por primera vez, sus palabras me resultan familiares, como si debiera saber de qué está hablando. Despacio, niego con la cabeza.

—¿Olía a humo anoche?

Tengo que hacer memoria.

—Después del accidente —murmuro.

No dice nada. Únicamente se le mueve un músculo en la mandíbula. Señal de que me ha oído. Señal de que le duele.

—Morí una vez —me oigo decir a mí misma.

A mi marido no le sorprende la noticia.

—Una mujer solo puede volver de entre los muertos un número limitado de ocasiones.

—Vamos a superar esto —dice Thomas sin alterarse.

Me toca sonreír. Porque puede que haya olvidado su nombre, pero todavía sé cuándo me está mintiendo.

Vero, pienso.

Entonces alargo el brazo para agarrar la mano de mi marido.

Cómo va la lucha? —preguntó Tessa.

Al otro lado de la línea telefónica, Wyatt meditó sobre la desenfadada pregunta de su novia e inmediatamente soltó un fuerte suspiro.

—Una larga mañana —reconoció—. Una larga y extraña mañana. No obstante, la buena noticia es que creo que deberíamos comprar un cachorro.

—¿Cómo?

Ya se la estaba imaginando, sentándose más derecha, los ojos azules parpadeando de asombro.

—Un bonito labrador amarillo —continuó Wyatt—. Uno que mueva la cola y te besuquee cada vez que llegas a casa. Sería perfecto.

—¿Perfecto para quién? A los perros hay que darles de comer, ¿sabes? Además de sacarlos a pasear a menudo. Y Sophie y yo nunca estamos en casa.

—La señora Ennis podría echar una mano.

—La señora Ennis tiene setenta años...

—Aun así, es la tía más dura que conozco. De hecho, si las cosas se tuercen entre nosotros, igual hasta le tiro los tejos.

Prácticamente podía notar los gestos que Tessa estaba haciendo con los ojos. Lo cual era precisamente lo que él necesitaba. Un descanso frente a la presión de un caso que tal vez ni siquiera fuese un caso. Y, sin embargo, estaba seguro de que lo era. Al menos un accidente de tráfico.

—¿A qué viene lo del cachorro? —le estaba preguntando Tessa.

—Porque un cachorro lo mejora todo. No tienes más que preguntar a Sophie.

—Eso es un golpe bajo.

—Me reservo, claro está, el derecho a presentarme con el cachorro. Los dos sabemos que necesito hacer méritos.

—Le has dado un par de vueltas a esto —comentó Tessa.

—Me he pasado la mañana con un perro de búsqueda —explicó Wyatt—. Cosa que podría haber ido mejor si hubiéramos buscado a una persona de carne y hueso en vez del delirio de una mujer con una lesión cerebral. —No pudo evitarlo; suspiró de nuevo.

—¿Tan bien va el día?

—Pues sí, lo cual significa, por desgracia, que me perderé la cena. Ahora que hemos descartado los fantasmas, tenemos que analizar el escenario real de un delito y reconstruir un accidente de coche.

—Ponme al día; ¿qué sabes de momento?

Al teléfono, Wyatt pudo oír que Tessa cambiaba de posición; lo más probable es que se estuviera poniendo más cómoda en el sillón de cuero negro de su despacho. No le estaba preguntando por preguntar; le interesaba la respuesta. Lo cual era una de las cosas que más le gustaba a Wyatt de salir con una compañera del ramo de la investigación. Tessa no se limitaba a preguntarle qué tal el día; lo repasaba con él de muy buen grado. Y a veces, como dice el refrán, dos cabezas piensan mejor que una.

Sentado en el coche patrulla del condado, a la espera de que la policía estatal llegase con el dispositivo electrónico de recuperación de datos, Wyatt le tomó la palabra.

—Accidente de un único vehículo de motor, fuera de la carretera, posibles circunstancias agravantes por conducción bajo los efectos del alcohol.

—¿Tasa de alcoholemia?

—Bueno, ese es el primer factor que complica la cosa. La conductora olía como una destilería. Según los datos del hospital, sin embargo, sus niveles de alcohol en sangre eran solo del 0,06...

—Eso no llega al límite para considerarlo conducción bajo los efectos del alcohol.

—Ah, pero la paciente padece algo llamado síndrome de posconmoción cerebral. Se ha dado demasiados golpes en la cabeza en los últimos seis meses. Según la médica, para una persona que sufre un traumatismo cerebral hasta una mínima ingesta de alcohol puede surtir un considerable efecto. Así que no estoy dispuesto a descartarlo todavía. En principio podríamos argumentar que, para una conductora en estas condiciones, el 0,06 basta para

considerar que conducía con sus capacidades disminuidas.

Wyatt había cavilado mucho sobre el asunto, más que nada porque era su cometido. Dada la peculiar legislación de New Hampshire, los policías del condado tenían potestad para emprender acciones judiciales en todos los casos de delitos menores. Lo cual significaba que Wyatt no se limitaba a construir un caso; también tenía que presentar cargos. Teniendo en cuenta las heridas de la conductora, este accidente podía acabar siendo un delito grave por conducción bajo los efectos del alcohol, en cuyo caso se haría cargo el fiscal del condado, pero seguiría recayendo en Wyatt la responsabilidad de la vista preliminar para fijar la fianza y determinar la causa probable del delito. Le gustaba bromear con que era medio policía, medio abogado. Aunque, teniendo en cuenta la manera en la que funcionaba el sistema legal últimamente, tenía que ser abogado en una proporción del noventa por ciento para salir airoso.

—Interesante —comentó Tessa—. Así que tienes una conductora en condiciones para conducir que no estaba en condiciones para conducir.

—Es posible. Ahora bien, la bebida en cuestión era de una botella de whisky escocés de dieciocho años...

—Caro.

—Por favor, deberías ver el coche. Los chicos han localizado la tienda de licores donde compró la botella a quince kilómetros del lugar del accidente, pagada con tarjeta de crédito. Ahora estamos revisando las grabaciones de las cámaras de seguridad a ver si efectivamente se la ha grabado realizando la compra. Pero, de momento, no ha estado mal para una mañana de trabajo.

—Y sin embargo te escama... —le instó Tessa a continuar.

—La tienda de licores cerró a las once. El accidente ocurrió alrededor de las cinco de la madrugada. De modo que ¿qué hizo la conductora en ese intervalo? Porque, si estaba sentada por ahí bebiendo, el nivel de alcohol en sangre debería haber rebasado con creces el 0,06.

—¿Algún amigo, compañero, que la ayudara?

—Es posible.

—¿El marido?

—Afirma que estaba ocupado en su taller. Por lo visto ni se había dado cuenta de que su mujer, aquejada de una lesión cerebral, no estaba.

—Pues no se merece una tarjeta en el día de San Valentín. ¿Dónde se salió el coche? ¿En una zona concurrida? ¿Había muchas tiendas, restaurantes,

bares, como para que la conductora se distrajese?

—Nada. He contado dos gasolineras entre la tienda de licores y el escenario del accidente; eso es todo. Así que, de nuevo, ¿qué se trajo entre manos durante seis horas?

—A lo mejor... —Podía oír a Tessa reflexionando sobre ello—. A lo mejor no hizo nada. A lo mejor estaba... pasando el rato sin más. Intentando poner en orden sus pensamientos. Cuando yo patrullaba, te sorprendería la cantidad de coches aparcados con almas solitarias que me encontraba en plena madrugada. Si la conductora tiene una conmoción cerebral, si padece un traumatismo cerebral, igual también está confundida. Otra alma solitaria esperando a que caiga la noche.

—Y compra una botella de whisky. Ahoga sus penas...

—A sorbitos. Solo el 0,06.

—Y luego se pone en marcha. En busca de una niña inexistente.

—¿Una niña? —Tessa subió el tono de voz.

Wyatt hizo una mueca. No había tenido intención de mencionar ese detalle.

—Cuando el primer agente llegó al escenario, la mujer afirmaba que no encontraba a su hija, Vero. Solo que su marido desde hace veintidós años afirma que no tienen niños. Ni los tienen ahora, ni los han tenido nunca.

—¿Entonces está delirando?

—Al parecer, los traumatismos cerebrales múltiples le han afectado al cerebro. Se cayó por las escaleras haciendo la colada, después tuvo otro tropiezo en la puerta, y luego, claro está, el accidente de coche. Resumiendo: que tiene la memoria hecha cisco y sufre constantes dolores de cabeza, sensibilidad a la luz y tremendos cambios de humor.

—Con el debido respeto, olvidar las cosas no es lo mismo que inventárselas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Wyatt.

—¿Has confirmado con los médicos que esta mujer efectivamente tiene delirios?

—Los facultativos no hablan. El secreto profesional y todo eso. Lo que sabemos es lo que nos ha contado el marido.

—Por favor. No sería la primera vez que el marido es el último en enterarse.

—Pero lo que está claro es que no tienen hijos...

—Y sin embargo ella la está buscando. Me refiero a que, aun cuando esté

delirando, ¿por qué ese delirio? De todos los cortocircuitos que se producen en su cabeza, ¿por qué este? Yo comprobaría el cuentakilómetros también. Porque quizá es eso lo que estuvo haciendo durante las seis horas: dar vueltas en coche buscando a su niña extraviada.

—Que no existe —repitió Wyatt.

—Y sin embargo está claro que es importante para ella. ¿Es la primera vez que ha hecho esto?

Wyatt vaciló.

—No se me ocurrió plantear esa pregunta.

—¿Amistades, un entorno de apoyo?

—Son nuevos en la zona.

—¿Trabajo?

—Autónomos. El marido y ella trabajan juntos haciendo atrezzo para Hollywood.

—O sea, que su única familia, su único contacto, es su marido. —Tessa subió el tono de voz—. El que te dice que no tienen niños. El que afirma que su mujer ha tenido tres «accidentes» en seis meses.

Wyatt captó la indirecta. A él también se le había pasado por la cabeza la misma idea. Y en el mundo de los polis, donde había paranoia, a menudo había una causa probable.

—Sospechas que se trata de violencia doméstica. Lo cual, francamente, también es lo que me preocupa. —Wyatt pensó de nuevo en la marca del cardenal desvaído que tenía Thomas Frank en la mandíbula. ¿De una esposa alterada, emprendiéndola a golpes fuera de sí? ¿O de una mujer aterrorizada actuando en defensa propia?

—El perfil encaja —comentó Tessa—, sin mencionar que un hombre que agrede a su mujer...

—Puede que también agrediera a sus hijos. ¿Y a qué nos conduce eso? ¿A la muerte de una niña inexistente? Será mejor que no perdamos el norte metiéndonos en un terreno de conjeturas disparatadas. Ya he invertido la mañana, sin mencionar considerables recursos del condado y el estado, en balde. A estas alturas, mi jefe, el sheriff, agradecería muchos más hechos y muchas menos conjeturas.

—Pero al menos habrás hablado con la mujer...

—Todo a su debido tiempo.

—¿No has interrogado a la conductora? —Tessa parecía atónita.

—¡Acababan de sedarla! La mujer tiene problemas de salud, pensaba que ya lo habíamos comentado.

—De modo que ni siquiera la has interrogado personalmente...

—Mañana a primera hora. La médica dice que necesita más tiempo para recuperarse, con lo cual disponemos del resto de la jornada para recapitular: accidente de un único vehículo de motor. Conductora sola. Posible conducción bajo los efectos del alcohol con agravante.

Intuía que Tessa estaba poniendo los ojos en blanco de nuevo. Lo curioso era que su hija lo hacía exactamente igual que ella.

—De acuerdo. Acataré tus reglas de poli del condado —convino ella—. Entonces, considerando solo el accidente... Si el nivel de alcohol en sangre de la conductora solo era del 0,06, ¿cómo fue que tuvo el accidente?

—Por las inclemencias meteorológicas. Por su lesión cerebral combinada con el mencionado nivel de alcohol en sangre. Sea como sea, se precipitó desde el borde de una carretera; el coche salió volando y cayó por un despeñadero.

—¿Se precipitó o se salió?

—Estamos esperando a que la policía estatal nos ayude en ese sentido; necesitamos la información del registro de datos electrónicos del vehículo.

—¿Suicidio?

—Llevaba puesto el cinturón de seguridad, lo cual es un punto en la columna del «no». Pero, claro, la botella de whisky abierta podría considerarse un punto en el apartado del «sí». Sin embargo, y probablemente sea lo más interesante, después del accidente la conductora subió arrastrándose por un barranco de sesenta metros mientras llovía a cántaros para parar algún coche que la socorriera.

—Desde luego da la impresión de que la mujer tenía ganas de vivir —comentó Tessa.

—Pero... —Wyatt no lo pudo remediar. Hizo una pausa incómoda—. No daba la impresión de que considerase que necesitaba que la socorrieran a ella, sino que imploraba ayuda para encontrar a su hija desaparecida. Suplicaba por Vero.

—¿La niña inexistente?

—Sí. Esa.

—Un delirio —dijo Tessa con retintín.

—¿No tienes que acudir a un almuerzo? —le preguntó Wyatt irritado—.

Ya sabes, con tu detective favorita, D.D. Warren.

—La única e inimitable.

—Buena suerte.

—¿Suerte? Por favor, necesito más bien una coraza blindada.

Ante lo cual Wyatt puso los ojos en blanco antes de colgar.

Los policías del estado eran buenos tipos. En New Hampshire, todos los miembros de los cuerpos de seguridad asistían a la misma academia de formación, ya fueran locales, del condado o de Pesca y Caza. Eso unificaba los criterios de todo el mundo y contribuía a tender puentes en una zona que andaba sobrada de montañas y escasa de gente. Las distintas fuerzas del orden se apoyaban mutuamente, sobre todo en el norte de Concord, donde los recursos policiales eran particularmente escasos. Y no solo los humanos, sino también de equipamiento. A diferencia de esas series policiacas de televisión donde los laboratorios de criminología parecían estaciones espaciales y los agentes de las unidades de operaciones especiales llevaban encima cien mil dólares en equipamiento cada uno, el trabajo policial en el mundo real requería más cooperación... y, en ocasiones, verdadero ingenio. Wyatt había dirigido operaciones secretas de estupefacientes con equipamiento de vigilancia que había tenido que ir recopilando en tres ciudades diferentes. A veces le daba la sensación de que, más que en actuar como policía, su trabajo consistía en pasar la gorra.

Wyatt se acercó a Jean Huntoon, que había llegado con el ordenador de recuperación de datos del estado. Habían coincidido en dos ocasiones anteriormente. Se estrecharon la mano, hicieron los obligados comentarios sobre el tiempo y seguidamente bajaron al lugar del accidente. Huntoon era una mujer esbelta de casi un metro setenta que participaba en carreras ciclistas de ciento cincuenta kilómetros en su tiempo libre. Además, ella no había bajado y subido el barranco media docena de veces, pensó Wyatt con resentimiento, cuando la agente, más joven, se le adelantó hasta el vehículo.

—Triste final para un coche precioso —señaló Huntoon.

—Por lo visto ni los utilitarios deportivos se diseñaron para volar.

—Daño frontal integral. Se estampó de morro. —Huntoon levantó la vista hacia el camino que habían recorrido—. Debió de salirse de la carretera ahí en lo alto y caer en picado. ¿No hay más vehículos involucrados?

—Creo que no.

—¿Huellas de frenada?

—No.

Huntoon enarcó una delicada ceja.

—Eso nunca es buena señal. Bueno, tienes preguntas. A ver si te consigo algunas respuestas.

Huntoon colocó el ordenador en un punto relativamente liso cerca del marco del parabrisas destrozado, sacó unos cables y se puso a trabajar.

Había un par de maneras de llevar a cabo una autopsia a un vehículo. Una era desmantelar el coche sobre el terreno y enviar piezas enteras, puertas, asientos, la pequeña caja negra, a los laboratorios del estado. Como se trataba de un caso del condado, alguien como Wyatt realizaría un seguimiento de las pruebas hasta los laboratorios, supervisando cada paso del análisis y la recuperación de datos.

Pero Wyatt notaba una presión en este caso que no se explicaba del todo. Quizá porque el asunto había tenido tan mal comienzo, con decenas de agentes desplazados perdiendo el tiempo para nada. Ahora le daba la sensación de que la investigación se les había ido de las manos y de que necesitaba volver a coger las riendas, definir los parámetros exactos del quién, qué, cuándo, dónde, cómo y por qué.

Necesitaba que el accidente apareciera objetivamente como solo un accidente. Normal y corriente. Nada extraordinario. Entonces él y su equipo podrían ponerse manos a la obra, y resolverlo.

De ahí que hubiera llamado a Jean Huntoon para reunirse con él sobre el terreno con el fin de recuperar los datos electrónicos del Audi en vez de esperar otro día para que se ocuparan de ello en el laboratorio.

Conectar los cables directamente al vehículo era un engorro; Huntoon no tuvo más remedio que trabajar entre esquirlas de cristal y el salpicadero manchado de sangre. La curtida agente se puso a silbar alegremente mientras enganchaba los cables del dispositivo de registro de datos del coche a su ordenador. Trajinó por aquí, toqueteó por allá, y acto seguido se apartó para dejar que el equipo realizara su labor.

Una hora antes, Kevin y un par de tipos del equipo técnico de reconstrucción de accidentes habían logrado cartografiar la escena con la estación total. Con la suma de esta información y la proporcionada por el registro de datos del vehículo, Wyatt confiaba en que obtendrían un bonito y

nítido patrón de un simple y obvio accidente de un solo vehículo.

—Bonitas huellas —comentó Huntoon, señalando hacia un par de huellas de manos ensangrentadas sobre el salpicadero.

Wyatt asintió. Era verdad. Resultaba de sobra conocido que era complicado hallar huellas dactilares en los vehículos; demasiados revestimientos y escasa superficie viable. Personalmente tenía predilección por extraer huellas del interior de la tapa de la guantera. Los volantes, las puertas y las palancas de cambios en la mayoría de los casos no aportaban nada de interés. Pero el interior de la tapa de la guantera..., un agradable y suave plástico. Por lo general, la manipulaban solo unas cuantas veces unas pocas personas. Se había apuntado varios tantos gracias a algunas preciosas huellas inculcatorias de la guantera a lo largo de su trayectoria. Cosas de las que los polis se enorgullecían.

—¿El análisis de la sangre? —preguntó Huntoon, al tiempo que señalaba el reguero de sangre en la puerta del conductor.

—Voy a dejar que tu gente haga los honores. Esta noche se enviará la puerta entera. Probablemente arrancarán también grandes pedazos del salpicadero. Así habrá menos dilución.

Huntoon asintió a modo de aprobación. Para recoger una muestra de sangre era necesario extraerla con agua esterilizada, lo cual a su vez la diluía. Hoy en día, con la medicina forense moderna, un buen poli no se limitaba a localizar pruebas; las protegía.

—¿Una mujer al volante? —preguntó Huntoon.

—Sí.

Huntoon hizo una seña a través del parabrisas destrozado hacia el asiento del conductor.

—La colocación del asiento parece similar a la del mío, más o menos para una mujer de constitución media.

Wyatt rodeó el vehículo por detrás para apostarse junto a la puerta del conductor. Huntoon tenía razón sobre la posición del asiento, y ese momento era tan bueno como cualquier otro para examinar el resto de los detalles del lado del conductor.

—El cinturón de seguridad está desenrollado, así que doy por sentado que lo llevaba puesto —dijo—. Los espejos...

Lo de los espejos era complicado de descifrar. Lo ideal era sentarse en el asiento del conductor, pero, en vista de la cantidad de esquirlas de cristal que

había y de que, para colmo, ninguna de las puertas abría, era imposible. Wyatt hizo un cálculo a ojo; lo revisaría más tarde, cuando hubieran retirado las puertas.

Se agachó por un lado, asomó la cabeza por otro.

—Parece que todo encaja.

Huntoon se apuntó con él al juego de comprobar la posición de los espejos.

—No me parece que haya nada fuera de lo normal.

El ordenador emitió un pitido. Ella se aproximó para examinar la pantalla.

Wyatt concluyó su breve reconocimiento.

—De modo que la colocación del asiento, los ángulos de los espejos, todo concuerda con una conductora de uno sesenta y dos a uno sesenta y ocho. Todavía no hay nada que indique que había otro pasajero en el vehículo. De hecho, tenemos una perra de búsqueda que juraría que la conductora era la única ocupante del coche. ¿Y ahora vas a decirme...?

—El control de estabilidad estaba desactivado.

—¿Cómo? —Wyatt se quedó estupefacto. De todas las cosas que pensó que Huntoon iba a leer en voz alta de su recolector de datos esa era la última que esperaba.

—Este modelo tiene control de estabilidad. Ya sabes, para ayudar al vehículo a corregir automáticamente la trayectoria si el conductor derrapa, coge una curva con demasiado ímpetu, cosas así. El ordenador del vehículo detecta la posible amenaza y toma el mando del frenado y/o de la desaceleración por sí solo. Salvo en este vehículo, donde se ha anulado el control de estabilidad.

—¿Con un botón de desactivación manual? —preguntó Wyatt, pues eso era lo que recordaba sobre esos coches de alta gama. El conductor podía anular las prestaciones del coche. De nuevo según lo que había oído, porque bien sabía Dios que con su sueldo jamás podría experimentar lo que era conducir un vehículo semejante; algunos conductores preferían disfrutar de una experiencia más arriesgada. Querían poner al límite las prestaciones del coche de alta gama sin que interviniera el instinto de supervivencia del ordenador.

—Exacto. —Huntoon lo miró—. ¿La conductora es adicta a la adrenalina?

—No tengo ni idea.

—La velocidad del vehículo oscilaba entre los cincuenta y cincuenta y cinco kilómetros por hora —leyó Huntoon en la pantalla—. Pero ojo: sin

revoluciones por minuto.

Wyatt se quedó mirando a la agente fijamente.

—El motor estaba al ralentí.

—La palanca de cambios está en punto muerto. —Huntoon hizo una seña con la cabeza en dirección a la palanca, la cual ambos podían ver en la parte delantera. Wyatt había reparado en su posición anteriormente; simplemente había dado por sentado que la propia conductora le había dado un golpe a la palanca de cambios sin querer.

—¿Cómo va a alcanzar un coche los cincuenta y cinco kilómetros por hora en punto muerto? —preguntó Wyatt, confundido.

—Cuesta abajo —respondió Huntoon, al tiempo que levantaba la vista hacia la carretera.

—Sí. O empujándolo.

Huntoon volvió a echar un vistazo arriba, sopesando con sus ojos oscuros.

—Efectivamente. ¿Sigues pensando que fue un accidente?

Wyatt dijo simplemente:

—Oh, mierda.

La investigadora Tessa Leoni observó su reflejo en el espejo con aire crítico. No era una mujer proclive a darle demasiadas vueltas a su atuendo. Al principio de su carrera, el estado de Massachusetts había tenido la deferencia de ahorrarle la molestia: en todos y cada uno de los turnos se presentaba con el uniforme azul de la policía estatal. A raíz del incidente, cuando las autoridades del estado y ella acordaron que lo más conveniente para ambas partes era separar sus caminos, se convirtió en especialista en seguridad corporativa. Algo que, por lo que había podido comprobar, implicaba cambiar su uniforme azul oscuro por trajes de chaqueta de Ann Taylor azul marino. A lo mejor una vez que vestías de azul no había vuelta atrás.

Tessa hizo una mueca, haciendo lo posible por no pensar en la evidente comparación. Como lo de «Si has sido policía, siempre serás policía». Salvo que, por supuesto, ella ya no lo era.

En términos generales, le iba bien, se recordó para sus adentros. Su hija era feliz, al menos en la medida en que podía ser feliz una niña cautelosa, de mirada dura, en guardia constantemente, recuperándose de un trauma. La señora Ennis, la que fuera su vecina, convertida ahora en una fuente de sabiduría que vivía con ellas, era feliz, por no mencionar la energía con la que cocinaba con un poco de ayuda de la televisión por cable.

Y... Y Wyatt.

Tessa no había esperado volver a salir con nadie. Y mucho menos descubrir a un hombre que le infundía respeto, que le resultaba atractivo, y en quien confiaba plenamente. Él la aceptaba tal y como era, con todo, incluido un pasado en el que presuntamente le había pegado un tiro a su marido. No era algo que pudiera hacer cualquier hombre.

Y no es que Sophie le tuviera verdadero odio. Al menos no más que a cualquier otro hombre.

Tessa suspiró y volvió a fijarse en su indumentaria. Traje azul marino. Chaqueta de línea sastre a juego con pantalón de vestir de pata recta. Parecía más alta, más delgada, más dura.

Todo adecuado para almorzar con la detective de Boston D.D. Warren.

¿Por qué estaba haciendo esto?, se preguntó una vez más.

Porque era su trabajo, era una profesional y podía manejar la situación.

A Tessa se le hizo un nudo en el estómago. Estaba nerviosa y le daba rabia estarlo. La eficaz detective y ella tenían un pasado en común. Para empezar, D.D. era quien había investigado la muerte por un disparo del marido de Tessa. No obstante, las dos mujeres habían logrado trabajar juntas —más o menos— hacía un tiempo para localizar a una familia desaparecida.

Independientemente de que D.D. lo valorara o no, Tessa había vestido el uniforme una vez. Recordaba la sensación de aislamiento que sufre una mujer policía. Y entendía, seguramente mejor que nadie, lo que D.D., con su reciente herida, estaba pasando ahora.

De ahí el almuerzo.

Tessa dejó de toquetear el cuello de su camisa blanca lisa. Parecía, más que una especialista en seguridad corporativa, una agente federal. Pero daba igual. Vestía como vestía. Era quien era.

Tessa no era una mujer que se hiciese ilusiones. Había cosas buenas en su vida: Sophie, la señora Ennis, Wyatt y, qué demonios, tal vez hasta un cachorro algún día. Pero también había otras cosas. Decisiones que había tomado y actos que había cometido que ya no tenían remedio. Todavía llevaba las cicatrices; todavía sufría las pesadillas.

Y sí, se preguntaba si una mujer como ella merecía ser feliz.

Miró a su hija, y no pudo concebir cómo conformarse con menos.

Lo que significaba que, de momento, se comportaría como una adulta e invitaría a almorzar a una detective herida.

Tessa llegó a Legal Sea Foods en el Pru Center quince minutos antes de lo previsto. Confiaba en elegir la mesa, a ser posible en un rincón, y preparar el escenario.

Pero, claro, se encontró con que D.D. ya estaba esperando. En una mesa en

un rincón. Pegada a la pared. D.D. se incorporó ligeramente cuando la jefa de comedor condujo a Tessa a la mesa. La detective se movía con bastante soltura; Tessa tuvo que fijarse para apreciar un signo de debilidad, la manera en la que la detective mantenía el brazo izquierdo un pelín de más pegado a las costillas.

Se estrecharon la mano, como profesionales. D.D. llevaba puesta su inconfundible cazadora de piel de color caramelo, pantalones de pata ancha en tono tostado y una camisa verde azulado oscuro. Tessa se habría apostado el cuello a que era una camisa de hombre. Una prueba más de que la eficaz detective no estaba todavía al cien por cien. Pero sus rizos rubios seguían igual de alborotados. A la mujer todavía le quedaban ganas de pelea, según parecía.

Bien, pensó Tessa. Estaba deseando meterse en faena.

—¿Cómo está Jack? —preguntó Tessa, al tiempo que se sentaba frente a D.D., de espaldas al comedor. Jack era el hijo de D.D. ¿De dos, tres años? Cómo pasaba el tiempo.

—Está en la fase de las canciones infantiles. Leemos un montón a Mamá Oca, cantamos nanas. ¿Y Sophie? —preguntó D.D.

—Bien. Con su gimnasia, taekwondo y tiro al blanco.

D.D. la observó con un amago de sonrisa.

—También me han llegado otros rumores. Sobre ti y el sargento de New Hampshire Wyatt Foster. Me dio la impresión de que hubo química durante el caso Denbe.

—Llevamos saliendo seis meses.

—Qué bien. ¿Se lo has presentado ya a Sophie?

Tessa vaciló; no pudo evitarlo. D.D. enarcó una ceja con aire interrogante.

—Hemos hecho dos intentos de salir juntos —confesó Tessa—. Prácticamente... se limitó a mirarlo fijamente. Ya sabes, de la manera en que tú y yo podríamos mirar a un asesino en serie o a un agresor sexual fichado. En ningún momento se mostró impertinente o grosera..., pero no le habría reprochado a Wyatt que hubiera salido corriendo como alma que lleva el diablo. Sophie puede imponer.

—Deberían construir algo juntos —le aconsejó D.D.—. Wyatt es carpintero, ¿no? Quizá pueda enseñarle a hacer algo. Sophie soportará su presencia con tal de poder manejar las herramientas eléctricas y, mientras tanto, a lo mejor surte efecto el encanto despreocupado de New Hampshire de

Wyatt. Congeniarán.

—No está mal para una mujer con un niño pequeño.

—Como detective, tienes que estar preparada para todo tipo de males. Incluso niñas de nueve años.

D.D. cogió la carta. Tessa hizo lo mismo. Llegó la camarera; hicieron sus comandas. Langostinos para Tessa, sopa de almejas y bacalao al horno para D.D. Ambas pidieron agua para beber. Y entonces llegó el momento de enfrascarse en el trabajo.

—Me he enterado de lo de tu brazo —dijo Tessa, haciendo un gesto hacia D.D., que tenía una postura rígida. La detective había resultado herida en el brazo izquierdo mientras estaba de servicio. Se rumoreaba que era grave y que iba para largo. Que igual nunca podría reincorporarse al servicio. El departamento mostraba sensibilidad ante ese tipo de cosas. Lo más probable es que le ofrecieran un trabajo de oficina. Con el problema de que D.D., como Tessa, no era una mujer hecha para estar sentada.

—Me lo figuraba. —D.D. la miró con acritud—. ¿Has venido a hablar conmigo de mis futuras posibilidades de trabajo?

—Nunca está de más informarse —respondió Tessa en tono amable—. Y seguramente tampoco escuchar, dado que has aceptado venir a comer.

D.D. encogió un hombro, tal vez no del todo convencida, aunque tampoco se lo discutió.

—¿Te gusta lo que haces? —preguntó con patente curiosidad.

—Más de lo que pensaba. Por ejemplo, trabajar en el caso Denbe..., una familia entera desaparecida, luchando contrarreloj para localizarlos con todo en contra. Lo que mejor se nos da a ti y mí son las situaciones que suponen un reto, además de una motivación.

—Un caso más bien extremo. Donde conseguiste mucha ayuda del departamento de policía de Boston, permíteme añadir.

—Te asombraría la cantidad de casos extremos que existen a nivel corporativo en Estados Unidos. Hay en juego dinero, egos y el dominio del mundo. A la gente se le va un poco la cabeza.

—A ti te gusta.

—Sí. Lo cual, soy la primera en reconocerlo, me sorprendió. Y, sinceramente, el horario es lo mejor. Mi hija sabe que nueve de cada diez veces llego a casa para cenar. Y para ver sus competiciones el fin de semana. Y tengo cuatro semanas de vacaciones pagadas al año además de ganar un

sueldo que nos permite pasar ese tiempo en un lugar soleado.

—Eso lo dices solo para fastidiar.

—No, es cierto. Mi trabajo es superior al tuyo en todos los aspectos.

—No en todos.

—Sumamente estimulante, increíblemente lucrativo y adecuado para la conciliación de la vida familiar. Dime lo que no te aporta trabajar para una empresa de seguridad corporativa.

—A Phil —dijo D.D. sin más—. Y a Neil. Los compañeros de mi brigada. Siempre has sido una loba solitaria, Tessa, mientras que a mí me encanta trabajar en equipo.

Los platos llegaron pronto. Charlaron de trivialidades, se pusieron al día sobre conocidos en común. A Bobby Dodge, un detective de la policía estatal, le iba bien. Seguía casado con Annabelle, ya tenía tres hijos, acababa de comprar una casa para reformar en las afueras. Con un gran jardín, señaló D.D. De esos sitios perfectos para una piscina, un trampolín y barbacoas en verano. Ah, y se habían comprado un cachorro, un pastor australiano. Seguramente para que pastoreara a los niños.

D.D. y ella pasaron de un tema a otro, contando anécdotas sobre gente que conocían, sobre casos en los que habían trabajado. Hasta que terminaron de comer, Tessa lo cargó a su tarjeta de empresa y retomaron el asunto en cuestión.

—¿Lo pensarás? —preguntó Tessa por fin—. ¿Y si te pasas para una entrevista formal? No está de más saber lo que se cuece ahí fuera.

D.D. asintió. Dejando al margen el cariño que tenía a su equipo, si no lograba pasar la prueba de aptitud física sus días como poli estaban contados. Tessa estaba echándole un cable al plantear la posibilidad de que trabajase para Investigaciones Northledge, y ambas lo sabían.

—Hablando de perros, los estatales tienen novedades sobre un viejo caso —comentó D.D. mientras se levantaban.

—¿Ah, sí?

—Un tío estaba jugando con su perro —dijo D.D.—, lanzándole un palo en un arroyo de las inmediaciones, cuando vio casualmente una pistola negra de pequeño calibre en el fondo del agua. Se la entregó a la policía; el laboratorio relacionó la pistola con la bala con la que mataron a John Stephen Purcell. Ya

sabes, ese sicario al que asesinaron hace tres años.

Tessa guardó silencio.

—Me ha dado que pensar —comentó D.D. como si tal cosa—. Todavía hay muchos interrogantes sin respuesta sobre aquella noche...

—A mi hija le va de maravilla —la interrumpió bruscamente Tessa.

—Me alegro. De verdad. —D.D. asintió con la cabeza—. Pero, Tessa, tú y yo... Tienes razón. Nosotros estamos obligados a hacer ciertas cosas. Maldita sea, somos quienes llevamos las placas. Y se supone que la gente que lleva las placas tiene que defender el sistema, honrar la ley. Hay líneas que no deben rebasarse. Y tú...

D.D. se calló. Jamás podría demostrar lo que sospechaba, y ambas lo sabían. Tessa, por su parte, permaneció en silencio, porque jamás diría lo que había hecho, y ambas lo sabían.

—No estoy intentando amenazarte —dijo D.D. finalmente.

—¿Entonces qué estás intentando hacer?

—Advertirte. Corre el rumor de que los frikis del laboratorio han extraído una huella. Y los homicidios no prescriben, ¿no? O sea, que si se hallan nuevas pruebas...

No le hizo falta seguir dando explicaciones. Tessa entendió el mensaje.

D.D. comenzó a alejarse de la mesa.

—El caso Purcell no lo lleva el departamento de policía de Boston —señaló mientras cruzaban el restaurante en dirección a la puerta—. El estado se lo asignó a un tío nuevo, el detective Rick Stein. Se rumorea que es un superpolicía, de los que odian los casos abiertos y las preguntas sin respuesta. Seguro que oyes hablar de él muy pronto.

—Muy bien —dijo Tessa.

—Podrías presentarte ante la policía, aportar información por iniciativa propia ahora —sugirió la detective.

Tessa se limitó a mirarla fugazmente.

—Sigues siendo una loba solitaria, Tessa —señaló D.D. en voz baja, mientras empujaban la puerta.

—Es que nunca he trabajado con tus colegas de la brigada —respondió Tessa.

D.D. se limitó a sonreír.

—Gracias por el almuerzo. Lo meditaré.

Cada una se fue por su camino.

Thomas ha vuelto. Se había marchado, con el pretexto de dejarme descansar, aunque a ambos nos constaba que era él quien estaba exhausto. Ahora que ha vuelto me sorprende gratamente tanto el hecho de que recuerde su nombre como de que casi me alegre de verle. Me ha traído una muda de ropa. Mallas negras, un holgado jersey de punto trenzado de color canela. No reconozco la ropa en el acto. Y, sin embargo, cuando me la pego a la nariz y aspiro...

Un retazo de recuerdo. Estoy hecha un ovillo en un sofá de piel marrón chocolate. Con un libro en las manos, una taza de té en la mesa de centro de cristal que hay junto a mis pies. Thomas está sentado frente a mí en un sillón a juego, totalmente enfrascado en el crucigrama matutino.

De repente me entran ganas de copos de avena, pero no sé si tiene sentido.

La doctora Celik aparece en el umbral con una bolsa de papel marrón. Me mira con aire distraído y seguidamente centra su atención en Thomas. Reanudan la conversación en voz baja al fondo de la habitación. Como si fueran íntimos, pienso de nuevo. Me pregunto si soy de las celosas. O si Thomas ha tenido un desliz alguna vez. ¿Me enteré? ¿Me importó?

No sé si soy una buena esposa. Cara de mantener, sí, por lo visto. Y, dado el cardenal que tiene Thomas en la mandíbula, capaz de emprenderla a golpes. Pero ¿soy dulce, cariñosa, tierna? ¿O mandona, dominante, una verdadera arpía?

Al margen de que mis recuerdos estén confusos o no, me da la sensación de que como mínimo debería saber eso sobre mí misma. Rasgos de personalidad básicos, dinámica de un matrimonio, instantáneas emocionales de una vida.

A lo mejor el cansancio me ha pasado factura, porque soy incapaz de recordar nada. La sensación de estar sumergida bajo el agua, ¿no es así como se lo había descrito la médica a Thomas? Porque así es como me siento. Como si estuviera sumergida parcialmente, flotando a la deriva, el mundo alejándose más y más con la corriente.

La doctora Celik alza la voz bruscamente. No hace falta ser una lumbrera para entender que no quiere darme el alta. Lo más probable es que necesite estar en observación, más pruebas, y que las enfermeras sigan presentándose cada hora a leer mis gráficos y a aterrorizarme acribillándome a pinchazos.

Bajo el agua o no, no he perdido mi determinación. No puedo quedarme aquí. Las máquinas hacen demasiado ruido, las luces brillan demasiado, el sonido de los pasos retumba demasiado en el pasillo de linóleo. Un hospital no es lugar para recuperarse de una conmoción. Supera demasiado a una mujer con una considerable necesidad de descanso y sosiego.

Más discusión, otro tira y afloja.

—¿Entiende que está firmando su alta voluntaria contra la prescripción médica? ¿Que en calidad de especialista considero que su esposa debería seguir hospitalizada como mínimo otras veinticuatro horas? ¿Que sigue en riesgo de sufrir inflamación cerebral, por no mencionar un derrame? Lo que significa que, si se la lleva a casa, podría morir allí.

¿Reconoceré mi casa? Trato de visualizarla. Automáticamente me viene a la cabeza una casa colonial pintada de gris con postigos negros. Tal vez una imagen de una revista, o tal vez mi propia casa; no tardaré en averiguarlo. Trato de imaginar un gato o un perro, pero me quedo en blanco. Por lo visto, mi marido y yo nos contentamos con nuestra mutua compañía. Trabajamos juntos; Thomas me lo dijo. Él diseña atrezzo, piezas de decorados, y yo ayudo con los acabados. Vivir juntos, trabajar juntos, dormir juntos.

Debemos de querernos mucho; si no, no es de extrañar que le haya magullado la mandíbula.

A continuación... otro recuerdo: yo, sentada en una luminosa terraza acristalada. Zarcillos verdes de plantas colgando de la descomunal repisa de las ventanas. Suelo de baldosas, colores eclécticos en la pared. Yo, sentada en medio, pintando. Y sonriendo. De hecho, lo noto en mi cara. Estoy contenta.

La voz de Thomas, resonando desde el umbral, detrás de mí: «Eh, cariño, ¿comemos?».

Mi sonrisa se acentúa. Más contenta.

—Nicky.

Mi mente regresa al presente de golpe. Una inhóspita habitación de hospital. Yo, tendida en la cama, mi marido de pie a mi lado.

—La doctora Celik está dispuesta a dejar que te marches —me dice, cosa que enseguida me extraña, porque a tenor de su conversación no me había dado esa impresión en absoluto—. Pero tienes que prometer que descansarás, y tendremos que volver dentro de unos cuantos días para la revisión médica.

Asiento. Me duele la cabeza, aunque en un grado soportable. Acto seguido arrugo la nariz. Thomas lleva en la mano la bolsa de papel que tenía la médica. Percibo un fuerte olor a sangre y tierra. Pero también... a whisky. Del bueno. No sé si apartarme porque me repugna o abalanzarme hacia delante porque lo añoro.

—Tu ropa —dice Thomas, sujetando la bolsa en alto, marcada con el símbolo de riesgo biológico.

Tardo un momento en reaccionar; a continuación la cojo. De anoche, quiere decir. Del accidente.

No puedo evitarlo.

—¿Nos la podemos llevar? Pensaba que la policía... Dijiste que me harían preguntas.

—Tu tasa de alcoholemia marcaba 0,06 —me explica mi marido—. El límite legal en New Hampshire es de 0,08. En este momento, no tienen motivos para presentar cargos contra ti, y mucho menos para requisar tus efectos personales.

Asiento con la cabeza. Me pregunto si debería estar impresionada porque mi marido esté tan puesto en legislación. O preocupada.

—Pero la ropa está ensangrentada..., inservible. —Sigo confusa. ¿Por qué tiene él mi ropa andrajosa? ¿Qué más le da?

En vez de responder a la pregunta, señala hacia la ropa limpia que ha colocado a los pies de la cama del hospital.

—¿Podrás vestirme sola?

—Sí.

—Bien. Voy a bajar en un momento a la farmacia con tus recetas; vuelvo enseguida. Dame veinte minutos.

—¿Qué hora es?

—Las cinco y media.

—Está oscuro.

—Sí.

—A Vero no le da miedo la oscuridad —le informo.

Thomas suspira y sale de la habitación.

Nuestra casa es colonial, de dos plantas. No distingo el color, dado que es de noche. Tras conducir durante cuarenta minutos por pintorescas carreteras secundarias y sinuosas calles laterales, Thomas aparca en la puerta y apaga el motor. Ambos nos quedamos ahí sentados un momento. Sin hablar. Simplemente solos en la oscuridad.

Entonces Thomas abre su puerta, rodea el coche y me ayuda.

Todavía me duelen las costillas. Y el pecho, si trato de inhalar demasiado hondo. Pero me doy cuenta de que, si realizo movimientos suaves y me muevo despacio, me las apaño bastante bien. Hay cuatro escalones que ascienden a un porche cubierto. Una solitaria luz ilumina la puerta, que parece estar pintada en color vino. ¿O sangre? ¿No nos reímos sobre eso en una ocasión?

Thomas abre la puerta y me indica que entre.

Mi casa tiene un recibidor abovedado. Baldosas de pizarra abajo, una araña de hierro forjado arriba, una sinuosa escalera al frente. Me acerco a la mesa auxiliar de madera de cerezo sin apenas pensar. Dos fotografías enmarcadas. Resulta que en una aparecemos los dos, más jóvenes, más felices, risueños en una playa. El marco es de pedazos de cerámica e inmediatamente pienso en México. Qué buen viaje. Desayunábamos con tequila y pasábamos las tardes en motos acuáticas chocando contra las olas. Éramos temerarios, bobos, alocados, estábamos apasionada y locamente enamorados.

Añoro México. Todavía.

Lo siguiente, un retrato en blanco y negro. No de pareja ni mucho menos. Yo sola, iluminada por detrás con algo, tal vez con una lámpara de mesa. No se aprecia mi expresión, únicamente mi perfil, mechones de pelo oscuro rizado cayendo provocativamente. La imagen despide un aire pensativo, y la dejo en su sitio en un acto reflejo.

—Siempre me ha gustado esa foto tuya —dice Thomas. Deja caer las llaves en el cestillo de la mesa, al tiempo que trata de observarme disimuladamente.

Sé sin preguntar que él hizo esa foto y que yo había estado llorando justo

antes. Un ataque de llanto a lágrima viva, a moco tendido, hipando, que lo había inquietado hasta tal punto que había sacado la cámara para distraerme.

A veces lloro sin motivo alguno.

¿Ves? Después de todo, algo recuerdo de mí misma.

Sigo a Thomas al interior de la casa y me topo de frente con el sofá de piel de color chocolate, la mesa auxiliar de cristal. La cocina se encuentra junto a la sala de estar. Armarios de madera de arce más clara, porque yo no quería que fuese demasiado oscura. Una cenefa de azulejos verde mar porque me recordaban el océano. Una mesa de comedor para dos, el armazón de hierro forjado, con incrustaciones de mosaicos con mariposas porque siempre anhelé volar.

Esta es mi habitación. Además de la terraza acristalada anexa, con esa locura de paredes verde lima y magenta en alternancia. Thomas había refunfuñado al ver los colores. No me hagas hacerlo, había dramatizado, burlándose horrorizado. Pero se trataba de mi habitación, de mi espacio, y podía decorarlo a mi antojo, así que me había decantado por el verde lima con el magenta.

Lo que fuera menos un rosal pintado trepando por las paredes.

—El taller está en la parte trasera —dice ahora, señalando hacia la puerta de la terraza acristalada—. Aquí es donde tú trabajas. Allí es donde yo trabajo.

—¿No trabajamos uno al lado del otro?

—Rara vez. Yo construyo; tú pintas. Y el trabajo sale adelante entre los dos.

Me conduce a la planta de arriba. No hay cuadros en la pared y por algún motivo me sorprende, como si hubiera esperado lo contrario. La primera planta tiene tres dormitorios, incluido el principal con baño. Esa habitación tiene el techo retranqueado y una cama con dosel de madera de cerezo francamente enorme.

Lo primero que pienso es que de ninguna manera pude elegir esa monstruosidad tan formal. Debió de hacerlo Thomas, porque me espanta nada más verla.

Él no dice nada; se limita a concluir la breve visita guiada.

—¿Por qué una casa tan grande solo para nosotros? —pregunto—. ¿Acaso solemos organizar cosas, recibir a muchos invitados?

—Nos gustó esta casa, a pesar de ser más grande de lo que necesitábamos.

Y, en vista de que trabajamos juntos, a veces es agradable disponer de espacio de sobra.

Entro en el más pequeño de los dormitorios. Alberga un precioso sofá cama de hierro forjado pintado de blanco, cubierto con una colcha de color amarillo claro.

—Me gusta esta habitación.

No dice nada.

Toco un extremo de la colcha, la palpo en la mano. Es artesanal, tejida a mano. Pero no por mí, pienso automáticamente. La destreza que se aprecia supera con creces mis capacidades. Y sin embargo...

Sé quién hizo esta colcha. La echo de menos.

Y, durante un fugaz instante, vuelvo a tener esa sensación. Esa profunda sensación de vacío en el pecho. De anhelo.

—Puedes dormir aquí si quieres —dice Thomas en voz baja.

—Vale. —Ni siquiera lo miro. Esta habitación es mía; la de matrimonio es suya. Puede decirme lo que se le antoje. Lo tengo claro.

Thomas me pregunta si tengo hambre. La verdad es que sí. Volvemos a la planta baja, donde prepara dos tortillas de queso. Parto en rodajas un melón cantalupo, al tiempo que contemplo el fino filo de la hoja del cuchillo. Si esta cocina es mi territorio, está claro que me tomo el menaje en serio.

Nos sentamos a la mesa de comedor y me doy cuenta de que estoy moviéndome como una autómatas, siguiendo ya el ritmo que debo de haber desarrollado en el transcurso de los seis meses que llevamos viviendo aquí. Un tándem dando tumbos en doscientos metros cuadrados, con gusto por el mobiliario de ambiente acogedor y sorprendentemente pocos cuadros, cachivaches o adornos personales en las paredes.

Me pregunto si habremos terminado de desembalar las cajas de la mudanza. O si somos gente que opta por una decoración de interiores muy minimalista.

Después de cenar, Thomas propone que veamos una película. Pero noto que de nuevo le invade el cansancio, obviamente está hecho polvo. A diferencia de él, por fin me siento espabilada, curiosamente centrada, como si la neblina se estuviera despejando; si me concentrara lo suficiente, si lo procurara con ahínco, desvelaría todos los secretos del universo.

Le digo a Thomas que debería irse a la cama. Intenta protestar. Insisto y, finalmente, con gesto ceñudo, capta la indirecta.

Cuando desaparece en la planta de arriba, cojo el mando a distancia y compruebo que no me cuesta poner en funcionamiento el equipo ni sintonizar mis canales favoritos. Mientras no le dé demasiadas vueltas y me limite a actuar, no tengo ningún problema.

Pongo la cadena TV Land. Veo viejos episodios de *La isla de Gilligan*, lo cual parece un entretenimiento lo bastante inocuo para una mujer con lesiones cerebrales múltiples. Sin demasiadas emociones, sin amenaza de violencia. Bueno, salvo el capitán propinándole tortas con la gorra a Gilligan una y otra vez. No obstante, me niego a ver *Las chicas de oro*. Mi desesperación no llega a tanto.

Apago la tele, deambulo por la sala de estar. Descubro una pila de libros, la mayoría de bolsillo. Parece ser que me gustan las novelas de Nora Roberts, mientras que Thomas prefiere a Ken Follett. Vuelvo a entrar en la cocina y acto seguido, porque simplemente tengo que saberlo, paso revista a todos los armarios y después a la despensa.

Como era de esperar, no hay alcohol. Ni una sola lata de cerveza, ni una sola botella de vino. Y mucho menos una botella de whisky decente.

Por un momento, me siento decepcionada. Increíblemente, terriblemente. Porque ¿a que una agradable copa de whisky de malta sería perfecta en este momento?

Salgo de la cocina y me dirijo a la planta de arriba. Me cuesta respirar, pero sobrevivo a la subida. Vuelvo a la pequeña habitación de la colcha amarilla.

Me tiendo allí totalmente vestida, con las piernas rectas, las manos entrelazadas sobre mi pecho. Como una niña en un ataúd.

Y entonces, inhalo.

Vero.

Vuelve a ser pequeña. Pequeña y vivaracha, con las mejillas rechonchas y los puños regordetes. Ruidos de avión mientras corre por la minúscula habitación, brincando sobre cojines, tomando impulso para volar.

Te quiero, te quiero, te quiero.

Vero vuela. Vero se cae.

Pasos amenazantes por el pasillo.

Estoy soñando, me digo.

Sigo soñando, me recuerdo para mis adentros.

Mientras veo a Thomas irrumpir en la habitación.

Los Frank vivían en una casa colonial pintada de gris relativamente nueva. Postigos negros, un porche rodeado por una barandilla, un sinuoso camino de entrada de ladrillo que serpenteaba entre un coqueto parterre de flores. A esas alturas del otoño, aún sobrevivían algunos pensamientos maltrechos y esas cosas con forma de repollo que Wyatt nunca había sabido cómo se llamaban. Lo cual significaba que alguien había invertido tiempo y esfuerzo en remozar el jardín en otoño. ¿Nicky Frank? ¿Su marido, Thomas?

Había mucho que averiguar, motivo por el cual Kevin y Wyatt decidieron comenzar la mañana presentándose personalmente en la casa.

Wyatt no se quitaba de la cabeza los comentarios que había hecho Tessa el día anterior. ¿Qué sabían realmente de Nicky Frank, si nunca habían hablado con ella personalmente, incluido, entre otras cosas, hasta qué punto se acordaba de sus últimos tres «accidentes»? Porque los coches rara vez salían despedidos de la carretera en punto muerto. Podía suceder, supuso. La conductora se queda traspuesta, deja el coche sin marchas de un golpe mientras desciende en punto muerto por una pendiente pronunciada; pero no parecía probable. De ahí que Wyatt se planteara también lo del whisky. ¿Había estado bebiendo Nicky por voluntad propia? ¿O alguien había hecho lo posible por asegurarse de que una mujer con un traumatismo craneal diagnosticado y que no podía beber por prescripción médica no reaccionara al volante?

A veces al trabajar en un caso tenías una buena pista, y otras más bien una corazonada. Lo bueno de ser sargento era que Wyatt tenía que guiarse por sus corazonadas. Búsqueda en todo el condado de una niña de la que sin embargo seguía sin haber el más mínimo registro, ni siquiera de su existencia. Sí, el

sheriff le había echado una bronca por eso. No obstante, hasta el jefe coincidía en que había algo en esta pareja, la sucesión de accidentes de la mujer, el constante delirio sobre una niña desaparecida, que no encajaba.

Wyatt hizo los honores de llamar a la puerta. Era de color berenjena y parecía recién pintada. Le daba la impresión de que los Frank habían dedicado tiempo y energía a darle un lavado de cara a la casa desde que la habían comprado hacía seis meses. ¿Señal de que por fin se habían asentado? Porque la noche anterior Kevin había repasado la trayectoria de la pareja, y decir que se mudaban con frecuencia sería quedarse corto. Dos años era lo máximo que habían pasado en un sitio. Por lo demás, su *modus operandi* parecía ser hoy aquí, mañana en otro lugar.

¿En busca de negocios, un marido ocultando su rastro o una pareja inquieta sin más? Más preguntas que plantearse.

A Wyatt le gustaban los retos.

De ahí su relación con Tessa.

Volvió a llamar, esta vez con más ímpetu, con más insistencia. Por fin, sonido de pasos procedentes del interior. Un segundo después, se abrió la puerta y apareció Thomas con aire desaliñado.

—Buenos días —dijo Wyatt con entusiasmo.

El hombre, descalzo y en ropa deportiva, se quedó mirándolo.

—¿Qué hora es?

—Las ocho.

—¿No es un poco temprano para ir de visita?

—Hemos traído café.

Thomas frunció el ceño.

—Señor —terció Kevin, para hacer presión—. Tenemos que hacerle unas preguntas a su mujer.

—Está durmiendo; necesita descansar...

—No pasa nada. —Nicky asomó por la escalera, por detrás de Thomas. También iba vestida de manera informal: mallas, un jersey holgado, y llevaba el pelo mojado, como si se acabara de duchar.

Incluso a esa distancia, Wyatt distinguió las sartas de puntos que le tachonaban la frente, el ojo izquierdo, el lado derecho de la mandíbula inferior, y, ni que decir tiene, la infinidad de moretones y abrasiones que le afeaban la tez. El día anterior, tenía mal aspecto. Ese día, aún peor; seguramente así sería mientras las magulladuras siguieran su curso. Pero la

mujer estaba de pie. Con la cabeza erguida. Los ojos, cristalinos.

Wyatt sintió la punzada del depredador acechando su caza mayor. La mañana pintaba bien.

Thomas retrocedió a regañadientes para dejar pasar a los dos agentes a su casa. Wyatt y Kevin entraron sin pensárselo dos veces y cerraron la puerta tras de sí. La primera impresión que tuvo Wyatt fue que la casa era agradable, despedía un aire limpio y moderno, pero curiosamente aséptico. No parecía tanto un hogar como un decorado. Aquí el sofá de Pottery Barn; aquí, la mesa de centro del tamaño apropiado; aquí la alfombra suave y acogedora. Hasta que no llegaron a la cocina, que conducía a una estrambótica terraza acristalada pintada de colores chillones, no apreció ni un atisbo de personalidad. Entonces, a juzgar por la manera en que Thomas evitaba mirar hacia las paredes de vivos colores, Wyatt intuyó que la habitación era acorde al estilo de Nicky y no al de su marido.

Kevin dejó la bandeja de cartón con los cuatro cafés sobre la encimera de la cocina. Thomas suspiró, aceptó el chantaje. Pero Nicky se sirvió un vaso de agua.

—¿Bebo café? —preguntó a su marido con patente curiosidad.

—Prefieres el té —la informó Thomas.

—Pero me encanta el olor.

Thomas alzó la vista hacia su mujer.

—No tienes por qué hablar con ellos, ¿sabes? No rebasaste el límite legal para considerar que conducías bajo los efectos del alcohol, ¿recuerdas? —Los fulminó con la mirada, como si para él fuera importante que supieran que estaba al tanto—. Por no mencionar que la doctora Celik dijo que necesitabas descanso. Si estás cansada, deberías ir a tumbarte. Yo puedo hacerme cargo de esto.

¿Un cuidador fornido y resuelto, se preguntó Wyatt, o simplemente un marido que no quería que su mujer hablase con los polis bajo ningún concepto?

Lo realmente interesante era que intuía que Nicky se estaba preguntando lo mismo.

—Solo son unas cuantas preguntas —señaló Wyatt—. Al margen de que el conductor dé positivo o no, nuestra obligación es investigar todos los accidentes. Interrogatorios rutinarios y esas cosas. No tardaremos mucho.

—No me importa —dijo Nicky—. Podemos ir a la terraza acristalada. Te

llamaré si necesito algo.

Aunque Thomas seguía remiso, cogió su café y se marchó.

Según la información recabada, Thomas efectivamente tenía y gestionaba su propia empresa, Ambix Productions. El año anterior había ganado doscientos cincuenta mil dólares, lo que explicaría la bonita casa, los coches de lujo. Los Frank tenían un saldo actual de cuarenta mil dólares en el banco, un colchón decente si la mujer seguía incapacitada para trabajar. Muy lejos de ser una pareja al borde de la ruina, como Thomas había insinuado en el hospital. Quizá fuera un tipo meticuloso, o adicto al trabajo. No cabía duda de que la sucesión de lesiones de su mujer le había quitado tiempo, y no solo durante un par de semanas, sino por lo visto en los últimos seis meses.

O sea, ¿que tenía una buena razón para mostrarse sobreprotector con su esposa? ¿O, de nuevo, más juegucitos de secretos y mentiras? En días así, a Wyatt francamente le encantaba su trabajo.

Al irse Thomas, Nicky condujo a Wyatt y Kevin a la luminosa terraza acristalada. Wyatt se percató de que la mujer caminaba con tiento, todavía aquejada de dolores y molestias, pero a simple vista de buen ánimo.

—Me gusta esta habitación —dijo al tomar asiento en una de las butacas acolchadas. Wyatt y Kevin se pusieron cómodos en dos butacas de mimbre a juego situadas frente a ella—. Esta es mi habitación —continuó, doblando una pierna bajo su cuerpo—. Y el dormitorio amarillo de la planta de arriba; esa también es mi habitación.

—¿Reconoce su casa? —preguntó Wyatt—. ¿Se siente a gusto aquí?

—Sí. Siempre que no piense demasiado... Si me limito a hacer cosas, por ejemplo, a coger un plato, doy con él enseguida. Mientras que si me paro a pensar dónde pueden estar los platos... Ahí es donde la cosa se complica.

—Está ejercitando la memoria muscular —terció Kevin.

Nicky se encogió de hombros. Su melena oscura, cuyos rizos le enmarcaban el rostro, estaba empezando a secarse. Wyatt reparó en que era una mujer atractiva, o que lo sería una vez que se curaran sus magulladuras y cortes.

—¿Le duele la cabeza hoy?

—No. Simplemente estoy... dolorida. Por todas partes. Como si mi cuerpo entero hubiera pasado por un centrifugado o algo así. La médica me ha recetado unos analgésicos, pero creo que, a corto plazo, no me separaré del ibuprofeno.

—¿Cómo está Vero? —preguntó Wyatt para ponerla a prueba—. ¿Se encuentra mejor también?

Nicky, frente a él, se quedó inmóvil y lo miró con expresión sincera.

—¿Piensa que estoy loca, sargento?

—Todavía no lo sé.

—No tengo ninguna hija.

—Y, sin embargo, ayer...

—Acababa de sufrir un grave accidente, de golpearme en la cabeza. Otra vez. Está claro que estaba aturdida y confundida.

—¿Ha tenido un hijo alguna vez?

—No. Soy estéril. Los niños siempre han estado descartados para nosotros. —Esbozó una tenue sonrisa—. Qué gracia, me cuesta recordar el nombre de mi marido. Pero mi propia infertilidad... Ese es un recuerdo del que no tengo escapatoria.

Wyatt hizo una pausa; no estaba seguro de qué conclusión sacar de esta confesión. No podía tener hijos, pero a lo mejor añoraba uno en lo más hondo, de modo que, sometida a presión, ¿su subconsciente se había inventado uno? Es posible, supuso. No obstante, sobrepasaba con creces los límites del ámbito policial.

—¿Por qué el nombre de Vero? —preguntó Kevin.

—No lo sé.

—¿Es un nombre de familia? ¿De su madre, una hermana, una tía abuela, de algún familiar?

—No tengo familia.

—¿A nadie en absoluto? —interrumpió Wyatt.

Lo observó fijamente con una mirada lúcida.

—No. A nadie en absoluto. Solo estamos Thomas y yo. Créame, es suficiente.

De acuerdo. Wyatt tomó nota mentalmente. La inquietud que Tessa había mostrado el día anterior cobraba cada vez más sentido. Porque estaba claro que Nicky Frank llevaba una vida muy solitaria. Solo ella y su marido. Salvo que su marido no era el que tenía «accidentes» cada dos por tres.

—¿Se acuerda de la noche del miércoles? —preguntó Wyatt.

—La noche del accidente.

—Sí.

—No.

—¿No?

—No. De nada. Intento visualizarlo..., pero tengo la mente en blanco.

Wyatt miró fugazmente a Kevin, que respondió con un asentimiento de cabeza e intervino.

—Señora Frank, ¿le importa probar una cosa conmigo? Es un ejercicio para recuperar la memoria. A lo mejor le ayuda a refrescarla.

—¿En qué consiste?

—Simplemente relájese y permanezca sentada. Voy a intentar que repase la noche con más detalle, concentrándose en sus sentidos. Ya sabe, lo que olió, oyó, ese tipo de cosas. Es como escarbar en la memoria dando un rodeo en vez de intentarlo de frente. A veces, la diferencia radica en eso.

—No es hipnosis, ¿verdad?

—Ni mucho menos.

—Porque mi cerebro ya está lo bastante dañado. Lo que me faltaba es que alguien lo manipulara.

—Ni manipulaciones, ni sugerencias. Sencillamente voy a plantearle una serie de preguntas para que me responda con lo primero que le venga a la cabeza.

Nicky apretó los labios sin dejar de mirarles con recelo. Pero, acto seguido, dio un breve y leve asentimiento. Accedía a hacerlo.

—De acuerdo. Cierre los ojos. Respire hondo. Es miércoles por la tarde. Son las cinco. ¿Dónde se encuentra?

—En casa.

—¿Qué lleva puesto?

—Vaqueros. Un jersey de cuello alto negro. Un forro polar gris.

—¿Qué sensación le produce la ropa?

—Suave. Confortable. Es uno de mis conjuntos favoritos.

—¿Qué está haciendo en casa?

—Estoy... preparando la cena. Pechugas de pollo. Las he marinado esta mañana con un aliño italiano. Ahora tengo que cocinarlas. Creo que voy a sofreírlas y luego a ponerlas al horno. Debería hacer arroz también. A lo mejor hervir un poco de brócoli. —Hace una pausa—. Me duele la cabeza.

—¿Se toma algo?

—Ya lo he hecho. Cuatro comprimidos de ibuprofeno. Pero no ha bastado. El olor del pollo... me está revolviendo el estómago.

—¿Qué hace?

—Tengo que tumbarme. A veces, envuelvo una bolsa de hielo en una toalla y me la pongo sobre los ojos. Surte efecto.

—¿Ahora?

—Meto el pollo en el horno. Pongo el temporizador para que no se quemé. Cambio de idea respecto al brócoli; el arroz está controlado en el fogón. No tengo que estar pendiente de eso. Cojo la bolsa de hielo y me dirijo al sofá.

—¿Dónde está su marido?

—No lo sé.

—¿Se encuentra en la casa?

—No lo sé.

—¿En el taller, tal vez?

—No lo sé.

—Vale. Se tumba con la bolsa de hielo.

—Creo que me quedo dormida. Me reconforta la oscuridad y el frío. Cierro los ojos. Me gusta dormir. Cuando duermo, Vero viene a verme. Está contenta, lleva su vestido estampado favorito. Tiene ganas de bailar, así que la agarro de los brazos y damos vueltas y vueltas. Salvo que ahora estamos en la habitación pequeña, con la alfombra azul raída y las ventanas cerradas a cal y canto y las camas individuales tan pegadas la una a la otra que bien podrían ser una sola. El fin se acerca. Esta es la habitación de la despedida. Me consta cada vez que miro la alfombra. Debería parar. Me cuesta horrores seguir viéndola así. Pero la adoro. Siempre la he adorado. Y lo lamento. Jamás imaginé hasta qué punto podía lamentar algo una persona, hasta que se convierte en un lastre que te hunde y, oh, Dios mío, otra vez los pasos. Al fondo del pasillo. Ambas tenemos que escapar. Salvo que una de las dos jamás lo consigue. Siempre yo, nunca Vero.

—Nicky... —Wyatt examinó a la mujer atentamente. Seguía con los ojos cerrados. No los miraba, sino que permanecía sumida en su recuerdo de un recuerdo. Y estaba llorando. Fuera o no consciente de ello, un torrente de lágrimas resbalaba por su rostro.

—¿Se despierta? —preguntó Kevin con delicadeza.

—El temporizador se apaga. El pollo. Listo.

—¿Qué hace?

—Thomas. Está de pie en la sala de estar. Me observa fijamente. A lo mejor grité; a lo mejor dije su nombre. No debería haberlo hecho. Saco el pollo del horno. Lo sirvo en los platos. Sirvo el arroz. Pongo la mesa.

Thomas me observa. Me dice que está bueno. Una de mis primeras cenas dignas. Comemos en silencio. Antes no comíamos así, ya saben. Charlábamos y charlábamos y charlábamos. Nos amábamos.

Wyatt y Kevin se cruzaron la mirada.

—¿Qué hace después de cenar? —preguntó Kevin.

—Lavo los platos.

—¿Y Thomas?

—Tiene trabajo. Su trabajo es muy importante. Se pone a trabajar. Yo recojo la cocina. Pero se me cae un plato. Se rompe en el suelo. Me tiemblan las manos. Estoy cansada. Débil. Antes solía encontrarme bien, pero ahora me siento cansada constantemente. Thomas se muestra muy paciente conmigo. Tiene muchísimo trabajo, y para colmo la carga de estar pendiente de su mujer. Recojo los trozos del plato con cuidado, los tiro al cubo de la basura de fuera, donde con suerte no dará con ellos. No quiero que se disguste.

—¿Qué ocurre cuando Thomas se disgusta? —presionó Kevin.

—No quiero que Thomas se disguste —repitió Nicky.

—Después de recoger los pedazos, ¿qué hizo?

Nicky se quedó callada. Seguía con los ojos cerrados; las lágrimas se le estaban secando sobre las mejillas.

—No debería hacerlo —susurró—. Está mal. No debería hacerlo. Se enfadará. No debería hacerlo.

—¿Hacer qué, Nicky?

—Chsss. Voy a abandonarle.

—Pero no lo hago —apostilla, al cabo de treinta segundos—. No puedo. Lo necesito. Es el único que me mantiene a salvo.

—¿A salvo de qué? —preguntó Kevin.

—Ni se imagina.

—¿Tienen usted y su marido enemigos? ¿Les ha amenazado alguien?

—Las espinas gotean sangre. Esas espantosas rosas, trepando por la pared.

—Nicky...

—Usted no entiende hasta dónde llega mi maldad.

Se expresó con claridad, pero, una vez más, Wyatt sintió una punzada. Cada vez tenía más claro que se trataba de una mujer maltratada, de una

mujer manipulada para tener un mal concepto de sí misma, para sentir que le fallaba a su marido constantemente.

—Estoy cansada —dijo en voz baja—. Me duele la cabeza.

—Solo un minuto más —insistió Wyatt—. ¿Le duele la cabeza como aquella noche?

—Sí. Debería ir a por hielo. Tumbarme.

—¿Qué ha dicho que llevaba puesto? —Kevin volvió atrás, una estrategia para que retomara el hilo del interrogatorio.

—Vaqueros. Un jersey de cuello alto negro. Mi forro polar gris favorito.

—¿Se encuentra a gusto?

—Sí.

—Tumbada en el sofá. Pero le duele la cabeza.

—Sí.

—¿Cuándo se pone el abrigo?

Una pausa. Ojos cerrados. Nicky frunce el ceño.

—¿Abrigo?

—¿O primero cogió las llaves del coche? —preguntó Wyatt para sonsacarla. Tomó nota mentalmente para hacer una comprobación en el hospital. El personal le había entregado a Nicky en una bolsa la ropa que llevaba puesta aquella noche. El mero hecho de que ellos no tuvieran potestad para requisar las prendas no implicaba que no pudieran preguntar a las enfermeras o a los técnicos de emergencias sanitarias por ellas. ¿Llevaba puesto un abrigo Nicky cuando ingresó? Porque en el coche no había ninguno.

Pero Nicky negó con la cabeza.

—Estoy descansando en el sofá.

—¿Cuándo vuelve a levantarse?

—Vero —susurra.

—¿Vero?

—Yo quería volar. Igual que Vero. Pero las niñas pequeñas no vuelan, ¿sabe? Se estampó. Yo me estampé. Y ahora tengo que encontrarla. Es la única razón por la que volví de entre los muertos.

—¿Subió al coche para buscarla? —preguntó Kevin.

—No, salí del coche para buscarla.

—¿Adónde fue con el coche, Nicky?

—¿Con el coche?

—Se encuentra en el coche, se interna en la noche.

Nicky negó con la cabeza. Abrió los ojos y los miró abiertamente.

—No estoy conduciendo —dijo—. Estoy descansando en el sofá.

Wyatt la escrutó atentamente al tiempo que la primera pieza del rompecabezas encajaba con un clic.

—¿Entonces quién le ofreció el whisky?

Pero Nicky no respondió.

Pensaba que solo te iban a hacer unas cuantas preguntas.

Me quedo mirando a mi marido. Los detectives se han marchado, Thomas vuelve a aparecer enseguida. Reflexiono sobre lo que los detectives no me han dicho; por ejemplo, que abordar el recuerdo dando un rodeo es como rozarse con siluetas siniestras en un pasillo a oscuras. Mis recuerdos se muestran distantes incluso conmigo. Como si no quisieran que los molestaran.

—¿Tenemos amigos?

Thomas me mira extrañado. Se ha duchado mientras yo hablaba con la policía. Lleva el pelo húmedo sobre la nuca. Me dan ganas de tocárselo con las yemas de los dedos.

—Aún no —responde.

—¿Qué quieres decir?

—Acabamos de mudarnos aquí; después te caíste por las escaleras y... Da la impresión de que desde entonces no hemos parado de reunirnos con especialistas.

—No recuerdo haberme caído por las escaleras.

—La médica dice que eso es habitual cuando hay conmociones.

—No recuerdo hacer la colada.

Se encoge de hombros.

—Esa tarea es tuya. No te gustaba que me encargara yo, dijiste que echaba a perder tu ropa interior.

Las palabras encuentran un eco en mi cabeza. Efectivamente, lo dije. Y, efectivamente, yo me ocupé de la colada. Sin embargo, no visualizo la lavadora ni la secadora. A lo mejor pasa como con los platos en la cocina,

que no consigo recordar dónde están; que tengo que echar mano de ellos y punto.

—¿Me está permitido entrar en tu taller?

Thomas esboza una sonrisa torcida. Se acerca a mí y me susurra al oído:

—¿Por qué? ¿Te preocupa que guarde allí los cadáveres de mis mujeres?

—Sí —contesto con seriedad.

—Pues vamos. Te llevaré al taller. Puedes contemplar mi genialidad por ti misma.

Se ha cambiado de ropa y lleva unos vaqueros y una camisa de franela azul. Ahora se pone un chaleco acolchado y se dirige a la puerta trasera de la terraza acristalada. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que las botas de faena estaban cuidadosamente colocadas al lado de la puerta. Se las pone y hace un gesto hacia mis pies descalzos. Rezagada, voy hacia el recibidor, donde abro el armario y saco unas zapatillas de estar en casa L.L. Bean de suela de goma sin pensármelo. Otro recuerdo de memoria muscular fruto de llevar seis meses viviendo en esta casa, creando estos patrones.

Hace frío fuera. Al salir me da un escalofrío por la humedad. El cielo está gris, el suelo sigue mojado por los días de lluvia. La época de finales de otoño en Nueva Inglaterra no es bonita. Los árboles están desnudos; el césped, marrón. Noviembre, más que una estación, es una transición de los intensos rojos de octubre al suave blanco de diciembre.

Deberíamos pasar noviembre en Arizona, pienso, y casi automáticamente me consta que lo hemos comentado. Yo había sacado el tema a colación después de una de mis lloreras, cuando se me hacían insoportables los días cortos y los cielos encapotados.

Pero era obvio que no habíamos ido. Tal vez por mis conmociones cerebrales. Incluso por entonces ya era cara de mantener.

El taller es más grande de lo que imaginaba. Desde luego más grande que un cobertizo al uso, más parecido a un garaje para un solo coche. Las paredes son de aluminio gris, como un edificio prefabricado que han dejado caer en la parte de atrás de la parcela. No tenemos vecinos a la vista que pongan el grito en el cielo por la desagradable vista, solo nosotros, y supongo que no nos desagradaba, porque fuimos nosotros quienes lo instalamos aquí. El propio Thomas puso las losas; en ese sentido es un manitas. Después unos hombres trajeron los paneles y en cuestión de días estaba listo. Básico pero con aislamiento, caldera de gas y electricidad. No hay fontanería; Thomas entra a

casa a por agua.

En primavera, yo quería plantar unos arbustos o delimitarlo con setos y flores para suavizar la vista del anodino taller desde la casa. Otro proyecto que comentamos Thomas y yo. Otro proyecto que ahora, en vista de mi serie de «accidentes», probablemente jamás llevaremos a cabo.

El sargento Wyatt había dado a entender que yo estaba aislada, hasta puede que corriendo peligro junto a mi marido. ¿Cuántas conmociones cerebrales podía tener una mujer casada y por qué, al cabo de seis meses, no teníamos amigos? ¿Ni siquiera habíamos entablado relación con los vecinos?

Pues así era. Me constaba incluso antes de preguntárselo a Thomas; solo estamos él y yo y así ha sido durante muchísimo tiempo. Nos decimos el uno al otro que somos felices, pero creo que mentimos. Y tal vez no solo el uno al otro, sino a nosotros mismos, porque esa es la mentira más fácil de decir, y la más difícil de desenredar después.

La puerta del taller tiene un cerrojo. Thomas se saca la llave del bolsillo, hace los honores. Pienso que el cerrojo está de más hasta que veo la cantidad de material que hay dentro.

No pienses dónde está el plato, simplemente ve a por él, me digo para mis adentros. Pero aquí no se aplica la lógica. No hay memoria muscular a la que recurrir; nada más adentrarme en las profundidades del espacio con olor a moho me desorienta por completo. Este es el territorio de Thomas, no el mío, y enseguida me siento confundida y levemente ansiosa.

Thomas enciende de golpe las luces del techo. Parpadeo y en un acto reflejo me llevo una mano a los ojos para impedir que me deslumbren. Thomas repara en mi gesto y le da a otro interruptor para apagar la mitad de las luces. Solo entonces puedo bajar la mano, observarlo todo.

Me sorprende la amplitud del espacio, las vigas vistas, el techo abovedado. Justo enfrente hay una fila de mesas plegables colocadas de punta a punta. Un espacio de trabajo, como una encimera para diseños de producción.

Las paredes están flanqueadas por un tablero y estanterías metálicas, el tablero cubierto de herramientas de diversos tipos y las estanterías, atestadas de pedazos de madera, tubos de plástico y otros materiales sin tratar. El perímetro del taller me sobrepasa. Demasiado revuelto, demasiado saturado. En vez de fijarme en eso, me da por centrarme en un único aparato, nuevo, más o menos del tamaño de una impresora descomunal y colocado en un lugar de honor, encima de su propia mesa. Al acercarme a la máquina huelo a

plástico y siento una extraña sensación de terror.

Discutimos por eso. Él lo quería; yo no. Parece ser que perdí, porque ahí está y todavía estoy resentida.

—¿Qué es? —pregunto.

Thomas me observa atentamente. ¿Se estará preguntando si recuerdo la anécdota de la máquina? ¿Se estará planteando hasta qué punto darme detalles incluso a estas alturas? A fin de cuentas, si su mujer no se acuerda de la riña, ¿quién es él para reavivar su enojo?

—Es una impresora 3D —responde por fin.

Asiento y varias piezas más de mi memoria encajan en su sitio.

—Haces un diseño digital del objeto encargado, el que sea, después lo mandas a la impresora y crea una réplica de plástico en tres dimensiones.

—Efectivamente.

—¿Como un cuchillo de pega para un plató de cine?

—Es posible, pero ya existen empresas especializadas en armas. Casi toda la gente de decorados se limita a pedir por catálogo ese tipo de artículos corrientes. A mí podrían encargarme, digamos, el diseño de un trofeo para una escena de una competición donde al final gana el que lleva las de perder. Hago la parte superior de plástico y la monto en una base de madera a medida; luego tú le darías el toque final con un baño de pan de oro. Más adelante, durante la promoción de la película, podríamos crear montones de réplicas en miniatura para distribuir las entre los dueños de los estudios, críticos, quien sea.

Asiento con la cabeza. Lo que dice tiene toda su lógica. Entonces, ¿por qué estoy segura de que me está mintiendo?

Me oigo a mí misma decir:

—Las impresoras 3D pueden utilizarse para fabricar pistolas de plástico.

—Cierto.

—¿Haces eso para películas?

—Como te he comentado, las piezas corrientes para decorados como las pistolas de pega salen más baratas por catálogo.

Lo miro.

—¿Fabricas pistolas de verdad?

—¿Para qué? Las pistolas de verdad, igual que la utilería de Hollywood, salen más baratas pidiéndolas por catálogo... o comprándolas en una esquina.

—Pero las pistolas de plástico no dejan rastro.

—Me parece que a los traficantes de las calles no se les da nada mal borrar números de serie con una lima o eliminarlos con ácido.

—Te has documentado sobre esto.

—Porque esos fueron los argumentos que sacaste a colación cuando planteé comprar la máquina. La impresión en 3D está cambiando el mundo, desde la industria y la medicina hasta la..., sí, la utilería de cine. Procuero que seamos punteros. Pero tú ves peligro por todas partes.

Tiene razón; así es. Lo que me hace preguntarme cuál fue el detonante de esa sensación de paranoia tan aguda.

—¿Te gusta tu trabajo? —le pregunto ahora. La respuesta me suscita curiosidad.

—Sí. Es creativo, tangible, flexible. Podemos vivir en cualquier parte, trabajar las horas que queramos. Somos muy afortunados de poder hacer esto.

—¿A mí me gusta nuestro trabajo?

Se encoge de hombros y aparta la mirada, lo cual me escama.

—A ti te gusta pintar, y parte de este trabajo es pintar. Pero últimamente...

—Alza la vista, me observa detenidamente—. ¿Qué opinas, Nicky?

—Quiero dejarlo —me oigo decir a mí misma—. Quiero salir de esto.

—¿Para hacer qué?

Abro la boca, pero no encuentro las palabras.

—No lo sé. Lo único que quiero es... salir de esto.

—Nos mudamos aquí para empezar de cero. Hemos vivido en Atlanta, pero decías que echabas de menos la nieve. Así que nos documentamos en internet y surgió lo de New Hampshire. Pronto habrá un montón de nieve aquí. La pregunta es: ¿serás feliz por fin?

—¿Por qué no recuerdo haberme caído por las escaleras del sótano?

—La conmoción cerebral lo borró de tu mente.

—¿Y me tropiezo con una puerta meses después? ¿No debería acordarme de eso?

—Otra conmoción, otra laguna mental.

—No recuerdo haber conducido la otra noche. No recuerdo haberme puesto el abrigo, coger las llaves ni sentarme al volante. No soy tan estúpida, Thomas. Debería recordar al menos una fase del proceso.

—Igual no. La médica dijo que no hay normas estrictas en lo tocante al síndrome posconmocional.

—¿Me emborrachaste?

—¿Qué? —Por primera vez, se queda atónito.

—¿Me serviste la primera copa de whisky? Eso es lo que quieren saber los detectives. ¿Me emborrachaste y después me metiste en el coche?

—¡Claro que no!

—Entonces, ¿quién? No es que tengamos amigos precisamente.

Thomas pierde los estribos. Se pasa la mano por el pelo, da un paso al frente, alterado.

—Nadie te sirvió una copa de whisky. Ni siquiera había visto la botella por la casa. Seguramente la compraste tú misma. Después de marcharte. Porque, recuerdes o no que cogiste el coche, Nicky, aquí no estabas. Te busqué por todos los rincones de la casa. No estabas, y el coche tampoco.

—No me acuerdo de...

—24 de agosto de 1993. Fuimos caminando al Café du Monde a por buñuelos recién hechos. Tú nunca los habías probado, así que te atiborré con media docena. Y luego, cuando seguías riendo y comentando que era lo más bueno que habías probado en tu vida, te besé. Nuestro primer beso. Sabía a canela y azúcar glas. Jamás me he cansado de besarte desde entonces. ¿Te acuerdas?

Da un paso para acercarse más. Sus ojos son oscuros, cautivadores.

—Sí —respondo.

—Tres noches después, en un cuchitril, con un colchón pelado en el suelo, sin una mísera televisión para entretenernos, hicimos el amor por primera vez. Después te echaste a llorar y a mí me entró el pánico, pensando que te había hecho daño. Entonces lloraste a lágrima viva y me dijiste que te abrazase, de modo que eso fue lo que hice. A veces todavía lloras después del sexo. Así que todavía te abrazo, igual que hice aquella noche. ¿Te acuerdas?

—Sí.

—1 de septiembre de 1993. La producción ha terminado y la película está lista. Se acabó. «¿Y ahora qué?», te pregunto. Pero no me respondes. Ni te dignas mirarme. De modo que te agarro por los brazos. «Suéltame —dices—. Me estás haciendo daño». Pero hago caso omiso. Te levanto la barbilla; te obligo a mirarme a los ojos. «Te quiero —digo—. Te quiero y te necesito. Quédate conmigo y te haré la mujer más feliz del mundo. Haré lo que sea por ti con tal de tenerte». ¿Te acuerdas?

—Sí.

—«Te protegeré, aun a costa de mi propia vida». Te lo prometí. ¿Te

acuerdas?

Soy incapaz de sostenerle la mirada, pero no tengo escapatoria. Me tiene arrinconada contra una de las mesas plegables, y está justo delante de mí. Tan cerca que percibo el calor de su cuerpo, que aspiro de nuevo la fragancia de su piel. Se me aflojan las rodillas.

Pero también me siento atrapada.

Y, durante un segundo, me dan ganas de arremeter contra él.

Alzo la barbilla.

—No tenemos mascotas; no tenemos amigos; nos mudamos cada dos por tres.

—A petición tuya, no mía. 2 de septiembre de 1993. Nos marchamos de Nueva Orleans. Según dices, necesitas irte. Sin explicaciones. Según dices, necesitas una nueva identidad. Sin explicaciones. Yo también debería probar con una nueva identidad. Ninguno de los dos menciona la cantidad de veces que te despiertas chillando en mitad de la noche. Ninguno de los dos comenta el hecho de que cada vez estás más asustadiza, de que constantemente cierras con llave las puertas, estás en guardia, te entra un sudor frío. Necesitabas marcharte, así que lo hicimos. Necesitabas tener una nueva identidad, así que lo hicimos. Por ti, Nicky, pasé los dos años siguientes cambiando de ciudad e inventando nombres prácticamente cada semana hasta que pasaste lo peor de tu estado de pánico y finalmente te acostumbraste a ser mi mujer. Porque hasta ese punto te quería. ¿Te acuerdas?

Te quería, pienso, reparando en el uso del pasado.

Pero sigue apretujándome, sigue a la espera de una respuesta. ¿Me acuerdo? ¿Me acuerdo? ¿Me acuerdo? ¿Del momento en que este mismo hombre accedió a ir a cualquier parte, a adoptar cualquier identidad, por mí? ¿Del momento en que le supliqué a este mismo hombre que nos marcháramos, y accedió a seguirme?

El olor de los buñuelos. El sabor del azúcar glas. Thomas, más joven, pero igual de sombrío, igual de intenso.

Ahora lo miro. Ahora lo veo.

Y musito:

—Sí.

Bien. A ver si resolvemos esto.

A las once de la mañana, un día desapacible y gris, Kevin y Wyatt regresaron al escenario del accidente. El Audi Q5 por fin había sido retirado. Habían hecho falta cuerdas para remolque, una polea y muchísimos tacos por parte de la policía estatal, pero habían realizado el trabajo.

Ahora solo quedaba la maraña de arbustos aplastados, pequeñas ramas partidas y piedras sueltas para indicar la trayectoria que había realizado el vehículo al precipitarse en picado al fondo del barranco. Y, claro está, las huellas incrustadas en el barro junto a la carretera. Ahí era donde Kevin y Wyatt se encontraban ahora. Asomados hacia donde había ido a parar, preparados para volver a empezar desde el punto de partida.

—Sabemos que la botella de whisky se compró con la tarjeta de crédito de Nicky a quince kilómetros de aquí, alrededor de las diez. La noche del miércoles.

—Correcto —convino Kevin.

—Pero no tenemos declaraciones de testigos que la sitúen en la tienda.

—El vendedor dice que había demasiada gente como para acordarse de una mujer en particular.

—Y da la casualidad de que el sistema de seguridad no era fiable.

—Cuando grabas una y otra vez sobre discos antiguos no tiene más remedio que fallar.

—O sea, que sabemos que ella o alguien de su entorno consiguió el whisky.

—Por ejemplo su marido —apostilló Kevin.

—Ese hombre me da mala espina —comentó Wyatt—. Tres conmociones

cerebrales me suenan más a patrón que a casualidad. Pero la pregunta sigue siendo esta: si el whisky se compró alrededor de las diez, ¿luego qué?

—Se llevó la botella a la casa y emborrachó a su mujer —sugirió Kevin.

—Cuando da la impresión de estar lo bastante borracha..., cosa que sucede cuando aún está por debajo del límite legal establecido, pero, claro, dadas sus múltiples conmociones...

—Probablemente dio por sentado que a efectos legales lo superaba.

—Carga con ella hasta el coche —continuó Wyatt.

—Se la lleva y se detiene en medio de la nada.

—O tal vez en un lugar concreto —corrige Wyatt—. En un punto con el grado de pendiente adecuado, que termina en una curva con un ángulo lo bastante cerrado a la izquierda, y al mismo tiempo lo bastante aislado del tráfico habitual; sale del coche, coloca a su mujer en el asiento del conductor y a continuación pone el coche en punto muerto y deja que la gravedad se ocupe del resto. No valía cualquier tramo de carretera. Necesitó estudiarlo, planificarlo de antemano.

A continuación Kevin y él se dirigieron hacia lo alto de la pendiente. Desde allí, el ángulo de cuarenta grados parecía sorprendentemente pronunciado, sobre todo teniendo en cuenta la señal de precaución amarilla al fondo, que alertaba a los conductores sobre la curva inminente. En ese tramo de carretera probablemente se produjeran accidentes con bastante regularidad en días lluviosos. O sea, que con un poco de empeño...

—Creo que no tuvo más remedio que empujar el coche —dijo Kevin—. Para conseguir que acelerara lo suficiente como para salir volando por el borde...

Wyatt miró hacia abajo y se mostró de acuerdo con la observación de su detective.

—De modo que Thomas coloca a su mujer al volante, le abrocha el cinturón de seguridad y después pone el coche en punto muerto. No tuvo más remedio que darse prisa: no cabe duda de que el Audi empezó a rodar cuesta abajo en cuanto cerró la puerta. Luego se coloca detrás del vehículo y empuja para que gane velocidad.

Los detectives acompañaron con gestos la escena.

—Podría hacerse perfectamente —señaló Kevin.

—Deberíamos intentar extraer huellas de la parte trasera del exterior del automóvil —comentó Wyatt, y se examinó las manos, colocadas

instintivamente para empujar.

—Y analizar la ropa del marido, la chaqueta —dijo Kevin—. En esta época del año, los coches no están muy limpios, sobre todo cuando hay tormentas. Seguramente se pusiera perdido de barro y mugre.

—¿Cómo se sabe que el coche va a rodar cuesta abajo en línea recta? —preguntó Wyatt. Examinó la pendiente de nuevo, cómo a simple vista daba la impresión de que la calzada discurría en línea recta, con la salvedad de que, tras una inspección más minuciosa, se desviaba ligeramente hacia la izquierda, por no hablar del grado de inclinación hacia la derecha para la escorrentía.

—Puede que atara algo al volante para mantenerlo recto —dijo Kevin.

—No hemos encontrado nada en el escenario. Ni una cuerda, ni una bufanda. Como señaló el adiestrador de perros, en el coche no había ni un solo objeto personal.

—A lo mejor lo sujetó ella.

—¿Nicky?

Kevin se encogió de hombros.

—Está medio borracha, pero los efectos se multiplican por las lesiones en la cabeza; alguien la coloca al volante del coche. Su marido le dice que sujete el volante... No es que sea consciente de lo que está pasando. Me la puedo imaginar acatando órdenes como una autómatas. Pero, claro, después la carretera tuerce y ella no.

—Puede que lo soltara, que dejara las manos en el aire.

Según el parte médico de Nicky, no presentaba ninguna herida en los pulgares, lo cual apuntaba a que no estaba sujetando el volante cuando se activó el airbag. Algunos conductores se aferraban a él instintivamente, como si eso pudiera salvarlos. Otros lo soltaban, como en una caída libre realizada de modo inconsciente. Probablemente se pudiera sacar de ello alguna interpretación freudiana; lo único que Wyatt sabía era lo que había visto en un accidente de coche tras otro: un determinado porcentaje de conductores reaccionaban, y otros tantos no lo hacían.

—Bien —dijo, retomando el hilo de la conversación—. Está oscuro, está lloviendo, la carretera está desierta, Nicky sufre los efectos del whisky combinados con los de dos conmociones cerebrales. En estas circunstancias, Thomas tendría que moverla del asiento del copiloto al del conductor.

Kevin se encogió de hombros.

—El marido parece un tío fuerte. Y su esposa no es tan grande. Igual no fue la maniobra más elegante del mundo, pero apuesto a que consiguió apañárselas. Mi pregunta es: si Thomas Frank pretende matar a su mujer, ¿por qué abrocharle el cinturón de seguridad? Hay más posibilidades si no lo lleva puesto.

—¿Por la fuerza de la costumbre? ¿Porque no quiere que el accidente parezca demasiado sospechoso?

—La mujer lleva un quinto de botella de whisky en el coche. ¿Una conductora borracha sin el cinturón de seguridad? Eso no levanta ninguna sospecha.

Wyatt se encogió de hombros.

—No sé. Está claro que el tío no es un asesino experto. Quiero decir que, si nuestra hipótesis es correcta, este es el tercer accidente que ha urdido para su mujer.

—Suponiendo que tuviera algo que ver con las dos primeras caídas.

—Suponiendo que tuviera algo que ver con las dos primeras caídas —convino Wyatt.

—Tenemos un montón de suposiciones.

—Por eso lo estamos recreando. Para ver si algunas de estas hipótesis pueden conducirnos a alguna prueba. Por ejemplo, ahora sabemos que deberíamos examinar la parte trasera para ver si hay huellas dactilares o, mejor aún, huellas de las palmas de las manos de Thomas Frank. Ya puestos, también deberíamos examinar la hebilla del cinturón de seguridad y la palanca de cambios.

—Nada de eso demuestra nada. Huellas dactilares del marido en el coche de su mujer.

—Nos da argumento para solicitar una orden judicial para examinar su ropa. Eso podría ser más interesante.

—Suponiendo que no la haya lavado todavía.

Wyatt hizo un gesto con los ojos.

—Alguna que otra vez suena la flauta. ¿Qué probabilidades hay de recomponer la botella de Glenlivet? ¿De extraer huellas de ahí?

Kevin se quedó mirándolo.

—¿Ahora quién es el que ha visto demasiadas películas?

—Vale. A ver, ¿qué crees que ocurrió aquí?

—¿Cómo volvería a su casa? —preguntó Kevin.

—No... —Wyatt se interrumpió, se paró en seco al comprender lo que apuntaba Kevin.

—Siguiendo con esta hipótesis —continuó su detective—, el marido trae aquí a su mujer en plena tormenta. Después la sienta al volante y la empuja cuesta abajo. ¿Y luego qué hace? ¿Se da una caminata de cincuenta kilómetros bajo la lluvia?

—O hace autoestop —murmura Wyatt.

—Lo cual nos da un posible testigo. Suponiendo, claro está, que un conductor vaya a parar para subir a su coche a un desconocido en una oscura noche de tormenta.

—Alguien lo haría —dijo Wyatt, porque era New Hampshire y la gente todavía hacía autoestop. De hecho, muchos lugareños hacían autoestop, ya que los buenos coches eran caros y no todo el mundo contaba con un trabajo que le permitiera ir motorizado—. Pero algo así llamaría la atención —continuó, cavilando en voz alta—. Sería un error garrafal en el plan. Me refiero a que lo único que tendríamos que hacer es convocar una rueda de prensa para ver si alguien subió a su coche a un tío en esta zona, más o menos a tal hora, esa noche. Si era Thomas, ¿cómo iba a justificar que se encontraba en el lugar del accidente de su propia mujer? No creo que haya dejado algo así sin atar.

—Entonces a lo mejor aparcó un coche en las inmediaciones —dijo Kevin—. Para volver a su casa.

—¿Dónde? —preguntó Wyatt—. La gasolinera más próxima está a unos cuantos kilómetros y, aun así, tendría el mismo problema. ¿Cómo volver a casa después de aparcar el coche? De un modo u otro, alguien tendría que haber parado para llevarlo desde aquí hasta su casa. Bien a lo largo del miércoles o más tarde, durante el aguacero.

—Pudo llamar a un amigo —sugirió Kevin—. Con la excusa de haber pinchado, de que necesitaba que lo recogieran.

—Dice que no tiene amigos.

—Esa es una manera de evitar que los interroguemos.

Wyatt frunció el ceño.

—Esto no pinta bien —dijo sin rodeos—. Se producen accidentes, planeados o no, pero este deja demasiados cabos sueltos. ¿Y si el Audi se hubiese salido de la carretera antes de ganar suficiente velocidad? ¿Qué necesidad había de ponerle el cinturón de seguridad a la mujer si el objetivo

era precisamente matarla? ¿Y qué hizo el sospechoso después de empujar el coche cuesta abajo? ¿Irse a casa caminando bajo una lluvia torrencial?

—No tuvo más remedio que contar con otro vehículo —convino Kevin—. Con un cómplice.

—Lo cual nos plantea una importante pregunta: ¿por qué un marido controlador tendría intención de hacerle daño a su mujer de repente?

—Porque ella había conocido a alguien y amenazaba con abandonarle.

—O... —azuzó Wyatt.

Kevin captó el mensaje.

—Él había conocido a alguien. Quería abandonar a su mujer, pero sin perder la mitad de sus bienes.

—O sea, que tal vez no estemos buscando a un amigo. Estamos buscando a una mujer. Que podría haber aparcado en algún punto de la parte de arriba de la pendiente. Con las luces apagadas, nadie repararía en el vehículo... y ella esperaría hasta que su amante acabase el trabajo.

Ninguno de los detectives hizo comentarios sobre el tipo de mujer que haría eso por un hombre; lo cierto era que ya habían visto casos de sobra.

—Deberíamos volver a la gasolinera —dijo Wyatt tras una pausa—. Ver el vídeo de seguridad de la semana pasada. Examinarlo por si algún vehículo hubiera pasado en numerosas ocasiones en un corto margen de tiempo. Digamos que para tantear la carretera...

—O porque sea parte de su desplazamiento diario.

—Lo cual no costará mucho descartar durante los interrogatorios posteriores. También podemos repasar la noche en cuestión. Comprobar si había alguien matando el tiempo entre las cuatro y las seis de la mañana. Concretamente una mujer, en un sedán corriente, esperando una llamada de su amante.

Kevin asintió con la cabeza. El plan no tenía gracia; revisar horas de vídeos de seguridad con grano resultaba mucho más difícil de lo que cualquiera podría pensar. Pero era un plan factible y, francamente, necesitaban ganar terreno.

—Sigo pensando que el marido lo hizo —comentó Kevin mientras subían al vehículo—. Pero no creo que lo encontremos en la grabación. Es un tío bastante sagaz. Me da la sensación de que el empujón por las escaleras del sótano y el empujón en la puerta principal fueron ejercicios de calentamiento. Ahora se está tomando las cosas en serio.

—En ese caso ella no debería haber llevado puesto el cinturón de seguridad —masculló Wyatt.

Kevin no se pronunció. Condujeron en silencio hasta la gasolinera y se pusieron manos a la obra.

Floto sola en la oscuridad. Las persianas están bajadas. Yo tapada hasta arriba con la colcha amarilla. La puerta del dormitorio cerrada a cal y canto. Me estalla la cabeza, pero puedo aguantar el dolor siempre y cuando mantenga los ojos cerrados. Me gusta la oscuridad. Es fresca, reconfortante.

Toqueteo la colcha y me viene de nuevo a la cabeza la mujer que la hizo. La echo de menos, siempre la he echado de menos. Qué curioso, porque lo lógico es que con el paso de los años resultara más fácil atenuar la añoranza. Pero ahora su ausencia se me hace, si cabe, más patente.

Como no me agrada mortificarme con eso, llamo a Vero.

Imágenes. Con tres años. Con seis años. Con diez, doce, catorce. Pasan borrosas por mi mente, resistiéndose a hacerse nítidas. Cuando trato de ralentizar el desfile, solo aparece su esqueleto, preguntando: «¿Por qué yo, por qué yo, por qué yo?».

Un ruido. Pasos, trajinando en la planta baja. Thomas, pienso, deambulando por la casa. Me pregunto lo que habrá estado haciendo desde que la policía se marchó. ¿Ocupándose de las tareas domésticas, deshaciéndose de pruebas? Me inquietan las preguntas de la policía. ¿Qué probabilidades tiene una mujer de sufrir tres accidentes en solo seis meses? Una mujer sin familia ni amigos. Una mujer que, a todas luces, depende exclusivamente de su marido. Aunque él me reprocha que es culpa mía, que son las reglas que yo impuse.

¿Sí? Francamente, no lo sé. Me da la sensación de que hay algo de cierto en eso, pero ¿por qué me empeñaría yo en algo semejante? ¿Y qué clase de hombre dejaría realmente todo, haría lo que fuera por una chica a la que prácticamente acaba de conocer?

Me da la sensación de que aquí hay más cosas que debería saber, salvo que, cuanto más empeño le pongo, más se me escapan los detalles. Mis recuerdos no resultan acogedores. No me invitan a acercarme. En vez de eso, susurran sin cesar: «Cuidado, cuidado, cuidado».

Entiendo que la memoria muscular me resulte más fácil. Los actos rutinarios, las cosas que hago, frente a las cosas que pienso. En estas circunstancias, ¿no debería ser capaz de acordarme de haberme puesto el abrigo y de haber cogido las llaves del Audi antes de mi paseo nocturno en coche? ¿O de subir al automóvil o de dar marcha atrás en el camino de entrada? Lo intento, pero mi mente continúa en blanco. Solo percibo tinieblas, nada más.

Lo cual me hace pensar que la policía podría estar en lo cierto: que había estado bebiendo esa noche.

Me pongo a pensar en el whisky. Glenlivet de dieciocho años. Lo mejor de lo mejor. Visualizo un vaso de cristal lleno de líquido dorado, noto el suave sabor que calienta mi lengua. Justo en ese momento, me pongo a salivar. No cabe duda de ello; me vendría bien una copa.

Entonces me viene algo a la cabeza. Un recuerdo del pasado.

¿Sabes cuál es el mejor sitio para que una mujer esconda algo a su marido? Su joyero no; demasiado obvio. Y desde luego tampoco debajo del colchón de matrimonio. Ni en el armarito de los medicamentos, ni en un bote de galletas ni detrás del pavo en la nevera.

No, hay un sitio donde ningún marido que se precie jamás hurgaría: en la caja de tampones de su mujer, guardada debajo del lavabo del baño.

Más pasos abajo. Visualizo mentalmente el recorrido que realiza Thomas hacia la parte posterior de la casa. Un leve chirrido. La puerta trasera al abrirse. Un ligero portazo; la puerta trasera al cerrarse. Ha salido de la casa, se dirige a su taller. Lo sé sin pensarlo.

La tentación es inmediata y abrumadora.

Retiro la colcha de color amarillo claro, me pongo de pie. Entonces —no hay otra forma de describirlo— me escurro a través del pasillo en dirección al baño de invitados.

Un único lavabo, encastrado en granito en tonos tierra sobre un armarito de pecán. Al lado está el inodoro y, en el extremo de la derecha, la bañera. Mi baño. Lo he usado sin pensarlo para ducharme a primera hora de la mañana. Actuando con la memoria muscular de nuevo; coge el plato, no te pares a

pensar dónde está el plato. Y, efectivamente, en el cajón de arriba guardaba el cepillo de dientes, el cepillo del pelo y un neceser guateado con estampado de cachemir.

Ahora abro el armarito y descubro un surtido de productos de limpieza, un secador y, sí, una caja de tampones.

Los cojo. La caja suena ligeramente; el tintineo del cristal. Y sé lo que encontraré dentro al retirar los seis tampones simbólicos colocados en la parte superior. Dejo al descubierto la colección de minúsculas botellas de whisky que hay debajo. Resulta que escondo un surtido propio de Glenlivet en miniatura.

La policía se equivoca; mi marido no tuvo que emborracharme el miércoles por la noche para meterme en mi coche.

Por lo visto, ya soy de esa clase de bebedoras.

Ya soy de esa clase de esposas.

Examino las botellitas. Seis en total. Suficientes para una mala tarde o una noche estresante. Me pregunto: ¿bebo por culpa de Thomas? ¿Por culpa de Vero? ¿O soy yo misma mi peor enemiga?

No hay memoria muscular que valga para responder a estas preguntas. Únicamente tengo la sensación de que, si fuera lo bastante inteligente como para saber por qué hice lo que hice, sería lo bastante inteligente como para no hacerlo.

Meto los tampones en la caja. Guardo la caja en el armarito. No me deshago de las botellitas ni las vacío. No soy tan fuerte. No obstante, me viene a la cabeza otro pensamiento, lo bastante imperioso como para permitir que me aleje.

Sé dónde esconde una mujer cosas a su marido. Pero ¿dónde esconde un marido sus secretos a su mujer?

Ahora, mientras Thomas está en el taller. Tengo que buscar. Es cuestión de vida o muerte.

Salgo al pasillo sigilosamente, aguzando el oído para detectar cualquier sonido procedente de la planta baja. Pero todo está en orden en la casa, en silencio. Estoy sola. De momento.

Comienzo por la habitación principal, con su enorme cama con dosel y descomunales muebles de madera oscura. Su territorio, no el mío; y, a la hora de esconder secretos, el primer instinto es siempre guardarlos cerca. Paso la mano por debajo de los cojines amontonados, luego por debajo del grueso y

voluminoso colchón de matrimonio. Busco debajo de la cama, pero no encuentro nada salvo pelusas y una moqueta sucia.

A continuación registro la mesilla de noche. Sé qué lado de la cama es el de Thomas, pues está más arrugado, y, como es de esperar, en la mesilla de noche encuentro unas gafas de lectura, un pequeño tubo de pastillas contra la acidez y un surtido de revistas: *Armas y Municiones*, *Entertainment Weekly*, *National Geographic*. A juzgar por la variedad, mi marido es un auténtico hombre renacentista.

Pero no hay nada inquietante; al menos, no su propia reserva de alcohol.

Sobre el buró hay un flexo, un portarretratos con una foto de los dos y un estuche de piel con un reloj *vintage*, una gruesa cadena de oro y una sencilla alianza de oro. Su alianza; lo sé sin pensar. Ya no se la pone porque maneja herramientas en su trabajo. Pero, como quería una, yo me había acercado a la casa de empeños del barrio y había elegido la más barata, que era lo máximo que un par de jovencitos sin blanca podían permitirse. Él sonrió cuando se la puse. No, esbozó una sonrisa radiante que le iluminó todo el semblante.

«Ahora soy tuyo», dijo, y recuerdo que el corazón me aporreaba el pecho, asustada instintivamente por tamaña responsabilidad.

El anillo lleva una inscripción en la cara interna, una fecha: 3 de octubre de 1993. Apenas llevábamos saliendo juntos un mes. ¿En qué estaríamos pensando? ¿Pasar de la primera cita a juntos para siempre en cuatro semanas o menos?

¿Y el hecho de que siguiéramos juntos al cabo de más de veinte años significaba que habíamos tenido éxito? ¿O simple y llanamente que, después de tantos años, no nos planteábamos nada más allá de eso? ¿No podíamos aspirar a nada mejor?

Se me pasa por la cabeza que, en vista de las fechas, he pasado con este hombre más de la mitad de mi vida.

Mientras registro su dormitorio buscando indicios de engaño.

Como no encuentro nada en la cómoda, voy al vestidor, deteniéndome cada cierto tiempo por si escucho pasos. Pero la casa continúa en silencio. El trabajo de Thomas requiere concentración, un margen de tiempo de atención para crear un objeto de principio a fin. A lo mejor se pasa allí el resto del día, o incluso hasta bien entrada la noche. Trabaja mucho, lo sé sin pensar. Yo paso gran parte de mi tiempo sola. Pero nunca me ha importado. Lo prefiero así.

El vestidor es sorprendentemente amplio y con un sistema de organización muy bien diseñado. También de madera de cerezo, con estantes, percheros y cajoneras a medida, del estilo de los que aparecen en las revistas de decoración. Thomas lo montó. Uno de sus proyectos de fin de semana. Lo hizo para darme el capricho.

Porque, al menos al principio, esta también era mi habitación.

Como era de esperar, algunas prendas del ropero son mías. Vestidos, bonitos pantalones de vestir, elegantes camisas. No mi guardarropa para el día a día; eso lo descubrí en el ropero de la habitación de invitados. Aquí se ha quedado mi fondo de armario, ropa que no necesito tener a mano habitualmente. ¿Señal de que estábamos arreglando las cosas? ¿O sencillamente de que me daba demasiada pereza cambiar de sitio mis pertenencias?

Thomas tiene hileras de pantalones cargo, pilas de vaqueros raídos, una impresionante colección de camisas de franela de manga larga. Un surtido de prendas de lo más informal, propias de un hombre que se pasa el día en un taller. Encuentro tres trajes; gris, negro, azul marino. Para funerales y bodas, pienso, pero, si no tenemos amigos ni parientes, ¿acaso nos invitan a algo?

Comienzo por los cajones, me pongo a registrar uno por uno. No encuentro nada más que calcetines, ropa interior, ropa de trabajo, camisetas, pijamas, pantalones. A continuación reviso lentamente la pequeña pila de zapatos, en su mayoría zapatillas de deporte, botas de montaña, los zapatos de vestir que no pueden faltar, unos negros, otros marrones brillantes, a juego con los trajes.

Trato de pensar en el equivalente masculino de los tampones, pero me quedo en blanco. No obstante, no dejo de buscar. Él tiene secretos. Lo sé. Porque al cabo de veintidós años, esos secretos empiezan a acecharnos. Incluso antes de mudarnos aquí. Incluso antes de mis «accidentes». Las cosas se han puesto tensas entre nosotros.

Entonces, al palpar la chaqueta del traje gris marengo, lo noto. Algo fino y plano en la solapa. Me quedo inmóvil, hurgo más despacio. A continuación saco un ajado sobre viejo del bolsillo interior de la chaqueta.

Justo cuando oigo crujir la madera de las escaleras.

Me quedo petrificada, sintiéndome como el típico crío al que pillan con las manos en el bote de las galletas. No tengo escapatoria. Si ya ha llegado al descansillo, puede ver perfectamente la puerta y me pillaría saliendo de su

dormitorio. Entonces solo cabe una posibilidad. No salgo de la habitación. En vez de eso, me meto el sobre en la parte de atrás de la cinturilla de mis mallas. A continuación cruzo renqueando a toda prisa la habitación, con la respiración ya entrecortada, y me lanzo boca arriba sobre la cama.

Un segundo después oigo la voz de Thomas procedente del pasillo.

—¿Nicky? ¿Nicky? ¿Estás bien?

No respondo. No me fío de poder hablar sin dar muestras de culpabilidad o zozobra. Pero, unos instantes después, no hace falta. Thomas aparece en el umbral y me encuentra tendida como en un féretro sobre mi lado de la cama.

No dice nada de inmediato. Se limita a aproximarse, sin apartar los ojos de mi cara.

—Estoy haciendo una comprobación —explico.

—¿Y?

—Me resulta familiar.

—Lógico. Solías dormir aquí. —En vez de acercarse directamente a mí, rodea la cama. Noto una leve presión sobre el colchón mientras se acomoda. A diferencia de mí, rígida, él coloca las manos debajo de la cabeza y se cruza de piernas. Giro la cabeza para observarlo. Es su cama, su habitación; da la impresión de que se encuentra a sus anchas.

—¿Por qué me cambié de habitación?

Se coloca de costado.

—Ven aquí —dice.

Tardo unos instantes en moverme.

—Más comprobaciones —añade, y señala hacia el espacio que hay junto a él. Sé lo que quiere; simplemente soy incapaz de hacerlo. Y por tanto no tengo por qué. Se acerca a mí, salvando el espacio que nos separa. Hasta que noto el calor de su cuerpo pegado al mío. Percibo el olor a serrín, a sudor, a trazas de jabón de la ducha de esta mañana. Contengo la respiración, sin estar segura de qué esperar, sin estar segura de lo que quiero que suceda a continuación.

Él alarga la mano y acaricia mi larga melena hacia atrás. Tiene áspera la yema del pulgar. Noto que recorre suavemente la primera línea de puntos de sutura, después la segunda, la tercera. Me estremezco, pero no porque me esté haciendo daño.

—¿Te preguntas si todavía lo hacemos? —continúa—. ¿Si, dos décadas después, seguimos manteniendo relaciones sexuales en nuestro matrimonio?

No puedo hablar. Su presencia me resulta demasiado abrumadora: el roce, el sonido, el olor. De manera inmediata e instintiva soy consciente de que nada de esto me resulta novedoso o raro. Me agrada su roce. Incluso lo anhelo. La sensación de su cuerpo sobre el mío. Su expresión intensa mientras da la primera acometida dentro de mí. El sonido de su corazón, palpitando desbocado en mis oídos.

—Todavía me deseas —continúa—. Todavía te deseo. A veces, pienso que es la única manera en la que seguimos conectados. Aquí dentro, con las luces apagadas, nos reencontramos. Y me consta que me necesitas, que me deseas, que me quieres, aun cuando sigas tan taciturna el resto del día.

—¿Por qué me cambié de habitación? —susurro. Sus dedos siguen bailando por mi cara, deslizándose por el nacimiento de mi pelo. ¿Está tratando de distraerme? ¿Me importa?

—Tienes pesadillas por la noche. Siempre las has tenido. Pero últimamente, después de tu caída por la escalera del sótano, se han agudizado. Te despiertas chillando, prácticamente enajenada, con la cara empapada de sudor. Al menor intento de tocarte, de acercarme a ti, de tenderte la mano para tranquilizarte, te pones peor.

—Te he pegado.

—A veces.

—Te estampé una lamparita en la cabeza.

—Eso me dolió.

—Después me eché a llorar. Porque lo hice sin querer, de verdad, y te empezó a chorrear sangre por la cara.

—Pensaste que era mejor que durmieras sola.

—Para evitar hacerte daño.

—¿Acaso crees que al abandonar nuestra cama no me hiciste daño?

Bajo la mirada. Soy incapaz de mirarle, de ver la vulnerabilidad que refleja su semblante. Me da por posar la mano en su pecho, con la palma extendida, los dedos separados. Noto los latidos de su corazón. Me sorprende su ritmo regular, en vista de lo rápido que me consta que está latiendo el mío.

—¿Me quieres? —me oigo preguntarle.

—Sí.

—¿Por qué?

Sonríe; noto el movimiento de sus labios contra mi pelo. Aspiro de nuevo el aroma de su piel.

—Al principio —musita— estabas muy triste. Era como una presencia tangible que te envolvía por completo. Y pensaba..., deseaba verte sonreír de verdad. Deseaba ser el hombre que te hiciera feliz.

—¿Es eso amor? —le pregunto—. ¿O complejo de héroe?

—A estas alturas no lo sé —me dice, y me consta que está siendo sincero—. A lo mejor es algo intermedio. Pero, cuando por fin conseguí arrancarte una sonrisa, me dio la impresión de que todo había merecido la pena. Y lo único que deseaba era conseguirlo una y otra vez. Me figuro que hay cosas peores que pasarse la vida haciendo feliz a la mujer que amas.

—Pero no soy feliz.

—Lo eras. Al menos al principio. Cuando nos fuimos de Nueva Orleans, nos mudamos a Austin. Te encantaba el clima cálido, la estupenda música, los perros que retozaban en Zilker Park. Pero luego te embargó el desasosiego. Más días malos, menos días buenos, así que probamos suerte en San Francisco. Después en Phoenix. Y en Boulder, y en Seattle, y en Portland, y en Chicago, y en Knoxville y en Raleigh y en Fort Lauderdale y así sucesivamente... Te sentías feliz. Luego triste. De modo que volvíamos a mudarnos. Porque, hasta la fecha, mi único deseo es arrancarte una sonrisa.

Me quedo callada.

—Pero tienes razón: ya no puedo hacerte feliz —señala Thomas en voz baja—. De nuevo te envuelve la tristeza y, cuando intento preguntarte, te niegas a responder. ¿Qué necesitas, cómo puedo hacerte feliz? Dime sencillamente lo que deseas. Pero ya no me hablas, Nicky. Qué demonios, si ni siquiera conseguí sonsacarte sobre esa puñetera colcha amarilla.

—Es mía —me oigo decir a mí misma. En el acto. A la defensiva.

—La compraste en eBay hace tres años. El día de la entrega, te encerraste en el dormitorio con ella y te pasaste el día llorando. Te pregunté, esperé, supliqué. Pero nunca me has dicho por qué la necesitas tan desesperadamente, qué tiene de especial. Te he amado durante la mayor parte de mi vida. Y a pesar de ello, hay momentos en los que tengo la certeza de no conocerte en absoluto.

—Tú también tienes secretos —digo, consciente del manoseado sobre que llevo pegado a la cintura.

—El silencio genera silencio —replica mi marido.

—¿Por qué sigues conmigo? Da la impresión de que no te doy más que problemas.

—Porque no he perdido la esperanza.

—¿Esperanza de qué?

—De que algún día pueda volver a arrancarte una sonrisa.

Se aparta de mí. Su ausencia hace más mella en mí de lo que me gustaría. Hace frío, la cama está vacía, y por un segundo alargo la mano, como si quisiera retenerle. Me viene a la cabeza lo que pensé en el primer instante en que le vi. Él tenía la mirada clavada en mí, sonriéndome. Y mi primera reacción fue desear que se esfumara.

Pero a continuación, cuando se marchó, deseé que volviese, porque nadie me había sonreído de esa manera en toda mi vida.

Lo quiero. Le temo. Lo necesito. Estoy resentida con él. Tiro de él hacia mí. Lo aparto de mí de un empujón.

Y me da la sensación de que no tiene nada que ver con él y que todo es cosa mía.

—Puedes quedarte —dice Thomas, incorporándose—. Descansa el tiempo que te plazca. Voy abajo, a empezar a preparar la cena. ¿Te apetece un sándwich de queso fundido y sopa de tomate?

Asiento con la cabeza, sin atreverme a hablar.

—Lo superaremos —añade. ¿Para tranquilizarme? ¿Para tranquilizarse? A lo mejor es lo mismo. Mi marido sale de la habitación.

Espero mientras oigo sus pasos bajando por las escaleras, y seguidamente un eco procedente de la cocina. Entonces y solo entonces me giro de costado con cautela y saco el sobre que llevo en la cintura. Me tiemblan los dedos. Dejo el sobre encima de la cama, me fijo en los bordes amarillentos, en las manchas desvaídas que oscurecen parte del papel, quizá huellas de grasa de los dedos de alguien que trabaja con las manos.

Lo ha manoseado a menudo a lo largo de los años. Es obvio que lo ha abierto una y otra vez.

Titubeo. Un punto de inflexión. ¿Realmente quiero enterarme? Tal vez todas las parejas necesiten tener secretos. Por lo visto, yo sigo ocultando los míos, desde una colcha amarilla hasta un alijo de whisky.

Pero soy incapaz de dejarlo pasar. Al haber descubierto el sobre, necesito conocer el contenido. Así que lo abro con delicadeza y saco una única cosa: una antigua fotografía prácticamente en el mismo estado que el sobre.

Desvaída, amarillenta, manoseada; no obstante, inmediatamente sé lo que estoy viendo. Un día de verano. Una niña de diez años con un vestido

estampado que me resulta familiar y una tenue sonrisa vacilante.

Sofoco un grito ahogado. Instintivamente sujeto con fuerza la foto.

Vero.

Tengo en las manos una foto de Vero.

Que mi marido me ha ocultado.

Wyatt detestaba las grabaciones de las cámaras de seguridad. En las series de detectives, la calidad siempre era de alta resolución. Podías ampliar las imágenes, congelarlas fotograma a fotograma, darle al zoom para acercarse por aquí, para alejarse por allá, leer la fecha de caducidad del pan del estante situado justo detrás del malvado criminal.

En realidad, las gasolineras, las tiendas de 24 horas y los comercios familiares eran negocios estresantes con un margen de beneficio demasiado escaso como para invertir en cosas como sistemas de seguridad de última generación. Tendían a apañarse con las cámaras más baratas del mercado, no ponían reparos a la hora de adquirir aparatos de segunda mano y/o descatalogados y volver a utilizar los mismos discos una y otra vez hasta que las grabaciones resultantes se llenaban de espectros de otras anteriores.

Wyatt y Kevin habían solicitado las grabaciones de seguridad de una semana. El dependiente les informó de que solo disponía de tres días, era lo único que conservaban. Wyatt y Kevin habían esperado conseguir imágenes de una calidad decente; lo que lograron fue un metraje oscuro y borroso de una sucesión interminable de coches entrando y saliendo de la gasolinera. En lo tocante a los automóviles que circulaban por la carretera, las cámaras se encontraban demasiado lejos, mientras que la calzada carecía de iluminación adecuada. Distinguían los haces de luz de los faros delanteros al pasar; eso era todo.

Como señaló Kevin, al menos el Audi de Nicky tenía faros de xenón, con su singular matiz azul cristalino, lo que significaba que el vehículo que pasó a toda velocidad a las cuatro y treinta y nueve minutos de la madrugada del jueves podría haber sido perfectamente el de Nicole. ¿Que si pudieron

distinguir la matrícula? No. ¿La imagen de la persona que iba al volante? Ni por asomo. ¿El color de la pintura, una abolladura distintiva, una pista del fabricante y el modelo, o algo más que pudiera ayudarles en un tribunal? Sin suerte.

Al dependiente le trajo sin cuidado. Los había dejado en un estrecho almacén para que se las arreglaran solos. Desde su punto de vista, la función de las cámaras de seguridad era pillar al tío que entrase en la tienda y le apuntara a la cabeza con un arma. Los coches con el motor en marcha de fuera y los vehículos que circulaban por la carretera principal no eran su problema.

—Bueno, al menos nos muestra lo que no ocurrió —dijo Wyatt por fin.

—¿Lo que no ocurrió? —preguntó Kevin.

—Que Nicole Frank no repostó aquí. Que Thomas Frank no paró aquí a tomarse una bebida energética para espabilarse mientras preparaba el accidente de coche de su mujer. Ya es algo.

—Y que ninguna mujer, guapa o no, anduvo por aquí después de la una de la madrugada.

—O sea, que si Thomas Frank efectivamente tenía una amante que estaba esperando para recogerlo, ella no mató el tiempo por la gasolinera —comentó Wyatt.

Kevin se mostró de acuerdo.

—Desde luego, eso estrecha el cerco. Entiendo por qué estás tan contento con este caso.

—Me gusta tu idea de examinar su ropa —comentó Wyatt al cabo de unos instantes. Porque, cuando se cerraba una puerta, inevitablemente se abría una ventana.

—No tenemos una causa probable —le recordó Kevin—. Necesitaríamos un testigo que situase a Thomas Frank en la escena o, mejor aún, que el mismísimo Thomas Frank apareciera en uno de estos vídeos. Sin eso... No podemos decir a un juez que sospechamos de él con el mero argumento de que es el marido y que todo el mundo sabe que el marido siempre es el culpable.

—Regla número uno del manual del buen policía: ¿qué hacemos cuando no tenemos una causa probable? —preguntó Wyatt.

—Revolver el avispero hasta dar con ella.

—Exacto. Propongo que volvamos a la casa de los Frank. A pedirle

permiso para examinar sus chaquetas y zapatos, y hacerlo delante de su mujer.

—Lo va a tener crudo para negarse —convino Kevin—. No querrá parecer culpable.

—Y quizá tengamos suerte y encontremos algo allí en ese momento.

—Sedimentos en las suelas de sus botas —comentó Kevin con tono deliberadamente inexpresivo— que encajen en la proporción exacta de barro, arena y minerales presentes en los sesenta centímetros de arcén por donde se precipitó el coche de Nicole Frank hasta su fatídico destino.

Ambos hombres hicieron un gesto de impaciencia. Esas coincidencias de CSI jamás ocurrían en la vida real. Lo mejor que podías hacer en New Hampshire era comparar las mezclas del piso de la carretera. Por ejemplo, que en el tramo de tres kilómetros recién asfaltado de la carretera de Albany se había utilizado una mezcla basta, a diferencia del material con el que se había pavimentado la de North Conway, más caro. Pero eso se restringía a unos kilómetros, o tal vez sirviera para localizar a un tipo en una determinada ciudad. Nada que ver pues con una pistola humeante en un análisis pericial.

Por supuesto, una de las ventajas de la televisión era que la gente presenciaba lo imposible tantas veces que llegaba a considerarlo factible. Y no había nada ilegal en jugar con esas expectativas. *Vaya, veo que hay arena en sus zapatos, señor. Muy interesante, esta arena. Decididamente, vamos a tomar una muestra. Sí, esa arena es bastante determinante.*

Aunque lo de la muestra en sí pudiera ser un farol, cuando el sospechoso decide quemar los zapatos en un bidón en cuanto los dos agentes salen de su casa... hasta los jueces sospecharían de dicho comportamiento.

—¿Y si Thomas ya ha lavado la ropa? —le preguntó Kevin.

Wyatt sonrió.

—Perfecto. Nos da un pretexto para registrar el lavadero, la escena del primer accidente de su mujer.

—Oh, cómo me gusta tu manera de razonar.

—A mí me gustaría aún más si mi manera de razonar nos dijera qué pasó con Nicole Frank.

—Tiempo al tiempo, amigo. Tiempo al tiempo.

Thomas Frank fue a abrir la puerta al primer timbrazo. Esta vez hubo menos

vacilación. Estaba claro que era un hombre resignado a su destino.

Parecía cansado, pensó Wyatt. Tenso. ¿Por la presión de cuidar de su mujer, con una conmoción cerebral, o por el estrés de no dejar rastro? Fuera como fuera, Wyatt olió a sándwich de queso fundido y sopa de tomate. Le encantaban los sándwiches de queso y la sopa de tomate.

—¿Hemos interrumpido la cena? —preguntó Wyatt.

—Lo cierto es que...

—Entonces no tardaremos. ¿Está Nicole?

Nicky asomó por el pasillo, saliendo de la sala de estar, con las mismas mallas y el jersey ancho de por la mañana. Llevaba despeinada su larga melena castaña —tal vez había estado descansando—, y tenía la cara hinchada, hecha un asco de magulladuras y cortes.

—Señora Frank —dijo Wyatt a modo de saludo.

—Buenas noches, sargento.

Él se percató de que ella no fue a su encuentro enseguida, sino que mantuvo las distancias. Thomas y ella se cruzaron la mirada y Wyatt empezó a plantearse si habían interrumpido algo más que la cena. Interesante.

—¿Le importa si echamos un vistazo a sus abrigos? —preguntó Wyatt. Kevin y él lo habían ensayado de camino a la casa. En vez de ir directamente a por el marido, cosa que podría ponerle a la defensiva, allanarían el terreno.

—¿Mis abrigos? —preguntó Nicky, sorprendida.

—Chaquetón, chubasquero, alguna prenda de abrigo que se ponga para salir por la noche.

Ella se quedó mirándolos extrañada y acto seguido volvió la vista de nuevo hacia su marido. Como Thomas permaneció en silencio, ella finalmente se acercó y abrió la puerta del armario del recibidor.

—Mis abrigos están aquí.

—¿Eso lo recuerda? —preguntó Kevin.

—Por decirlo de algún modo. No lo entiendo. ¿Por qué quieren ver mis abrigos?

—En el hospital nos han confirmado —dijo Wyatt— que la mañana en la que ingresó no llevaba ninguna prenda de abrigo.

—A lo mejor se quedó en el coche.

Wyatt recordó el interior impoluto del vehículo, tal y como había comentado el adiestrador de perros.

—No —dijo.

Nicole parecía confundida, pero se apartó y los dejó con lo suyo.

Kevin y él se tomaron su tiempo. Kevin sacó todos los abrigos que parecían de corte femenino mientras Wyatt revisaba el resto. Ninguna de las prendas estaba húmeda o especialmente sucia; pero, claro, ya habían transcurrido casi treinta y seis horas desde que había escampado el jueves por la mañana.

—¿Estos son todos los que tiene? —preguntó Kevin.

Nicky inclinó la cabeza hacia un lado, obviamente haciendo memoria.

—Creo que sí.

Kevin miró a Thomas.

—¿Estos son todos los que tiene su mujer?

—Sí.

—Entonces..., no llevaba abrigo cuando se metió en el coche el miércoles por la noche.

Hasta Nicky parecía entender que era raro.

—Pero estaba lloviendo a mares. Desde hacía días.

—Y también hacía frío.

Ella vaciló con inquietud. A continuación, porque ¿a quién si no iba a recurrir?, pensó Wyatt, miró a su marido una vez más.

—La última vez que te vi —dijo él en voz baja— estabas en el sofá y llevabas puestos unos vaqueros, un jersey de cuello alto negro y un forro polar gris.

Lo cual encajaba con lo que recordaba la enfermera de la sala de urgencias. También había facilitado el jugoso detalle de que Thomas se había mostrado muy insistente en que le devolvieran la ropa ensangrentada de su mujer, independientemente del hecho de que se consideraba un riesgo biológico.

—¿Zapatos? —preguntó Wyatt.

Thomas negó con la cabeza.

—Cuando la vi llevaba puestas las zapatillas. Igual que ahora.

Kevin y Wyatt bajaron la vista a los pies de Nicky. En efecto, llevaba puestas unas recias zapatillas forradas de borrego con suelas de goma negras. Muy posiblemente unas L.L. Bean, las que utilizaba la mayoría de la gente en el área de North Country.

En ese momento Kevin y Wyatt centraron su atención en la fila de zapatos del armario. De nuevo, Kevin sacó los modelos más pequeños y femeninos mientras Wyatt inspeccionaba los equivalentes masculinos.

—Faltan las zapatillas de deporte —dijo Thomas por fin—. Las que te pones para correr.

Nicky, a su lado, asintió con la cabeza.

—Las viejas. New Balance, plateadas con detalles en azul.

—¿Se puso las zapatillas de deporte con lluvia? —preguntó Wyatt. No se le había ocurrido preguntarle a la enfermera de urgencias por el calzado de Nicky. Pensó que ojalá lo hubiera hecho.

Nicky frunció el ceño y negó con la cabeza ligeramente.

—No me pondría... En un acto reflejo cogería mis Danskos. Los zuecos negros, esos de ahí. Las zapatillas de deporte absorben la humedad, y no me haría gracia que se mancharan de barro, mientras que los Danskos...

Uno de los zuecos más famosos del crudo norte, pensó Wyatt. Y, sí, también eso era lo que se figuraba que alguien se pondría en una noche de perros.

—Visualice sus zapatillas de deporte —intervino Kevin—. Plateadas, viejas, tal vez baqueteadas...

Nicky cerró los ojos; por lo visto entendía lo que quería de ella.

—Debería tirarlas. Están viejas, empiezan a oler. Pero para el jardín y las tareas del hogar todavía me pueden hacer un servicio.

—Es miércoles por la noche —recitó Kevin—. Está oscuro, está lloviendo. ¿Lo oye?

—El viento contra las ventanas —susurra ella.

Wyatt permaneció atento a Thomas, quien —reparó en ello— no hizo amago de interrumpir el viaje a los confines de la memoria. ¿Porque realmente no tenía nada que temer de los recuerdos de su mujer? ¿O porque él mismo sentía curiosidad por las respuestas?

—Estoy cansada. Me duele la cabeza.

—Está descansando.

—En el sofá. Thomas ha vuelto al trabajo. Creo que debería subir a acostarme. Pero no tengo ganas de moverme.

—¿Qué oye? ¿El viento, la lluvia?

—El teléfono —murmuró Nicky—. Está sonando.

Kevin y Wyatt se cruzaron la mirada. Esta información era nueva. Por lo visto Thomas también lo desconocía, pues se enderezó ligeramente, se puso tenso.

—¿Respondió a la llamada? ¿Qué sensación le produce el auricular en la

mano?

—Tengo que irme —susurró Nicky.

—Responde a la llamada, descuelga —volvió a probar Kevin—. Y oye...

Pero Nicky se resiste a seguirle.

—Tengo que marcharme —dijo de nuevo—. Rápido. Antes de que vuelva Thomas. Mis zapatillas de deporte. Veo que siguen en el recibidor desde hace horas. Las cojo. Tendré que apañarme.

—Se calza, coge un abrigo...

—No. No hay tiempo. Tengo que irme. Ya. Necesito una copa.

Thomas, que estaba al lado de Wyatt, se estremeció pero siguió callado.

—Coge las llaves del coche —recitó Kevin—. Mete la mano en el cestillo, las palpa con los dedos...

—Pero eso es un disparate —espetó Nicky. Abrió los ojos. Se quedó mirando a los tres hombres—. No tenía necesidad de salir a la calle con la tormenta en busca de whisky. No tenía más que ir a la planta de arriba.

Era evidente que a Thomas no le hizo ninguna gracia. Que su mujer confesara que tenía un escondrijo secreto con alcohol en algún lugar de la casa. Que había recibido una misteriosa llamada de la que no le había dicho una palabra. No obstante, condujo de buen grado a Wyatt y Kevin a la sala de estar, donde estaba el teléfono inalámbrico, para comprobar el historial de llamadas. En el teléfono, sin embargo, no había ningún registro de llamadas el miércoles por la noche.

—¿Pudo haber sido a su móvil? —preguntó Wyatt al cabo de unos instantes.

Nicky titubeó y, en un acto reflejo, palpó sus bolsillos. Desde la confesión del whisky, estaba rehuyendo la mirada de su marido apostado.

—Recuperamos su móvil en el vehículo —apuntó Kevin—. En este momento se encuentra en el laboratorio de la policía estatal para realizar las comprobaciones pertinentes.

—Ah. Supongo que sí, que podría haber recibido la llamada en mi móvil.

Wyatt tomó nota mentalmente. Los registros de los teléfonos móviles eran fáciles de obtener, simplemente era cuestión de llamar al proveedor del servicio. Mejor que pedir el teléfono destrozado a la policía estatal.

—No deberías beber —saltó por fin Thomas.

Nicky no contestó. Permaneció con los brazos cruzados firmemente sobre el pecho.

—Dijiste que no lo harías —insistió Thomas—. ¡Maldita sea! Me he dejado la piel procurando cuidar de ti, vaciando la casa de hasta la última tentación. ¿Dónde diablos has escondido...?

—No lo sé. Puede que no lejos de donde tú escondes tus secretitos —dijo Nicky en tono frío. Thomas cerró el pico, pero la fulminó con la mirada.

Esto cada vez se pone más interesante, pensó Wyatt. Mientras los dos miembros de la familia Frank se enzarzaban entre ellos...

—Señor Frank —dijo—, ¿le importa si echamos un vistazo a sus zapatos y su abrigo?

—¿Qué?

—A sus zapatos y su abrigo. Ya sabe, lo que llevase puesto el miércoles.

—Ya se lo dije, estaba aquí...

—Por eso realizaremos la inspección en un santiamén. Es que tenemos que confirmar su declaración, ya sabe. Forma parte de nuestro trabajo. Siempre y cuando esté diciendo la verdad, estoy seguro de que no le importará.

Thomas no era tonto, apretó los labios. Pero con su mujer ahí de pie, que seguía observándolo con gesto impasible... Regresó airado al vestíbulo y abrió de un tirón la puerta del armario.

—Cómo no. Adelante.

Kevin y Wyatt se pusieron manos a la obra. Identificaron un fino cortavientos, una gruesa chaqueta de lana, una chaqueta de esquí muy usada, además de una cazadora de piel de firma; lo típico para un hombre de mediana edad. La fila de zapatos lo mismo. Zapatillas de deporte, viejas y nuevas, botas de montaña, gastadas. Y unos zapatos deportivos marrones Merrell sin cordones y con gruesas suelas con gran cantidad de arena incrustada.

Kevin los sacó con un lápiz. Miró a Wyatt con gesto serio.

—Deberíamos llevarlos a analizar.

Thomas inmediatamente levantó una mano.

—Un momento. ¿Analizar? ¿Qué quiere decir?

—Esta arena. Solo soy detective, claro está, no un cerebritito como los del laboratorio, pero me da la impresión de que es del mismo color y consistencia que la arena del arcén próximo al lugar del accidente de su mujer.

—¿Cómo? No es más que arena. Arena típica de Nueva Inglaterra, la que

se echa en todas partes en esta época del año para evitar que se patine en los tramos de hielo. Cómo no va a incrustarse en los zapatos. Después de tantos días de lluvia, recogen y amontonan la maldita mugre por todas partes. Qué demonios, salgan y anden por mi camino de entrada y ya verán.

Wyatt lo miró fijamente.

—¿Seguro que cuando examinemos estos zapatos la arena no coincidirá con la de ese tramo de carretera?

—Oh, por favor.

Kevin se encogió ligeramente de hombros mirando a Wyatt. Ellos estaban vendiendo su historia; Thomas sencillamente no se la tragaba.

—¿Estos son todos los zapatos de su marido? —preguntó Wyatt a Nicole, que los había seguido hasta el recibidor.

—Creo que sí.

—¿Y la ropa de abrigo?

Ella titubeó.

—El chubasquero —murmuró—. Un chubasquero negro y plateado. No lo veo.

¿Eran imaginaciones de Wyatt, o Thomas se había estremecido de nuevo?

—¿Señor Frank?

—Estaba mojado. Me lo puse el miércoles para ir y volver del taller durante la tormenta. ¿Cómo no iba a empaparse?

—¿Y dónde está?

—Lo tendí en el sótano. En el lavadero, para que se secara. —El hombre tenía un tono hosco, no había la menor duda.

Wyatt se dirigió a Nicole.

—¿Le importa enseñarnos el lavadero? Con eso terminaríamos.

Nicole palideció. Por un momento, Wyatt pensó que se negaría. Pero entonces ella irguió los hombros, lanzó una mirada a su marido que costaba interpretar y se internó en el pasillo.

La puerta del sótano se encontraba detrás de la escalera del recibidor, junto a la sala de estar. Nicole abrió de un tirón, con más ímpetu del estrictamente necesario, y encendió la luz con un chasquido. Wyatt vislumbró un tramo de peldaños de madera irregulares que descendían hasta un suelo de cemento en bruto.

Nicky, delante de él, inspiró hondo, exhaló, se agarró al pasamanos e inició el descenso.

Las escaleras le daban miedo. Wyatt se percató de que se aferraba atemorizada al pasamanos, de la manera en que daba un paso tras otro. Se preguntó si se trataría de estrés postraumático o de una reacción instintiva ante el lugar de su primer accidente. No preguntó. Se limitó a observar cómo avanzaba despacio, pero con determinación.

Las contrahuellas parecían bastante sólidas, pensó, mientras bajaba a la zaga. Un poco estrechas y empinadas. Bajar con un cesto de ropa sucia no debía de ser tarea fácil. Día tras día... Tal vez fuera inevitable algún tipo de caída.

—Últimamente dejó caer la cesta —murmuró Nicky, como leyéndole el pensamiento—. Probablemente es lo que debería haber hecho desde el principio. Simplemente lanzar la ropa abajo y luego bajar yo.

—¿Y qué me dice de la subida cuando la ropa está limpia y bien doblada?

—De eso ahora se encarga Thomas. Yo lavo la ropa; él la sube.

—¿Por qué no la releva en la tarea de la colada y punto?

—Porque echa a perder mi ropa interior —respondió, y Wyatt tardó un segundo en darse cuenta de que no bromeaba.

Al llegar al medio del sótano, a Wyatt le sorprendió lo amplio y diáfano que era el espacio. Probablemente diseñado para habilitar una sala de recreo, una guarida masculina, una *suite* para la familia política, lo que mejor le viniera a una pareja. Se había aprovechado un rincón para instalar un lavadero y un baño.

—¿Han hecho esto ustedes? —preguntó a Nicky. Kevin y Thomas todavía estaban bajando a la zaga.

—Fue uno de los primeros proyectos de Thomas —explicó ella—. Le dije que no quería hacer la colada rodeada de arañas. Así que me hizo una habitación como es debido. Comentó que esa era su máxima contribución a la colada.

—Bonito diseño —señaló Wyatt, fijándose en la lavadora y secadora de carga frontal de última generación, revestidas con una larga encimera laminada que servía para doblar la ropa. También, cómo no, armarios en la parte superior para guardar detergente para la ropa, sábanas, productos de limpieza.

Como buen carpintero, Wyatt apreciaba la atención por el detalle de Thomas. La habitación era de un nivel de profesional, no cabía duda de ello. Lo cual hizo que Wyatt se preguntara: ¿por qué diablos, después de haberse

tomado la molestia de trabajar tanto para instalar un lavadero independiente, Thomas no había invertido tiempo y esfuerzo en diseñar peldaños más seguros?

Kevin y Thomas ya estaban en el sótano.

—Bonita reforma —dijo Wyatt al marido, señalando hacia el espacio.

Él se limitó a encogerse de hombros, pero Nicky comentó:

—Thomas es muy mañoso.

—Desde luego. También debe de tener una buena colección de herramientas: sierra de inglete, pistola de clavos para neumáticos, taladros inalámbricos...

Thomas lo miró a los ojos.

—En el taller. Fabrico a mano piezas de utilería por encargo, ¿recuerda? En gran medida se parte de maquetas de madera, cuando no de productos acabados.

—Con la diferencia de que ahora te ha dado por el plástico —intervino Nicky. Sin duda, su tono fue reprobatorio.

Wyatt y Kevin volvieron su atención hacia Thomas de nuevo.

—Tengo una impresora 3D —explicó el hombre—. Ahora mis clientes pueden enviarme archivos digitales con sus propios diseños, que puedo convertir en moldes en 3D simplemente pulsando un botón. Yo a eso lo llamo progreso. Mi mujer lo considera un riesgo.

Fulminó a su mujer con la mirada. Ella hizo lo mismo.

—Mi chubasquero —dijo Thomas en ese momento, apartando la vista de Nicky para señalar hacia un tendedero que había justo al lado de la secadora. Efectivamente, había un chubasquero plateado y negro tendido con pinzas de madera. Kevin, el primero en examinarlo, palpó la pechera aquí y allá.

—Ya está seco —murmuró a Wyatt.

—Y sucio —comentó Wyatt, señalando una mancha desvaída en la pechera y las vetas de arena en ambas mangas.

—Cómo no va a estar sucio —dijo Thomas con impaciencia—. Me lo puse para ir al taller. Y en vista de que ese día ya había apagado la calefacción, me lo dejé puesto mientras trabajaba.

—¿No temía engancharse la manga con una herramienta eléctrica? —preguntó Wyatt.

Kevin estaba examinando el puño izquierdo del chubasquero, que mostraba marcas visibles del uso. ¿Qué probabilidades había de que hallasen

una hebra de la gastada bocamanga de ese chubasquero enganchada en el parachoques trasero del coche de Nicole? Por el amor de Dios, nada sobre ese caso iba a ser coser y cantar.

—Deberíamos llevárnoslo para cotejarlo —dijo Kevin en un tono deliberadamente alto.

—Definitivamente. ¿Le importa prestarnos su chubasquero? —preguntó Wyatt a Thomas, que parecía a la defensiva.

—Cómo no va a importarme. Es mi único chubasquero. Y ya se lo he dicho. Está sucio y lleno de mugre de mi taller; eso es todo.

—¿Es esto arena? —intervino Kevin—. Como la arena de sus zapatos. Como la arena que encontramos en el arcén...

—¡Hay arena por todas partes! Estamos en Nueva Inglaterra, por el amor de Dios, y ya hemos tenido varias mañanas bajo cero.

—¿Dónde está la ropa de Nicky? —preguntó Wyatt de repente.

—¿Cómo? —Thomas parpadeó.

—El personal del hospital nos dijo que usted se llevó la ropa que llevaba puesta la noche del accidente.

—No tiene nada de malo...

—¿Dónde está? De ninguna manera la iba a guardar en su sitio manchada de barro, ensangrentada, empapada de whisky. Así que debería estar aquí, ¿no? En el lavadero. Para lavarla en su momento.

Thomas no respondió enseguida.

—Mi mujer no hizo nada malo —dijo de repente.

Esta vez fue Nicky quien lo miró fijamente.

—La doctora Celik me enseñó los resultados del test de alcoholemia: 0,06. Por debajo del límite legal. O sea, que ninguno de los dos les debemos ni explicaciones ni respuestas. Fue un accidente. Claro y simple. Noche oscura y tormentosa. Se salió de la carretera. Fin de la historia.

—¿Como caerse por las escaleras del sótano?

—Ya han visto las escaleras.

—¿Y tropezar en los escalones del porche? Venga, Thomas, ¿cómo es posible que una mujer sea tan *torpe*? Por las escaleras, por la entrada, conduciendo... A juzgar por lo que comenta, su mujer no hace una a derechas.

—Váyanse. No tenemos nada más que hablar.

—Muy bien. Entonces, entréguenos el chubasquero. Y de paso, la ropa que

llevaba Nicky aquella noche y las zapatillas de deporte que no debía haberse puesto por la lluvia y..., ah, sí, el abrigo que no se molestó en coger. Entréguenos todo. Denos lo que necesitamos para corroborar su *accidente*. Y tal vez, solo tal vez, le dejemos en paz.

—Quiero verlo —dijo Nicky de repente.

Los hombres se quedaron inmóviles y la observaron fijamente. Estaba en medio del sótano, con los brazos cruzados a la defensiva. No estaba mirando el chubasquero ni a ninguno de ellos. Estaba mirando hacia un punto al pie de la escalera.

El punto adonde había ido a parar al caer; a Wyatt le constó sin preguntar. El lugar de su primer accidente, cuando comenzaron los dolores de cabeza y la pérdida de memoria.

Thomas frunció el ceño.

—¿Qué quieres ver?

—La escena del accidente. Quiero ir allí. A lo mejor me ayuda.

—Nicky, tienes una conmoción; tienes que tomarte las cosas con calma por prescripción médica...

—Voy a ir.

—Conseguirás que te vuelva a doler la cabeza...

—Me da igual.

—¡A mí no! Esto es precisamente lo que pretenden, Nicky. ¿Es que no te das cuenta? Esta visita, esta farsa... La policía está intentando interponerse entre nosotros. Consideran que es la única manera de conseguir respuestas.

—A lo mejor yo también quiero respuestas.

—Nicky... —Thomas alargó la mano hacia su mujer.

—¿De qué tienes miedo? Dímelo, Thomas. Si nuestra vida es tan puñeteramente perfecta, ¿por qué no puede llevarse tu chubasquero la policía?

Thomas no respondió. Nicky lo fulminó con la mirada por última vez y acto seguido se dio la vuelta y enfiló escaleras arriba.

—Lo único que siempre he querido —masculló Thomas— ha sido protegerla. De acuerdo, llévense el chubasquero. Llévense lo que quieran. Y luego déjenos en paz. Estábamos bien hasta que llegaron. Palabra de honor.

Se dirigió hacia las escaleras en busca de su mujer.

Thomas me sigue hasta mi dormitorio. Creo que seguirá protestando. Tal vez me coja de los hombros y me dé la vuelta bruscamente para que no tenga más remedio que plantarle cara. Se saldrá con la suya por pura fuerza de carácter. ¿Quiero discutir con él? ¿Que me maltrate físicamente? ¿Que me inmovilice contra su pecho? ¿Es así como normalmente terminan nuestras peleas?

Sin embargo, no hace nada en absoluto. Se limita a apostarse en el umbral mientras yo saco unos vaqueros y un jersey más grueso del ropero de la habitación de invitados.

A lo mejor no ha subido para discutir. A lo mejor sencillamente está esperando que le entregue el whisky que tenía escondido.

Le doy con la puerta en las narices para poder cambiarme de ropa, ultimar mis preparativos. Pero cuando la abro al cabo de dos minutos, Thomas sigue esperándome.

—¿Vienes? —le pregunto con curiosidad, pues esperaba que también se hubiese cambiado de ropa.

—No.

Me quedo perpleja. En cierto modo, estaba segura de que me acompañaría, aunque solo fuera para continuar en su papel de marido protector.

—Tengo que trabajar —aduce.

—¿En serio? ¿Tan importante es tu trabajo?

—Este proyecto sí.

Los detectives, Wyatt y Kevin, nos esperan abajo. Debería ponerme en marcha. Pero cuando hago amago de apartar a mi marido para pasar, me toca el brazo, con la suficiente suavidad, con la suficiente delicadeza, como para

parar en seco.

—¿Por qué? —pregunta en voz baja—. Sin duda, he hecho lo imposible por ayudarte. ¿Y aun así escondes una reserva de whisky?

No digo nada; solo noto que el corazón se me acelera. Por la vergüenza, pienso. Por el remordimiento. Por la culpabilidad. Por algo más que no termino de explicarme. Soy incapaz de mirarlo a la cara. No me atrevo a zafarme de él. Aun así, no le entrego el alijo por voluntad propia.

—Si eres incapaz de tirarlo —continúa Thomas—, al menos dime dónde está. Mientras estás fuera, me ocuparé de ello.

—No.

—Nicky, por lo que más quieras, te acabo de sacar del hospital...

—Es lo único que tengo —me oigo a mí misma decir en un hilo de voz, y en ese momento caigo en la cuenta de que es cierto. No tengo familia. No tengo amigos. No recuerdo mi pasado; no sé si tengo futuro. Lo único que tengo es un tesoro escondido de diminutas botellas. Ni más, ni menos.

—Tienes tu colcha —dice mi marido.

Frunzo el ceño, insegura. Él señala hacia el sofá cama, donde reparo en que la colcha de color amarillo claro está doblada con esmero y colocada en los pies de la cama. ¿Lo hizo él? ¿Lo hice yo y ya lo he olvidado?

—Deberías llevarte la colcha —me dice Thomas—. A lo mejor te trae suerte.

—No puedo irme de paseo con dos polis con mi mantita. Es... ridículo.

—Nicky.

Su tono de voz es serio. Tan serio que me quedo inmóvil de nuevo, me da por escrutarlo largo y tendido. Un millón de imágenes pasan fugazmente por mi cabeza. Riéndonos, besándonos, echando carreras por playas de arena, escalando riscos. Vivíamos. Amábamos. Y, en un tiempo, bastó con eso. Sé todo eso al mirarle fijamente.

Estoy triste, en un lugar en lo más hondo de mi ser cuya existencia ignoraba por completo hasta ahora. Voy a perderle. Me consta desde hace tiempo. Tal vez razón de más para almacenar botellitas de whisky en secreto. Porque, desde hace veintidós años, este hombre ha sido mi mundo. Es mi única compañía, mi mejor amigo, mi mayor motivo de crispación y mi mayor fuente de consuelo. Ha sido todo para mí.

Con la salvedad de que ese tipo de relación no es sana. Para ninguno de los dos.

—Llévate la colcha —musita mi marido—. Las próximas horas van a ser difíciles. Puede que te canses, que te dé otro dolor de cabeza. Los detectives entenderán que te lleves un cobertor por si necesitas descansar.

Mientras lo dice va a por la colcha. Me pone el recio fardo doblado entre los brazos y yo, en un acto reflejo, lo aprieto contra mi pecho. Siento la suavidad del familiar tejido contra mis dedos, aspiro un aroma que me reconforta y al mismo tiempo me hace sentir sola.

Lloré cuando recibí esa colcha por correo. Ahora me dan ganas de llorar otra vez.

—Tienes una foto de Vero —me oigo decir a mí misma.

—No.

—Ya lo creo. La encontré en tu vestidor.

Mi marido sonrío, pero es una sonrisa triste, apagada.

—No —repite en voz baja—. No. Venga, si realmente tienes intención de hacer esto, es hora de que bajes, acaba con esto. Tan solo recuerda —añade, al tiempo que me aparta de él— que el problema de hacer preguntas es que no puedes controlar todas las respuestas. Así es la vida. Especialmente para ti y para mí.

Es evidente que a los detectives les sorprende que Thomas no nos acompañe. Se cruzan la mirada, pero no dicen nada inmediatamente. Ni hacen ningún comentario sobre la manta que llevo bajo el brazo. Al parecer, Thomas tiene razón: una mujer con una conmoción puede salirse con la suya prácticamente siempre.

El detective más joven —Kevin, según lo llamó el sargento— lleva el chubasquero de Thomas. Por lo visto, después de todo mi marido ha accedido a desprenderse de él. Para que puedan analizar la arena. Qué gracia, no me había parado a pensarlo hasta ahora, pero en Nueva Inglaterra hay un montón de arena de los arceles.

Excepto en el camino de entrada a nuestra casa o en nuestro jardín trasero. Thomas mintió sobre eso.

Dejo la colcha doblada encima de uno de los escalones inferiores, abro el armario del recibidor y automáticamente cojo mi chaquetón forrado de franela de color tostado. Acto seguido busco mis zuecos negros, porque en el campo, con carreteras y aceras mugrientas, opto por calzar zuecos. No mis

zapatillas de deporte. No me explico por qué cogí las zapatillas de deporte el miércoles por la noche.

Porque estaban en medio y tenía que irme a toda prisa.

Sonó el teléfono.

«Hola», dije.

Y entonces...

Me duele la cabeza. Me masajeo las sienes en un acto reflejo. Debería tomarme otro ibuprofeno. O quizá algún analgésico más fuerte. Pero no quiero aturdirme más todavía. Puede que haya sido yo quien haya organizado esta excursioncita, pero también soy la que se fatiga antes. Thomas no andaba desencaminado: la verdad es que necesito descansar.

Hurgo en el armario en busca de una última cosa. El perchero de detrás de la puerta. No está ahí. Palpo esa zona de nuevo y el detective más mayor, Wyatt, se percata del gesto.

—¿Qué busca?

Tengo que pensarlo.

—Un gorro.

—¿Qué tipo de gorro?

—Una gorra. Negra. —Con una visera que pueda calarme. Por ejemplo, para ocultar mejor mis facciones al ir a comprar a la tienda de licores de la zona.

Aparto ese recuerdo de mi cabeza, con una desagradable sensación, ligeramente sucia, como si hubiera caminado a través de telarañas.

—¿Seguro que su marido no viene? —pregunta el otro detective, Kevin, para asegurarse.

—Tiene que trabajar.

—Trabaja mucho —afirma Wyatt.

Asiento con la cabeza, porque ¿qué voy a decir? Según Thomas, el proyecto es importante. Salvo que yo no tengo la menor idea de qué proyecto se trata.

Los detectives me acompañan hasta el coche. Llevan uno de los todoterrenos blancos del condado, con «DEPARTAMENTO DEL SHERIFF DE NORTH COUNTRY» grabado en el lateral. He visto bastantes veces estos vehículos estacionados en carreteras secundarias. A veces, los agentes uniformados se ocupan de infracciones de tráfico, pero Thomas me comentó

en una ocasión que los ayudantes del sheriff pasaban la mayor parte del tiempo trasladando presos dentro del estado. Los vehículos que veo aparcados por ahí en realidad están esperando para recoger o entregar a internos.

Tal vez por eso me incomoda tanto cuando los detectives abren la puerta trasera y me indican que suba al coche. Debería ir esposada, pienso. Se acabó: el principio del fin.

Me sorprende cuando Kevin rodea el coche, entra por la otra puerta y se sienta a mi lado. ¿Para observar mis reacciones y seguir jugando a hacer memoria? ¿O es que no se fían de dejarme sola?

Me pongo la colcha sobre el regazo. El roce contra mis manos, firmemente entrelazadas, me infunde confianza y me alegro de haberla cogido.

Wyatt arranca el voluminoso vehículo y sale marcha atrás por el camino de entrada.

Contemplo una última imagen fugaz de mi casa. La oscura silueta de Thomas perfilada contra la ventana de la planta de arriba.

Entonces mi marido desaparece de mi vista.

Permanecemos un rato en silencio. Hay una mampara entre el asiento posterior y el delantero, quizá de plexiglás, algo arañada, pero transparente. El asiento trasero no es de plástico duro como el que se utiliza en tantos coches patrulla para facilitar su limpieza después de trasladar a borrachos que vomitan. En vez de eso, Kevin y yo compartimos el asiento corrido original con tapicería gris del todoterreno. Es bastante cómodo; así nos resulta más fácil fingir que somos amigos que van a dar una vuelta como si tal cosa.

Si miro al frente, sin embargo, hacia la parte frontal del vehículo del sheriff, veo el voluminoso salpicadero, con radio, ordenador portátil incorporado y todo tipo de botones de sirenas y pitos que ni mi Audi de última generación tenía. Wyatt está murmurando algo por radio, aunque con la mampara cerrada cuesta oír. ¿Estará haciendo más gestiones? Igual todavía acabo la noche detenida.

Intento mirar por la ventanilla, pero la impresión de la oscuridad a toda velocidad me produce náuseas. Ojalá estuviera de nuevo en el dormitorio de la planta de arriba, tendida bajo la colcha con una bolsa de hielo sobre la frente. La frescura de la oscuridad. El oasis glacial para mitigar mi palpitante

dolor de cabeza.

El todoterreno reduce la velocidad, llega a un stop. El intermitente está encendido. Giramos a la derecha. De la carretera secundaria a una arteria principal. Pasan cinco, quizá diez minutos; a continuación comienza a aparecer la civilización. Un pequeño centro comercial por aquí, una gasolinera, una tienda de ultramarinos por allá. Una tienda de licores del estado de New Hampshire.

Noto que se me tensa el cuerpo. Lista para entrar. Donde compro mis provisiones, pienso sin pensar. Pero el vehículo del sheriff sigue su camino.

—¿Le suena? —me pregunta Kevin, obviamente interpretando mi lenguaje corporal.

—Aquí hago mis recados.

—Es lógico. Son las tiendas que le quedan más a mano.

—La botella de whisky que tenía aquella noche, ¿saben dónde la compré?

—Sí.

—¿Fue ahí, en esa tienda estatal de licores? —Porque en New Hampshire puedes comprar cerveza y vino en una tienda de ultramarinos, pero no licores fuertes. Eso lo controla el estado.

—En esa tienda no —responde el detective, lo cual me sorprende.

El vehículo sigue avanzando. Esta carretera está bien asfaltada, lo cual siempre es un lujo en North Country. Me da por cerrar los ojos, dejando que el movimiento me arrulle. Estoy cansada. Muy cansada. Ha vuelto esa sensación de estar bajo el agua. Como si nada de esto fuera real, como si no estuviera ocurriendo.

Floto, ingrávida, inconsciente. Si pudiera permanecer así, a lo mejor no volvería a sufrir jamás.

«Mami, mami, mira, puedo volar».

Pero lo difícil no es el vuelo. Es la caída, siempre la caída, lo que al final puede con nosotros.

Me oigo a mí misma soltar un suspiro. Un sonido largo y lastimero.

Entonces el vehículo se detiene.

Kevin dice:

—Ya hemos llegado.

Nada más bajar del todoterreno del sheriff, me siento confundida. No estamos

en una carretera secundaria oscura, sino en otro pequeño centro comercial. Hay una tienda/autoservicio/gasolinera, lo que parece ser una inmobiliaria y, sí, otra tienda de licores del estado de New Hampshire. Lo primero que pienso es que no conozco este sitio. Sin embargo, no es así.

Dejo la colcha doblada en el asiento trasero para coger algo. Caigo en la cuenta de que es la gorra. Sigo buscando la gorra para ocultar mi cara de las cámaras de la tienda. Tal y como siempre hago.

Entonces siento la primera punzada de desasosiego. Porque, sinceramente, me cabe la duda: ¿procuro pasar desapercibida en las tiendas de licores de la zona o procuro pasar desapercibida ante las cámaras de seguridad?

Los dos detectives aguardan.

—¿Por qué hemos venido aquí? —pregunto.

—Vamos dentro —dice Wyatt— a echar un vistazo.

Estoy en un apuro. No estoy segura del cómo ni el porqué, pero esto no es lo que yo pretendía, lo que yo anticipaba. Se supone que la policía me va a llevar a la escena de mi accidente de coche. Deambularé por allí. Sabré perfectamente lo que estaba haciendo, pensando, esa noche. Volaré por los aires. Encontraré por fin a Vero. Me perdonará.

En vez de eso estamos... aquí.

—No quiero. —Me cierro en banda.

—Solo un momento —dice Wyatt.

—Me duele la cabeza.

—Seguro que en la tienda venden aspirinas.

No puedo moverme. Lo miro fijamente. ¿Le estoy rogando, le estoy suplicando, lo percibe en mi mirada?

—Compré la botella de whisky en esta tienda, ¿verdad? Por eso me han traído aquí. Para que identifique el lugar exacto donde la cagué aquella noche.

—Vamos dentro —repite Wyatt— a echar un vistazo.

Entonces él y el otro detective echan a andar. Me da la sensación de que no tengo escapatoria. Se acabó. Es hora de enfrentarme a mi destino.

El edificio gris achaparrado trata de emular la arquitectura de Nueva Inglaterra. Una entrada cubierta rematada con una cúpula, unos cuantos tragaluces de pega para darle más aire de vivienda y no tanto de gigantesco centro comercial hasta arriba de alcohol. Las puertas automáticas se abren al acercarnos. Menos mal que Wyatt y Kevin visten de paisano, porque ser

escortada por dos agentes uniformados sería demasiado. A pesar de ello, es imposible disimular la manera en que se mueven, evaluando el ambiente. No se trata de simples compradores, y todo aquel que los mira parece reparar en ello. Una mujer con un carrito de la compra hasta arriba de vodka aparta la mirada instintivamente. Comparto su vergüenza.

A nadie le agrada ver a un poli en una tienda de licores, al igual que tampoco le agradaría ver a un cura en un burdel.

No puedo levantar la vista. Deambulo por los pasillos y prácticamente enseguida me encuentro delante del surtido de whisky. Cómo no. El Glenlivet está colocado en un estante a la altura de los ojos para tentar a los clientes. La tienda alberga un impresionante surtido de whisky añejo, incluido mi vicio predilecto, el selecto de dieciocho años. No puedo evitarlo. Los quiero todos. Me empiezan a temblar las manos; después, todo el cuerpo.

Me martillea la cabeza, pero también tengo ganas de vomitar. No deberían haberme traído aquí, pienso resentida. Llevar a una mujer con una lesión cerebral a dar un paseíto innecesario. Llevar a una alcohólica en proceso de recuperación a una tienda de licores.

Los miro con acritud a ambos y tengo la satisfacción de ver que al menos tienen la misma preocupación.

—¿Se encuentra bien? —pregunta Wyatt.

—Quiero irme de aquí.

—Pero reconoce esta tienda —dice Kevin—. Se ha metido directamente por este pasillo.

—¡Ya lo sabían! —Sigo enfadada. Centro mi atención en el sucio suelo de linóleo gris. En cualquier sitio menos en las bebidas.

—¿Vino aquí el miércoles por la noche? —pregunta Wyatt.

—No lo sé. Quizá. Probablemente. Supongo que sí.

—¿Por qué aquí? —quiere saber Kevin.

—Para comprar whisky. ¿A qué si no?

—Antes comentó que esa noche tenía prisa —insiste Wyatt—. Que tuvo que irse corriendo.

—Sí.

—Entonces, ¿para qué venir aquí? A cuarenta minutos de su casa, cuando hay otra tienda de licores estatal mucho más cerca.

Parpadeo, me llevo la mano al estómago y aprieto para mitigar las náuseas. No lo sé. No puedo responder a su pregunta. Tiene razón. Kevin había

señalado hacia la tienda más próxima y yo la había reconocido al instante. Así que ¿por qué habría realizado todo ese trayecto hasta aquí?

Niego con la cabeza. Las náuseas no remiten. El dolor de cabeza se ha acentuado y ahora las luces de la tienda me molestan. Como docenas de puñales afilados que me agujonean las sienes.

—Creo que voy a vomitar —farfulto.

Los detectives vuelven a cruzarse la mirada. Llego a la conclusión de que los odio. Ojalá estuviera aquí Thomas. Quiero acurrucarme contra su pecho. Quiero sentir la magia de sus dedos sobre el nacimiento de mi pelo. Él me haría sentir mejor. Él cuidaría de mí.

Porque él es todo para mí. Salvo que estoy a punto de perderle, porque para empezar nunca me lo merecí. Vero trató de decírmelo, pero hice oídos sordos.

Corre, me ha dicho. Tantísimas veces a lo largo de los años. Corre, corre, corre. Pero no lo hago. No puedo.

Me escuece la cara. Los puntos. Y, durante un fugaz instante, me dan ganas de levantar el brazo y tirar del primer feo hilo negro. Tal vez pueda arrancarme las suturas y después despegarme mi propia cara, como los retales de una colcha. Me pregunto a quién encontraría acechando bajo mi propia piel.

Wyatt me tiene agarrada del brazo. Tira de mí hacia delante y caigo en la cuenta de que por fin me toman en serio. He perdido los papeles hasta tal punto que nos vamos de la tienda. Olvídate del lugar del accidente. Me voy a casa. Necesito tumbarme. Cerrar los ojos. En mi pequeña habitación, fresca y a oscuras. Como en un ataúd. En una tumba antes de tiempo.

Wyatt me conduce a la cola de la caja, como si fuésemos a pagar la compra. Mis pasos se ralentizan, se vuelven más pesados. Tiene que sacarme de aquí. ¿Por qué no me saca de aquí? Necesito aire fresco.

La cajera nos observa fijamente. Es una mujer mayor con el pelo castaño encanecido y el semblante de alguien que ya ha tenido un mal día, o tal vez una mala vida.

Aun así, hace un esfuerzo.

—Cielo, ¿estás bien? —me pregunta con dulzura.

No puedo evitarlo.

La miro y acto seguido vomito todo en el suelo.

Tal y como se desarrollaron los acontecimientos, no había sido coser y cantar, como Wyatt esperaba. Menos mal que la señora de la caja, Marlene, era una mujer mayor que obviamente había visto de todo. No se le movió ni un pelo cuando su testigo vomitó, sino que se apuró en rodear el mostrador y les indicó que sacaran a la mujer fuera mientras ella iba a por la fregona.

No es que Wyatt y Kevin no tuvieran experiencia limpiando vómitos —era una de las habilidades que se aprendían rápidamente en su trabajo—, pero aun así era agradable contar con la ayuda de alguien.

Kevin había metido a Nicky en el asiento trasero. Ella se había tumbado directamente apretando el cobertor amarillo entre sus brazos como si se tratase de un oso de peluche. Kevin había cometido el error de ofrecerse a desdoblarlo, a echárselo por los hombros. Ella había estado en un tris de arremeter contra él.

Cambios de humor volubles. Otra señal de traumatismo cerebral grave.

Después Wyatt volvió a entrar en la tienda de licores. Había llamado por teléfono cuando se dirigían allí, para confirmar que Marlene Bilek trabajaba esa noche, igual que el miércoles por la noche. Habían tenido además la suerte de que fuera quien atendiera la caja cuando ellos habían llegado. Y ahora, la respuesta acertada era...

Wyatt encontró a la mujer al fondo, vaciando el contenido del cubo de la fregona. Despedía un tufo repugnante. Dado que los Frank habían cenado sopa de tomate, también tenía un aspecto repugnante.

—Lo siento —dijo.

La mujer se encogió de hombros.

—No puedo trabajar en una tienda de licores y no vérmelas con las

vomitonas.

—Lo mismo que los policías.

Sonrió, pero con gesto cansado. El trabajo no podía ser fácil, sobre todo teniendo en cuenta incidentes como ese.

—¿La reconoce? —preguntó Wyatt.

—Creo que sí. El miércoles por la noche, ¿verdad? Iba vestida de manera diferente. Con ropa oscura. Y llevaba una gorra. Una gorra negra bien calada. Eso fue lo que me llamó la atención: tenía pinta de ir buscando problemas y, en una tienda de licores, tenemos que estar atentos a esas cosas. Pero la verdad es que no hizo nada. Estuvo deambulando un rato sin más. Pasillo por pasillo. Cuando estaba a punto de preguntarle si necesitaba algo, cogió una botella de whisky o algo así. Pagó y se largó.

—¿Cuánto tiempo diría que pasó en la tienda? —preguntó Wyatt.

—Quince, veinte minutos.

Wyatt frunció el ceño. Eso era mucho tiempo para una mujer que supuestamente tenía prisa. Veinte minutos, sumados al largo trayecto hasta allí..., una mujer con pinta de ir buscando problemas y que se desvía de su trayecto habitual para encontrarlos.

—¿La vio hablar con alguien? —preguntó—. ¿Con otro cliente, con otro empleado?

La dependienta se encogió de hombros.

—No sabría decirle. Esa noche hubo ajeteo. Mucho movimiento. No es que pasara todo el rato observándola.

Wyatt asintió con la cabeza, pensando una vez más que ojalá no se hubieran echado a perder las grabaciones de la noche del miércoles de las cámaras de seguridad de la tienda estatal. Y, sin embargo, estas cosas sucedían. Por desgracia, con más frecuencia de lo que deseaba un buen detective. Sacó una tarjeta y se la dio a Marlene, que en ese momento estaba colocando el cubo de la fregona en un rincón.

—Muchas gracias. Perdona otra vez por el desaguisado y, si recuerda algo más, por favor, deme un toque.

—Claro. ¿Se pondrá bien? —preguntó Marlene—. La pobre chica parecía encontrarse muy mal.

—Está descansando; eso le ayudará.

—A todo esto, ¿qué ha hecho?

—¿A qué se refiere?

—Usted es detective. Usted y el otro tipo la han escoltado en la tienda; ahora está haciéndome todas estas preguntas. Así que ¿qué ha hecho?

—Eso es lo que estamos tratando de averiguar.

—¿Ha perdido a alguien?

Tras una pausa, Wyatt contestó:

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque parece muy triste. Y yo sé lo que es la tristeza. Esa chica está pasando por un trago de mil demonios.

Wyatt seguía cavilando al salir de la tienda para reunirse con Kevin, que le esperaba.

—Me he informado de la llamada que recibió Nicole en su móvil el miércoles por la noche a través de la compañía.

—¿Y?

Siguió a Kevin hasta el todoterreno blanco, en cuyo asiento trasero Nicky permanecía acurrucada en posición fetal. No levantó la vista cuando Wyatt se aproximó. A juzgar por cómo tenía los ojos, fuertemente cerrados, a Wyatt no le dio la impresión de que estuviera dormida, sino que pretendía evitar que se dirigieran a ella.

—El teléfono no está registrado a nombre de una persona —informó Kevin—, sino de una empresa.

—¿Cuál?

—Una agencia de detectives de Boston. —Kevin hizo una pausa y lo miró fijamente—. Investigaciones Northledge —afirmó.

Wyatt cerró los ojos.

—Oh, mierda.

Wyatt dejó a Kevin haciendo de niñera mientras él cruzaba el aparcamiento, al tiempo que se subía la cremallera del chaquetón para abrigarse en la fría noche. El parte meteorológico ya había registrado un par de noches con temperaturas de un solo dígito. Y solo estaban en noviembre, lo cual significaba que, a ese paso, el invierno iba a ser crudo. La gente se enclaustraba por la nieve, medio enloquecía por el frío. Otra magnífica estación para ser poli, desde luego que sí.

Marcó el número de Tessa de espaldas a Kevin. Cógelo, cógelo, pensó, anticipándose al agradable sonido de su voz, a pesar de que le preocupaba lo que ella pudiera decirle.

La tercera vez que sonó se cumplió su deseo.

—¿Qué tal? —Parecía sin aliento. Como si la hubiera pillado haciendo algo. Por un momento, se permitió sonreír. Dios, amaba a esa mujer. Lo cual era bueno, porque probablemente ella le iba a echar otro rapapolvo.

—¿Qué tal tú? —preguntó él—. ¿Andas liada ahora?

—Estoy saliendo de un restaurante. No nos apetecía cocinar. Así que hemos venido a Shalimar.

Un restaurante indio. Uno de los favoritos de Sophie. A Wyatt siempre le había extrañado, porque a él, cuando tenía nueve años, solo le gustaban las hamburguesas y los perritos calientes. Los chavales de hoy en día...

—¿Cómo te fue en el almuerzo con la detective Warren? —preguntó. La noche anterior al final no se habían puesto al día. Ni esa mañana, de hecho. Lo cual, ahora que lo pensaba, era culpa suya. Normalmente se daban un toque como mínimo una, si no dos veces, al día. Pero, en vista del caso que tenía entre manos, andaba preocupado...

Tessa era una adulta, se recordó para sus adentros. También había sido policía. Entendía esas cosas.

Solo que, al responder a su pregunta, su voz sonó distante, algo totalmente impropio de ella:

—Oh, muy bien. Le expliqué a D.D. el funcionamiento de los servicios de investigación. Ella me explicó por qué prefería ser poli. Ahora las dos esperamos a que el estado de su herida emita el veredicto.

—¿Sophie bien? —preguntó Wyatt, que seguía tratando de camelársela—. ¿Le ha ido bien la semana en el colegio?

—Sí.

—¿Y a ti el día?

—Muy bien.

El sonido de las puertas del coche al cerrarse. Después la voz de Tessa, más amortiguada al dirigirse a Sophie, probablemente también a la señora Ennis.

—Es Wyatt. Un momento; enseguida nos pondremos en marcha.

Deben de estar todavía en el aparcamiento del restaurante, dedujo Wyatt, acabarán de llegar al coche. Tessa, que había sido policía estatal, detestaba a

la gente que conducía mientras hablaba por teléfono. De ahí que hiciera esperar a su hija para terminar la llamada antes de ponerse en marcha. Lo cual explicaría que estuviese distraída. Aunque estaba hablando con él, seguía pendiente de su hija. Por supuesto.

Llegó a la conclusión de que, lo hiciera como lo hiciera, no iba a acertar. De perdidos, al río.

—Tengo que hacerte una pregunta —anunció.

—Vale.

—¿Recuerdas el accidente de coche que estoy investigando? ¿El de la conductora bajo los efectos del alcohol con posible agravante?

—Sí.

—Resulta que la conductora recibió una llamada en su móvil poco antes de salir disparada aquella noche. Se llama Nicole Frank.

Una pausa mientras esperaba a ver si Tessa reaccionaba al oír ese nombre. Pero, claro, ella era una avezada profesional, de modo que, al no reaccionar, él continuó en tono sereno.

—El número estaba registrado a nombre de una empresa: Investigaciones Northledge.

Más silencio. Pero Wyatt conocía a Tessa lo bastante bien como para imaginarse los cambios sutiles pero significativos que se estaban produciendo en su lenguaje corporal. Sentándose más derecha en el asiento del conductor. Apretando con fuerza el móvil. Suavizando la expresión.

Asimismo, era consciente de que, justo en ese momento, Sophie, sentada en el asiento trasero, también estaría percatándose de esos cambios, y también poniéndose en guardia.

Si Tessa no se había irritado con él de momento, con esto lo haría.

—¿Por qué me has llamado, Wyatt? —preguntó ella en voz baja.

—Por algún sitio tengo que empezar.

—¿De modo que has pensado que tu mejor recurso sería pedirle a tu novia que viole la confidencialidad de sus clientes?

—No. No es lo que te estoy pidiendo.

A lo que ella respondió con más silencio. A continuación, la voz de Sophie por detrás.

—Mamá, ¿qué pasa?

—Nada. —Una respuesta automática a la niña. Seguida por otra en un tono más directo, sin ambages, a él—: Wyatt. Es tarde. Ha sido una semana larga.

Me consta que solo intentas hacer tu trabajo, pero no puedo ayudarte. Ya lo sabes.

—Ha perdido la memoria.

—¿Quién?

—Nicole Frank. La conductora. Nuestra investigada. O nuestra víctima. Maldita sea, ni siquiera lo sé. Ha sufrido tres conmociones cerebrales, ¿recuerdas? Está hecha un lío, se le han borrado varias cosas del disco duro. Algo que está empezando a asustarla. El marido, ¿recuerdas? ¿Del que incluso tú sospechabas que podía ser el autor de los tres accidentes? Deduzco que las cosas están un pelín tensas en el ámbito doméstico, y Nicky está decidida a encontrar respuestas. Está con nosotros esta noche, intentando repasar el trayecto que hizo. Solo que no consigue recordar los detalles. Sabe que recibió una llamada. Se acuerda de que tuvo que salir de la casa. El resto continúa siendo un misterio para ella.

—¿Qué quieres de mí?

—Sé que no puedes responder a mi pregunta abiertamente: eso sería traicionar la confidencialidad. Pero ¿y si te la pasara al teléfono? ¿O si Nicky llamara por teléfono a Northledge? Tal vez podrías concertarle una cita con la persona correspondiente —porque era una gran empresa, con muchos detectives además de Tessa— para que la atendiese cuando se presentase allí. Que respondiera a sus preguntas.

—Cabe esa posibilidad —accedió finalmente Tessa, pero él notó que su tono de voz seguía frío—. Suponiendo que sea una clienta. Puede que se hubieran puesto en contacto con ella como parte de otra investigación.

—Cierto. —La verdad era que a Wyatt no se le había ocurrido eso—. Tienes razón. Pero ella recibió la llamada tarde, el miércoles. Y sintió la necesidad de irse inmediatamente. Yo me inclino a pensar que recibió una información, una información importante, y que tuvo que reaccionar.

—¿Adónde fue?

—A una tienda de licores.

—¿Una noticia que la empujó a beber?

—O tal vez una noticia que la empujó a reunirse con alguien. Sigo tratando de averiguarlo.

—Está contigo —dijo Tessa de repente.

—En el asiento trasero del todoterreno mientras hablamos. Pero en este momento no está en condiciones de hablar ni por asomo. Tiene dolor de

cabeza, náuseas, esas cosas.

—¿De modo que quieres que hable con ella, pero no puede hablar?

—Por algún sitio tengo que empezar, Tessa.

—Wyatt, no puedo facilitarte información confidencial. Yo no soy así y tú tampoco quieres que sea así.

—Vale. —Wyatt no insistió. No le sorprendió que Tessa se negara. Ella se tomaba en serio la confidencialidad, y así debía ser. Y, sin embargo, él tenía que empezar por algún sitio, y no era tan raro que un investigador ayudase a otro, mucho menos cuando había una relación personal de por medio.

Estaba decepcionado. Pero, más que nada, seguía intentando entender el motivo del tono distante de su novia. Desde el mismísimo inicio de la conversación. Incluso antes de entrar en un terreno pantanoso.

—¿Estás bien? —preguntó él por fin.

—Hay límites, Wyatt. Teniendo en cuenta nuestros respectivos trabajos, ambos tenemos límites. Yo respeto los tuyos, pero para que esto funcione necesito que tú también respetes los míos.

—Entiendo.

—¿Sí?

—Por supuesto. Tessa...

—Es tarde. Tengo que irme. Podemos retomar la conversación por la mañana. Quizá pueda aportarte algo entonces. Buenas noches, Wyatt.

—Vale. Hum..., gracias. Mañana te doy un toque.

Wyatt colgó. Pero se quedó con mal sabor de boca. Que había límites, le acababa de decir su novia desde hacía seis meses. Solo que, de repente, le preocupó que no se estuviera refiriendo a temas laborales ni mucho menos.

Cuando volvió al todoterreno, Kevin estaba de pie junto a la puerta del conductor, tomando notas en su libretita de espiral.

—Sigues vivo —comentó, sin hacerse ilusiones sobre los peligros de cabrear a Tessa Leoni.

—¿Así confías en mis encantos? Tessa se sentirá feliz de poder echarnos una mano.

Kevin le lanzó una mirada.

—Bien. Ha esgrimido el argumento de la confidencialidad, y ha puesto énfasis en el respeto a su integridad profesional. Pero puede que esté

dispuesta a hablar personalmente con Nicky por la mañana, suponiendo que Nicky se haya recuperado para entonces.

Kevin, tomándoselo con filosofía, se encogió de hombros. En otras palabras, que llegados a ese punto Northledge era un callejón sin salida.

—¿Qué tal está? —preguntó Wyatt, al tiempo que señalaba hacia el asiento trasero del vehículo.

—No ha movido un músculo.

—¿Le has echado un ojo? Me da que está mal que los contribuyentes mueran mientras están a nuestro cargo.

—Sí. Francamente, está bastante grogui. Probablemente sea hora de llevarla a su casa.

Wyatt no puso reparos. Por otro lado, le daba la sensación de que, una vez que llevaran a Nicky con su marido, no volverían a sacarla de allí.

—¿Por qué crees que vino aquí? —preguntó Wyatt a Kevin—. Recibe una llamada. Tiene tal sensación de apremio que se calza lo primero que encuentra, las zapatillas de deporte, a pesar de ser una pésima elección para una noche lluviosa, y no coge un abrigo. A continuación realiza un trayecto de casi una hora hasta una tienda de licores que se encuentra mucho más allá del centro comercial de su zona. Luego, según la dependienta, Nicky se pasa otros quince, veinte minutos, vagando por la tienda, hasta que finalmente agarra una botella de whisky.

—¿No sabía lo que le apetecía beber?

Esta vez fue Wyatt quien lanzó una mirada a su compañero. Volvió a preguntar:

—¿Por qué una botella de Glenlivet de dieciocho años? Es una elección bastante específica, por no decir cara, si lo único que pretendes es emborracharte.

—¿Le trae buenos recuerdos?

—No tiene ninguno. Salvo... —Wyatt hizo una pausa, pensativo—. ¿Y si tuviera previsto reunirse con alguien? Por eso la llamada. La tienda de licores es el punto de encuentro, de modo que primero busca a la persona en la tienda. Entonces, al no encontrarla...

—¿Compra la marca de whisky predilecta de esa persona?

—O algo que sea significativo para ambos.

—Y sale hacia el aparcamiento.

—Donde en última instancia debe localizarlo o localizarla, ¿no? —

continuó Wyatt—. Porque ella compra la botella a las diez, pero el accidente no se produce hasta las cinco de la mañana. O sea, que hay un lapso de siete horas.

Kevin echó un vistazo a su alrededor. Al centro comercial, relativamente tranquilo; al aparcamiento, prácticamente vacío.

—Según la cajera, Marlene, aquella noche la tienda de licores estaba concurrida. Pero el centro comercial en general, el aparcamiento... Apuesto a que estaban tranquilos. Apuesto a que podías sentarte en el coche y conversar todo lo que quisieras sin que nadie prestara atención.

—¿Entonces con quién se reunió? —le preguntó Wyatt.

—¿Con un amante? ¿Con algún amigo con quien había perdido el contacto hacía mucho tiempo? ¿Recurrió a algún portal de las redes sociales para retomar el contacto con un antiguo amor, y luego vino aquí para mantener relaciones íntimas?

Wyatt se encogió de hombros.

—¿Qué mujer se pone unas zapatillas de deporte viejas y una gorra para echar un polvo?

—Una a la que me gustaría conocer —le aseguró Kevin.

—Si se tratara de eso, habrían elegido un hotel, algún lugar más... adecuado. Me da que esto es más... tipo *Magnum*.

—¿*Magnum*?

—Ya sabes, la serie de televisión. Reuniones clandestinas con el detective en el aparcamiento de la tienda de ultramarinos para que te entregue las fotos que ha sacado de tu mujer poniéndote los cuernos. Ese tipo de cosas.

Kevin entornó los ojos y acto seguido hizo un gesto con la cabeza en dirección a la mujer que transportaban en misión extraoficial.

—Deberíamos llevarla a su casa —dijo de nuevo.

Pero Wyatt sencillamente no podía hacerlo. Estaban tentando a la suerte. Con el caso, con el delicado estado de salud mental de Nicky.

A pesar de ello, se oyó a sí mismo decir:

—Aún no.

Vero está en el armario. Lo más al fondo que puede, con las rodillas apretadas contra el pecho, mientras la mujer la cubre con mantas.

—No hagas ni un ruido —ordena la mujer, en voz baja, con tono asustado—. Ha tenido un mal día; eso es todo. Los ánimos están un poco caldeados. De modo que sé buena. Apártate de su camino. ¿Entendido, pequeña?

Vero asiente. Le da miedo la oscuridad. No quiere estar sola encerrada en un armario abarrotado y maloliente. Pero a estas alturas es consciente de que hay peores cosas que los terrores imaginarios. Por ejemplo, ¿por qué preocuparse por el monstruo que hay debajo de la cama cuando el mismísimo coco duerme sobre ella?

Quiero reconfortarla. Siento su creciente temor en mis propias carnes. Pero, al tenderle la mano, no ocurre nada. Estoy aquí, pero no estoy aquí. Soy la extraña que observa. Y permanezco atenta a Vero porque la mujer..., la mujer me duele demasiado.

La mujer retrocede. Ha hecho lo que ha podido. No bastará; me consta. Pero al menos lo intentó y, para una mujer con una vida como la suya, ya es algo.

Pasos, por el pasillo. La banda sonora de mi vida, pienso. Pasos sordos por los pasillos, amenazantes.

La mujer cierra la puerta del armario. No del todo; deja una rendija de luz porque en una ocasión a Vero le había entrado el pánico cuando estaba oscuro como boca de lobo y se había puesto a chillar. Al hombre no le hizo gracia. Las golpeó a ambas hasta dejarlas con las caras ensangrentadas y Vero perdió el conocimiento. La mujer tuvo que esperar hasta que finalmente él se dio la vuelta en la cama, roncando a pierna suelta, para poder salir a

hurtadillas y acurrucarse junto a la figura inmóvil de su hija.

Se pasó toda la noche abrazándola, arrullándola silenciosamente, rogando que su niñita sobreviviera, porque ella era todo lo que tenía, su única esperanza, su única luz. Sin ella, se perdería en la oscuridad y, aunque la mujer no podía decirlo en voz alta, también a ella le había dado miedo la oscuridad toda la vida.

Vero sobrevivió. Otra noche, otro día, otra semana, otro mes. La mujer también sobrevivió, de modo que ambas vagaban por ese sórdido apartamento, viviendo con el miedo de oír pasos por el pasillo.

Esa noche, el hombre irrumpe tambaleándose en el dormitorio. Entra ya descamisado, su vientre peludo colgando por encima de la cinturilla de sus vaqueros caídos.

—¡Tú! —brama, y echa mano a su cinturón—. ¿Por qué coño no estás desnuda?

En el fondo del armario, Vero gimotea.

Lo siento, Vero, trato de decirle. No deberías estar presenciando esto. No deberías estar viviendo esto.

Pero ambas sabemos que esto no es ninguna novedad, y que lo peor aún está por llegar. Fuera de estas paredes. En un lugar totalmente diferente con montones de pasos resonantes en los tablones del suelo. La mujer no es perfecta, pero al menos hace lo que puede. Pronto, antes de lo que Vero se imagina, la mujer desaparecerá y lo único que le quedará será un rosal con espinas sangrientas trepando por una pared. Entonces ese maloliente armario parecerá el paraíso, solo que Vero aún no puede saberlo.

La mujer se despoja de la sucia bata azul. Lo mejor es hacerle caso. Lo mejor es hacer lo que le dice. Negarse únicamente empeora las cosas.

El hombre gruñe a modo de aprobación. Se quita los pantalones y los lanza de un puntapié. Ordena a la mujer, desnuda, que se acerque, que se meta en faena.

Vero cierra los ojos. No le agrada verlo, pero no tiene más remedio que oír los sonidos. Una vez se puso a tararear, pero él la pilló y volvió a darle una paliza.

«¡A los niños hay que verlos, no oírlos!», había bramado él, lo cual había desconcertado a Vero, porque, por lo que tenía entendido, tampoco se la podía ver. Ella volvía a aparecer en el apartamento solamente cuando el hombre se iba a trabajar. Entonces se reencontraban su madre y ella y,

durante un corto tiempo, todo iba bien. Hasta que se oían pasos en el pasillo de la planta. El ruido de una llave en la puerta del apartamento.

Esa es la vida de Vero. Con seis años, ¿quién es ella para discutir?

Los ruidos cesan por fin. La mujer está llorando quedamente, pero eso no es ninguna novedad. Vero se mece adelante y atrás. Tiene hambre. Necesita hacer pis. Pero espera a que suenen los ronquidos. Son el «vía libre», la señal de que es seguro salir.

Por fin, tras lo que se le antoja una eternidad, el hombre se queda dormido. La puerta del armario se abre despacio. La mujer está ahí de pie.

Tiene el ojo derecho hinchado. Se mueve con cuidado, como si le doliera todo el cuerpo. Pero ni ella ni la niña hacen ningún comentario. Esa también es la vida de la mujer, y aprendió a no discutir hace mucho tiempo.

La mujer ayuda a Vero a salir del armario. Salen de puntillas del dormitorio en dirección a la exigua sala de estar, la minúscula cocina anexa. Vero hace pis finalmente, pero no tira de la cisterna. Durante las horas siguientes la mujer y ella tienen el mismo objetivo: no despertar a la bestia dormida.

La mujer le prepara a Vero un tazón de cereales. La mujer no prueba bocado; simplemente se enciende un cigarrillo y se queda mirando lánguidamente la pared del fondo. A veces, la mujer permanece callada tanto tiempo, con los ojos abiertos y la mirada perdida, que Vero teme que haya muerto.

Entonces Vero se sube al regazo de la mujer y la abraza con fuerza. Y por lo general, tras unos instantes, la mujer da un suspiro. Largo y quejumbroso. Como si tuviera años, vidas, mares de tristeza que soltar. Vero no puede hacer que la tristeza desaparezca. Se sienta allí sin más y deja que también la envuelva a ella hasta que, en un momento dado, la mujer se levanta y enciende otro cigarrillo.

Vero se come los Cheerios. Lleva el cuenco al fregadero, lo enjuaga con cuidado, lo coloca en el escurridor.

—¿Podemos ir al parque? —pregunta Vero.

—Tal vez mañana.

—Vale, mami. Te quiero.

—Yo también te quiero, pequeña. Yo también te quiero.

Se ha ido. La Vero de seis años desaparece. La Vero de seis años no tuvo la más remota posibilidad. Y ahora estoy aquí con una Vero más mayor y sabia, de vuelta en el dormitorio de princesa, bebiendo whisky en tazas de té, observando cómo sangran las rosas.

—Deberías haberme matado antes —dice Vero.

Cojo mi taza de porcelana, bebo otro sorbo de whisky. Y recuerdo. La mujer. El parque. Lo que sucederá a continuación.

—Lo siento —digo.

Entonces nos quedamos sentadas en silencio, una niña perdida y una mujer que ha vuelto dos veces de entre los muertos.

Alguien da un golpecito en la ventana. Me veo obligada a abrir los ojos, a espabilarme. Estoy tumbada en el asiento trasero del todoterreno del sheriff. Tengo un sabor de boca terroso y nauseabundo, y la colcha amarilla apretada con fuerza contra el pecho. Cruje cuando me incorporo y la dejo en el asiento a mi lado.

El otro detective, Kevin, está fuera del coche, mirando al interior.

—¿Se encuentra bien? —pregunta desde el otro lado de la ventana.

Asiento con la cabeza. Abre la puerta y me examina junto con su superior, el sargento Wyatt.

—¿Le apetece algo? —pregunta Wyatt.

—Agua. —Titubeo—. Creo que voy a entrar. A refrescarme en el baño.

No se cruzan la mirada abiertamente, pero sí que tardan un minuto en sopesar mi petición.

—La acompaño —dice Wyatt por fin—. Kevin irá a por una botella de agua.

—¿No se fía de dejarme sola en una tienda de licores? —le pregunto.

—No —responde.

Me tiemblan las piernas al salir del coche. Si he de ser sincera, sigo con un dolor de cabeza punzante y sordo y con el resplandor de las luces del techo del aparcamiento me dan ganas de gritar. Estoy débil, con una leve sensación de angustia y completamente desorientada. Tengo que concentrarme en el frío para tener presente que me encuentro en New Hampshire y no en la habitación de una torre. Tengo que fijarme en mis zapatos para recordarme a mí misma que soy una adulta y no una niña embutida en el fondo de un

armario.

—¿Se le ha pasado el dolor de cabeza? —pregunta Wyatt, como si estuviera leyéndome el pensamiento.

—No.

—¿Cuál es el mejor remedio?

—Una bolsa de hielo. Una habitación oscura y en silencio.

—Bueno, no tardaremos en llevarla a su casa.

Entramos de nuevo en la tienda de licores. Las puertas automáticas se abren con un zumbido. Al instante hago una mueca de dolor ante el fogonazo de tantísimas luces.

Wyatt me agarra del brazo y literalmente me guía a lo largo de una pared en dirección a una señal que reza «ASEOS». No puedo evitarlo; busco con la mirada a la cajera, la que se ha mostrado tan amable conmigo antes de vomitar. Quiero volver a verla. Esta noche se me están acabando los gestos de amabilidad.

Pero no veo ni rastro de ella. Ahora hay un chaval desganado ocupándose de la caja. A él no le compraría whisky, pienso inmediatamente. No me haría gracia su risita de complicidad.

Wyatt se queda en la puerta del aseo de mujeres mientras me lavo. Tengo un color horrible, completamente desvaído, salvo, claro está, por el repugnante pastiche de suturas y cardenales. Parezco una adicta al crack. Estos son los efectos del whisky, pienso. Si no fuera porque no he bebido desde hace como mínimo... ¿cuarenta y ocho horas? Me pregunto: si realmente soy alcohólica, ¿no debería estar con mono? A lo mejor por eso me han dado náuseas, por eso me duele tanto la puñetera cabeza.

Pero yo asocio el sudor y los temblores al síndrome de abstinencia, y no veo ninguna gota de sudor salpicando mi piel. Más que nada, estoy cansada. Una mujer con el cerebro maltrecho que debería estar descansando, no vagando por tiendas de licores.

Me enjuago la boca. Me mojo la cara. Me lavo las manos una y otra vez. Entonces, se acabó: abro la puerta, planto cara a mi escolta policial.

—¿Va a llevarme a mi casa o no? —pregunto a Wyatt.

—Nos pondremos de camino —responde.

Lo cual quiere decir que no.

Kevin va sentado de nuevo en la parte de atrás del todoterreno conmigo. Ha comprado tres botellas de agua, una para cada uno. Wyatt tiene la suya sin abrir en el posavasos de delante. Tanto Kevin como yo damos sorbos a nuestras respectivas botellas en silencio. De tanto en tanto, paso la mano por los pliegues de la colcha amarilla y siento el borde de algo que no debería estar ahí.

Pero ahora no es el momento ni el lugar. Más tarde, cuando los detectives por fin me dejen en paz...

Recorremos largas y sinuosas carreteras secundarias. Sin iluminación. Sin quitamiedos. Sin línea divisoria. Bienvenidos al norte de New Hampshire. Ninguno de nosotros consigue ver más allá del resplandor de los faros. Podríamos estar atravesando densos bosques, dejando atrás casas desperdigadas, cruzando diminutos pueblos. Cualquier cosa es posible.

Wyatt está hablando por teléfono, pero la mampara amortigua demasiado las palabras como para entenderlas. Sin embargo, me siento incómoda. Cuanto más camino recorremos, cuanto más nos internamos en la noche, más convencida estoy de que esto no pinta bien.

Finalmente, a lo lejos asoma una gasolinera. El vehículo reduce la velocidad. Wyatt me mira por el espejo retrovisor.

—Voy a repostar —dice.

Tuerce para salir de la carretera y para delante de un surtidor.

—¿Tiene hambre? —me pregunta Kevin—. ¿Quiere un tentempié o algo? —Al verme titubear, dice—: Vamos. Veamos si tienen algo que merezca la pena dentro.

Me doy cuenta de que me están poniendo a prueba. A ver, ¿en cuántos sitios paré aquella noche? ¿Vomitare en todos?

Bajo del todoterreno y suelto la colcha solo a regañadientes. Wyatt se pone a trajinar con el surtidor. Sigo a Kevin al interior de la gasolinera y hago una mueca de dolor por los destellos de las luces, pensando que ojalá llevara puesta la gorra.

Dentro no pasa nada de especial. No vomito ni me llevo las manos a la cabeza dando alaridos de agonía. En vez de eso, sigo a Kevin por pasillos de tentempiés. Él se decide por unas Pringles; yo me decanto por un paquete de chicles.

Delante, el tío barbudo que está en la caja me echa un vistazo, observa a

Kevin —sin duda distingue a un poli del condado— y a continuación coge el dinero que le tiende Kevin sin hacer comentarios. Sobre el mostrador hay una revista de caza. Al salir, la coge y reanuda la lectura.

—¿He aprobado? —pregunto a Kevin de camino al vehículo. Wyatt ya nos está esperando; está claro que el todoterreno no necesitaba demasiada gasolina.

Kevin me presiona.

—¿Nada que le resulte familiar? ¿Las luces, el olor, las manchas de cerveza desperdigadas por el suelo?

—Nunca he parado aquí —afirmo sin dudarlo.

—Entonces, ¿adónde fue? Miércoles por la noche. Compré la botella de whisky alrededor de las diez, en esa tienda por la que hemos pasado, a veintinueve kilómetros de aquí. Sigue en la carretera durante las siete horas siguientes, de modo que ¿adónde fue, Nicky? ¿Qué hizo durante todo ese tiempo?

Wyatt ha venido a nuestro encuentro. Me clava una mirada igual de expectante. Pero no tengo nada que aportar a ninguno de los detectives. Abro la boca. Cierro la boca.

—No tengo ni idea —respondo por fin.

—¿Con quién se reunió? —pregunta Wyatt.

—No tengo ni idea.

—¿Un amante? ¿Un detective privado? ¿A qué vienen tantos secretos, Nicky? Si Thomas y usted llevan una vida tan idílica, ¿a qué vienen tantos subterfugios?

—Tendría que preguntarle a él.

Wyatt niega con la cabeza.

—¿Está segura de que nunca ha estado aquí?

—Estoy segura.

—Pero la tienda de licores...

—Paré allí.

—¿Y luego qué, Nicky? ¿Adónde fue?

Sigo sin poder responder.

Al final, Wyatt se da por vencido y dice:

—Vámonos.

Nos metemos una vez más en el coche.

Vero está aprendiendo a volar. Pienso en ella. Prácticamente siento su presencia, sentada a mi lado en el todoterreno. Vero está aprendiendo a volar. Porque, con seis años, ya entiende que esta no es la vida que desea vivir; que este no es el lugar donde desea estar.

Así que se pone a correr como un bólido por la exigua sala de estar, sus esperanzas infantiles le dan alas.

La mujer la llevará al parque. Allí, se sentará en un banco próximo a ella. Y después, como está extenuada, machacada, o tal vez porque se ha tomado dos chupitos de whisky barato para desayunar, se quedará dormida. No llegará a ver a la otra niña que aparece en el parque. Que juega con Vero en los columpios.

Esta niña tiene catorce, quince, dieciséis años. Hoy va vestida como cualquier cría del parque infantil. A lo mejor es la hermana mayor de alguno, o una canguro entreteniendo a los que tiene a su cargo.

Entabla conversación con Vero. ¿Te gusta venir al parque? A mí también. ¿Qué es lo que más te gusta hacer, tu juego favorito? ¿Te gustan las muñecas? Yo tengo dos. ¿Por qué no me acompañas? Vamos a por ellas a mi coche.

Vero está aprendiendo a volar.

Pero al final eso no le sirve de nada. No es rival para una niña hecha un manojo de nervios a quien se le ha ordenado que vuelva con carne fresca bajo amenazas. Le pilla desprevenida la mujer de cabello rubio que aparece de repente y le clava una aguja en el brazo.

Vero no llega a gritar. Ni echa a correr.

Se queda allí de pie. Una niña de seis años que se siente sola y que lo único que quería era jugar a las muñecas.

Entonces desaparece.

Más tarde la mujer se despertará en el banco del parque. Chillará. Correrá. Pateará desesperadamente ese parque de arriba abajo, tratando de encontrar a la niña que era el único aliciente de su existencia. La policía se presentará allí. La gente de la zona se concentrará en su apoyo. Los perros rastrearán.

Pero para entonces Vero ya estará demasiado lejos, de camino a la habitación de una torre y a una vida de vestidos de volantes y rosales sangrientos.

Llorará. Al principio, mañana, tarde y noche. Suplicará ver a su mamá.

Rogará que la devuelvan a ese terrible cuchitril. Se arrojará desde la cama, se dará cabezazos contra la pared. De nada le servirá.

Un día, Vero dejará de llorar. Se sentará a su mesa, beberá tazas de ponche y hará exactamente lo que le manden.

Pero por dentro, muy, muy dentro...

Vero todavía anhela volar. Y todavía no ha renunciado totalmente a sus sueños de volar.

El todoterreno reduce la velocidad. El todoterreno se detiene.

Wyatt dice:

—Ya hemos llegado.

Kevin rodea el coche para abrirme la puerta.

La espesura de la oscura y fría noche nos envuelve por completo.

Me tomo un momento para inhalar profundamente. Después siento que muero, una vez más.

Vero quiere volar, pienso.

Y, súbitamente, me da pavor lo que se avecina.

Creo que se ha dado demasiados golpes en la cabeza —dijo entre dientes Kevin a Wyatt. Estaban fuera del todoterreno, observando a Nicky, alterada, dar vueltas en círculo al borde de la carretera. Estaba farfullando algo en voz baja. Sonaba como: «Vero quiere volar...».

Kevin tenía razón. La conductora sospechosa de haber cometido un grave delito al conducir bajo los efectos del alcohol en ese momento estaba descendiendo unos grados en la escala de la cordura. Seguramente Wyatt debería haberla llevado a su casa directamente desde la tienda de licores. No obstante, habían sacado algo en claro.

—Le he dado un toque a Jean mientras veníamos de camino —informó a Kevin—. Le encargué que comprobara los movimientos de las tarjetas de crédito de los Frank para ver cuándo fue la última vez que Nicole repostó con el Audi. Hemos tenido suerte: parece ser que paró en una gasolinera el miércoles por la mañana.

—Menos de veinticuatro horas antes del accidente.

—Exacto. Bien, anoté lo que marcaba el cuentakilómetros del Audi mientras nos encontrábamos en la escena del siniestro. Marcaba trescientos treinta kilómetros. Suponiendo que ella pusiera a cero el cuentakilómetros al repostar, como hace mucha gente para controlar el consumo de gasolina...

—Recorrió trescientos treinta kilómetros desde que repostó el miércoles por la mañana hasta que salió despedida de la carretera el jueves a las cinco de la madrugada.

—Sí. ¿Cuántos kilómetros calculas que hay desde su casa, pasando por la tienda de licores, hasta aquí?

Kevin se quedó mirando a Wyatt.

—Yo diría que ciento treinta.

—Demonios, sin duda eres el Cerebro. La respuesta es ciento treinta y tres.

Kevin frunció el ceño. Los círculos de Nicky estaban empezando a ampliarse. ¿Señal de que no estaba tan desquiciada? ¿O de que estaba a punto de abalanzarse sobre ellos?

—Eso nos deja con una incógnita de ciento noventa y siete kilómetros —dijo Kevin.

—Más o menos. Bueno, tal vez se pasó todo el miércoles conduciendo...

—Lo dudo. El marido dio a entender que, dada su lesión cerebral, no le gustaba que condujese. Creo que, según su versión, ella se pasó el día descansando en casa.

—En cuyo caso... —Wyatt azuzó un poco.

—Ella recorrió esos kilómetros el miércoles por la noche. O sea, que no realizó el trayecto directamente desde su casa, pasando por la tienda de licores, hasta aquí.

—Creo que todo apunta a que estuvo en esa tienda de licores, pero que no paró en la gasolinera de ahí atrás.

—Podríamos volver a la tienda de licores —sugirió Kevin—. Cuando vomitó nos despistamos, a lo mejor nos fuimos demasiado pronto. En vez de eso, volvamos al aparcamiento. Esta vez, la metemos en el asiento delantero contigo y nos ponemos a conducir; a ver si algún detalle la hace recordar algo, la ayuda a revivir el itinerario que realizó aquella noche.

Ambos echaron un vistazo a Nicole, que estaba apostada al borde de la carretera. Había dejado de caminar. Ahora parecía que estaba respirando hondo. Wyatt hizo lo mismo, por si se le estaba pasando algo por alto. Olió las hojas húmedas, la tierra removida, la hierba en descomposición. El aroma del otoño, pensó, practicar senderismo por los bosques, rastrillar hojas, preparar las plantas para el invierno.

Pero, por lo visto, Nicky lo asociaba a otra cosa.

—Huele a tumba —les anunció, su cara pálida y parcheada casi resplandeciendo en la oscuridad—. No puedes irte. Ese es el problema. Aun cuando te hagas demasiado mayor, te pongas más feo, te conviertas en una piltrafa, da igual. No puedes irte; sencillamente pasas a un escalón inferior de la cadena alimentaria.

—¿Irte de dónde, Nicky?

—Es un plan para toda la vida —continuó, como si Wyatt no hubiera

hablado—. La única salida es morir. Pero Vero quiere volar. Lo entienden, ¿verdad? ¿Me creen?

—¿Entender qué, Nicole?

—Por qué no tuve más remedio que matarla. Ella no debería haber ido nunca al parque aquel día. ¿Quieres jugar a las muñecas, chiquitina? ¡Odio las putas muñecas!

—Nicole. —Wyatt, a quien empezaba a inquietarle su tono de voz, por no hablar del brillo vidrioso de sus ojos, dio un paso al frente despacio—. ¿Por qué no respira hondo y empieza desde el principio? Desde el parque. ¿A qué parque se refiere? ¿Qué pasó allí?

—Vero está aprendiendo a volar —susurró Nicky.

—Pensaba que Vero no existía —intervino Kevin.

—Entonces, ¿por qué tiene mi marido una foto de ella?

Wyatt todavía estaba asimilando ese dato cuando Nicole Frank les dio la espalda.

Entonces se lanzó a la oscuridad del barranco.

Wyatt odiaba esa maldita ladera. La pendiente resbaladiza y escurridiza, con barro que no solo le rebasaba las suelas de las botas, sino que le salpicaba en las perneras. Y, para colmo, las piedras ocultas, las ramas esparcidas, los arbustos espinosos que simplemente aguardaban a hacer tropezar a un hombre para que saliera despedido por los aires.

Ni siquiera llevaba encima una linterna. No, eso habría sido demasiado inteligente, demasiado previsor. Y si había una cosa que Wyatt estaba aprendiendo, mientras perseguía a una mujer a la que prácticamente no distinguía bajo la tenue luz de la luna, era que tratar con alguien con una triple conmoción cerebral era muy similar a tratar con enfermos mentales. A lo mejor estaba totalmente lúcida, pero a lo mejor no. En cualquier caso, esa noche debería haber estado preparado para cualquier cosa. Incluso vómitos, confesiones a media noche y posibles cargos por asesinato.

Kevin lo alcanzó. El detective, sin aliento, dio un traspié al pisar un rodal de hierba mojada.

—A la derecha —ordenó Wyatt—. Creo que se dirige al lugar del accidente. Podemos atajar.

Kevin gruñó a modo de aprobación; entonces ambos hombres volvieron a

concentrarse en sus pisadas. Pese a que por fin había escampado el día anterior, el suelo seguía empapado tras varias semanas de precipitaciones. Uno de los otoños más lluviosos que se habían registrado, había anunciado Kevin la otra mañana.

Wyatt odiaba ese maldito barranco.

Volvió a vislumbrar la silueta de Nicky. Daba la impresión de que estaba sorteando uno de los arbustos espinosos. Se le enganchó el pelo durante unos instantes. Se tiró de los mechones, siguió avanzando. Dondequiera que se dirigiera, estaba decidida a llegar.

¿Habría asesinado a Vero? Había dicho que no había tenido más remedio que matarla. Que no debería haber ido al parque aquel día.

Con la salvedad de que, según los últimos datos con los que contaba Wyatt, Vero era el delirio de una amiga imaginaria fruto de una posconmoción cerebral.

Empezaba a tener un mal presentimiento respecto a esa noche, desde la fuerte reacción de Nicky en la tienda de licores a la huida de ahora. Le daba la impresión de que sus secuelas cerebrales podrían ser de mayor alcance de lo que ella y su marido pensaban. Pero también empezaba a preguntarse si en algún rincón de esa maraña de materia gris finalmente estaban saliendo a la luz nuevos datos importantes.

Pensaba que Vero no existía.

Entonces, ¿por qué tiene mi marido una foto de ella?

Efectivamente. ¿Por qué?

Al haber visto el percance de Nicky con el arbusto, Wyatt prefirió atajar rodeándolo. Lo cual le permitió ganar varios pasos. Al acortar distancia, oyó la respiración entrecortada de Nicky, conteniendo los sollozos. Una mujer al límite.

¿Habría matado realmente a una cría en el parque? ¿Nicole Frank, de la cual no constaban antecedentes penales, había asesinado a una niña pequeña entre las diez de la noche del miércoles y las cinco de la madrugada del jueves, para luego realizar un recorrido tan largo hasta allí con el cuerpo?

Pero, en cuanto se lo planteó, Wyatt descartó esa hipótesis. La habrían encontrado durante el rastreo. La perra habría detectado el olor. Quedaba descartado que Nicky hubiera metido el cadáver de una niña en el maletero del Audi. Entonces, ¿qué?

Nicky se topó con otra maraña de arbustos. Aflojó el paso. Hizo amago de

ir hacia la izquierda, y acto seguido hacia la derecha. Justo antes de que se decidiera, Wyatt se abalanzó sobre ella.

—Odio este maldito barranco —rezongó mientras ambos se desplomaban en el suelo.

—No lo entiende, no lo entiende. Tengo que salvarla.

Kevin se topó con ellos; paró en seco en el último minuto, tambaleándose sobre sus cuerpos en el suelo. Asentó los pies para recuperar el equilibrio y a continuación ayudó a Wyatt a ponerse de pie. Después levantaron a Nicky, se colocaron a ambos lados de ella y la agarraron de los brazos. Todos estaban sin aliento. Y —a Wyatt le sorprendió comprobarlo—, a diez metros escasos del lugar del accidente.

—Deténgase —ordenó Wyatt, sin apartar la vista de Nicky.

Kevin lo miró extrañado; Nicky, con gesto adormilado.

—Ni hablar, ni correr, ni llorar.

Nicky se sorbió la nariz.

—Está herida, maldita sea, ha sufrido tres accidentes en seis meses y ahora se pone a lanzarse por terraplenes empinados y a huir de agentes de la policía, con lo que se acaba de dar otro golpe en la cabeza. Basta. Respire. Céntrese.

Aunque seguía jadeando, Nicky inspiró hondo y le dio hipo.

—Ahora camine con nosotros.

Kevin fue a la zaga mientras Wyatt los conducía a lo largo del trecho que faltaba hasta la antigua escena del vuelo final del Audi. ¿Por qué no, si tan desesperada estaba por ir allí? El coche, como es natural, ya no estaba. Ahora lo único que quedaba eran trozos de plástico y metal, jirones de caucho de los neumáticos y cristales. Varios metros de fragmentos brillantes que titilaban a la luz de la luna. Y tal vez solo fueran imaginaciones suyas, pero le daba la impresión de que en el aire aún flotaba el hedor a whisky.

Nicky se quedó mirando hipnotizada el mar de cristales. Su respiración continuó ralentizándose, y la mirada desquiciada finalmente se borró de su semblante.

—Háblenos del parque —exigió Wyatt.

Ella lo miró con patente perplejidad.

—¿Qué parque?

Ah, sí, la cabal Nicky frente a la trastornada Nicky. Una no decía ni mu; la otra era incapaz de dejar de hablar. La pregunta era: ¿cuál de las dos les estaba contando la verdad? O, más concretamente, ¿cuál de las dos vivía en el

presente? Porque Wyatt empezaba a sospechar que uno de los elementos que se confundían en la cabeza de Nicole Frank era la línea del tiempo. Interpretaba con la misma intensidad el hoy, el ayer y una época lejana. O sea, que tal vez lo que importaba no era tanto de *qué* estaba hablando, sino de *cuándo* estaba hablando.

—¿Qué ve al estar aquí? —le preguntó.

Ella meneó la cabeza levemente.

—Debería estar lloviendo.

—Como el miércoles por la noche.

—Llovía a cántaros. Dentro del coche. Sobre mis mejillas, me empapaba la ropa. Podía oler la lluvia, el barro, la tierra removida.

—¿Qué hizo?

—Tenía que salir del coche. Tenía que encontrar a Vero.

—¿Cuándo se perdió Vero?

Una pausa. Ajá, pensó Wyatt, por fin vamos encaminados.

—Vero tiene seis años —susurra Nicky—. Luego se esfuma. Es terrible, sargento, cuando una niña desaparece.

—¿Cuándo ocurrió, Nicky? ¿El año pasado? ¿Hace cinco años? ¿Cuando era joven?

—Hace mucho tiempo.

Bingo, pensó Wyatt. Y, súbitamente, se le puso la piel de gallina. Un detective al borde de un precipicio. Esto había comenzado siendo un accidente de tráfico. Pero sospechaba que estaba a punto de convertirse en algo mucho, mucho peor.

—Nicole —insistió con delicadeza—, quiero que se tome unos instantes. Céntrese. Piense. ¿Sabe qué le ocurrió a Vero cuando tenía seis años?

—Vero quiere volar —murmuró ella—. Y, entonces, una noche lo hizo.

Le concedió unos minutos. Observó cómo la respiración de Nicky continuaba calmándose, cómo recuperaba algo de color en la cara, cómo su mirada se enfocaba. Relájese, pensó Wyatt. Suéltelo todo. Quería que su testigo aflojara el ritmo, asimilara, procesara. Entonces hablarían.

Kevin, a su lado, se metió las manos en los bolsillos y se dispuso a esperar, paciente. Kevin era el Cerebro, definitivamente el tío al que recurrían para datos estadísticos o preguntas técnicas. Pero Wyatt era el que sabía tratar a la

gente. Eso era lo que lo convertía en un buen poli.

—Nicky —dijo Wyatt finalmente—. Quiero que retroceda hasta el miércoles por la noche. Está en su casa. Le duele la cabeza. Está descansando en el sofá. Suena el móvil.

—Tengo que irme —respondió ella automáticamente.

Wyatt y Kevin asintieron con la cabeza, pues ya habían oído esa parte antes. Kevin señaló hacia un árbol caído. Se acercaron a él para que Nicky tomara asiento. Todo lo cómodo que uno puede estar en un barranco embarrado, supuso Wyatt. Cualquier cosa con tal de que la sospechosa continuase hablando.

—Sale a la calle. Huele a lluvia —continuó Wyatt en tono sereno. Trató de recordar la frase de Nicky—. Huele a tierra removida.

El olor era uno de los mayores acicates de la memoria y, como Nicky había dicho literalmente, el miércoles por la noche olía a tumba.

—Sí —susurró ella.

—Nota la lluvia en la cara.

—Voy a toda prisa al coche. No quiero empaparme.

—¿Dónde está Thomas?

—Ahí detrás, trabajando.

—¿Le dice adónde va?

—No. Él no quería que empezase a hacer preguntas. No deja de repetirme que sucedió hace muchísimo tiempo. Que si acaso no llevamos una buena vida, que por qué no podemos ser felices y punto. Pero, claro, estamos en noviembre.

—¿Qué ocurre en noviembre? —preguntó Wyatt con curiosidad.

—Es el mes más triste del año.

Wyatt y Kevin se cruzaron la mirada. Mientras Wyatt la interrogaba, Kevin tomaba notas. Y sin duda ya estaría formulando criterios de búsqueda. Por ejemplo, todas las niñas de seis años desaparecidas y/o asesinadas en el mes de noviembre. La pregunta era: ¿a partir de qué año?

Wyatt se lanzó a la piscina:

—De modo que se puso en contacto con Investigaciones Northledge para encontrar respuestas. Para que la ayudaran a saber lo que sucedió... en noviembre, hace muchísimos años.

Nicky no confirmó su afirmación, pero tampoco la desmintió.

—El detective la llamó, ¿verdad? El miércoles por la noche se encuentra

en su casa, descansando en el sofá, y suena el teléfono. ¿De qué se enteró, Nicky? ¿Qué era tan importante como para salir enseguida?

—Ella me dio una dirección. En la relación de la oficina de empleo figura una tienda de licores, pero yo nunca he estado allí.

—¿Quién es ella? ¿La investigadora de Northledge?

—Tengo que irme. Enseguida. Antes de acobardarme.

Interesante, pensó Wyatt. Porque, hasta ese momento, habían asumido que la urgencia de la repentina salida de Nicky el miércoles por la noche tenía algo que ver con alejarse de su marido. Pero ahora daba la impresión de que la noche había dado un giro diferente. Se habían puesto en contacto con Nicky para facilitarle información referente a alguien que trabajaba en la tienda de licores estatal. Y ella tenía que localizar a esa persona antes de acobardarse.

Wyatt hizo un segundo intento.

—¿Con quién va a reunirse?

—Tengo que irme.

—¿Pagó a Northledge para localizar a quién? ¿A Vero?

—Tengo que salvarla. Nunca consigo salvarla. Al final, fracaso en cada intento. —Nicky, que de nuevo comenzaba a alterarse, alzó la voz. Wyatt se dio cuenta y replegó velas.

—Arranca el Audi —apuntó para encauzar de nuevo sus recuerdos.

—Es una noche oscura. Sin luna, sin estrellas, solo los nubarrones de la tormenta. Debería dar la vuelta, volver a casa, pero no puedo. Dios, cómo me duele la cabeza.

—¿Qué hace ahora, Nicky?

—Conducir. Continúo sin más. ¿Acaso tengo elección? La veo por todas partes; la oigo por todas partes. Vero tomando té. Vero haciéndome trenzas en el pelo. Vero de pie delante de mí, gusanos saliendo a borbotones de su calavera.

Wyatt hizo una pausa y miró fugazmente a Kevin, que por descontado tenía los ojos como platos. El detective apuntó algo rápidamente. La respiración de Nicky volvió a acelerarse.

—Pero Vero no está con usted justo ahora —señaló Wyatt con delicadeza—. Usted va sola en el coche. Resguardada de la lluvia, de camino a la tienda de licores estatal.

—Me tiemblan las manos. Creo que me vendría bien un trago. Pero me

encontraba tan bien..., ya sabe, los dolores de cabeza. Thomas me dice que el alcohol no es bueno. Necesito recuperarme de nuevo. Entonces tal vez podamos volver a ser felices. Hubo una época en la que fuimos felices. Dios, lo amaba tanto.

—De modo que va de camino a la tienda de licores. ¿Se desvía o hace alguna parada antes de llegar allí?

—No, tengo que llegar allí. Antes de cambiar de parecer.

—Vale. Llega. El aparcamiento es enorme. El techo está lleno de luces cegadoras.

Nicky meneaba la cabeza inmediatamente, al tiempo que cierra los ojos.

—Son desagradables. Agudizan mi dolor de cabeza. Tenía previsto aparcar sin más. No lo sé. A lo mejor pasar el rato. Pero no hay sitio para aparcar donde pase desapercibida. Y las luces me están acibillando.

—¿Qué hace?

—Aparco en la parte de atrás. Lo más lejos posible de la tienda. Después camino bajo la lluvia.

Nicky hizo una pausa. Tenía los ojos abiertos, pero de nuevo esa mirada vidriosa. Cuando Wyatt estaba a punto de traerla a la realidad para que volviera a concentrarse, ella comenzó a hablar por iniciativa propia.

—No debería entrar. Tengo que entrar. Debería olvidarme y punto. Thomas tiene razón. No voy a sacar nada bueno de esto. O, Dios mío, creo que voy a devolver. No, no puedo hacerlo. Porque estamos en noviembre y hasta el cielo está llorando y si aspiro a ser feliz algún día... Thomas dice que soy fuerte. Dice que cree en mí, que siempre ha creído en mí. Yo estaba triste desde el principio, ¿sabe? Él decía que solo quería ser el hombre que finalmente me arrancara una sonrisa...

»Salgo del coche. Estoy temblando. No me siento bien. Puede que vomite. Pero me gusta la lluvia. Me gotea por la visera de la gorra, danza por mis mejillas.

»Entro en la tienda —murmuró Nicky. No los miraba a ellos; tenía la mirada perdida al frente—. Solo voy a echar un vistazo. Igual ni está trabajando esta noche. No se me ocurrió preguntar eso. Además, puede que no la reconozca. Ha pasado tanto tiempo, décadas, la gente cambia, ya sabe. Pero ¿y si ella me reconoce? Ni se me había pasado por la cabeza. O tal vez sí, porque llevo la gorra calada. ¿Para qué iba a ponerme la gorra si no hubiera sabido de antemano que iba a querer ocultar la cara?

»Puedo hacerlo. Paso junto a las cajas registradoras. La tienda está muy concurrida. Tres pasillos diáfanos, atestados de gente. Uno de los cajeros es alto, un hombre. Puedo verlo. Los demás...

»Está de bote en bote. No debería haber venido. Ha sido una estupidez. Será mejor que me olvide. Pero no puedo marcharme. Estoy muy cerca. Cerquísima. Lo más cerca que he estado en Dios sabe cuánto tiempo. Luego... no la veo, pero *siento* su presencia. Sé que está aquí.

—¿Quién está ahí, Nicky? —preguntó Wyatt—. ¿A quién busca?

Pero ella negó con la cabeza, de nuevo alterada.

—Voy a vomitar. Me da la sensación de que me estalla la cabeza. Oh, Dios, tengo que salir de aquí. Consigo llegar al baño. Apago la luz, cierro la puerta. Me quedo en la más absoluta oscuridad hasta que finalmente recupero el aliento. Me agrada la oscuridad. Antes solía odiarla, pero desde que tengo dolores de cabeza... Localizo el lavabo, abro el grifo del agua fría. Me produce una agradable sensación sobre las muñecas. Ojalá tuviera aquí mi colcha. Entonces me acurrucaría en el suelo. Me quedaría aquí.

»Llaman a la puerta. Alguien quiere entrar. Tardo unos instantes, pero me recompongo. Abro la puerta. Hay un tío esperando. No dice nada. Se limita a entrar mientras yo salgo.

»¿Ahora qué? No quiero irme a casa, pero no puedo quedarme aquí como un pasmarote. Deambulo. Cruzo los pasillos de un lado a otro. Finjo que estoy echando un vistazo a los vinos o a las variedades de vodka con sabores, pero en realidad estoy tratando de comprobar los empleados que hay en la tienda. Entonces la veo, de espaldas.

—¿A quién, Nicky?

—Es ella. Lo sé. Observo fijamente la parte de atrás de su cabeza y hasta eso es superior a mí. No puedo respirar. No puedo moverme. Si se diera la vuelta... Me entra el pánico. Enfilo el pasillo del whisky, cojo una botella. No lo entiende; lo necesito. A tomar por saco la conmoción y mis puñeteros dolores de cabeza. Lo *necesito*.

»Voy derecha a la cola de la caja más próxima. Atiende ella, pero aparto ese pensamiento de mi cabeza. Esto es normal, no tiene nada de especial. Soy una cliente; ella, una cajera; y punto. Nada fuera de lo común. Entonces llega mi turno. Está ocupada, prácticamente ni me mira. ¿Es mejor así? ¿Realmente deseo que me mire? ¿Acaso pienso...? ¿Acaso pienso que me reconocerá?

»Teclea el importe de una botella de Glenlivet. Paso la tarjeta.

Listo. Así sin más. Han pasado treinta segundos o menos, y ya está atendiendo a la siguiente persona. Estoy temblando hasta tal punto que temo que se me caiga la botella. Me la aprieto contra el pecho como a un bebé. Luego salgo de la tienda. Cruzo el aparcamiento. Subo al coche. Y...

»Debería llamar a Thomas... —susurró Nicky—. Decirle lo que he hecho. Se enfadará, pero me ayudará. Pobre Thomas, sigue tratando de salvarme después de todos estos años. Debería deshacerme del whisky, irme a casa. Hay tantas cosas que debería hacer. Que sé que debería hacer. Pero en vez de eso abro la botella. El olor. Dios mío, es como reencontrarte con un viejo amigo. Y la segunda vez que lo huelo, cómo no, no tengo más remedio que darle un trago. No entiendo, nunca he entendido, cómo algo tan dañino puede saber tan bien.

»Soy mala. Soy débil. Pero, al fin y al cabo, ya lo sabía.

—¿Qué hace a continuación, Nicky?

—Sentarme. Esperar. Beber. Llega un punto, cuando la tienda cierra y se apagan las luces, en que tengo las extremidades flojas, la cara pastosa. No estoy nerviosa. No estoy temblando. No estoy asustada. Estoy feliz. ¿Es este realmente el único momento en que soy feliz?

»Ella sale. Tal y como yo esperaba. La tormenta sigue arreciando. No logro distinguirla demasiado bien, pues lleva puesta la capucha del impermeable. Pero la he reconocido, a pesar de que ella no me ha reconocido a mí. No, ha pasado a menos de un metro de distancia y ni atisbo de reconocimiento por su parte. Ni siquiera una sensación de *déjà vu*, oye, ¿no nos hemos visto antes? Nada. Nada de nada. No.

»¡Eso me cabrea! ¡Debería haberme reconocido, maldita sea! Yo jamás la olvidé. ¡Cómo ha sido capaz de olvidarme!

»Su coche. Está saliendo del aparcamiento, en dirección a la carretera. No sé lo que voy a hacer; lo hago y punto. Pongo el coche en marcha, la sigo. No estoy conduciendo muy allá. La noche está muy oscura. Los faros delanteros crean un vaivén en las gotas de lluvia, lo cual me marea. Me cuesta distinguir la calzada.

»Al menos no hay coches circulando. Sigo sus luces traseras. No sé adónde voy ni lo que haré una vez que llegue allí, pero tampoco puedo detenerme. No puedo... dar la vuelta. Conduzco. Me aferro al volante, hago un esfuerzo por aguzar la vista y permanezco detrás de ella.

»Seguimos circulando sin parar. Por una carretera, por otra. Por aquí, por

allí, por todas partes. Una persecución a oscuras y con tormenta. Atravesamos una población, luego otra. Después ella se desvía de la carretera principal y nos internamos en una pequeña calle lateral rebotando y dando sacudidas. Hace falta pavimentarla. Sigo salvando baches y se me revuelve el estómago.

»Luces de frenos. Está reduciendo la velocidad delante de una casa; probablemente vaya a torcer hacia el camino de entrada. No sé qué hacer. No tengo dónde ir, no tengo dónde esconderme. No puedo parar en medio de la calle como si tal cosa. No puedo abordarla; eso sería demasiado. Así que... piso a fondo el acelerador y paso justo por delante de ella, como cualquier otro conductor que tiene dónde ir y personas a las que ver. Pero entonces, cuando me he alejado lo suficiente..., doy un frenazo, hago un giro completo.

»Desando el camino. Justo cuando veo la casa, apago las luces. La noche se vuelve oscura como boca de lobo. Es un sitio tan apartado que no hay farolas, ni siquiera luces en los porches de las casas circundantes. No, estoy de nuevo en la oscuridad del fondo del armario. En la oscuridad del no hagas ruido. En la oscuridad de un-movimiento-en-falso-y-el-monstruo-vendrá-a-por-ti.

»Pero me da igual.

—Nicky, ¿dónde se encuentra? —le preguntó Wyatt con cautela. Nicole tenía la mirada perdida de nuevo. No lo miraba a él, sino a las cosas que solo ella podía ver.

—Chsss. No quiero que ella nos oiga; no quiero que se entere. Aparco. Salgo del coche. Al instante, estoy empapada. Pero no pasa nada. Avanzo sigilosamente hacia la pequeña casa. No es nada del otro mundo, pero me agrada el color; la ha pintado de amarillo con una cenefa blanca. Siempre me ha gustado ese tono de amarillo. Me pregunto si será feliz aquí. Noto una extraña sensación en el pecho. Yo deseo que sea feliz, ¿no? Pero quizá no sea tan sencillo. Quizá esté celosa. Ya casi estoy a la altura de la ventana lateral. Un paso, otro, otro.

—¿Dónde se encuentra, Nicky?

—Vero está aprendiendo a volar.

—¿A quién busca?

—Tiene seis años. Se ha ido. Noviembre es el mes más triste del año.

—Nicky, quédese conmigo, cielo. Es miércoles por la noche. Ha bebido. Ha seguido a una mujer desde la tienda de licores. Ahora está de pie bajo la

lluvia en el exterior de su casa. ¿Qué ve?

—Veo lo imposible. A Vero. Hecha toda una mujer. Sentada en un sofá en la sala de estar. Veo a Vero, que ha vuelto de entre los muertos.

Qué es la felicidad? Me da la sensación de que llevo persiguiéndola desde que soy adulta. La analizo en los anuncios publicitarios, la aprecio en las caras de otras personas. Cuando Thomas y yo nos casamos, me llevó de vacaciones a México. Adoptamos identidades falsas, nos inventamos historias de personajes cada vez más disparatadas. Él era un payaso de un circo ambulante; yo, una cabaretera de Las Vegas acabada. Nos tronchábamos de risa, bebíamos demasiado. Luego nos despertábamos y vuelta a empezar. Recuerdo estar tumbada en una cálida playa de arena después de una noche especialmente loca, sintiendo el sol sobre mis párpados y pensando: «Esto debe de ser la felicidad. Puedo ser feliz».

Con la salvedad de que me despertaba chillando, noche tras noche tras noche. Independientemente del ron. Independientemente de mi nueva y mejorada identidad. Independientemente de los fuertes brazos de Thomas alrededor de mi cintura.

Resulta que la felicidad es una habilidad que se adquiere, y a mí me cuesta aprender.

Just be happy, dice la canción. Eso también lo intenté. Especialmente todas aquellas mañanas en las que al despertarme encontraba a Thomas observándome atentamente. Sabiendo que seguramente había estado soñando otra vez, o quizá chillando, o pegándole. Él aprendió enseguida a no tocarme una vez que la emprendía a golpes con él. Que, de hecho, soy más fuerte de lo que aparento.

Meditación, yoga, ayunos con zumos. Es increíble la cantidad de recursos que hay por ahí. Me puse a pintar. Terapia artística, porque Thomas y yo sabíamos que hablar con alguien estaba descartado. Aquellos primeros años,

a Thomas se le daba muy bien quemar los lienzos. Las imágenes que yo creaba, la paleta de colores... No eran cuadros para colgar en la pared.

Fíngelo hasta que de verdad lo consigas. De modo que me puse a examinar fotos de flores y de paisajes serenos. Sequé pétalos, hojas y vilanos de diente de león. Plasmé hasta el más mínimo detalle de cada imagen sobre el lienzo porque, aunque tal vez no pudiera experimentar la felicidad, al menos podía reproducirla. Entonces sería mía. Podría señalar un cuadro y decir: «Esa felicidad es obra mía».

Así no me entrarían ganas de llorar en noviembre. Y no pasaría el tiempo libre tumbada con una colcha amarilla hablando con el esqueleto de una niña cubierta de gusanos.

Puede que la felicidad sea algo genético. Puede que sea algo que heredas de tus padres. Eso desde luego explicaría muchas cosas.

O puede que sea contagiosa. Tienes que estar expuesta a ella para adquirirla, pero dado mi pequeño y aislado mundo...

Quiero ser feliz. Quiero no solo ver la cálida sonrisa de mi marido, sino sentirla en mi pecho. Quiero levantar la vista hacia un despejado cielo de verano y no fijarme enseguida en las nubes del horizonte. Quiero dormir de la manera que imagino que duerme el resto de la gente, profunda y plácidamente, y despertarme a la mañana siguiente con la sensación de haber descansado.

Pero no se da ninguna de estas circunstancias. Solo soy una mujer que ha vuelto dos veces de entre los muertos.

Cuando acabo de hablar con los detectives, estoy agotada. Me hacen más preguntas, pero soy incapaz de responder. Me pesan los párpados; apenas puedo tenerme en pie sin tambalearme. Cualquiera diría que me he pasado la noche bebiendo en vez de volver a contar mi último percance bajo los efectos del alcohol.

Vero.

El nombre me viene y se me va de la cabeza. La perdí. La encontré. La maté. Sé dónde vive.

Estos pensamientos me superan. Abruman mi maltrecho cerebro. Cada posibilidad parece más improbable que la anterior. Vero es mi amiga imaginaria; eso es lo que me dijo Thomas. Vero y yo nos sentamos juntas y

nos damos el gusto de tomar té con un chorrito de whisky, pero solo es fruto de mi conmoción cerebral.

Vero tiene seis años. Se ha ido. Ha desaparecido.

Jamás existió.

Con la salvedad de que mi marido tiene su foto escondida en el bolsillo interior de su chaqueta.

Los detectives tratan de ayudarme a remontar el barranco. Caminamos despacio. Mis piernas se resisten a moverse; mis pies tropiezan con ramas, se hunden en el barro.

Recuerdo este barranco, la sangre en mis manos, la lluvia en mi cara. Sobreponiéndome al dolor, abriéndome paso a duras penas por el barro y la mugre, porque tenía que salvar a Vero. Esa es la clave de mi felicidad, pienso. Sea o no real la niña, mi obligación es salvarla. Así que sigo intentándolo, una y otra vez, porque incluso los más ruines queremos dormir por la noche.

—No lo pillo —susurra Kevin, el detective más joven, al otro—. Pensaba que habíamos quedado en que Vero no existe.

—Estrictamente hablando, el marido nos dijo que Vero no existía. Eso no significa que tengamos que coincidir con él.

—Pero si Vero es real, nuestra sospechosa acaba de confesar que la asesinó, ¿o no?

—Solo si estuviera muerta. Nuestra sospechosa también acaba de afirmar que encontró a la niña viva.

—Recuérdame que nunca tenga una conmoción —dice Kevin.

—Sería la pérdida de un Cerebro fuera de serie.

Tropiezo. Ambos detectives se detienen; Wyatt se agacha para ayudarme a levantarme.

—Investigaciones Northledge —me dice—. Esa es la empresa que contrató, ¿no? Quiero hablar con ellos, Nicky, y la gestión sería más rápida si nos diera permiso. ¿Cree que podría ayudarme en ese sentido? ¿Dándoles el visto bueno?

Me quedo mirándolo con los ojos empañados. Como no asiento, al final frunce el ceño.

—Pensaba que quería respuestas. —Su tono es ligeramente acusador.

—Chsss.

—Nicky...

—No es el vuelo; es la caída —le informo en tono serio.

Pero no lo pilla. ¿Cómo va a hacerlo? Todavía tiene que entender lo de la colcha amarilla y el verdadero motivo por el que Thomas no ha querido acompañarnos.

No entiende que la noche no ha acabado todavía.

Los detectives tiran de mí barranco arriba. Me meten de nuevo en el todoterreno. Me dan mi preciada colcha.

Me siento en la parte de atrás del vehículo. Pienso que son buena gente y trabajadores. Se merecen algo más que involucrarse en mi vida de mierda.

Me sabe mal.

A continuación cierro los ojos y doy rienda suelta.

Estoy en el suelo del sótano. Noto la dureza del cemento contra mi cuello y mis hombros. Trato de moverme, de incorporarme, de ponerme de costado, lo que sea. Pero soy incapaz. El dolor me atenaza todo el cuerpo, pero sobre todo la coronilla.

Pasos lejanos, avanzando rápido.

Pasos por un pasillo, pienso, e inmediatamente me invade el pánico.

No. Para. Céntrate. Estoy en un sótano. Sobre el frío suelo. Rodeada de ropa sucia. La colada, eso es. Soy una mujer adulta, haciendo la colada en su casa, y entonces...

La tarima flotante cruje por encima de mí.

—¿Nicky? —Una voz masculina—. ¿Nicky? ¿Estás bien?

Me pregunto quién será Nicky. ¿Será esta su casa?

—Cariño, ¿dónde estás? Me ha parecido oír un coche en la puerta. ¿Nicky?

La cabeza me da zumbidos. Tengo que cerrar con fuerza los ojos para contrarrestar el dolor que me producen las luces del techo. Intento ladear la cabeza, pero me acribilla el dolor. Debería decir algo. Gritar, pedir auxilio. Pero me limito a lamerme los labios con impotencia.

No sé qué gritar. No sé a quién llamar. ¿Dónde estoy? ¿Quién es el de arriba?

—Nicky, Nicky, Nicky —repite.

Pero la única en quien pienso es en Vero.

Pasos aproximándose. La figura de un hombre aparece sobre mí, perfilada

en lo alto de las escaleras.

—¿Nicky, eres tú? —A continuación—: ¡Oh, Dios mío! ¿Qué ha pasado? ¡Nicky!

El hombre baja corriendo por las escaleras. Se pone de rodillas a mi lado. Thomas, pienso, pero acto seguido frunzo el ceño, porque juraría que no se llama así. Tim. Tyler. Travis. Todd. Un hombre con cientos de nombres, me da por pensar. Cosa que tiene toda su lógica, pues yo soy una mujer con cientos de fantasmas.

Me está tocando. Los hombros, las rodillas, las caderas. Con suma delicadeza, tratando de comprobar mi estado, temiendo lastimarme.

—Nicky, di algo.

—La luz —susurro, o igual gimo, al tiempo que alzo la mirada.

—Creo que te has dado un golpe en la cabeza. Tienes sangre. ¿Te has caído por las escaleras? Creo que te has roto el cráneo contra el suelo.

—La luz —vuelvo a gemir.

Se incorpora apresuradamente y le da al interruptor de las luces del techo, dejándome en una bendita oscuridad. Enciende otra luz, en algún lugar por detrás de mí, probablemente la del lavadero, una luz ambiental para orientarse.

—Cariño, ¿puedes moverte?

Consigo mover los dedos de los pies, levantar un brazo, una pierna; el resto me cuesta horrores.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —pregunto.

Pero no responde.

—Dime cómo te llamas —ordena.

—Natalie Shudt.

Se queda perplejo. A lo mejor son imaginaciones mías, pero parece nervioso.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —pregunto de nuevo.

—¿Puedes contar hasta diez?

—Claro que sí, Theo.

De nuevo esa extraña mirada. Cuento. Me gusta contar. La verdad es que mitiga el dolor. Cuento hasta diez, luego hacia atrás hasta uno y después...

—Toby, te llamas Toby.

—Thomas...

—Tobias.

—Chsss. Chsss. Un momento, tengo que pensar.

Estoy en el suelo del sótano. Noto la dureza del cemento contra mi cuello y mis hombros. Debería gritar, pedir auxilio.

Anda, mira, hay un hombre aquí. Tyler.

—Te llamas Nicole Frank —me dice.

—Natasha Anderson —corrijo.

—Soy tu marido, Thomas. Llevamos casados veintidós años.

—Trenton —digo como en un sonsonete.

—Acabamos de mudarnos a esta zona. Somos muy felices. Y —me mira con acritud— no tenemos hijos.

—Ted, Teddy, Tim, Tommy. ¡Tararí!

—Creo que voy a tener que llevarte al hospital. —Sin lugar a dudas, esto le preocupa—. Nicole...

—¡Nancy!

—Nicole, necesito que hagas algo por mí. Que... no digas nada, ¿vale? Deja que los médicos se hagan cargo. Tú concéntrate en sentirte mejor. Yo responderé a todas sus preguntas, me encargaré del resto.

—¡Vero! —exclamo a voz en grito.

Él cierra los ojos.

—No empieces. Por favor. —Y añade—: Cariño, ¿por qué estabas aquí abajo? Hoy no toca hacer la colada.

Me quedo mirándolo. No digo nada. De repente pienso: ¿quién es este hombre? Después, con más inquietud si cabe: ¿quién soy? Nicole Natalie Nancy Natasha Nan Nia Nannette. Soy todas ellas. No soy nadie en absoluto.

Soy noviembre, pienso. El mes más triste del año.

—Todo va a ir bien —me dice Thomas Tyler Theo Tim Trenton—. Yo cuidaré de ti. Lo prometo. Lo único que necesito es una cosa. Cuando estaba en mi taller, juraría que oí un coche. ¿Ha venido alguien a casa, Nicole? ¿Has dejado a alguien entrar en casa?

Como no contesto, continúa:

—Oh, Dios mío, era la investigadora, ¿verdad? A pesar de que te pedí que no lo hicieras.

Sigo callada. No tengo por qué responder.

Este hombre al que amo. Este hombre al que odio. ¿Cómo se llama, cómo se llama, cómo se llama? Ted Tom Tim Tod Tyler Taylor Tobias...

Este hombre suelta un fuerte suspiro y susurra:

—*Oh, Nicky. ¿Qué has hecho?*

Lo olemos antes de verlo. El acre olor a humo que penetra por el sistema de ventilación del todoterreno. No puedo evitarlo. Alargo la mano. Pero, claro, Thomas no está aquí. En vez de eso, me aferro a la colcha. Y hago un sumo esfuerzo por centrarme en el momento presente.

Debo permanecer en el momento presente.

Porque el olor a humo, el olor a humo...

Estos dos pobres agentes, no puedo evitar pensar. Aún no han empezado siquiera a ver la locura.

Llevábamos conduciendo ininterrumpidamente desde que nos habíamos marchado del lugar del accidente, sesenta, setenta minutos de serpenteantes y oscuras carreteras comarcales, Wyatt al volante, Kevin echando un vistazo a su teléfono, y yo. En ese momento, cuando se acentúa el olor y empieza a vislumbrarse en el horizonte un vertiginoso despliegue de luces...

Wyatt pisa a fondo el acelerador, ambos hombres en guardia.

Permanece en el momento presente, me recuerdo para mis adentros. Ni olor a humo, ni calor de las llamas.

Ni sonido de sus gritos.

Este es el ahora. Este es el momento presente. Y, esta noche, soy una mera espectadora. El acontecimiento señalado se produjo hace horas.

Thomas dándome la colcha mientras los agentes me aguardaban en la planta baja. Diciéndome que tenía que llevármela.

Un último gesto de amor, porque un novio te regala flores, pero un marido con el que llevas casada veintidós años te da lo que más necesitas. La solidez de tantos años juntos. La manera en que hemos llegado a conocernos el uno al otro, pese a nuestras mentiras.

Thomas me dio la colcha, donde había prendida una última cosa cuya pérdida le constaba que me resultaría insoportable: la foto de Vero. El secreto que le robé y que después guardé debajo de mi colchón. Prendida en un borde de la colcha, he palpado el contorno varias veces esta noche.

Un regalo de despedida de un hombre con demasiados nombres a una mujer con aún más si cabe.

El olor a humo.

Yo, todavía buscando la mano de mi marido.

Lo siento, lo siento, lo siento. Oh, Thomas, lo siento mucho.

Mi casa aparece al frente con toda nitidez. Ya está rodeada de camiones de bomberos, engullida por las llamas.

—¿Qué demonios...? —empieza a decir Wyatt, al tiempo que da un frenazo tras la fila de vehículos de emergencias. Se gira hacia el asiento trasero, me fulmina con la mirada—. ¿Estaba al tanto de esto?

Niego con la cabeza, es una mentira a medias.

—No veo el vehículo de Thomas... ¡Maldita sea! Ha sido él, ¿verdad? Su marido ha prendido fuego a la casa para no dejar rastro antes de esfumarse.

Asiento con la cabeza, es una mentira a medias.

El olor a humo. El calor de las llamas.

El sonido de sus gritos.

Cierro los ojos. Y pienso, mientras sigo en el momento presente, que mi marido tenía razón. Debería haberme olvidado del tema. Debería haber puesto más empeño en ser feliz.

Debería haberle dicho a Vero que me dejase en paz de una vez por todas.

Pero, claro, no hice nada de eso. No he sido capaz de hacer nada. Ahora...

—¿De qué demonios tiene tanto miedo? —Wyatt le da un manotazo al volante.

Así que al final le cuento la verdad. Respondo:

—De mí.

Tessa no podía dormir. La conversación telefónica con Wyatt la había dejado intranquila, por no hablar de la inquietante revelación de D.D. en el almuerzo del día anterior. Ahora, en vez de arrebujarse en la cama para disfrutar del descanso que tan desesperadamente necesitaba, se limitaba a estar tumbada, notando el peso de su propio silencio.

Tessa compartimentaba todo por naturaleza. Jamás le había contado a nadie, ni siquiera a Wyatt, todo lo sucedido hacía tres años. Por aquel entonces, tomó la determinación de hacer lo que fuera necesario con tal de recuperar a su hija. Al cabo de mil noventa y cinco días, no lamentaba ninguna de esas cosas.

El hallazgo de la pistola de Purcell, por otro lado. Una posible huella dactilar incriminatoria... Muy posiblemente, debería hacer algo. ¿Contar algo? Pero después de tantos años, ¿qué? Lo hecho, hecho estaba. Si al cabo de tres años algún técnico del laboratorio de la policía estatal conseguía demostrarlo, en fin, ni siquiera la ayuda de Wyatt podría librarla de las consecuencias. No tendría más remedio que apechugar y punto. Y contar con la señora Ennis para que se hiciera cargo de Sophie.

En cuanto a Wyatt... Solo llevaban juntos seis meses. Y puede que lo amara, y que él la amara a ella. Pero él no tenía necesidad de tener relación con una criminal. No le convenía a su futuro profesional, no le convenía a su reputación personal.

Compartimentación: no podía enmendar lo que había hecho, pero al menos sí minimizar los daños colaterales.

Esa habilidad ciertamente había contribuido a que destacara como especialista en alta seguridad. Los clientes pagaban cara la discreción. Una

buena investigadora como Tessa entraba en acción, concluía, y entretanto no atosigaba con preguntas. Ni facilitaba información a la policía local por iniciativa propia. Aun cuando se acostara con el agente al frente de la investigación.

Wyatt debería habérselo pensado dos veces antes de preguntarle si tenía información sobre Nicky Frank. Así no era como funcionaban las cosas en su trabajo, y a él le constaba. Simple y llanamente, se había agarrado a un clavo ardiendo.

Por otro lado, Nicole Frank había sufrido tres conmociones cerebrales. Como había señalado Wyatt, posiblemente ni se acordara de que era clienta de Northledge. De hecho, posiblemente ni se acordara del motivo por el que Tessa la había llamado aquella noche.

Límites, pensó de nuevo. Sus respectivos trabajos exigían límites.

Ella exigía límites.

Porque D.D. tenía razón en lo que le había dicho el día anterior: Tessa siempre había sido una loba solitaria. Incluso después de recuperar a su hija. Incluso después de enamorarse.

Tessa se dio por vencida, se levantó. Cruzó en zapatillas la casa en penumbra en dirección a la cocina y abrió la nevera, no porque tuviera hambre, sino por hacer algo. Sacó una botella de zumo de naranja.

Al darse la vuelta se topó con Sophie.

Tessa dio un grito ahogado. Soltó la botella. Derramó el zumo de naranja por todo el suelo.

—¡Mierda!

—Jolines —la corrigió Sophie en el acto.

—Ay, no te quedes ahí como un pasmarote. Ayúdame a limpiarlo.

Sophie bostezó, fue a por el papel de cocina. Tessa hizo los honores encendiendo las luces del techo. Una cosa era que ella estuviera sola a oscuras, pero Sophie seguía necesitando luz después de tantos años.

—¿Qué haces en la cocina a estas horas de la noche? —preguntó Tessa finalmente. Según el reloj digital del horno, era la una y veintidós de la madrugada.

—Te he oído.

—¿No puedes dormir?

Sophie se encogió de hombros. En otras palabras, más o menos como de costumbre. Limpió el charco con la esponja. Tessa lo repasó con papel

humedecido.

—¿Caliente leche? —sugirió Tessa poco después—. Al menos no la he derramado.

Sophie sonrió; Tessa sacó la leche.

La puso a calentar en el fogón, a fuego lento, y añadió vainilla al gusto, una vieja costumbre desde los meses posteriores al incidente, cuando ni ella ni Sophie conciliaban el sueño. Por aquel entonces eran un par de piltrafas, supervivientes que apenas eran personas, cada una se lamía sus propias heridas. Ahora formaban una curiosa y reducida familia. Ambas se sentían más a gusto en campos de tiro que en conversaciones amables, ambas aún seguían vagando por la casa de noche.

—¿Lo sigues echando de menos? —preguntó Sophie. Se había sentado junto a la isla de la cocina, desde donde podía ver a Tessa trajinar. Tessa no necesitaba explicaciones para saber a quién se refería Sophie. No habían hablado de él desde hacía meses. Pero, de vez en cuando, Sophie hacía preguntas sobre su padrastro, y Tessa hacía lo posible por responder.

—¿A Brian? A veces.

—No me acuerdo muy bien de él.

—Te quería.

—Siempre dices eso.

—Porque es verdad.

—Pero estaba enfermo. Era adicto al juego. Nos hizo daño.

Tessa removi6 la leche con cuidado y acto seguido levant6 la vista hacia su hija.

—¿Por qué preguntas por él, Sophie? ¿Por qué no puedes dormir esta noche?

—No lo sé. —Sophie apart6 la mirada—. Me gusta nuestra familia —dijo de repente—. Tú, yo, la señora Ennis. Es perfecta.

—¿Aunque no tengamos perro?

Sophie esbozó una tenue sonrisa.

—Pero ahí está la gracia, supongo. Las familias cambian. Antes éramos tres. Luego dos. Luego tres de nuevo. Y ahora... —Miró a Tessa—. Te gusta, ¿verdad? Wyatt no es un estúpido rollo de...

—¡Sophie!

—Va a convertirse en el cuarto. ¿Lo quieres?

—Vaya, la pregunta del día —murmuró Tessa.

—¿Sí o no? —insistió Sophie.

Siempre era sincera con su hija.

—Sí. Lo quiero.

—Pues ya está. Se mudará aquí. Tendré que llamarle «papi».

—No tienes que hacer nada. Y no sé a qué viene eso de mudarse. Cada cosa a su tiempo.

Esta vez fue Sophie la que sintió curiosidad.

—¿Por qué no? Si lo quieres...

Porque tengo miedo, quería decir Tessa. Porque el felices para siempre de las películas jamás es como te lo imaginas. Tal vez no sea un final en absoluto, sino el comienzo de un terrible infortunio. El futuro es incierto y, al cabo de tres años, el pasado puede volver a acecharte.

—Las relaciones necesitan su tiempo —contestó Tessa por fin.

Su hija asintió con la cabeza, pero no parecía convencida.

—Sophie —dijo Tessa al cabo, apoyando la cadera contra la encimera—. ¿Qué es lo que más temes? —Se figuraba que, en vista del cariz de la noche, era una buena pregunta para ambas.

—La oscuridad —respondió su hija en el acto.

—Me refiero a Wyatt. ¿Piensas que nos hará daño? ¿Piensas que es una mala persona?

—No.

—¿Te cae bien?

—Me gusta el rollo poli —respondió Sophie por fin.

—A mí me gusta porque es honesto —confesó Tessa—. Dice lo que va a hacer, y hace lo que dice. Es un hombre de palabra; así es como lo describe la gente. ¿Sabes? Opina que deberíamos comprar un cachorro.

—¡Yo también opino que deberíamos comprar un cachorro! —Sophie se sentó más derecha.

—Es mucho trabajo. Sobre todo para la señora Ennis. Tú y yo prácticamente pasamos fuera de casa la mayor parte del día.

—Yo ayudaré. Me haré cargo a primera hora de la mañana, y puedo volver a hacerme cargo por la noche. El cachorro puede dormir en mi habitación; así puedo ayudar más aún.

—He sondeado a la señora Ennis sobre eso —dijo Tessa, pues un perro en principio le aportaría consuelo y confianza a Sophie. Y digamos que siempre le haría compañía, por si Tessa tuviera que ausentarse durante un tiempo—.

No se opuso rotundamente. Tal vez sería un bonito primer paso. Podríamos elegir un cachorro entre todos.

—¿Incluido Wyatt? —Una leve amenaza de enfurruñamiento.

—Fue idea suya.

—Me lo figuro.

—¿Tienes previsto odiarle para siempre? —preguntó Tessa con curiosidad.

—No lo sé. Supongo que es bastante agradable. Y lo del cachorro es buena idea. Ya veremos.

—Me parece bien.

Tessa pensó que habían zanjado la conversación. Que Sophie apuraría el vaso de leche. Que las dos se irían a la cama. Pero, en vez de eso, su hija volvió a adoptar un gesto serio.

—¿Qué te da miedo a ti, mami?

Tessa no tuvo más remedio que sonreír. Aparte de un arma de fuego hallada recientemente y una única huella latente...

Dejó la taza sobre la encimera. Observó a su hija con una expresión tan seria como la de Sophie.

—Hay un viejo refrán que dice: «De lo único que debemos tener miedo es del propio miedo».

—¡Qué tontería! Hay un montón de cosas a las que temer.

—Lo sé, Sophie. Tú y yo lo sabemos. Y supongo que eso es lo que me asusta. Tú y yo pasamos tanto tiempo preparándonos para lo peor que temo que nos perdamos lo mejor. Yo tendré a un buen tío como Wyatt. Tú tendrás un cachorro perfecto. Y sin embargo... seguiremos esperando que suceda otra desgracia. Esa no es una buena manera de vivir, ¿sabes? Necesitamos no solo apreciar lo bueno, sino confiar en ello un poquito más. Aprender a tener un poco de fe.

Dejar de ser una loba solitaria, reconoció. Ser más conversadora. No establecer límites. Y, sin embargo, algunas costumbres son difíciles de romper.

—Por eso debería tener un cachorro —estaba diciendo Sophie—. Definitivamente, un cachorro me ayudaría a aprender a confiar.

—Además de a recoger cacas.

—¡Mamá!

Tessa sonrió y le alborotó el pelo a su hija.

—Gracias por la leche caliente, mamá —dijo Sophie.

—Gracias por hacerme compañía.

Tessa recogió las tazas. Acompañó a Sophie a su habitación y arropó a su hija en la cama.

Después se dirigió a su habitación, se tendió en la cama y se quedó mirando al techo de nuevo.

Pese a las sabias palabras que le había dicho a Sophie, lo cierto era que la siguiente desgracia efectivamente se cernía sobre el horizonte. Había matado de un tiro a un hombre hacía tres años. No era un acto del que se arrepintiese. Lo que sí lamentaba era que la policía estuviera en posesión de esa pistola ahora.

Y seguía siendo una mujer a la que le costaba confiar. Porque ¿por qué no le contaba a Wyatt lo que pasaba y punto? ¿Por qué no mostraba confianza en el hombre que jamás había hecho otra cosa que ser honesto con ella?

Qué curiosas las cosas que temía una mujer como ella. Entrar en una habitación llena de hombres armados y hostiles, controlado. Hablar abierta y honestamente con el hombre al que amaba..., quizá más adelante.

No obstante, había algo que sabía que tenía que hacer a primera hora de la mañana: ponerse en contacto con Nicole Frank, la sospechosa de Wyatt, para ver cómo le iba. Porque Tessa sabía algo, a pesar de que Nicole no lo recordase.

El pasado nunca llegaba a ser pasado del todo.

De alguna manera te daba alcance. Especialmente un pasado con tantos pecados como el de Tessa.

O con tantos secretos como el de Nicole Frank.

Wyatt ordenó a Nicky que permaneciera en el todoterreno del condado. ¿Tenía potestad para hacer eso? No. ¿Tenía un posible motivo para detenerla por algo? La verdad era que no. No podía vincularla al incendio de la casa, pues ella había pasado con él y con Kevin toda la noche. Incluso una detención por el accidente del miércoles era problemática, dado que su tasa de alcoholemia no llegaba al límite legal del 0,08.

Estrictamente hablando, Nicky Frank tenía todo el derecho a alejarse de él y de Kevin, por no hablar de los escombros de su casa en llamas.

Como el infierno, pensó Wyatt por tercera vez en otros tantos minutos. Ella era el único nexo con algo de más envergadura, más turbio y mucho más delictivo que un mero accidente de coche.

Dejó a Kevin de niñera mientras él iba en busca del jefe de bomberos.

—¿Qué puedes contarme? —preguntó Wyatt a Jerry Wright, un hombre mayor al que habían avisado para que se desplazara desde varias ciudades más allá. En total habían acudido a la vivienda tres cuerpos de bomberos voluntarios. Era del tipo de incendios que merecían ese tipo de respuesta.

—Comenzó en el anexo —respondió Wright secamente. Tenían que mantenerse bien apartados, no solo porque los hombres todavía estaban manejando las mangueras, sino porque las llamas despedían un calor infernal—. Definitivamente, con un acelerante, y en grandes cantidades. A las construcciones de metal normalmente les cuesta arder. Pero esta... Mierda.

Wyatt había inspeccionado la parte trasera de la propiedad, donde el taller gris había pasado a ser una carcasa carbonizada y retorcida. El taller que albergaba las herramientas de trabajo de Thomas. Interesante.

—¿Quién dio el aviso? —preguntó Wyatt.

—Un vecino, al final. Pero, en vista de las distancias que hay entre las viviendas de la zona, es probable que llevase ardiendo un rato. La llamada se realizó poco después de las ocho. El tiempo de respuesta fue el habitual; la primera unidad llegó alrededor de las ocho y cuarto. Aun así, según tengo entendido, el taller estaba en las últimas desde el principio, y la casa entera ya era pasto de las llamas.

—¿Alguna información sobre la presencia de un hombre en la escena?

—Negativo. Como no se puede acceder a la casa debido a la alta temperatura, no puedo asegurar lo que encontraremos dentro. Pero en todo el rato que hemos estado aquí, ni rastro de nadie.

Wyatt asintió con la cabeza; tenía serias dudas de que Thomas estuviese en algún lugar de la vivienda. El Suburban plateado del hombre, plenamente visible en el camino de entrada cuatro horas antes, brillaba ahora por su ausencia. La hipótesis de Wyatt: Thomas había dejado que la policía se llevase a su mujer, y luego le había prendido fuego a su propia casa y se había largado.

Pero ¿por qué?

Según Nicky, porque le tenía miedo, pero Wyatt era un hombre lo bastante listo como para entender que no lo decía en el sentido literal. Lo más probable era que Thomas temiese los retazos de memoria de su mujer. Daba la impresión de que las tres conmociones cerebrales consecutivas habían activado algunos resortes en la mente de Nicky. Y no todo lo que revelaban era agradable.

Así pues, ¿qué habían hecho Thomas y/o Nicky en el pasado que al menos Thomas aún trataba de ocultar con desesperación? Y, sobre todo, ¿qué relación guardaba con Vero, la misteriosa niña real, imaginaria, probablemente muerta, posiblemente aún con vida?

—El fuego despide demasiado calor —informó el jefe de bomberos a Wyatt—. Si quieres más información, tendrás que esperar hasta mañana por la mañana.

—De acuerdo, mantenme al corriente.

Wyatt se apartó del hombre y retrocedió unos pasos para examinar de nuevo el devastador incendio. El techo entero había sido pasto de las llamas. La imagen de una casa consumiéndose viva era una estampa impresionante. Las ventanas hechas añicos. El plañido del metal. Un tipo de destrucción singular que resultaba imponente y al mismo tiempo aterradora.

Se preguntó cómo se lo había tomado Nicky al presenciarlo. ¿Estaría consternada por lo que su marido había hecho? Tenía que haber fotos, recuerdos familiares, enseres especiales que incluso en ese momento se estaban carbonizando delante de sus ojos.

Sin embargo, cuando regresó al coche, ella seguía tal cual en el asiento trasero, observando fijamente el infernal incendio, con expresión impasible.

—Hemos emitido una orden de búsqueda del vehículo de Thomas —informó a Kevin—. De momento es prácticamente lo único que podemos hacer.

Kevin asintió con la cabeza.

—¿Ha dicho algo? —preguntó Wyatt, señalando hacia el asiento trasero.

—Ni una palabra.

—¿Has comprobado su móvil?

—No tiene móvil. Lo perdió en el siniestro, ¿recuerdas?

—O sea, que Thomas no puede ponerse en contacto con ella de ninguna manera —murmuró Wyatt.

—A menos que hayan acordado un punto de encuentro de antemano.

—Exacto. Vamos a llevarla a la comisaría. Mientras Thomas Frank se encuentre en paradero desconocido, ella es nuestro cebo.

Nicky no protestó cuando salieron del camino de acceso a la casa y se pusieron en marcha una vez más. No preguntó adónde se dirigían ni se quejó de hambre o sed. Permaneció sentada sin más, con la mirada perdida en la ventanilla, la colcha en el regazo.

De tanto en tanto, Wyatt la observaba por el espejo retrovisor, tratando de averiguar en qué pensaba. Parecía agotada, lo cual era natural. Parecía enferma, lo cual era un hecho. Demasiado delgada, demasiado pálida, como si un fuerte viento pudiera tirarla. Pero tenía el semblante impenetrable, inexpresivo.

¿No había mencionado alguien la neurosis de guerra en algún momento? En el accidente, el conductor que paró a ayudarla. Era veterano de Corea y afirmó que ella parecía sufrir neurosis de guerra. Al observarla ahora, Wyatt cayó en la cuenta de lo que el hombre había percibido. Nicky Frank se había recluido en algún rincón de su cabeza. La cuestión era cuándo volvería a salir.

El departamento del sheriff de North Country ocupaba un edificio de ladrillo de dos plantas relativamente cerca de la cárcel del condado y más cerca aún del juzgado del condado. Tenía aparcamiento, sistema de identificación mediante huellas digitales y un montón de luces en el techo que emitían zumbidos. Pero nada para comer. Por eso, Wyatt y Kevin se desviaron para hacer una parada en McDonald's, uno de los pocos locales abiertos después de medianoche. Wyatt y Kevin pidieron con ganas. Hamburguesas cuarto de libra, un tanque de patatas fritas, cafés en formato grande, todas las calorías, sal y cafeína que un buen detective necesitaba para pasar toda la noche despierto.

Nicky pidió otra botella de agua en un tono de lo más monótono. De no ser por cómo acariciaba la capa de arriba de la colcha doblada, a Wyatt le habría dado la impresión de que se había convertido en una estatua. No dejaba de tocarla una y otra vez. Como si estuviera rezando el rosario, pensó Wyatt. Una mujer absorta en el rezo. O haciendo penitencia.

Se llevaron la comida a la comisaría. A esa hora de la noche, un poco de acción en la central estaba garantizada. Los avisos de la policía del condado se gestionaban en el edificio, lo cual quería decir que había mucho ruido procedente del pasillo, tanto de llamadas telefónicas como de la cháchara de los operadores entre llamada y llamada. Los partes, por supuesto, se realizaban a todas horas, y las dos de la madrugada era la hora punta para las detenciones de borrachos.

Wyatt y Kevin condujeron a Nicky con cuidado por el vestíbulo, después por el angosto pasillo, donde sortearon a un crispado adicto a la metanfetamina, y a continuación a otro. A Wyatt siempre le deslumbraba la iluminación de la comisaría, como si con ello trataran de compensar algo. Era tan potente que entrecerraba los ojos. No podía ni imaginar lo mucho que Nicky estaría padeciendo en su estado.

Al final se instalaron en la sala de reuniones, no en una sala de interrogatorios, porque eso habría parecido agresivo y, de nuevo, estrictamente hablando, Wyatt no podía retener a la mujer. Pero tampoco la quiso llevar a los despachos, porque era necesario que se sintiera presionada. Su vida se estaba desmoronando. Por el bien de todos, había llegado el momento de hablar.

Ella no los miró cuando Kevin le ofreció la silla. Tomó asiento, con la mirada al frente. La colcha en el regazo. La botella de agua encima de la

mesa. Y esperó.

Ya ha pasado por esto, pensó Wyatt. Comisarías, interrogatorios; no era ninguna novedad para ella. Igual que él, ella tenía su estrategia.

Wyatt se tomó su tiempo. Puso encima de la mesa su bolsa del McDonald's, dejando que la habitación se impregnara del inconfundible aroma de las patatas fritas. Kevin hizo lo mismo. A continuación, Wyatt le quitó la tapa a su enorme vaso de café, añadiendo más aroma a la mezcla. Desenvolvió su grasienta hamburguesa y le hincó el diente. Sí, lo lamentaría por la mañana. Un hombre de su edad no podía permitirse el lujo de comer así habitualmente, pero, de momento, fue una explosión de sal, grasa y carbohidratos en su boca. No había nada mejor que eso para comer a las dos de la madrugada.

Kevin hizo toda una exhibición a la hora de estrujar el sobre de ketchup y echarlo sobre el envoltorio de la hamburguesa para luego untar las patatas.

Nicky seguía sin decir una palabra, aunque, con lo cerca que estaban sentados todos, Wyatt pensó que en el momento menos pensado alcanzarían a oír los ruidos de su estómago.

—¿Seguro que no quiere nada? —preguntó por fin, en tono afable.

Ella negó con la cabeza.

—Tenemos máquinas expendedoras, ¿sabe? ¿Una bolsa de patatas fritas, una chocolatina? ¿Más chicle?

Ella negó con la cabeza.

—¿Le deslumbran las luces?

Ella finalmente lo miró. Tenía los ojos cansados, pensó él, pero más que nada parecían dos balsas inertes de resignación. No quería. No necesitaba. Era simplemente una mujer a la espera de su destino.

En ese momento Wyatt sintió un escalofrío tan desagradable que se levantó, hizo un ovillo con los envoltorios y tiró a la papelera los restos de la cena. Se quedó con el café. Se detuvo un momento para susurrarle a Kevin:

—Mira a ver cómo va la orden de búsqueda y captura. Cualquier dato que se obtenga, podríamos usarlo.

Kevin asintió con la cabeza, se deshizo de sus envoltorios y salió de la sala de reuniones. Wyatt se quedó de pie a solas con Nicky. Su primera sospechosa. Testigo. ¿Víctima? A lo mejor era eso lo que realmente le fastidiaba. Después de cuarenta y ocho horas, seguía perdido, y le cabreaba.

Al volver a sentarse, apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia

delante deliberadamente.

—¿Qué ha ocurrido en su casa esta noche? —inquirió.

Por fin asomó una chispa de vida en su rostro.

—¿Cómo voy a saberlo? Estaba con usted.

—Ha perdido su casa, ¿sabe? Siniestro total, según el jefe de bomberos. O sea, que todo lo del interior, fotos, sus cuadros, su almohada favorita... Puf.

Ella no dijo nada.

—Lo mismo que el taller —continuó Wyatt—. Va a ser un palo para la empresa familiar. Todas esas herramientas, proyectos, suministros... Fuera. Pedidos que ahora no se entregarán. Clientes descontentos. La impresora 3D inservible.

Ella no se inmutó. De todas formas, la empresa no era su territorio, pensó Wyatt. Era el de Thomas.

—¿El primer incendio doméstico? —preguntó ahora.

Ella frunció el ceño, pareció salir levemente de su trance.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a todas las ciudades, estados, casas en las que han vivido a lo largo de los años. Vamos, Thomas y usted le dan un nuevo significado al término «trotamundos».

Ella volvió a fruncir el ceño, se frotó las sienes. A continuación alargó la mano como en busca de algo. De alguien.

Wyatt aguardó. Ella no dijo una palabra. Su mano permaneció suspendida en el aire. Al cabo de unos instantes, pareció darse cuenta de lo que estaba haciendo. Volvió a poner la mano en su regazo. Una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla.

—Lástima que fuera esta casa —presionó Wyatt—. Con lo que se han esforzado en ella. Dándole otra mano de pintura a la puerta, arreglando el jardín. ¿Pensaban que tal vez sería el lugar donde finalmente se asentarían?

—Yo echaba de menos la nieve —musitó ella, con la mirada aún clavada en la mesa.

—¿Dónde está Thomas ahora?

—No lo sé.

—Pues debería. Es su mujer, su socia. Si usted no lo conoce, ¿quién si no?

—¡Ted Todd Tom Tim tararí! —susurró.

—¿Qué ha dicho?

—Él no tiene familia. No tiene amigos. No tiene dónde ir. —Finalmente

levantó la vista y lo miró a los ojos—. No tengo dónde ir.

—Menudo egoísta, ¿no le parece?

—Debería llevarme a un hotel.

—Primero quiero que me hable de Nueva Orleans. ¿Cuándo se conocieron?

—En el trabajo. En un plató de cine. Yo trabajaba en el departamento de servicios; él, en escenografía. Me comentó que esperó tres semanas a que le dijera hola. —Hablaban como una autómatas: A Wyatt le daba la impresión de que había oído esa historia antes, y así era: casi palabra por palabra lo que le había contado Thomas aquel primer día en el hospital.

—¿Thomas es de Nueva Orleans? —preguntó Wyatt.

—No.

—¿Qué le llevó allí?

—No lo sé.

—¿Cómo que no? ¿Veintidós años juntos y nunca le ha preguntado qué hacía en Nueva Orleans?

Ella se quedó mirándolo con aire adormilado.

—¿Acaso importaba?

—¿Es usted de Nueva Orleans?

—No.

—Ustedes... se conocieron allí por casualidad.

—Sí.

—Menudo cortejo. ¿Cuatro semanas y listo? Y tira millas, sin mirar atrás jamás. Viven juntos, trabajan juntos, viajan juntos..., todo juntos.

—No tiene nada de malo.

—Ha incendiado su casa cuando estaba a solas.

—Yo destrocé mi coche a solas. Bebía a solas. ¿Ve? Igual es mejor que permanezcamos juntos.

—¿Llegó a conocer a su familia? En todos sus viajes y andanzas, ¿alguna vez la llevó a la casa de sus padres?

—No.

—¿Por qué? ¿Se avergonzaba? ¿Temía algo? ¿Quién no lleva a su mujer a conocer a la familia? A la madre. Al padre. A la hermana. —En realidad Wyatt ignoraba lo de la hermana. No obstante, era para ver si mordía el anzuelo, para ver si reaccionaba, si le daba por preguntar algo.

Pero ella se limitó a negar con la cabeza sin decir una palabra.

—¿Quién es usted, Nicky? ¿Cuál fue el verdadero motivo por el que Thomas y usted se mudaron a New Hampshire?

—Nos apetecía un cambio.

—Anda buscando algo. Quiere algo, está tratando de encontrarlo hasta tal punto que se puso en contacto con una empresa de detectives privados pese a que su marido le pidió que no lo hiciera.

Ella no respondió.

—Luego sale disparada la noche del miércoles durante una tormenta, aprovechando que su marido estaba ocupado, para reanudar la búsqueda. Siguió a una mujer desde una tienda de licores. Se quedó bajo la lluvia. Estuvo acechando su casa. ¿Por qué? ¿Qué necesita encontrar con tal ansia que está dispuesta a hacerlo a espaldas de su marido? ¿Y qué hizo para indignarlo hasta tal punto que prendió fuego a todo lo que poseen?

—No a todo. —Dio unas palmaditas a la colcha, que seguía doblada pulcramente en su regazo.

Wyatt se quedó inmóvil, la escrutó.

—Tiene razón. El cobertor. Lo ha llevado encima toda la noche. Se lo dio él, ¿verdad, Nicky? Le dijo que se lo llevara.

Para su sorpresa, a Nicky se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Yo no sabía lo que él iba a hacer. No lo sabía. Pero, a toro pasado, seguramente ya lo tenía planeado. Por eso me dijo que me llevara la colcha.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de especial la colcha?

Ella se encogió de hombros.

—La necesito. Así puedo olerla a ella cuando tengo días tristes. Me la pego para poder olerla y me reconforta.

—¿Oler a quién?

—No lo sé.

—¿A Vero?

—Creo que no.

—Entonces, ¿a quién? ¡Maldita sea, Nicky! —Wyatt dio un manotazo en la mesa—. Basta de respuestas a medias. ¿A quién está buscando? ¿Y qué diablos encontró finalmente que atemorizó hasta tal punto a su marido como para hacer esto? Ha llegado la hora de responder. Empiece a hablar.

—¡Pero si no lo sé!

—¡Ya lo creo que sí! En algún lugar de ese cacao mental que tiene, lo sabe todo. Piense. Haga memoria. Su marido se ha marchado, su casa ha quedado

reducida a cenizas. Se ha quedado sola, Nicky. Sola como la una. No tiene adónde ir. ¿Quiere seguir siendo la víctima en toda esta historia? Entonces, ¡déjese de evasivas y piense!

La puerta de la sala de reuniones se abrió. Nicky dio un respingo. Wyatt se dio la vuelta, irritado por la interrupción. Entonces percibió la elocuente expresión de Kevin. Wyatt se puso de pie en el acto, al tiempo que el detective iba a su encuentro para entregarle un taco de papeles grapados.

—Llegó hoy —dijo Kevin en voz baja—. Pero, como ya nos habíamos ido, Gina lo dejó encima de mi mesa.

Wyatt echó una ojeada al informe que había elaborado la policía estatal sobre las huellas de sangre halladas en el coche de Nicole. La primera hoja no tenía ningún sentido. Hasta que no asimiló el contenido de la segunda hoja, después la tercera, la cuarta...

Levantó la vista hacia Kevin, como a la espera de que negase lo evidente.

En vez de eso, el detective asintió lentamente con la cabeza.

—Sí. Esa también fue mi primera reacción. Pero está todo ahí. Las piezas encajan.

Se dieron la vuelta, al unísono, para observar a Nicky, que los miraba fijamente con gesto expectante.

—Es cierto —susurró Kevin—. Por Dios, es cierto.

Wyatt no dijo nada. Volvió a la mesa de juntas. Sacó su silla. Tomó asiento. A continuación puso el informe sobre la mesa y lo empujó en dirección a ella.

—Nicole Frank —anunció en tono sereno—. Le presento a Vero.

Estabas al tanto? —me pregunta Vero. Estamos de nuevo en su dormitorio de la torre, bebiendo whisky en tazas de té.

—Creo que en el fondo posiblemente lo sabía —le contesto.

—¿Vas a dejar ya de venir a verme? ¿Me vas a dejar marchar por fin?

—No estoy segura de que sea tan sencillo.

—Cierto. Por no hablar de todos los cabos sueltos que te has dejado.

En ese preciso instante, comienzan a aparecer más esqueletos en la habitación. Pop, pop, pop. Uno, dos, cinco, más de los que puedo contar. Se apretujan en todos los rincones posibles, se amontonan sobre la mosquitera de gasa de la cama, se apiñan contra las paredes, trepan por el rosal. Todos llevan vestidos estampados que cubren sus relucientes huesos blancos. Uno de ellos me dirige una sonrisa desdentada. Me saluda con la mano, como una vieja amiga a la que hace tiempo que no veías, como una promesa del mundo de los muertos.

—No puedo hacerlo —susurro, presa del pánico. La taza comienza a temblar en mi mano—. No puedo. Me supera. ¡No *quiero* recordar! Solo quiero que todo pase.

Vero vierte más whisky en mi taza de porcelana.

—No estoy segura de que sea tan sencillo —dice.

—¿Estaba al tanto? —me pregunta Wyatt.

Tengo la vista clavada en el cartel de una niña desaparecida. «VERONICA SELLERS. 6 AÑOS. PELO LARGO CASTAÑO. OJOS AZUL CLARO. VISTA POR ÚLTIMA VEZ EN UN PARQUE DE BOSTON».

Oye, ¿te gusta jugar a las muñecas? Tengo un par en mi coche...

En el cartel aparece una foto ampliada de una niña de corta edad sonriente. Le toco el pelo; no puedo contenerme. Observo detenidamente sus ojos grisáceos.

Una de las escasas fotos que tenía su madre; me consta sin preguntar. Hecha con una Polaroid cuando terminaron de hacer galletas. Extrañamente, su madre había estado de buen humor toda la tarde. Cogió la cámara y dijo: «¡Eh, cielo, sonríe!». A Vero le dio la risita al convertirse inesperadamente en el centro de atención y luego se quedó maravillada ante el proceso de revelado.

Justo antes de oír pasos al fondo del pasillo.

«VERONICA SELLERS. 6 AÑOS. PELO LARGO CASTAÑO. OJOS AZUL CLARO. VISTA POR ÚLTIMA VEZ EN UN PARQUE DE BOSTON».

Paso a la siguiente página. Ahora hay tres fotos. La primera es del cartel de personas desaparecidas; después otra, esta a la edad de diez años. Los rasgos más perfilados, más definidos. Pero la misma sonrisa radiante, el brillo en sus ojos.

No, quiero decirles. Se equivocan. Vero nunca sonreía con diez años. Sus ojos no tenían nada que ver con eso. Con diez años ya era una profesional avezada.

Una tercera y última foto. Esta a la edad de dieciséis años. Nada más, porque dar con el paradero de una niña desaparecida al cabo de tantísimos años era una posibilidad remota. Pero alguien que trabajara en el caso, un técnico en informática, se había tomado esa molestia.

Está preciosa a los dieciséis. La melena castaña, más suave, le cae en ondas por sus mejillas definidas, las pecas le salpican la nariz. Un aspecto saludable. La niña que vive en tu misma calle. La adolescente que contratarías para cuidar de tus hijos.

Toco esta foto también. Me viene a la cabeza el aguacero y el olor a tierra fría y húmeda que cae pesadamente contra mi pecho. Recuerdo la sensación de la muerte.

«VERONICA SELLERS. 6 AÑOS. PELO LARGO CASTAÑO. OJOS AZUL CLARO. VISTA POR ÚLTIMA VEZ EN UN PARQUE DE BOSTON».

—¿La reconoce? —me pregunta Wyatt.

Soy incapaz de responder. Enfrentándome a la evidencia, sigo siendo

incapaz de confirmar lo innegable.

Al final, Wyatt lo hace por mí.

—Usted es la niña de estas fotos, Nicky. Las huellas dactilares halladas en su coche lo confirman. No se llama Nicole Frank. Se llama Veronica Sellers y lleva desaparecida más de treinta años.

Los detectives van a interrogarme. El FBI también querrá hablar conmigo, dice Wyatt. No estoy segura de si se trata de un aviso o de una amenaza. ¿Mejor hablar ahora, en compañía de «amigos»? ¿O esperar a la interminable hilera de desconocidos trajeados que exigirán que repita mi declaración hasta la saciedad, aduciendo sin cesar que es por mi propio bien?

Kevin ha tomado asiento. Me preguntan nuevamente si necesito algo. ¿Comida, un tentempié, otra botella de agua?

Me parece que una botella de Glenlivet me vendría estupendamente. Pero, más que nada, me aferro a la colcha que tengo en el regazo. Me concentro en el roce suave del tejido contra las yemas de mis dedos. Me pregunto qué dirá ella cuando finalmente se entere de la noticia.

¿Se pondrá a dar saltos de alegría? ¿O treinta años después es demasiado tarde para recibir de nuevo a tu hija muerta en casa?

—¿Recuerda el nombre de Veronica? —me pregunta Wyatt, después de que haya rechazado sus ofrecimientos, viendo que me quedo ahí sentada, sin hacer nada, porque ¿qué voy a hacer?

Niego con la cabeza.

—¿Cuándo fue la última vez que usó ese nombre?

—Vero tiene seis años —susurro—. No está. Ha desaparecido.

—Del parque —apunta Wyatt.

—Una niña mayor le propone jugar a las muñecas. Vero desconfía. Su mamá le tiene dicho que no hable con desconocidos. Pero la niña mayor parece simpática, y Vero se siente sola. Le gustaría jugar a las muñecas. Le gustaría tener una amiga.

Los detectives se cruzan la mirada.

—¿Qué le pasó a Vero después? —pregunta Wyatt.

—Aparece una mujer rubia. Lleva el pelo recogido; lleva una ropa muy bonita. Mucho más bonita de lo que la mamá de Vero puede permitirse. Tiene una aguja en la mano. Entonces se la clava en el brazo a Vero mientras ella

sigue allí de pie, esperando ver las muñecas. Y eso es todo. La niña mayor es el gancho. Ya han captado a Vero.

—¿Esa mujer y la niña secuestran a Vero?

—Se la llevan en el coche.

—Y nadie lo ve —dice entre dientes Wyatt, pero dirigiéndose a Kevin. Información esta que seguramente han recabado del archivo original del caso, porque es imposible que Vero estuviera al tanto de eso. Desde el primer instante en que la aguja atraviesa su piel, Vero se va. Desaparece.

—¿Adónde llevan la mujer y la niña a Vero? —pregunta Wyatt.

—Vero se muda a una casa de muñecas. Paredes de color rojo oscuro, preciosas vidrieras, alfombras con motivos florales. Tiene su propio dormitorio en la torre con un mural de rosas que trepan por la pared. Al principio llora, cuando la mujer la conduce al interior, y después se vuelve y cierra la puerta con el pestillo. Pero, por supuesto, la habitación es la más bonita que ha visto en su vida. Una cama solo para ella, rodeada de metros de gasa. Una mesa de madera ya preparada con un auténtico juego de té de porcelana, rodeada de cuatro sillas con un oso de peluche y varias muñecas. Hasta la moqueta es suave y esponjosa. Vero se pregunta si la habrá adoptado su hada madrina. Ha ido en busca de ella y, aunque desearía que no hubiera mandado a una mujer con una aguja, le gusta la habitación. Le gusta la casa. A lo mejor, si reza lo suficiente, su mamá y ella pueden quedarse allí.

—¿Va allí la madre de Vero?

—No. Vuelve la mujer de antes. Ahora vestida de negro de pies a cabeza, con el pelo ahuecado en un recogido alto, gruesas perlas alrededor del cuello. Es hermosa, pero da miedo. Como una muñeca de porcelana que puedes mirar, pero nunca tocar. Le dice a Vero que es su nueva huésped. Que a partir de ahora se llamará Holly. Que llevará vestidos en todo momento. Que hará lo que se le mande. Que hablará solo cuando se dirijan a ella. Después la mujer le da un vestido nuevo a Vero. De seda rosa con volantes. A Vero..., ¿a Holly?..., le gusta el vestido. Le parece muy bonito. Pero está nerviosa. Como no sabe qué hacer, se queda inmóvil.

»La mujer da un paso al frente. Le da un bofetón a Vero. Acto seguido le arranca la blusa de un tirón. Le dice a Vero que apesta. Le dice a Vero que es estúpida, fea y asquerosa y que cómo es posible que sea tan desagradecida como para rechazar una ropa tan bonita. Entonces sujeta en alto el vestido y lo hace jirones también. Si te pones en ese plan, le dice a Vero..., a Holly...,

pues te quedas en cueros y punto.

»Coge toda la ropa de Vero, hasta sus braguitas. Acto seguido se va. Y Vero se queda sentada en medio de la bonita habitación, desnuda y sola. Durante días y días y días.

»Vero llora por su mamá —musito—, pero su mamá nunca viene.

—¿Qué sucede? —pregunta Wyatt en voz baja.

—Vero aprende. Se pone lo que le mandan ponerse. Responde a los nombres con los que se dirigen a ella. Habla solo cuando le hablan. Hay clases a diario. Algunas son como las del colegio: lectura, matemáticas, lo básico. Otras son de estilismo, peluquería, maquillaje. También de música, cultura, arte. Ella estudia, todos los días. Es aplicada, porque la habitación es preciosa y los vestidos son bonitos y, cuando se porta bien, la mujer lo celebra. Pero cuando mete la pata...

»Está sola. A excepción de las clases que le da la mujer, duerme sola, se despierta sola, pasa el rato sentada sola. Comienza a contarse historias a sí misma. Sobre dónde vivía antes. Sobre la mujer que la quería. Sobre la vida antes de esas cuatro paredes. A medida que los días se convierten en semanas, se convierten en meses, se convierten en ¿años? Cuesta calcular el tiempo en la casa de muñecas. Solo existe el ahora. Todo lo demás deja de existir.

—¿Qué sucede? —pregunta Wyatt.

—Finalmente, concluye su formación. Ya tiene suficiente edad, suficiente preparación. Entonces llegan los hombres. Y ella lamenta profundamente haber estudiado. Pero no se resiste, no protesta, no se queja. A esas alturas sabe que el verdadero peligro no reside en los hombres. Es madame Sade a quien tiene que temer.

—¿La mujer, madame Sade, regenta un burdel? —pregunta Wyatt sin rodeos—. Forma a las niñas y luego lleva a hombres a la casa en busca de sexo.

—Nuestro cometido es hacerles felices.

Los detectives se cruzan la mirada. No se dejan engañar por el eufemismo de madame Sade, al igual que yo tampoco me dejaba.

—¿Qué puede contarnos de madame Sade? —pregunta Kevin.

Me tiemblan los labios. Me aferro con fuerza a la colcha. Soy incapaz de hablar.

—Descríbala —me anima Wyatt con más delicadeza—. ¿Cómo es?

—Una muñeca de porcelana. Hermosa, pero da miedo.

—¿Tiene la misma edad que la madre de Vero? —presiona Kevin.

—Es más mayor. Rondará los cincuenta.

—¿Tiene hijos, está casada, tiene un amigo especial?

Lo miro, los recuerdos pesan.

—Algunos hombres la desean. Pero las niñas cuchichean: «Cuidado con lo que deseas».

—¿Hay más personas a cargo? —pregunta Wyatt.

Niego con la cabeza.

—La casa es de madame Sade. Ella pone las reglas. Ella impone los castigos.

—¿Cuántas niñas más hay?

—No lo sé. Hasta que cumple doce años, Vero permanece encerrada bajo llave en la habitación de la torre, como una preciada flor, un bien escaso.

Kevin aparta la mirada. La expresión de Wyatt me resulta indescifrable, pero no pasa nada; de todas formas, me encuentro demasiado perdida en los turbios confines de mi mente como para centrarme en él.

—¿Qué sucede a partir de los doce años? —pregunta por fin.

—Hay otros pisos en la casa de muñecas. Vero se traslada abajo, a una pequeña habitación que comparte con otra chica. Chelsea es mayor que ella y no le hace gracia la presencia de Vero. Le roba a Vero el maquillaje, le agujerea los vestidos. No está dispuesta a permitir que Vero duerma en una cama. En vez de eso, Vero se apaña en un hueco de la alfombra. Vero ya no está sola, pero sigue sintiéndose sola. Aunque tiene sus historias. Las relata en voz baja, noche tras noche. Érase una vez una reina maga y su preciosa princesa, que vivían en un reino secreto...

—¿Siguen acudiendo hombres?

—A madame Sade le gustan las cosas bonitas. Nosotras hacemos felices a los hombres; ella consigue más cosas bonitas.

—¿Puede describir a los clientes? —pregunta Wyatt.

Me encojo de hombros.

—Son hombres que tienen trabajos adecuados, que visten ropa adecuada y que se criaron con los contactos adecuados. Madame Sade no permite que cualquiera vaya a la casa a pasar el rato.

—¿Reconocería a esos hombres si los viera?

—¿Acaso cree que les miraba a la cara?

Wyatt se sonroja, se reclina en el asiento.

—¿Qué puede contarnos de la casa? —pregunta Kevin.

—Vestíbulos abovedados, salones de mármol. Una sucesión interminable de pisos, alas y torres.

—¿Una mansión? ¿Algo similar a un castillo o más bien de estilo victoriano?

Me froto las sienes.

—Victoriano —susurro.

—¿Le dieron permiso para salir de la casa alguna vez? —continúa Kevin—. ¿Nos puede hablar del entorno? ¿Había carteles indicadores, otras viviendas en las inmediaciones? ¿Y qué me dice de bosques, agua, montañas, otros rasgos geológicos distintivos en los alrededores?

Niego con la cabeza. Me arde la frente. Las náuseas vuelven a hacer acto de presencia. Quiero zanjar esta conversación de una vez por todas. Quiero pasar página a estos recuerdos de una vez por todas.

—Vero... Nicky. —Wyatt intenta captar mi atención—. Lo que está describiendo suena a red de tráfico sexual muy exclusiva. Esto es un asunto muy grave. ¿Lo entiende? Es posible que algunas de esas personas continúen activas en la explotación infantil. Las redes organizadas como la que está describiendo tienden a expandirse y a hacerse más sofisticadas con el paso del tiempo. Piense en la mafia. Treinta años después, puede que el capo original se haya retirado, pero cuenta con toda una nueva generación de subalternos para dirigir el cotarro. Ese lugar... Necesitamos dar con él.

Me quedo mirándolo. No lo entiende. Sus palabras no tienen el menor significado para mí. Es imposible que tengan el menor significado. Si no fuera por los tres golpes que me he dado en la cabeza, de entrada jamás habría permitido que esos recuerdos afloraran.

Doy un suspiro. No puedo evitarlo. Estoy cansada. Estoy agotada y me duele la cabeza y todo este bombardeo de preguntas...

—Vero tiene seis años —susurro—. No está. Ha desaparecido. Ya no puede ayudarla.

Wyatt me observa detenidamente.

—Entonces, ¿por qué sigue buscándola?

Y, durante un fugaz instante, los ojos me escuecen por las lágrimas.

No están dispuestos a dejarme marchar. Quieren lo que, según ellos, sé, detalles y recuerdos para respaldar su investigación incluso a costa de mi

salud mental. Hace treinta años, una niña pequeña desapareció sin dejar rastro. Ahora hay una mujer adulta ocupando su lugar. Los polis son incapaces de dejarlo pasar. Thomas era consciente de ello. De modo que provocó un incendio.

El problema de hacer preguntas, trató de decirme, es que no puedes controlar las respuestas.

El olor a humo. El calor del fuego.

Alargo la mano, sigo tratando de encontrarle.

—Vero tiene doce años —insiste Wyatt ahora—. Ya no vive en la habitación de la planta de arriba. ¿Dónde está?

No puedo continuar con este juego. Los recuerdos me resultan demasiado duros, y me encuentro absolutamente agotada.

—Chsss —siseo—. Chsss...

Por un momento, dudo que me escuchen. O a lo mejor, al ser detectives tras un caso, les trae sin cuidado. Pero entonces Wyatt se reclina en el asiento. Me observa con atención, tal vez incluso con lástima.

—¿Una última pregunta? —dice, negociando.

—La última.

—¿Cómo consiguió salir de la casa, escapar de madame Sade?

Me quedo mirándolo. Me parece que la respuesta es obvia. Pero como por lo visto no, le cuento la verdad.

—Vero al final aprende a volar.

Wyatt y Kevin salieron de la sala de reuniones. Fueran cuales fueran las preguntas que les quedasen por hacer, tendrían que esperar. Nicky había puesto la colcha sobre la mesa, acto seguido había apoyado la cabeza en ella, y se acabó. La pobre mujer estaba como un tronco.

Entonces los dos detectives aprovecharon para reponer fuerzas.

—Damas y caballeros —dijo Wyatt, parado al otro lado de la puerta, en el pasillo—, acabamos de entrar en territorio desconocido.

—Necesito aspirinas —convino Kevin.

—Pues más vale que te atiborres, porque va a ser una larga noche.

No podían dejar a Nicky sin supervisión en medio del departamento del sheriff. Por otro lado, no iban a sacar nada más en claro hasta que descansara un poco. Como hombres pragmáticos que eran, tomaron asiento en el pasillo, ante la misma puerta, con las espaldas contra la pared.

—Empecemos por lo que sabemos —sugirió Wyatt—. Uno: no cabe duda de que Nicole Frank es Veronica Sellers, tal y como confirman las huellas dactilares halladas en el vehículo siniestrado.

—Según ella —continuó Kevin—, fue secuestrada por una proxeneta de alto postín hace treinta años y retenida como mínimo seis hasta que finalmente escapó.

—¿Qué opinas de su relato? —le preguntó Wyatt.

Kevin no vaciló.

—¿De la ausencia total de emociones? La manera en la que, en vez de usar la primera persona del singular, relata todo en tercera persona como narradora omnisciente: que si Vero hizo esto, que si Vero hizo lo otro... Son actitudes propias de un trauma agudo. Francamente, ni siquiera una actriz de categoría

podría fingir así.

—Ella se implicó —murmuró Wyatt—. Primero te captan; luego pasas a ser un gancho.

—Lo que sabemos por los testimonios de otras víctimas encaja totalmente con el mecanismo de estas organizaciones. Una prueba más de que es probable que Nicky esté diciendo la verdad, porque a alguien con la única intención de hacerse pasar por una víctima no se le ocurriría adentrarse en ese tema.

—De modo que ahora tenemos una posible pista de una red de tráfico sexual/burdel de hace treinta años. Muy sofisticada, a juzgar por lo que Nicky recuerda. Muy exclusiva.

Kevin era más filosófico.

—Una pista aportada por una mujer con un historial un pelín saturado de golpes en la cabeza. Mira, no digo que dude de ella; solo digo que esto no es pan comido ni mucho menos.

—El síndrome de posconmoción cerebral es un arma de doble filo — señaló Wyatt—. Un buen abogado puede argumentar que el hecho de que ella haya sufrido traumatismos cerebrales múltiples demuestra que sus recuerdos son cuestionables. Pero, por otro lado, muy posiblemente esté aflorando cualquier tipo de recuerdo a consecuencia de haber sufrido traumatismos cerebrales múltiples.

—Los abogados detestan estos recuerdos recuperados —comentó Kevin en tono monótono—. Los jueces los detestan; los miembros del jurado los detestan. ¿Te acuerdas de los años ochenta, cuando todos aquellos chavales «recuperaron» mágicamente sus recuerdos de haber sido víctimas de sectas satánicas? Muchos inocentes fueron a la cárcel. Y al final algunas buenas personas se dieron cuenta de que un puñado de pseudoexpertos les había comido el tarro.

—Entonces estamos de acuerdo —dijo Wyatt—. Los «recuerdos» de Nicky no bastarán por sí solos.

—No. No vamos a tener más remedio que corroborar todos y cada uno de los detalles, empezando por la casa de muñecas. Treinta años después, costará lo suyo.

Wyatt asintió con la cabeza. Justo lo que él pensaba.

—¿Qué edad dijiste que tenía Nicky? ¿Treinta y seis, treinta y siete?

—Según la fecha de nacimiento de Veronica Sellers, por ahí anda. Así que

todavía estamos dentro de los plazos legales para delitos sexuales, si es a eso a lo que te refieres.

Si el delito se cometía cuando la víctima era menor de dieciocho años, los delitos sexuales no prescribían hasta veintidós años después de que cumpliera los dieciocho. En este caso, eso les daría margen hasta que Nicky/Vero cumpliera los cuarenta para presentar cargos. Y tampoco es que ese detalle de la legislación fuese el parámetro fundamental. Personalmente, Wyatt consideraba que era su obligación investigar cualquier alegación de delito, al margen del tiempo que hubiese transcurrido desde el presunto suceso. Aunque los ciudadanos de a pie normalmente solo se centraban en el delito principal —digamos el secuestro o el tráfico sexual—, lo cierto era que un delito llevaba a otro. Por ejemplo, cabían muchas posibilidades de que cualquier red de tráfico sexual importante también se viera implicada en el narcotráfico, en la falsificación de documentos, extorsión de testigos y/o traslado de víctimas entre fronteras estatales. Si, por ejemplo, las invitaciones a esas «fiestas» privadas se remitían por correo postal, les caía otra tanda de cargos.

Wyatt había trabajado en casos en los que al final no había podido demostrar el delito principal, pero sí trincar al autor por un montón de delitos menores, lo cual funcionaba igual de bien.

—Bien —dijo enérgicamente—. Hemos identificado a Veronica Sellers, que llevaba desaparecida treinta años. Tenemos alegaciones de secuestro y delitos sexuales. Eso basta para reunir un equipo de fuerzas especiales y al mismo tiempo ponernos en contacto con el Centro Nacional de Menores Desaparecidos y Explotados. En cuanto hagamos esas llamadas, esto se va a poner de bote en bote. Así que, ahora que estamos solos, ¿qué nos falta?

—La causa del accidente de coche inicial —dijo Kevin de un tirón sin titubear—. ¿Por qué se puso en contacto Nicky con Investigaciones Northledge, y a quién iba siguiendo el miércoles por la noche?

Wyatt lo observó detenidamente.

—¿No has deducido a quién siguió Nicky hasta su domicilio desde la tienda de licores? ¿En serio?

Esta vez fue Kevin quien adoptó una expresión de desconcierto.

—¿Tú sí?

—Pues claro.

—¿A quién?

—A Marlene Bilek, nuestra dependienta favorita de las tiendas de licores de New Hampshire. Que casualmente es la madre de Veronica Sellers.

—¿Qué?

—El archivo del caso, Cerebro. El nombre que figura de la madre es Marlene Sellers. Que supongo que en segundas nupcias adoptó el apellido Bilek. Nicky contrató a Northledge para que la localizasen. Esa es la información que le facilitaron por teléfono la noche del miércoles. Que Northledge por fin había localizado a su madre. En ese preciso instante, Nicky salió disparada a su encuentro. Antes de acobardarse, ¿recuerdas?

Kevin lo miró con el ceño fruncido.

—Vale, si tan lumbreira eres, ¿has averiguado por qué prendió fuego a su casa Thomas Frank? A ver, si lo que cuenta Nicky es verdad, ella es la víctima. Aun cuando esté empezando a recordar el pasado, no es motivo de peso para que el marido lance una cerilla y salga como alma que lleva el diablo.

—Eso es un problema —convino Wyatt.

—¿No dijo Nicky que su marido tenía una foto de Vero? —preguntó Kevin.

—Algo así.

—¿Cómo es posible? Si ella desapareció en Boston cuando tenía seis años y no lo conoció hasta muchos años después en Nueva Orleans, ¿cómo va a tener esa foto?

Wyatt se quedó pensativo, sopesando el asunto.

—Puede que no se conocieran por arte de magia en Nueva Orleans. Puede que la conociera antes. En... —titubeó— la casa de muñecas.

—Si tiene alguna vinculación con la red de tráfico sexual —dijo Kevin—, tendría motivos para huir. Está claro que los muros se están derrumbando en la mente de Nicky. O sea, que cuanto más recuerde...

—Más tiene que temer él —terminó Wyatt la frase—. La historia de cómo se conocieron siempre me ha oído a cuento chino. A lo mejor lo es. A lo mejor el verdadero trabajo de Thomas ha sido vigilar de cerca a Nicky. Siempre y cuando ella no se fuese de la lengua, o al menos no recordase, él no tendría nada de lo que informar, y les han dejado que vivan y dejen vivir. Pero hace seis meses, a raíz de aquella primera caída por las escaleras...

—Ella comenzó a buscar a Vero.

—Y a contratar a detectives privados.

—Y a escabullirse del control de Thomas.

Wyatt asintió.

—Que nadie diga que nuestro trabajo es aburrido. Vale, tenemos que dar parte al jefe, hacer unas llamadas y reunir al equipo del caso. —Se puso de pie, se sacudió los pantalones y acto seguido se quedó vacilante—. Kevin, una última pregunta.

—Sí.

—El archivo del caso de Veronica Sellers. Ella desapareció en mayo, ¿no?

—Sí.

Wyatt miró fijamente a su detective.

—Entonces, ¿por qué el mes más triste del año es noviembre?

Wyatt encargó a una de sus ayudantes, Gina, que vigilara a Nicky Frank en la sala de reuniones. Entretanto, él tenía trabajo que hacer. Y no solo se trataba de poner al corriente al sheriff o de ocuparse del papeleo o de meter caña a los locales por no haber dado con el paradero de Thomas Frank todavía.

Eran las cuatro de la madrugada. Estaba hecho polvo y algo más que confundido debido a un caso que insistía en ser desagradable, farragoso y enmarañado.

Pero también era un tío decente, y lo cierto era que no podía dejar a la pobre Nicky Frank sin un lugar al que ir. Por no mencionar que era un novio por encima de la media que en ese momento tenía asuntos pendientes de resolver con su chica.

De modo que hizo lo que hacían los tíos como él. Cogió el teléfono y marcó.

Tessa respondió al segundo tono de llamada. Años de llamadas telefónicas de madrugada surtían ese efecto en una persona.

—Hola. —No parecía ni siquiera cansada. Estaba orgulloso de ella, no podía evitarlo.

—¿Me estás hablando a mí? —le preguntó él.

—Eso parece. ¿Estás bien?

—Sí. He estado pensando en tus límites.

—¿A las cuatro de la madrugada?

—Ese es el mundo en el que vivimos. Te quiero, ¿sabes? Te respeto. Admiro tu trabajo. Valoro tu sentido de la ética.

—Vale.

—Dicho esto, a tomar por saco los límites.

—¿Cómo?

—O sea, tú puedes ponerlos si quieres. No te cortes. Tienes razón; nuestros respectivos trabajos conllevan intrínsecamente ciertos límites. Lo que pasa es que tú quieres que todo sea rígido. Muros firmes, esto encaja aquí, esto allí, pim, pam, pum. A mí no me cuadra. El mundo es demasiado complicado. Nuestros respectivos trabajos son demasiado complicados. *Nosotros* somos demasiado complicados. Personalmente, me gustan las líneas difusas. Los límites diseñados con un pelín de flexibilidad. De ahí mi llamada en este preciso momento, a pesar de que no había necesidad.

—Y tanto que no había necesidad de llamarme a las cuatro de la madrugada...

—Tu clienta te necesita.

—¿Qué?

—Como no quieres hablar, escucha. Nicole Frank recibió una llamada de Investigaciones Northledge el miércoles por la noche. *Ergo*, Nicole Frank es muy posiblemente clienta de Northledge. Sabiendo cómo funciona tu rimbombante empresa, doy por sentado que ella desembolsó un considerable anticipo...

—No puedo comentar...

—Líneas difusas, ¿recuerdas? Un incendio ha arrasado la casa de Nicole esta noche. Su marido ha desaparecido. Ella se encuentra completamente sola, sin ningún lugar adonde ir. De hecho está ahora durmiendo con la cabeza apoyada en la mesa de nuestra sala de reuniones. Doy por sentado que el depósito que entregó a tu empresa conserva la vigencia. Doy por sentado que, en ese caso, lo más conveniente para ella redundaría en lo más conveniente para ti. Doy por sentado... Maldita sea, Tessa, a la mujer le vendría bien que le echaran un cable. Yo tengo que ceñirme a ser el detective al frente de la investigación. Ella necesita una aliada.

Tessa no contestó enseguida, pero él prácticamente podía oír las ruedecillas girando en su mente.

—Lo más conveniente para ti sería tenerla a tu merced —murmuró por fin—. Cabrían más posibilidades de que te contase todo. Incluso de que te ayudase a encontrar a su marido.

—Sí.

—No me debes nada. Es tu trabajo. Es tu caso. Son tus límites. En un momento dado, puede que se le hubiera ocurrido llamar a Northledge, pero tú habrías tenido mucho más tiempo para arrinconarla, para aprovecharte de las circunstancias.

—Cierto.

—No tenías por qué hacer esto.

—Exacto.

Otra pausa. Tessa haciendo sus cálculos. Lo cual siempre sería una de las diferencias entre ellos; Wyatt lo tenía presente. Él creía a pies juntillas en guiarse por su instinto. Pero, para una mujer con el pasado de Tessa, nunca sería tan sencillo.

—¿Qué quieres, Wyatt?

—La verdad. Por eso me hice detective. Me gustan las respuestas. Y, créeme, esta mujer es un cúmulo de interrogantes.

—¿Y si me da alguna de esas respuestas pero no me permite compartirlas contigo?

—Las líneas difusas al fin y al cabo son líneas. Me consta.

—¿Sabes por qué se encuentra en paradero desconocido su marido?

—No. Pero sí sé el verdadero nombre de ella. —Pausa—. ¿Es Veronica Sellers? —Esta vez la sorpresa fue de Wyatt—. ¿No lo sabías?

—No. No nos contrató para eso. Pero, cuando escarbé un poco, sospeché. Era la única explicación. No obstante, no es mi cometido dar parte de sospechas. Me ciño exclusivamente a hacer lo que el cliente me encarga. ¿Crees que el marido está intentando matarla? La sucesión de caídas, el accidente del miércoles por la noche...

—No tengo ni idea. Pero creo que si la mitad de lo que Nicky nos acaba de contar sobre su secuestro hace treinta años es cierto, su vida está a punto de correr serio peligro.

—Bien. Salgo ahora mismo. Y, Wyatt...

—¿Sí?

—Gracias.

Me despierto sobresaltada. Me da un espasmo en las piernas. Levanto la cabeza de un respingo. ¿Habré gritado? En el último segundo, hago lo posible por ahogar el grito, las viejas costumbres nunca mueren.

Mesa de madera redonda. Suelo de linóleo gris. Falso techo antiestético. El departamento del sheriff. Me he quedado traspuesta con la cabeza encima de la mesa de la sala de reuniones, sin soltar la colcha de color amarillo claro.

Wyatt y Kevin ya no están sentados frente a mí. En vez de eso, Wyatt está de pie junto a la puerta y hay una mujer de pelo oscuro a su lado. Ella lleva unos vaqueros de corte clásico, botas de piel negra y una chaqueta tipo sastre azul marino que resalta el color de sus ojos. Hay algo en la actitud de la pareja que me llama la atención. Juntos, pero por separado. Tengo una sensación de *déjà vu*. Thomas y yo.

—¿Nicole Frank? —pregunta la mujer. Lo dice en tono bajo y firme, con voz autoritaria.

—Sí.

—¿Se acuerda de mí? Me llamo Tessa Leoni. Hablamos por teléfono. El miércoles por la noche.

Algo hace clic en los confines de mi cabeza. Miro a Wyatt.

—El sargento Foster se puso en contacto conmigo en su nombre —explicó la mujer, como si me estuviera leyendo el pensamiento—. Pensó que, dadas las circunstancias actuales, posiblemente agradeciera un poco de ayuda.

—Usted no es abogada.

—No. Soy especialista en seguridad privada.

No puedo evitarlo; sonrío.

—Mi vida es tan penosa que necesito una especialista.

La mujer me devuelve la sonrisa. No es guapa, pienso, pero sí atractiva. Facciones angulosas. Mandíbula pronunciada. Su sonrisa no es dulce, pero infunde confianza. Su actitud no es relajada, pero sí segura de sí misma. No parece una persona a la que le hayan concedido un título de investigadora privada. Parece una mujer que se lo ha ganado a pulso.

En ese momento ella se vuelve hacia Wyatt, y hay algo en la mirada de él...

Si pudiera, se pasaría la vida mirándola. Como Thomas me miraba antes.

—¿Vas a presentar cargos contra mi cliente? —le pregunta ella.

—Tenemos que hacerle unas preguntas...

—Seguro que eso puede esperar hasta que haya tenido ocasión de asearse y comer.

—Le hemos ofrecido pan y agua —dice Wyatt de manera inexpresiva.

—Por favor, he visto la máquina expendedora que tenéis aquí.

Tienen una relación. Me dan ganas de decirles que se acerquen más el uno al otro. Me dan ganas de decirles que no hablen tanto, que escuchen más. Que se aferren a este momento. Creo que voy a llorar. Son los cambios de humor, me digo para mis adentros, otro efecto secundario más de los múltiples traumatismos cerebrales.

No es que sea la primera vez en veintidós años que me despierto en un mundo sin Thomas.

Ambos me observan. La mujer no me pregunta; me dice lo que vamos a hacer a continuación.

—Me va a acompañar. Voy a llevarla a un hotel, a pedirle comida, a buscarle ropa. Es mi cliente, de modo que tenga presente que cualquier cosa que me diga se mantendrá en la más estricta confidencialidad. Este hombre, sin embargo, no puede decir lo mismo, así que le aconsejo que espere a terminar esta conversación hasta que estemos a solas.

Se vuelve hacia Wyatt.

—¿Qué grado de hermetismo ofrece tu departamento últimamente?

—Ya vale, no me toques las narices.

—Necesitamos tiempo. —La voz de Tessa se suaviza—. Ella necesita tiempo. —Hace un brusco movimiento con la cabeza en dirección a mí—. ¿Veinticuatro horas?

—No puedo garantizarte nada. Los casos de menores desaparecidos son competencia de los federales. Y los menores que aparecen por arte de magia

después de llevar desaparecidos treinta años...

—Hay ejecutivos de la televisión por cable que están empezando a sentir palpitaciones en sus pechos sin corazón mientras hablamos —concluye ella.

—Exacto.

Tessa no vuelve a hablar hasta que salimos del edificio. Me conduce derecha a un todoterreno Lexus oscuro con un bonito interior de piel color tostado. Pienso en mi Audi, y a estas alturas todo me resulta muy lejano, un vehículo para una mujer diferente con una vida diferente totalmente ajena a mí.

Al meternos en el coche, bloquea las puertas.

—¿Cómo está? —pregunta sin preámbulos—. Tengo entendido que ha sufrido múltiples conmociones cerebrales. ¿Necesita atención médica? ¿Hace falta que paremos a comprar ibuprofeno, analgésicos, tiritas, donuts de chocolate, lo que sea, para que se encuentre mejor?

—Las bolsas de hielo no me vienen mal.

—Las podemos conseguir. ¿Desde cuándo no ha dormido?

—¿Qué hora es?

—Las nueve de la mañana.

—He dormido las últimas horas en la comisaría.

Tessa asiente y sale del aparcamiento.

—¿Se acuerda de mí? —pregunta al meterse en la carretera principal.

—Hablamos por teléfono el miércoles. Pero no es la investigadora que se encargó de mi caso desde un principio...

—No. Al empezar usted se reunió con Diane Fieldcrest. Pero ella estaba desbordada con otro encargo. Casualmente yo llevaba una semana con poco ajetreo, así que me ofrecí a echarle un cable. A decir verdad, normalmente no me ocupo de encargos rutinarios de ese tipo. Pero cuando me di cuenta de a quién buscaba...

No digo nada.

Tessa me mira fugazmente. Sujeta con firmeza el volante.

—No me debe nada —añade con toda naturalidad—. Contrató a Northledge para localizar a una mujer. Yo hice las indagaciones correspondientes, averigüé la información solicitada y la puse al corriente. A partir de ahí, lo que suceda es asunto suyo, no nuestro.

No digo nada.

—No me debe nada —repite—. No obstante, lo que sí tiene que

comprender exactamente es a lo que está a punto de enfrentarse.

—¿A qué se refiere?

—Primero, a que es una persona desaparecida que, básicamente, al cabo de treinta años, ha vuelto de entre los muertos.

Me estremezco.

—A los medios les encantan estas cosas. Vamos, que me quedaría alucinada si consiguiésemos mantener a raya a los periodistas hasta el mediodía.

Me quedo mirándola. No me lo había planteado.

—Van a hacerle preguntas —continúa Tessa—. Empezando por: ¿por qué no se ha presentado ante la policía hasta ahora? Si la secuestraron con seis años, pero de algún modo consiguió escapar..., ¿por qué ha tardado tanto tiempo en buscar a su familia? ¿Qué ha hecho durante todos estos años?

No puedo hablar. El corazón me late desbocado. Noto una creciente y tremenda opresión en el pecho. Como en una tumba, pienso, presa del pánico. No tienen la menor idea.

—Nicky, está en un lío.

Abro la boca. Cierro la boca. Finalmente, asiento.

—Yo lo sé, usted lo sabe, Wyatt lo sabe. Francamente, por eso me llamó. Bien, voy a comenzar por lo básico. Voy a registrarla en un hotel con un nombre falso. Voy a buscarle ropa, incluyendo lo típico, unas enormes gafas de sol y un voluminoso sombrero. También voy a buscarle un abogado, y eso va a ser cuanto antes. Pero aun así, Nicky, está en un lío.

»Tiene que dar explicaciones por treinta años de ausencia. Está casada con un hombre que igual es un pirómano. Ha tenido un accidente de coche que puede ser resultado de un delito grave de conducción bajo los efectos del alcohol.

Se vuelve hacia mí.

—Tiene familia, Nicky. Lleva viviendo seis meses a sesenta y cinco kilómetros de su madre, y ni siquiera se le ha ocurrido dar señales de vida.

»Nicky, en nombre de todos los periodistas y ciudadanos aburridos como ostras que están a punto de dirigir la atención hacia su vida: ¿qué demonios tiene que decir a su favor?

No tengo respuestas.

Me aferro a la colcha. Y de nuevo me da por pensar que lo difícil no es el vuelo; es la caída.

Tessa encuentra un hotel. No es de una cadena importante, sino un negocio pequeño próximo a una estación de esquí donde el número de habitaciones de hotel supera la cifra de población en una proporción de diez a uno. Caigo en la cuenta de que así a los periodistas les costará más localizarnos.

Me deja en el coche para hacer la reserva. Cuando regresa, conduce hasta la parte de atrás, donde resulta que hay acceso a la primera planta. No hay edificios delante, con lo cual es imposible que alguien, pongamos por caso un fotógrafo con un teleobjetivo, dé con nosotras. Caigo en la cuenta de que estoy empezando a pensar como ella, o a lo mejor ya sabía estas cosas de antes. La parte trasera del hotel es más segura que la fachada principal. La planta baja es de muy fácil acceso; la primera es más sencilla de controlar.

La habitación es básica, pero bonita. Dos amplias camas individuales, moqueta beis relativamente nueva, televisor de pantalla plana. No falta el típico cuadro del alce americano en una pared, una foto de una montaña nevada en la otra. Podría tratarse de cualquier hotel de North Country, pienso, con lo cual es perfecto.

Tessa va pertrechada con una pequeña bolsa de viaje. Yo, obviamente, llevo mi colcha.

Como ella pone la bolsa sobre la cama más próxima a la puerta, yo dejo la colcha sobre la otra.

—¿Es que se queda? —pregunto. A lo que realmente me refiero es a: ¿vamos a compartir habitación? Con solo pensarlo me siento incómoda. Como si cambiara a un par de guardianes —Wyatt y Kevin— por otro.

Tessa no responde; se limita a sentarse a los pies de la cama. Ya ha corrido las cortinas. En ese momento enciende la televisión, busca un canal de noticias por cable y baja el volumen.

—Bien, tenemos que tratar unos detalles básicos.

Como no sé qué otra cosa hacer, me siento.

—¿Tiene hambre?

—Creo que sí.

—Le traeré comida. Anote lo que le apetezca; me ocuparé de ello. Pero nada de servicio de habitaciones. Aún no. Eso llama la atención.

—¿Cuánto tiempo nos vamos a quedar aquí?

—No tengo ni idea. Me toca a mí: ¿dónde está su marido?

Decido seguirle el juego.

—No tengo ni idea.

Ella sonríe.

—Permítame que le aclare unas cosas. Imagino que Diane ya mantuvo esta conversaci3n inicial con usted, pero, teniendo en cuenta el síndrome de posconmoci3n cerebral y el hecho de que prácticamente no recuerda haber contratado los servicios de Northledge...

—Estoy casi segura de haberlo hecho —interrumpo.

— Puede describirme nuestra oficina de Boston?

Lo intento y me quedo en blanco.

Ella asiente.

—Exacto. Cuando encarg3 a Northledge que diera con el paradero de Marlene Bilek, entreg3 una considerable cantidad de dinero, un anticipo para cubrir los gastos de la búsqueda. En su caso, entreg3 un cheque de caja.

Se detiene un segundo. Yo completo su razonamiento.

—No podía usar un cheque personal. No quería que Thomas se enterara.

—Entiendo. La empresa no tiene el menor inconveniente en cobrar en metálico. Pero la verdad es que tardó unos quince minutos en localizar a Marlene Bilek. O sea, que no gastamos el anticipo ni de lejos. Es, en virtud del dinero que deposit3 en nuestra cuenta, una clienta con saldo positivo.

—Vale.

—Con lo cual me voy a encargar de la investigaci3n de su caso. Un par de cosas que debería saber: la primera regla de nuestra compa a es que su privacidad es nuestro mayor activo. Necesito que sea sincera conmigo. Si es sincera conmigo me facilitará las cosas para ayudarla.

La observo detenidamente. Creo que le estoy cogiendo el tranquilo a este juego.

— Pero?

—Pero, aunque un investigador privado pueda garantizar la confidencialidad a su cliente, nuestra relaci3n no alcanza la consideraci3n de secreto profesional. Por ejemplo, cualquier cosa que le diga a un médico o a un abogado queda amparado automáticamente ante un tribunal. Yo * nicamente* soy su investigadora, no médica ni abogada.

—O sea, que pueden obligarla a revelar lo que le cuente.

—Me pueden citar para comparecer, s , igual que a los periodistas. En cuyo caso puedo proteger a mi fuente, por así decir, y que me acusen de

desacato al tribunal, o bien revelar la información.

—El desacato al tribunal equivale a pena de cárcel. ¿Por qué iba a querer ir a la cárcel por mí?

Tessa ladea la cabeza ligeramente.

—No lo sé, Nicky. ¿Por qué iba a querer ir a la cárcel por usted?

—Me pide sinceridad —contesto por fin—. Pero también me pide que sea prudente. Por el bien de las dos.

—Si le sirve para sentirse mejor, le diré que voy a procurar que las cosas nos resulten más fáciles a las dos.

—¿Cómo?

—Wyatt... El sargento Foster...

—Wyatt. Lo conoce bien. Tienen una relación.

—Hemos trabajado juntos.

—Esto no es un tribunal —le digo—. No está prestando declaración.

Tessa sonrío, pero aun así sigue sin morder el anzuelo.

—Wyatt dice que usted le ha contado que la secuestraron y que la tuvieron retenida como esclava sexual. En una casa lujosa, tal vez victoriana, probablemente en las afueras de Boston. Que hacía referencia a ella como la casa de muñecas.

—Sí.

—Que había otras niñas allí. Al menos una compañera de habitación, pero que lo más probable es que hubiera muchas más.

—Era una casa grande.

—Y los clientes que la frecuentaban, hablamos de hombres de éxito, pudientes. Se trataba de un negocio de élite.

Me encojo de hombros.

—Hay pervertidos en todas las clases sociales.

—Créame, lo sé. Se trataba de un negocio sofisticado, ¿verdad? No fue la primera ni la última niña que raptaron.

Soy incapaz de sostenerle la mirada.

—No.

Asiente.

—La policía va a buscar la casa de muñecas. Este tipo de red de tráfico sexual, con los recursos que se necesitarían, con la de implicados que habría... Apuesto a que ya tienen alguna idea de por dónde empezar. Dada su situación, sin embargo, yo tengo una idea diferente.

—¿A qué se refiere?

—Nicky, ¿se le ha pasado alguna vez por la cabeza que a lo mejor no es la única niña que consiguió escapar?

No puedo evitarlo. Me quedo mirándola perpleja. No, jamás se me ha pasado por la cabeza nada semejante.

—Quizá —continúa Tessa— haya más por ahí. Y eso sería algo positivo, Nicky. Los números pesan. Dan solidez a su historia. Le aligeran la presión. Significaría, por definición, que no está sola.

No puedo hablar; no puedo respirar. Otra niña. ¿Sería eso algo positivo? ¿Compañeras de fatigas? ¿O...? Soy incapaz de seguir sentada. Me levanto y me pongo a caminar de un lado a otro.

—Hace treinta años —comenta Tessa—, el ámbito de la investigación era muy distinto. El ViCAP, una base de datos para cotejar casos de delitos a nivel nacional, estaba en fase inicial. El Centro Nacional de Menores Desaparecidos y Explotados prácticamente acababa de fundarse. En líneas generales, las autoridades competentes de las distintas jurisdicciones lo tenían muy difícil para comparar los datos. O sea, que en un sitio podían secuestrar a una niña de seis años en un parque, mientras otra niña de doce años que se había fugado de casa desaparecía de un centro de acogida en otro sitio, y una delincuente de ocho años no volvía a su casa después de ir al centro comercial, y nadie necesariamente ataba cabos. Ahora disponemos de más medios, y me gustaría aprovechar eso para sacar ventaja.

—¿En qué sentido?

—Tengo una amiga, una detective de Boston que actualmente dispone de tiempo. Voy a pedirle que revise los casos de menores desaparecidas en los últimos treinta años, de toda Nueva Inglaterra, a ver si puede atar cabos. Si conseguimos determinar a cuántas niñas se llevaron, y cómo, y dónde, eso nos permitiría corroborar su historia. También podría servir para identificar a los implicados.

Me aparto de ella. Echo un vistazo al televisor de pantalla plana. Me froto los brazos, aunque no estoy segura de por qué. No tengo frío, pero tengo todo el cuerpo con la piel de gallina.

Echo de menos a Thomas. Me pregunto dónde estará ahora mismo. ¿Adónde se dirigirá y qué estará haciendo? Para bien o para mal, ojalá estuviera aquí.

—¿Por qué va a recurrir a otra persona? —farfullo—. ¿Acaso no puede

hacer indagaciones usted misma?

Tessa no responde enseguida. Cuando lo hace, su pregunta me pilla desprevenida.

—¿Sabe lo que es una muralla china?

Niego con la cabeza; ya me encuentro confundida. Necesito dar otra cabezada. Me duele la cabeza.

—Una muralla china es una barrera informativa que se crea en el seno de una empresa para velar por la integridad ética. Por ejemplo, si investigando en el caso de un cliente en un bufete de abogados pudiera obtenerse información que resultara perjudicial para otro cliente, la empresa podría levantar una muralla china. Básicamente, la empresa establecería dos líneas de investigación distintas que operasen de forma independiente y que no compartiesen información entre sí, lo cual le permite atender a ambos clientes sin comprometer la ética profesional.

Frunzo el ceño, todavía confundida.

—Pero yo soy su única clienta. ¿De qué le va a servir contratar a alguien si no va a contarle lo que averigüe?

—A lo mejor no me lo cuenta a mí, pero sí a usted. —Tessa titubea. A continuación añade en tono prudente—: Northledge es una empresa de investigación de primera categoría. Con una impresionante cartera de clientes ricos y respetables. Bien, según cuenta, los clientes de la casa de muñecas...

—Eran clientes ricos y respetables. —Prácticamente escupo las palabras.

—Exacto. Yo podría encargarme de la investigación, pero lo que encontrase que tuviese que presentar a mis propios jefes... Es más limpio así, para las dos. Y créame, si esta detective que quiero contratar, D.D. Warren, averiguase que el mismísimo gobernador está explotando a menores de corta edad, lo trincaría y le pondría las esposas. Si hay alguien que pueda descubrir algo, cualquier clase de pista de hace treinta años, es ella.

Asiento, pero no me quedo tranquila. Esa muralla china protege a Tessa y a la cartera de clientes ricos y privilegiados de su empresa. Lo que a mí me hace falta es una muralla china para mí sola. Algún tipo de defensa para proteger lo que soy ahora de lo que hice en otra época. Salvo que tal vez no haya protección para eso. Esa es la razón por la que paso la mayoría de los días olvidando quién soy y al mismo tiempo sigo buscando a Vero.

—Una última cosa —dice Tessa en voz baja.

—¿Qué?

—Su madre. Nicky, puede que Thomas se haya ido, pero todavía le queda su madre. ¿No le parece que es hora de llamarla por fin?

—No lo entiende —susurro—. Vero tiene seis años. No está. Ha desaparecido.

Pero entonces recuerdo otra cosa. Una imagen desde el exterior de una casa en una noche de lluvia. Una niña sentada en un sofá.

Abro la boca. No me salen las palabras.

Tessa está esperando a que diga algo. Tiene paciencia. Wyatt tiene paciencia. El mundo entero está esperando.

Tengo ganas de tumbarme a oscuras, con la bolsa de hielo sobre la cabeza. Tengo ganas de taparme con la colcha. Tengo ganas de cerrar los ojos y quedarme a solas con Vero.

Para beber whisky a sorbitos en tazas de té. Para ver los gusanos pululando por su reluciente cráneo blanco.

Pediré perdón una vez más por todo lo que he hecho.

A lo mejor esta vez me perdona. Porque nadie salía vivo de la casa de muñecas jamás.

—¿Nicole? —dice Tessa en voz baja.

Los recuerdos oscilan de nuevo. Frías y tenebrosas sombras cerniéndose amenazantes. Nada reconfortante, nada esclarecedor.

Por primera vez soy consciente de que todavía no ha salido a la luz toda la verdad. Y tal vez ni siquiera la clase de verdad que me libere. Thomas intentó advertírmelo, pero no le hice caso. Y aquí estoy. Temblando de miedo. Casi atragantándome con la bilis de mi propio miedo. Algo, algo se perfila en las tinieblas.

Al cabo de tantos años, sigue a la espera...

—¿Nicky?

La voz de Tessa suena lejana. Aprovecho para anclarme a ella, para regresar al presente.

Posiblemente haya percibido algo en mis ojos, porque me coge de la mano y me ayuda a sentarme en el borde de una de las camas.

—Nicky, visualice la casa de muñecas. Una habitación, un mueble, algún detalle de esa casa. Luego respire hondo y describa lo que huele. Nada que resulte demasiado inquietante o abrumador. Simplemente lo primero que le venga a la cabeza.

Qué gracia, no tengo que devanarme los sesos. Como ella dice, un aroma

me viene automáticamente a la cabeza.

—Césped recién cortado.

Tessa no cuestiona ni rebate mi elección. Se levanta sin más.

—Tengo que hacer unos recados para nosotras. Le aconsejo que aproveche el tiempo para refrescarse, porque en cuanto vuelva nos vamos a poner a trabajar.

La interminable noche había comenzado a pasarle factura a Wyatt. Estaba sentado en el despacho de su jefe, haciendo un sumo esfuerzo por mantener la cabeza erguida, mientras hacía lo posible por llevárselo a su terreno en un caso que planteaba un sinfín de preguntas y muy pocas respuestas.

—¿Está seguro de que esa mujer es Veronica Sellers? —le preguntó el sheriff Rober—. ¿Una niña que desapareció hace treinta años?

—Según sus huellas dactilares, sí.

—¿Y dice que la secuestró una madame de alto *standing*, que la retuvo en su casa/burdel hasta que finalmente escapó? ¿Y que en un momento dado fue a parar a Nueva Orleans, donde se casó con el tal Thomas y...? ¿Qué, comenzó de nuevo? ¿Y vivieron felices y comieron perdices durante veintidós años hasta hace seis meses, cuando Thomas decidió matarla, con el resultado de tres accidentes y ahora una casa incendiada?

Wyatt asintió, aunque el hecho de escuchar el caso que tenía entre manos como una retahíla interminable de delitos...

—¿Cómo es posible que una chica tenga tan mala suerte? —preguntó el sheriff a quemarropa.

—No tengo la menor idea, señor.

—A mí me parece que en realidad tiene dos casos. Tiene lo que ocurrió hace treinta años. El secuestro, seguido por los delitos sexuales. Luego tiene el actual. El accidente de tráfico, seguido por el incendio provocado. Y supongo que seguido por la desaparición del marido.

—Ya hemos emitido una orden de búsqueda y captura de Thomas Frank, además de un rastreo de su teléfono móvil. Sea como sea, lo encontraremos.

—Pero todavía no lo tienen. Lo que tienen es un puñado de delirios de una

mujer enferma.

—Nos consta que el accidente de coche fue más que un mero accidente —replicó Wyatt—. El sistema de estabilidad había sido desactivado, pusieron el vehículo en punto muerto y lo más probable es que lo empujaron cuesta abajo. Eso significa que por fuerza había otra persona en el momento del accidente.

—¿El marido otra vez?

—Que se mostró muy reticente a entregar su chubasquero y que se tomó la molestia de recuperar la ropa que llevaba puesta su mujer esa noche, creo que para ocultar cualquier prueba de sus actos. Si a eso le sumamos que le prendió fuego a su propia casa y que salió como alma que lleva el diablo en el instante en que fuimos a por él, pues sí, me parece bastante culpable.

—¿Por qué? —preguntó el sheriff Rober—. ¿Veintidós años después, qué cambió? Dejemos a un lado las historias disparatadas de burdeles y niñas desaparecidas. Centrémonos en lo fundamental. ¿Por qué mata un marido a su mujer?

—Por el dinero del seguro, por venganza, por querer separarse sin repartir los bienes... —Wyatt se encogió de hombros—. Hemos analizado lo fundamental, créame. De momento no hay indicios de un seguro de vida cuantioso, y tampoco hay indicios de que alguno de los Frank estuviera inmerso en actividades extramatrimoniales. Francamente, señor, mi hipótesis es que sea lo que sea lo que esté ocurriendo ahora guarda relación con lo que ocurrió hace treinta años.

—¿Piensa que Thomas Frank formó parte de la presunta casa de muñecas?

—Tal vez. Como es natural, hace treinta años solo era un chaval. Lo cual complica las cosas.

—¿Otra víctima? El tráfico sexual no atañe únicamente a niñas.

—No lo sé. Kevin está indagando en profundidad en el pasado de los Frank. Según Thomas, Nicky y él se conocieron y se casaron hace veintidós años en Nueva Orleans. Tras investigar más a fondo, sin embargo, no figura ninguna actividad a nombre de Thomas Frank hasta hace veinte años. Como si no hubiera tenido ninguna tarjeta de crédito ni carné de conducir hasta 1995. Lo mismo que Nicole Frank.

—¿Identidades falsas?

—Lo más probable. Un buen trabajo, lo suficientemente concienzudo como para superar una inspección superficial, pero cuando te pones a mirar

los detalles... Thomas Frank tiene certificado de nacimiento, cómo no. Pero no hay constancia de su existencia hasta hace dos décadas.

—¿Le ha preguntado a la mujer por eso?

—En vista del estado de su memoria, no estoy seguro de si la conversación sería provechosa o fiable.

—O sea, razón de más para encontrar a Thomas y acribillarle a preguntas.

—Estamos de acuerdo.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —preguntó el sheriff—. Tiene un sospechoso en paradero desconocido y una víctima con la mente trastocada. ¿Y ahora qué?

—Tengo que ponerme en contacto con el Centro Nacional de Menores Desaparecidos, claro está. Ponerles al corriente sobre Veronica Sellers. He pensado que podría intentar que me mandaran los documentos originales del informe de personas desaparecidas. Quizá al revisar las declaraciones de los testigos originales pueda encontrar algo que arroje luz sobre lo que está pasando.

—Es posible —dijo el sheriff, pero, a juzgar por su manera de asentir con la cabeza, Wyatt supo que discrepaba—. Tiene que llamarles, cierto. Y quizá accedan a darle permiso para consultar algún archivo de un antiguo caso. Pero tenga presente esto: en el instante en que los llame, van a convocar a una unidad especial en una sala de reuniones. A continuación esa unidad especial va a situar el norte de New Hampshire en un mapa. Esta noche estarán en un avión. A primera hora de la mañana estarán entrando por la puerta principal, en cuyo momento quizá le entreguen una caja con documentación. Pero sin lugar a dudas le van a arrebatar a su mejor testigo, Nicky Frank, y todo el caso. En un abrir y cerrar de ojos.

Wyatt suspiró y acto seguido hizo un gesto de asentimiento. El sheriff, por supuesto, tenía razón. El hallazgo de una niña que había desaparecido hacía treinta años era un notición. El tipo de notición que les gusta a los federales para dar una rueda de prensa con sus mejores trajes de federales y colgarse todas las medallas. Un simple departamento del sheriff de un condado no tenía ninguna posibilidad.

—¿Tiene la ubicación de ese burdel? —preguntó el sheriff a continuación—. ¿Tiene una descripción, algo concreto que lo sitúe en nuestro condado, que nos dé una mínima posibilidad?

—No tengo nada —confesó Wyatt—. Nicky lo describió como una

mansión victoriana, en los alrededores de Boston. Regentado por una madame que parecía una muñeca de porcelana, donde también residía una malvada compañera de habitación llamada Chelsea. Eso es lo que sabemos.

—Por favor, no le cuente eso a los federales.

—Ya.

—¿Entonces qué tiene? —insistió el sheriff.

Wyatt estaba cansado. Llevaba en vela toda la noche, y se le estaba pasando el efecto del café. Miró fijamente a su superior con gesto inexpresivo.

—Tiene a Nicky Frank —respondió su jefe por él—. O a Veronica Sellers, o a comoquiera que demonios se llame. Eso es lo que tiene; ellos no.

—¿Se refiere a la testigo menos fiable del mundo?

—Sea lo que sea lo que se esté cociendo aquí, ella tiene la clave. Busque a un médico. Busque a un hipnotizador, a un psiquiatra, lo que haga falta. Pero empiece a apretarle las clavijas y no pare hasta que consiga sonsacarle la verdad, incluido lo que se trae entre manos el marido. Tiene menos de veinticuatro horas para encontrar respuestas, sargento. Es hora de mover ficha.

Wyatt reflexionó sobre el asunto mientras cruzaba el pasillo de la segunda planta en dirección a su modesto despacho. No le hacía gracia la idea de un hipnotizador. Estaba de acuerdo con Nicky; ella ya tenía bastante embrollo en la cabeza. Pero ¿y un psiquiatra, quizá un experto en trastornos por estrés postraumático? ¿Podría alguien así conseguir que Nicky diese un paseo por los vericuetos de la memoria para finalmente dar con algunas respuestas? Pero, claro, ¿cómo iba a localizar a dicho psiquiatra y a conseguir que él o ella se presentara cuanto antes en su despacho? Se agotaba el tiempo, así que definitivamente no era momento de descansar.

Cuando estaba a punto de llegar a la puerta de su despacho, sopesando si llegados a ese punto más café sería beneficioso o contraproducente, Kevin apareció de repente por la escalera del fondo.

—Lo tenemos.

—¿A quién?

—A Thomas Frank. Un agente que estaba patrullando localizó su vehículo aparcado detrás de un motel, en la carretera 302, a cuarenta minutos al norte.

Wyatt se olvidó por completo de la cafeína. Cogió rápidamente las llaves de su coche, que estaban en una esquina de su mesa; acto seguido Kevin y él enfilaron escalera abajo en dirección al aparcamiento.

—¿El agente lo abordó? —preguntó Wyatt al llegar abajo.

—Qué va, dio el aviso. Como estabas liado con el gran jefe, le di instrucciones para que se pusiera a cubierto y no le quitara ojo, pero que se mantuviera fuera de la vista. Va a averiguar cuál es el número exacto de la habitación para ponernos al tanto.

—Perfecto. De acuerdo. Moviliza a las tropas. Vamos a colocar coches patrulla al norte y al sur por si se da a la fuga. Mientras tanto, nos toca actuar. Nosotros haremos el primer contacto.

Subieron rápidamente al todoterreno del condado, Wyatt al volante, Kevin con la radio. Cuarenta minutos al norte. Wyatt calculó que podría llegar en treinta. Y así fue.

Kevin acababa de ver el largo motel de carretera pintado de blanco a la izquierda cuando el Suburban plateado de Thomas Frank salió del aparcamiento justo delante de sus narices.

—¡Ahí, es él! —exclamó Wyatt. El conductor no parecía asustado, pues iba conduciendo a una velocidad moderada. Sin embargo, cuando Wyatt puso la sirena la cosa cambió.

El Suburban salió a toda mecha, el motor V8 dio un acelerón. Por lo visto, Thomas Frank todavía no estaba dispuesto a dejarse cazar.

—¿Qué demonios has hecho, tío? —masculló Wyatt entre dientes—. Porque estás a punto de pasarlas canutas.

Wyatt pisó a fondo el acelerador, enseguida acortó la distancia que los separaba. A su lado, Kevin ya estaba alertando a los dos coches patrulla apostados a ocho kilómetros al norte de que la persecución había comenzado. Pasaron como bólidos junto a una estación de servicio, una cafetería y un *camping*; a continuación la civilización fue desapareciendo y siguieron adelante a todo gas.

A cien, ciento diez, ciento treinta kilómetros por hora por la sinuosa carretera. El Suburban giró en una curva a demasiada velocidad y se quedó a dos ruedas. Por un segundo, permaneció suspendido en el aire en un precario equilibrio, cayó con estruendo a la calzada, y siguió su camino dando

bandazos. Otra curva cerrada a la izquierda, seguida por una curva abierta a la derecha. Mientras, el Suburban pasaba de ciento treinta a cien y de nuevo a ciento treinta.

Wyatt se sentía sereno y concentrado, como siempre cuando iba a la caza. Las manos asiendo el volante con firmeza, la respiración controlada. Estaba en su salsa. En la situación para la que un buen policía se entrenaba y, francamente, la que le daba la vida.

El Suburban, por el contrario, estaba comenzando a dar tumbos sin dirección. Ya fuera por el pánico, el agotamiento o el trastorno, daba la impresión de que Thomas Frank estaba perdiendo el control.

El Suburban viró bruscamente hacia el carril izquierdo. El coche que venía de frente tocó el claxon, seguidamente reparó en el vehículo de policía que perseguía al primero y se apartó en la cuneta. Más vale tarde que nunca, como dice el refrán.

Entonces el Suburban dio un volantazo hacia la derecha, patinó prácticamente de lado a través de la calzada, emitió un crujido al pisar el suave arcén con dos ruedas y derrapó violentamente.

Wyatt redujo la velocidad, con el ceño fruncido ante las maniobras descontroladas del Suburban. De repente, su sensación de control se esfumó. De hecho...

Apareció de frente un tráiler. Un camión de transporte de madera, asomando el morro en la curva, un poco ancho y con un largo y pesado cargamento echándosele encima al Suburban.

—¡No lo hagas, insensato! —gritó Wyatt a Thomas Frank.

Que en ese preciso instante viró el Suburban para ponerse de nuevo en el carril contrario, como si retar a un tráiler para ver quién se amilanaba antes fuera una buena idea. De hecho, mejor que darse por vencido ante los polis locales.

A Wyatt solo se le ocurrió una última opción. No era una buena idea. No era su mejor idea. Pero en la vorágine del momento...

Pisó el acelerador hasta el fondo, poniendo al límite los 202 caballos de potencia de su vehículo, para situarse a la altura de la luna tintada de la ventanilla del pasajero del voluminoso Suburban. Imposible ver a Thomas. Wyatt no tenía modo de saber si estaba con los ojos fuera de las órbitas por la desesperación o dispuesto a aguantar hasta las últimas consecuencias. Ni tiempo para averiguarlo.

El conductor del camión con el cargamento de madera pisó a fondo el freno y tocó el sonoro claxon mientras Wyatt se pegaba al Suburban. Metal chocando y rechinando. Un instante congelado en el tiempo, en el que ninguno de los dos vehículos cedió el paso, pues permanecieron pegados el uno al otro, un blanco doble para el semirremolque que se aproximaba. Wyatt levantó el pie del acelerador y dio un último volantazo contra el Suburban. Entonces...

El Suburban recibió un empellón hacia la izquierda. Se salió de la calzada hacia la hilera de árboles del arcén justo cuando el tráiler pasó chirriando por el espacio que estaba ocupando. Wyatt forcejeó con su propio vehículo, recuperando el control, hasta colocarse en su carril, empujado por la ráfaga del camión de madera, mientras Kevin bramaba unas palabras que el Cerebro rara vez pronunciaba.

Wyatt pisó a fondo el freno. El vehículo se detuvo. El tráiler se detuvo.

El mundo se detuvo.

—Mierda —masculló.

Kevin pidió refuerzos por radio.

El Suburban plateado había chocado contra un árbol. El capó, un amasijo de hierro, emanaba vapor, chorreaba fluidos, como si, en sus últimos instantes, el vehículo hubiera perdido el control de sus tripas.

Wyatt rodeó el vehículo hasta la puerta del conductor, mientras Kevin le cubría las espaldas. Ya alcanzaban a oír a lo lejos el sonido de sirenas que se aproximaban.

La ventanilla del conductor no se había roto, lo cual puso a Wyatt en desventaja. No veía con nitidez el interior, pero parecía que el conductor estaba desplomado encima del volante. Le hizo una seña a Kevin y a continuación contó hasta tres con los dedos. A la de tres, Wyatt dio un rauda paso al frente, abrió la puerta de un tirón y se agazapó detrás para cubrirse.

Al mismo tiempo que el conductor caía de bruces al suelo.

—¡Thomas Frank, queda detenido! —gritó a voz en cuello Wyatt.

Solo que, al dar un paso al frente, no fue a Thomas Frank a quien encontró en el suelo.

Tardaron otros treinta minutos en encontrarle explicación. Pese a las buenas intenciones del primer agente, Thomas Frank debió de percatarse de su presencia. En vez de huir, había llamado a la puerta de la habitación contigua. Se había presentado a Brad Kittle, que al parecer se había pasado casi toda la mañana poniéndose ciego con drogas. Cuando un tío raro le ofreció las llaves de su coche, el bueno de Brad pensó que era lo mejor que le había pasado en la vida. Había cogido las llaves. Cuando el tío le sugirió que se fuera a dar una vuelta para probarlo, le pareció aún mejor.

Salvo que, claro, luego oyó las sirenas. A partir de ahí a Brad se le nubló un pelín la vista. Más que nada, iba colocado, sabía que iba colocado, y, ah, sí, iba conduciendo un coche ajeno a pesar de que le habían retirado el permiso de conducir. Incluso con la empanada mental que tenía, era consciente de que podía tener problemas.

De modo que se había dado a la fuga. Una pasada, como en Hollywood, había declarado, mientras sangraba por la infinidad de cortes que se había hecho en la cara, aunque, gracias al colocón de esa mañana, todavía no sentía dolor alguno.

—¡No tenía ni idea de que un puto Suburban pudiera ir tan rápido! — exclamó—. O sea, es como sobrealimentar a un rinoceronte, tío. Una bestia, dando volantazos, curva va, curva viene. ¡Tío, pensaba que la iba a palmar! ¡Qué alucine!

Wyatt y Kevin dejaron por imposible a aquel colgado y regresaron al motel. El agente que había dado el aviso los recibió en el aparcamiento, muy excitado al enterarse de cómo se habían desarrollado los acontecimientos. Wyatt y Kevin no hablaron. Consiguieron el número de la habitación de Thomas. Echaron la puerta abajo y encontraron justo lo que esperaban encontrar: una habitación vacía, ni rastro de Thomas Frank.

—Puerta por puerta —ordenó Wyatt al agente uniformado—. Que todo el mundo salga de su habitación. Thomas no puede haberse evaporado. Tiene que haber robado un coche, haber conseguido que alguien le llevara, cualquier cosa. Pregunta a todo el mundo hasta que sepas exactamente cómo salió del hotel. Después infórmame inmediatamente. Tenemos que actualizar la orden de búsqueda y captura.

El agente, muy sumiso, hizo lo que le ordenaron.

Kevin avisó a los técnicos de la policía científica para registrar la habitación; después volvieron a lo que tenían: un Suburban destrozado, su

único vínculo con Thomas Frank. Ambos iniciaron el registro.

Wyatt se encargó de los asientos delanteros; Kevin, del asiento de atrás. Los gustos de Thomas, al igual que los de su mujer, tendían a lo prolijo y pulcro. Nada de envoltorios de tentempiés, recibos hechos un ovillo o mapas desechados.

La guantera contenía el consabido manual de instrucciones del vehículo, la póliza del seguro y la documentación del vehículo en regla a nombre de Thomas Frank. Wyatt recogió una gorra negra del suelo, aún ligeramente húmeda al tacto. ¿De la tormenta del miércoles por la noche, que tal vez llevaba puesta cuando siguió, persiguió, de alguna manera localizó, a su mujer?

También descubrió un dispositivo de cobro electrónico de peajes; por desgracia, los únicos peajes de New Hampshire se hallaban al sur, así que no les servía para rastrear los movimientos en la zona.

—¿Es cosa mía —dijo Wyatt entre dientes a Kevin, que ya estaba registrando la zona del maletero— o da la impresión de que los Frank están entrenados para no dejar rastro a su paso?

—He encontrado algo.

—Menos mal.

Wyatt dejó de perder el tiempo en la parte delantera y fue hacia la parte trasera del todoterreno familiar, donde se encontraba Kevin en ese momento.

—En el hueco de la rueda de repuesto. El primer objeto de interés. —Kevin lo sostuvo en alto con las manos enguantadas—. Una pala plegable —hizo una seña hacia las etiquetas— recién comprada.

—Interesante. ¿Iría Thomas de camino a enterrar algo?

—Lo que nos conduce al segundo objeto, una bolsa de papel marrón. Que... —A Kevin le dio un ataque de tos— huele como a whisky. Puf.

—La ropa. —Wyatt cogió la bolsa—. Te apuesto a que es la ropa que llevaba puesta Nicky el miércoles por la noche.

Se puso unos guantes para abrir la bolsa, que despedía un tufo repugnante. A whisky, a tierra mojada y a algo peor.

Kevin y Wyatt se quedaron en silencio mientras este sacaba unos tejanos con costras de barro, un jersey de cuello alto negro, un forro polar gris.

Le dio una leve arcada al acentuarse el hedor. A sangre. Sin la menor duda. Seca. Que había calado en el tejido y ahora impregnaba la bolsa. ¿De las heridas que había sufrido Nicky aquella noche? ¿O de otra cosa?

—Wyatt. —Kevin hizo un gesto hacia algo hecho un ovillo que acababa de caer de los tejanos. Blando, pegajoso, totalmente ennegrecido. Salvo que no era negro, por supuesto, sino de color rojo oscuro.

Wyatt lo recogió con un lápiz y se tomó su tiempo para, poco a poco, desliar el látex con sangre incrustada hasta que distinguieron un contorno que les resultaba familiar. Destrozado, hecho jirones, pero a pesar de ello reconocible.

El famoso guante ensangrentado.

—Pero ¿qué demonios harían el miércoles por la noche —susurró Kevin— para necesitar una pala plegable y unos malditos guantes?

Wyatt guardó silencio.

Vero me está haciendo trenzas en el pelo. Ya no estamos en el dormitorio de la torre. A lo mejor es por su actitud, a lo mejor es por la mía, pero nos han rebajado de categoría a la habitación pequeña. La del ventanuco y las dos camas individuales pegadas la una a la otra porque el espacio no da para más. A los pies de la cama hay una andrajosa alfombra azul. Ninguna de las dos mira la alfombra.

Yo estoy sentada en una cama. Vero está de rodillas detrás de mí, haciéndome pulcras trenzas en mi larga melena oscura. Mientras tanto, me está sermoneando.

—No puedes fiarte de ellos.

No digo nada. Ni me muevo. De tanto en tanto, la carne desaparece de sus manos, y noto sus esqueléticos dedos rascando mi cuero cabelludo.

—¿Dónde estaba la policía hace treinta años? Si tan buenos son, deberían haberte localizado entonces. Si tan trabajadores y eficaces son, deberían haberte rescatado entonces. Hasta los polis tienen apetitos. Te consta que es cierto.

Alcanzo a oír a lo lejos el sonido de un cortacésped. No sé por qué, pero hace que se me suavice la expresión, que se me relajen los hombros. Si no estuviera aquí con Vero, me levantaría ahora mismo, treparía por las camas hasta el ventanuco. Me asomaría y vería...

—¡Tienes que estar atenta! —Vero me da un fuerte tirón de pelo. Hago una mueca de dolor. Le trae sin cuidado—. El tiempo se acaba; ¿es que no te das cuenta?

Como no puedo volver la cabeza para mirarla, me encojo de hombros.

—Estoy tratando de ayudarte. Pero sigues sin ver lo que tienes que ver.

Sigues sin saber lo que tienes que saber. ¿Cuándo vas a dejar de ser tan estúpida?

—¿Qué eres? —pregunto—. ¿El fantasma de mi infancia, mi conciencia culpable?

Me da un tirón del pelo, obviamente irritada.

—Yo sé lo que soy, pero ¿y tú? —dice en tono de burla.

—Creo que eres un instrumento.

Contiene la respiración, claramente sorprendida por mi prosaica descripción, tal vez incluso desconcertada.

—Eres la guardiana de los recuerdos que no puedo afrontar —continúo, pensando en voz alta—. Fuera lo que fuera lo que sucedió hace tantos años... lo he archivado. Lo quité de en medio con un cartel que rezaba: «Prohibido el paso». Lo que ocurre es que a las cosas no les gusta permanecer encerradas, ¿a que no? Incluso el pasado quiere hacerse oír. Creo que eres su avatar, la representación de todos los recuerdos que tratan de aflorar a la superficie.

—Si tan jodidamente lista te crees —señala Vero—, ¿entonces por qué eres tan estúpida? —Me suelta el pelo y baja de la cama; está claro que ha zanjado la conversación.

Pero no dejo que se vaya. Se me acaba el tiempo. Ahí fuera acecha algo peor. He iniciado un proceso sin vuelta atrás, y ahora, como no encuentre explicación a todo, y rápido...

El pasado no se conforma únicamente con hacerse oír. A veces, quiere venganza.

El olor a humo. El calor de las llamas.

Los sonidos de sus gritos.

Incluso mentalmente, alargo la mano en busca de Thomas en un acto reflejo.

—¿Por qué me odia Chelsea? —le pregunto a Vero ahora—. Esta habitación... —Paso los dedos despacio por la raída colcha marrón—. Estábamos solas. Pensé que nos haríamos amigas.

—Ella no puede ser tu amiga —responde Vero en el acto. Está de pie sobre la alfombra azul. Ha recuperado la piel en la cara, pero sus manos siguen esqueléticas.

—¿Por qué no?

—En la casa de muñecas no hay amigas. En este sitio sobrevives. Aguantas. No haces amigas.

La voz de Vero suena extraña. La examino atentamente y me doy cuenta de que está llorando.

—Estás triste —susurro. No sé por qué me sorprende. Cómo no va a estar triste. El recuerdo de una niña pequeña secuestrada. Debería estar desolada.

—El reino secreto, la reina maga —dice en un sonsonete. Se le empiezan a desprender mechones de pelo, dejando visible el blanco de su cráneo—. En un tiempo tuve una vida. En un tiempo tuve una historia. Te conté esas historias. Te las repetí hasta la saciedad. Porque alguien tenía que saber. Alguien tenía que recordar la realidad.

—Entiendo.

—Chelsea no tiene pasado. Ni siquiera anterior a la casa de muñecas. No había ninguna reina maga, ningún reino secreto. Jamás la ha querido nadie, ni siquiera tú. Nadie quiere estar en su piel —me mira con malicia—, ni siquiera tú.

—Ella estaba celosa.

—Yo le quité la habitación, la mejor habitación, la habitación de la torre... —Su tono ya no es afligido, sino vanidoso. Por su cara pasa una fugaz expresión. No la propia de una niña pequeña, sino ladina. Súbitamente, me pongo nerviosa.

—Hubo un tiempo en el que ella era la princesa, pero llegué yo, menor que ella, más guapa. —Se pavonea. Yo, más incómoda si cabe, me echo para atrás.

—Me la quedé yo. Me adjudiqué la torre. Acaparé toda la atención de madame Sade. Yo era la menor, la más lista, la mejor. Ella, cómo no, me dedicaba todo su tiempo. ¡Yo lo merecía!

—Eras una cría...

—Un diamante en bruto. Pero aprendí. Aprendí todo. Y cuando cumplí doce años y llegó el momento, me entregó a su amigo más especial, el más rico, el más poderoso, el que más autoridad tenía de todos ellos. Las demás lo sabían. Como es natural, me odiaban por eso. —Pero Vero no se está quejando; está presumiendo.

A lo mejor es lógico. Pasó recluida seis largos años, sin más compañía que la de su maestra.

—¿Quiénes son las otras chicas? —pregunto, pues las cosas vuelven a vagar en los confines de mi mente. Excepto que esta vez no me aparto. Me acerco más.

—Ya lo sabes. Sabes que lo sabes. Somos una familia. Una familia destrozada, perversa, creada por la madre más destrozada y perversa del mundo, madame Sade.

Y, por un segundo, prácticamente lo visualizo. Comidas familiares, sí. Todo el mundo sentado en torno a la elegante mesa de comedor. Con la salvedad de que en la familia de madame Sade solamente hay niñas —¿o no? —, cuatro niñas. Dos mayores, dos pequeñas. Chelsea y yo, el tándem de las menores, estamos colocadas en un extremo de la mesa. Desde donde observamos a las dos niñas mayores, con sus pulcras caras y pelo cardado, cuchicheando entre ellas. De vez en cuando, casi al unísono, giran la cabeza para mirarnos fijamente. Nos observan con gesto inquisitivo, ladino. Nosotras apartamos la vista rápidamente. Nos dan miedo. Son nuestro futuro, y nos consta.

Vero me susurra al oído:

—Nadie sale de la casa de muñecas jamás. La única salida es la muerte, la muerte, la muerte.

Pero percibo otra cosa, algo más que sé que no se me puede escapar, que tengo que hurgar más.

Me oigo decir a mí misma:

—No te quedaste con el dormitorio de la torre.

Vero da un respingo hacia atrás. Le caen más mechones de pelo del cráneo. Y a continuación pedazos de la cara.

—¡Yo soy la menor y la más guapa! —brama.

—Te cambiaste a la habitación de Chelsea.

—Ella estaba celosa. Nadie la quiso jamás. Ni siquiera tú. ¡Nadie quiere estar en su piel, ni siquiera tú!

—Pero ella... —Titubeo; a continuación, las palabras salen sin más. No sé si estoy diciendo la verdad; simple y llanamente tengo que hablar—. Chelsea te quería. Al principio tenía celos. No, tenía miedo. Pero, al final, te quería mucho. Compartir esta habitación contigo... Fue la primera vez en su vida que no se sintió sola.

Vero deja de mirarme. Se gira en redondo, mitad carne, mitad huesos. Mitad niña, mitad fantasma.

Me doy cuenta de que está danzando sobre la alfombra. Como retándome a que la observe.

Fuera, el sonido del cortacésped, aproximándose. Siento la apremiante

necesidad de acercarme a la ventana. No quiero seguir atrapada en esta habitación con Vero. Quiero asomarme a la inmensa extensión de césped. Quiero sentir el sol en la cara. Quiero verle.

Pero no me muevo. Me quedo donde estoy, observando a Vero, y en ese momento me percató de que tiene una aguja en una mano. Mientras observo, en las caras internas de sus brazos aparece un reguero de marcas. En ese momento me doy cuenta de que son idénticas a las marcas de las niñas mayores. Nosotras en el futuro. Porque al principio madame Sade te ofrece una habitación bonita, un techo para guarecerte. Pero, llegados a un punto, no es suficiente. Hace falta un aliciente más persuasivo para que las niñas sigan trabajando.

Para que sigan teniendo dependencia.

Vero me pilla mirando. Se ríe con más ganas, da vueltas como loca.

—Por favor —trato de decirle—. Tú no tienes la culpa. De lo que quiera que sucediera, de lo que quiera que hicieras. Tú no deberías haber sufrido este trance; no deberías haber...

—¿Querido volar?

Soy incapaz de seguir hablando con ella. Esa mirada...

Tengo miedo otra vez. Más miedo de lo que creo que jamás he tenido; mis dedos se hunden en el borde del colchón. No quiero estar aquí. No quiero hablar con ella; no quiero recordar.

Aun así, no me marchó. Se ha iniciado un proceso. Es demasiado tarde para echarse atrás.

—Solamente hay una forma de salir de la casa de muñecas —grita ahora, haciendo piruetas sobre la alfombra, danzando sobre la alfombra, golpeando con los pies la alfombra—. ¡La muerte, la muerte, la muerte!

—Pero yo no morí —protesto.

Deja de moverse tan súbitamente que la piel sale volando de su cuerpo. Se queda de pie delante de mí, un esqueleto de un blanco níveo, orgulloso de su putrefacción.

Vuelve a adoptar esa expresión vanidosa.

—¿Entonces cómo conseguiste salir? ¿Acaso te escapaste?

Entonces se pone de nuevo a dar golpecitos con los pies sobre esa terrible, espantosa, putrefacta alfombra azul marino. Y me estremezco.

Me despierto con el olor a césped recién cortado. Durante unos instantes, me siento totalmente aturdida. Thomas, pienso. Debe de estar fuera, cortando el césped. Pero acto seguido aguzo la mirada y reparo en el techo y en el cuadro del alce que hay colgado en la pared. Noto en las yemas de los dedos el tacto familiar de mi colcha favorita, pero también el roce de una almohada extraña bajo mi cabeza.

Claro, la habitación del hotel. Parpadeo unas cuantas veces más, pero el olor a césped cortado no se disipa. Al incorporarme veo a Tessa Leoni sentada en una silla, observándome atentamente.

—¿En qué está pensando ahora mismo? —me pregunta.

—En Thomas —respondo sin pensar.

—Lo primero que le llamó la atención de él.

—Sus ojos. Su mirada amable.

—Describalo.

—Alto. Desgarbado. Todo brazos y piernas y una mata de pelo oscuro que siempre lleva despeinado. Tiene las manos grandes, curtidas, capaces. Una simple mirada basta para comprender que sabe hacer cosas. Es fuerte.

—Lo primero que le dijo él.

—Nada. Me observó. Pero yo no quería que reparara en mí. Yo no quería que se fijara en mí. Sin embargo, alguna que otra vez yo levantaba la vista y lo pillaba escrutándome. Él sonreía. Y yo me sentía... arropada. Como si hubiera pasado frío durante muchísimo tiempo. Pero yo siempre miraba hacia otro lado. Antes de meternos en líos.

—Nicky, ¿dónde se encuentra?

Pero ahora estoy despierta, lo bastante espabilada como para no morder el anzuelo. Puesto que la respuesta no es Nueva Orleans. Es otro lugar, es antes, y es un recuerdo que yo misma trato de dilucidar. Necesito averiguar lo que por encima de todo necesito averiguar, pienso. Entonces, y solo entonces —¿quizá entonces?—, lo comparto.

Pero Vero me ha dicho la verdad; no puedo confiar en nadie, ni siquiera en la policía. Si tan buenos son, ¿dónde estaban hace treinta años?

—Ha comprado una vela —digo cuando finalmente identifico la procedencia del olor. Allí, sobre la mesa redonda del rincón de la habitación, descansa un ancho portavelas de cristal lleno de cera de color verde claro, con una agradable llama.

—Es de Yankee Candle Company —comenta—. Tienen velas con todos

los aromas. También le he traído comida. Y una muda de ropa.

Primero me deja que coma. Ensalada griega con un lecho de pollo a la plancha. No me había dado cuenta de lo hambrienta que estaba hasta que la devoro. También hay ropa, un jersey azul marino holgado, una gorra de color oscuro, gafas de sol. Un conjunto diseñado para pasar desapercibida en vez de para lucirme. Por último hay un cuaderno de dibujo grande con un surtido de lápices y ceras de colores.

Tessa resume la estrategia mientras la habitación se impregna gradualmente del aroma a césped recién cortado.

—Quiero que dibuje. La casa, la habitación, el jardín, la gente, sitios, objetos. En realidad, cualquier cosa que le venga a la mente. Simplemente cierre los ojos, concéntrese en el olor y haga un boceto.

—Quiere saber si la casa de muñecas es real —le digo.

—Necesito que la haga real. Ahora mismo es una mujer con un historial de lesiones cerebrales y amigas imaginarias. Para que esta investigación avance, hacen falta detalles. Va a tener que ir a lugares donde no desea ir, Nicky. Es la única opción.

Lo entiendo. Incluso estoy intrigada. Me cuesta hablar del pasado. El hecho de procurar centrarme en los recuerdos y luego conservarlos en mi mente para verbalizarlos me agota y me sobrepasa. Pero soy artista. Sé dibujar. Y tal vez, de manera muy similar a la memoria muscular, si me limito a dejar que mi mano se mueva libremente por la hoja...

Abro el cuaderno de dibujo. Cojo un lápiz gris oscuro. Me pongo manos a la obra.

Cierro los ojos. Tessa tiene razón; así es más fácil. Inspiro hondo para que el aroma penetre hasta el fondo de mis pulmones, hasta mi vientre. Noto el sol, la promesa de un mundo exterior. Siento la añoranza de una niña, encerrada bajo llave durante demasiado tiempo.

Mi mano se desliza por el papel.

De tanto en tanto, Tessa me hace preguntas. Está sentada a la mesa que hay al fondo de la habitación, me deja tranquila. Oigo el repiqueteo de sus dedos al teclear rápidamente mientras trabaja. Pero ella está en su mundo y yo en el mío, y hasta sus preguntas se mezclan con los dibujos que aparecen ante mí.

—¿Cómo se llaman las niñas?

—Vero, Chelsea, CeeCee, Renita.

—¿Qué edad tienen?

—CeeCee y Renita son mayores. Las primeras niñas de Madame. Nos dan miedo.

—¿Por qué?

—Son... frías. Están al tanto de cosas que nosotras todavía ignoramos. Madame las trata mal. Están haciéndose demasiado mayores para la casa de muñecas, y todo el mundo lo sabe.

—¿Habla con ellas?

—Nunca.

—¿Con quién habla?

—Vero cuenta historias. De antes de su llegada. De cuando era una niña de verdad y alguien la quería. Chelsea escucha. Se acurrucan la una junto a la otra en las camas pegadas. Cuchichean y fantasean sobre el porvenir. Sobre otros lugares. Sobre el mundo exterior. Entonces cae la noche. Madame abre con llave la habitación. Y vuelta a empezar.

Dibujo una habitación. No la pequeña, sino un salón. Con una chimenea revestida de mármol y candelabros de bronce en la pared. Una habitación que en otra época era señorial. Pero ahora está deslucida, rezuma decadencia. Como Madame. En su época hermosa, y ahora aferrándose con desesperación a lo que fue y a lo que podría haber sido.

A continuación la dibujo, mi mano vacilante sobre el adusto rictus de su boca, sobre las marcadas arrugas de las comisuras de sus ojos. No puedo evitarlo; me estremezco.

—¿Cómo se llama? —me pregunta Tessa.

—Madame.

—¿Todo el mundo la llama así?

—Cualquier otro tratamiento es una falta de respeto. Tenemos que mostrar respeto. —Hago una pausa—. Ella desea que la queramos. Tal vez en su fuero interno hasta desee que realmente seamos sus hijas, que seamos una gran familia feliz. Pero, si no consigue hacerse querer, se conformará con que la temamos.

—¿La casa es suya?

—De su familia, desde hace generaciones. Tenemos suerte de que nos deje vivir aquí.

—¿También tenéis suerte por lo que lleváis puesto, por un plato en la mesa? —pregunta Tessa en tono cortante.

—Sin ella, no tendríamos nada —digo sin más—. Sin ella, no seríamos

nada.

Me pongo a dibujar la mesa de comedor. Larga y rectangular, con cabida para dieciséis comensales. Sobre el centro cuelga una repujada araña de cristal; las paredes están decoradas con un desvaído tono carmesí con motivos florales.

—¿Quién cocina, quién limpia? —pregunta Tessa.

—Ella cuida de nosotras; nosotras cuidamos de ella.

—Y por la noche, cuando llegan los... invitados.

—Veladas. Ella es la anfitriona. Nosotras, sus hijas. Debemos mostrarnos atentas con los invitados. Darles conversación, satisfacer todas sus necesidades.

Dejo el comedor. Paso al porche que rodea la fachada, donde podíamos sentarnos en recompensa por nuestro buen comportamiento. Al vestíbulo abovedado, donde ella se apostaba para dar la bienvenida a cada recién llegado. Al dormitorio de la torre, con el mural de rosas. Donde todo comenzó. Donde todo terminó.

Donde Vero y yo aún nos sentamos a tomar una taza de té.

Falta una habitación. Lo sé muy bien; las dos camas individuales pegadas entre sí, el ventanuco en la pared. Donde Chelsea y Vero pasaron sus últimos años, susurrándose historias a oscuras.

Pequeña, recogida, debería ser la más fácil de dibujar. Y sin embargo mi mano la evita una y otra vez.

Vero trezándome el pelo, la piel desprendiéndosele a tiras.

Vero danzando sobre esa espantosa alfombra azul hecha jirones.

Me tiembla la mano. No consigo pegar la punta del lápiz al papel. Procuero concentrarme, obligar a mis dedos a obedecer. Me dan espasmos en el brazo.

Soy consciente de que Tessa está observándome, lo cual únicamente empeora las cosas.

—Nicky, ¿la idea de regresar a New Hampshire fue suya o de Thomas? —pregunta en voz baja.

Hago caso omiso a su pregunta. Estoy demasiado ensimismada mirando fijamente mi mano trémula. Suena su móvil. Tessa echa un vistazo a la pantalla, se disculpa y a continuación coge el teléfono y sale al pasillo.

Creo que puedo hacer esto a solas. Dibujar la alfombra. Dibujar la alfombra y punto.

Pero soy incapaz.

Cuando mi mano recupera el movimiento, no dibuja la habitación. Dibuja un rostro. Uno que me resulta tan familiar como el mío. Con los ojos oscuros y penetrantes. Líneas de expresión en las comisuras. Pelo oscuro y alborotado cayéndole por la frente.

Pero este Thomas es más joven que el mío. Con menos líneas de expresión y el pelo más tupido. El mentón menos pronunciado, las facciones todavía con cierto aire infantil. Un adolescente con un futuro prometedor que aún no ha madurado del todo.

Y no me sonrío con gesto amable. Ni me seduce con la mirada. Ni me guiña el ojo con picardía.

Mis dedos vuelven a moverse. Salpicaduras de barro en su frente. El olor a tierra removida, la sensación de estar en una sepultura. O quizá sea una mancha de hollín en su pómulos. El olor a humo, el calor de las llamas.

No conozco a ese Thomas. Su expresión. Tan sombría, tan espantosa.

Lo que ha hecho, pienso automáticamente. Lo que está a punto de hacer...

Suelto el lápiz. Cojo la hoja de papel. Rápidamente, antes de poder pensármelo dos veces, la arranco del cuaderno.

Alcanzo a oír la voz de Tessa, que sigue hablando por teléfono en el pasillo. Entretanto, me acerco a la cama del hotel, levanto el colchón y meto el dibujo debajo para esconderlo.

El corazón continúa latiéndome desbocado. Apenas puedo sentarme. Siento zumbidos en la cabeza. Thomas, el joven Thomas, sin lugar a dudas no es el de Nueva Orleans.

Vero se está riendo en los confines de mi mente. O tal vez se está mofando de mí. «¿Cómo alguien tan listo puede llegar a ser tan estúpido?».

Y a continuación:

«Corre, pequeña, corre».

Pero no corro. No tengo adónde ir. Únicamente cosas peores que recordar. Peligros inminentes que afrontar.

Tengo que recomponerme. El olor a césped. Procuero aspirarlo, recuperar la concentración. Pero es en vano.

Vero gira en círculos en mi cabeza. Danza en esa espantosa alfombra mientras de sus huesos se desprenden pelo y carne.

Me doy cuenta de que estoy rozando el límite. Lo más lejos que jamás han llegado mis recuerdos. A lo mejor incluso justo delante de la caja cerrada a cal y canto. Lo único que tengo que hacer es inclinarme, quitar el cartel que

dice: «Prohibido el paso», después tirar con fuerza de la tapa...

La puerta se abre. Tessa entra en la habitación. Tiene el gesto serio e inmediatamente tengo un mal presagio.

—Era Wyatt. Tenemos que volver a la oficina del sheriff. Han recuperado el vehículo de Thomas. Nicky, no va a tener más remedio que dar explicaciones seriamente.

Wyatt se lo tomó con calma. Las cosas se habían ido moviendo demasiado deprisa durante demasiado tiempo. Él había ido con la lengua fuera. Sus agentes habían estado en modo alerta. Ahora, con menos de doce horas para averiguar todo lo que necesitaba saber de una mujer relacionada con dos delitos, iba a tomarse las cosas con tranquilidad. A poner las cosas en orden.

Había tomado posesión de la sala de reuniones para el interrogatorio que tenía previsto. Kevin y él habían colgado un mapa de la región de North Country en una pared. Habían ampliado fotos de la tienda de licores, de la gasolinera, de la fachada de la casa de Marlene Bilek y del siniestro, y las habían colocado en puntos clave del mapa. Tenía el marcaje del cuentakilómetros. Y por último, pero no menos importante, había colocado sobre una mesa una pala plegable adquirida recientemente y un par de guantes ensangrentados.

A Kevin le fascinaban los guantes. Había pasado una hora despegándolos meticulosamente, con cuidado de no estropear más el material, hecho jirones. Eran más gruesos que los guantes de látex corrientes, señaló, pero más finos que los de goma para jardinería. Había analizado una muestra de la sustancia marrón seca tras extraerla cuidadosamente, y había dado positivo como sangre humana. Otro motivo para poner los puntos sobre las íes: *No intente decirme que se puso estos guantes para enterrar a Toby o para socorrer a un ciervo herido. Sabemos que esto es sangre humana, así que empiece a hablar.*

El sheriff estaba en lo cierto; había que dejarse de marear la perdiz. Wyatt quería respuestas y las quería ya.

Porque, sí, había llamado al Centro Nacional de Menores Desaparecidos y

Explotados y habían mostrado mucho entusiasmo al enterarse del hallazgo de Veronica Sellers. Definitivamente el tipo de entusiasmo suficiente como para coger un vuelo a New Hampshire y apropiarse del caso.

A las cuatro de la tarde, tras treinta y seis horas sin dormir, Wyatt concluyó que contaba con una única posibilidad para esclarecer el caso. No tenía previsto pifiarla.

Echó un vistazo por la ventana. Vio a Tessa entrando en el aparcamiento. Le hizo un gesto a Kevin para que se preparara; a continuación cada uno se colocó en su sitio.

Cuando Nicky Frank, alias Veronica Sellers, entró en la sala, lo primero que pensó Wyatt fue que tenía mejor aspecto que siete horas antes. Su cara aún parecía un lienzo pálido cubierto por un pastiche de suturas negras, moretones cárdenos y magulladuras marrones, claro, pero tenía la barbilla levantada, la mirada de sus ojos azules más limpia. Un porte más resuelto. Una mujer con un propósito. Parecía como si hubiese tomado alguna determinación durante su ausencia.

Tessa, a la zaga, despedía su habitual aire hermético y resolutivo. Apenas miró a Wyatt; sacó una silla de plástico para que Nicky se sentara. En vez de sentarse a su lado, Tessa se colocó unos cuantos asientos más allá de ella. Una persona neutral, procurando mantenerse al margen de la refriega.

En ese momento Wyatt reparó en que Tessa llevaba un cuaderno de dibujo. Lo dejó delante de ella encima de la mesa. Miró a Wyatt, igual que Nicky, y aguardó.

Él, súbitamente nervioso y molesto, carraspeó.

—Gracias por venir —dijo para empezar. Siguió sentado, decidido a mantener la calma—. Como seguramente Tessa le habrá explicado, tenemos que hacerle unas cuantas preguntas más.

—Nosotras también hemos estado ocupadas —contestó Nicky—. A Tessa se le ocurrió un truco con una vela. Quemó una esencia que me resultaba familiar y yo hice bocetos de la casa de muñecas. Fui capaz de recordar media docena de habitaciones...

Wyatt levantó una mano.

—No.

Nicky balbució, perpleja.

—¿No?

—No me interesa la casa de muñecas.

—¿Cómo que no le interesa? ¿No le importa lo que ocurrió hace treinta años?

—No. Me importa lo del miércoles por la noche. Si pretende inventarse historias sobre lo que ocurrió hace treinta años, adelante. Cuéntenos rocambolescos episodios sobre una madame, niñas secuestradas y compañeras de cuarto malvadas, no se corte. Yo no puedo resolver algo que pasó hace treinta años, Nicky. Qué diablos, empiezo a pensar que toda esta historia es como buscar una aguja en un pajar, como cuando nos hizo buscar a Vero el jueves por la mañana. Tiene algo que esconder. Nos consta que tiene algo que esconder y, a pesar de ello, caímos en la trampa. Se acabó. Vamos a repasar la noche del miércoles. Cada hora, cada minuto, cada segundo, y vamos a empezar con un par de guantes ensangrentados, hallados en los bolsillos de los vaqueros que *usted* llevaba puestos la noche del miércoles. ¿Qué hizo, Nicky? ¿Y por qué hacía falta una pala?

Definitivamente, la pilló desprevenida. Parecía totalmente perpleja; abrió la boca y acto seguido la cerró. Un pez pugnando por oxígeno. Una embustera a la que se le agotan los pretextos. Wyatt no hizo el menor amago de romper el silencio. Kevin tampoco.

Incluso Tessa permaneció callada. Se había visto en tales situaciones anteriormente y, pese a que Nicky había contratado sus servicios como investigadora, le constaba que no podía prestarle asesoramiento legal.

—¿Guantes? —preguntó Nicky finalmente con un hilo de voz.

Wyatt se puso de pie. No fue derecho a por los guantes ni la pala; mejor mantenerla en ascuas. En vez de eso, se aproximó a un mapa a gran escala de New Hampshire, donde Kevin y él habían hecho lo posible por trazar el recorrido que Nicky había realizado el miércoles por la noche basándose en la conversación que habían mantenido con Marlene Bilek y el marcaje del cuentakilómetros del coche de Nicky.

—El miércoles por la noche fue en coche hasta la tienda de licores del estado de New Hampshire. Recibió una llamada de Northledge. De Tessa Leoni.

Wyatt miró fugazmente a Tessa. Ella lo confirmó con un seco asentimiento de cabeza.

—Ella la informó de la situación laboral de Marlene Bilek, su madre, de la

que no sabe nada desde hace tantísimo tiempo, para lo cual había contratado los servicios de Northledge.

—No tenía intención de molestarla —dijo Nicky de inmediato. Tenía los ojos clavados en el mapa. Ya parecía agobiada—. Solo quería..., solo quería saber de ella.

—Le compró a ella la colcha amarilla —dijo Wyatt, no preguntando, sino afirmando.

—La estuve buscando en Google a lo largo de los años. Pero había vuelto a casarse; el apellido no es el mismo. Entonces encontré un post antiguo donde aparecía la foto de la boda y sus respectivos nombres en el pie de foto. Así que me puse a buscarla con ese apellido, Bilek. Y..., y la localicé. En New Hampshire. Vendía colchas online. Le compré una.

—¿A nombre de Nicky Frank?

—Sí.

—¿En ningún momento le dijo quién era? ¿En ningún momento le facilitó el menor detalle personal?

Nicky negó con la cabeza.

—Ni siquiera llegué a hablar con ella. Fue una transacción online. Utilicé PayPal. En ningún momento hablamos.

—Pero le siguió la pista.

—En la página web solo aparecía un apartado de correos. No figuraba ninguna dirección postal. No a su nombre. Ni al de su marido. Creo que su marido... Él es policía, ¿sabe? Jubilado. Seguramente controle la información que cuelgan online.

—De modo que contrató los servicios de Northledge. ¿Con el beneplácito de Thomas?

Nicky negó con la cabeza con aire rotundo.

—No, qué va. Ni mucho menos. Lo hice por mi cuenta. Hasta pagué con un cheque de caja. No quería que se enterase. No después de...

—¿Después de qué, Nicky?

Ella miró hacia otro lado, cabizbaja.

—Creo que averiguó lo de la colcha. Jamás se lo conté, pero la primera vez que la tuve entre mis brazos, me puse a llorar sin parar. No pude contenerme. Me parece que intuyó de dónde procedía. Se volvió más arisco conmigo, más impaciente. «¿Acaso no somos felices?», repetía una y otra vez. «Nos tenemos el uno al otro; ¿acaso no es suficiente?». Yo no quería herir sus

sentimientos. No quería disgustarle después de todo lo que había hecho por mí... Pero no —levantó la vista despacio—, no es suficiente. Sigo estando triste a pesar de ser consciente de que no debería estarlo.

—El miércoles por la noche fue en busca de Marlene Bilek —afirmó Wyatt en tono rotundo.

—Sí.

—Fue en coche hasta la tienda de licores. —Dio un golpecito con los dedos sobre el mapa—. Entró con la esperanza de verla.

—La reconocí. Incluso de espaldas. Entonces me invadió el pánico. La vi, pero no estaba preparada para que ella me viera. ¿Y si no se acordaba de mí? O peor aún, ¿y si no quería saber nada de mí? ¿Qué clase de hija aparece por las buenas al cabo de treinta años de entre los muertos?

—Compró una botella de Glenlivet.

Nicky no miró hacia otro lado. Le sostuvo la mirada al tiempo que asentía con aire afligido.

—Y luego la siguió. —Wyatt volvió al mapa—. He hablado con Marlene Bilek esta tarde...

—¿Le ha hablado de mí?

—He hablado con la señora Bilek esta tarde —continuó él en tono áspero— para calcular el recorrido que realiza habitualmente hasta su domicilio. Es un trayecto de sesenta y cinco kilómetros, de carreteras secundarias en su mayor parte, que pasa por aquí, por aquí y por aquí. —Señaló la línea roja con el dedo—. Hasta llegar por fin a su casa.

Le dio unos golpecitos con el dedo a la foto ampliada de la fachada principal de los Bilek. Una instantánea hecha a la luz del día, no de noche, como la habría visto Nicky, pero tendría que valer.

Ella clavó la mirada en la casita amarilla. Como si pudiera bebérsela de un trago.

—¿Le ha hablado de mí? —susurró Nicky—. ¿Que soy Vero? ¿Qué..., qué ha dicho ella?

—No soy quién para contarlo. —Wyatt la observó con gesto adusto. Ella no pudo hacer lo mismo—. Según la señora Bilek —continuó Wyatt—, su hija también se encontraba en la casa esa noche. Hannah Veigh, de dieciséis años. ¿Le suena?

—Vero —susurró ella.

—¿Qué hizo, Nicky?

La aspereza de su pregunta la pilló desprevenida.

—¿Qué?

—¿Qué hizo? Ha pasado la mitad de la noche levantada. Ha bebido; ha conducido. Ahora se encuentra junto a una coqueta casita, acechando por la ventana, y ahí está: su yo del pasado. Vero. ¿Qué hizo?

Nicky se reclinó en el asiento y empujó con las manos contra la mesa.

—¿Hacer? Nada. No creo. ¿Qué iba a hacer?

Él se acercó rápidamente a la mesa.

—Hábleme de la pala plegable, Nicky. Hábleme de los guantes. Llenos de sangre. De sangre *humana*. Lo sabemos; ya la hemos analizado. Está ebria, está sola, y acaba de descubrir que su madre, de la que nada supo en tantos años, después de todo no se ha consumido por su ausencia. De hecho, se ha vuelto a casar y ha tenido otra niña: Vero 2.0. Su madre ha rehecho su vida. No la echa de menos lo más mínimo.

—Eso no lo sabe. ¿Usted qué va a saber?

—La está acechando.

—Solo quería verla. Averiguar qué tal estaba...

—¿Acaso no podía llamarla? ¿Acaso no podía escribirle? *Hola, mamá, por fin conseguí escapar de una pérfida madame. Eso pasó hace veintidós años, pero, oye, más vale tarde que nunca para por fin dar señales de vida. ¿Te apetece que comamos juntas?*

—No es así —protestó Nicky débilmente.

—¿Cómo es? ¿Que es una mujer con la mente trastornada, que está jodida, que conduce borracha y que acecha a su propia madre? Hábleme de la pala. Si lo único que pretendía era averiguar qué tal estaba, ¿qué necesidad había de una pala? Hábleme de los guantes. Si solo la iba siguiendo, ¿por qué están cubiertos de sangre? ¿Qué hizo la noche del miércoles? Vamos, Nicky. Estoy harto de sus mentiras y de sus historias. ¿Qué hizo la noche del miércoles?

—Llamé a Thomas —espetó. Nicky parpadeó, como si ella misma se hubiera sorprendido al escuchar las palabras.

—¿Llamó a su marido?

—Desde un teléfono público. Yo estaba llorando, histérica. Acababa de ver a Vero. Ella estaba muerta, pero ahora estaba viva. Me encontraba totalmente perdida. Y me dolía horrores la cabeza. Me consta que no debía haber bebido. Me consta que no debía haber conducido. Y Thomas se iba a poner furioso conmigo, porque me había pedido, me había suplicado, que por favor lo

dejara correr. «Podemos ser felices —decía—. Antes éramos felices; sé que podemos volver a ser felices». Pero yo no creo que pueda aguantar más esta pesadumbre. Necesito cambiar. Solo que, para cambiar, necesito respuestas. ¿Por qué es tan sombrío noviembre? ¿Por qué me paso las tardes hablando con el fantasma de una niña en mi cabeza? Thomas sabe cómo vivir. Yo... no. Por eso le pedí que nos mudásemos aquí...

—Se lo pidió —la interrumpió bruscamente Wyatt.

—Sí.

—Thomas no se negó.

—Él sugirió ir a Vermont. Pero yo me empeñé y al final cedió. Una vez instalados aquí... me sentí más cerca. El apartado de correos de Marlene era de New Hampshire. Ahora estábamos en el mismo estado. Solo que no bastaba. Yo quería verla, solo... verla. Así que contraté los servicios de Northledge. Entonces, el miércoles por la noche...

A Nicky se le apagó la voz.

—Al mirar por la ventana, al ver a Vero, la cabeza me estalló. Un resplandor cegador. Llamas. Vi llamas por todas partes. *Vero aprendió a volar*. Me dieron ganas de irrumpir en la casa. Quería abrazarla con fuerza. Decirle una y otra vez que lo lamentaba. Que no debía odiarme. No había sido mi intención... Solo que ella no era Vero, ¿verdad? No podía ser Vero. Estaba hecha un mar de lágrimas, no sabía cómo actuar. Como mi móvil no tenía cobertura, me dirigí a un teléfono público y llamé a Thomas.

—Él fue a su encuentro.

—Me dijo dónde reunirme con él. Justo detrás de esa gasolinera. Que me desviara en la curva. Que aparcara allí.

—Fue a reunirse con su marido. ¿Lleva puestos los guantes, Nicky?

Ella negó con la cabeza.

—No, estaba conduciendo, haciendo un esfuerzo por concentrarme. La cabeza, el alcohol... Tenía que concentrarme para no salirme de la carretera.

—Cuando llegó al punto de encuentro, Thomas la estaba esperando. ¿Llevaba una pala?

Nicky cerró los ojos, daba la impresión de que intentaba hacer memoria.

—No.

—¿Guantes?

—Me... me dio los guantes. Me dijo que me los pusiera. «¿Confías en mí?, ¿confías en mí?», me preguntó.

Nicky abrió los ojos. Levantó la vista hacia Wyatt, aguzando la mirada.

—Yo dije: «Sí».

—¿Y luego qué?

—Luego... él... desapareció. Y yo salí volando por los aires. Y volví a morir. Una mujer que ha vuelto dos veces de entre los muertos.

Wyatt no le dio tregua. Hizo que se acercara a los guantes, que examinara la pala. Que examinara cada foto de las paradas que realizó aquella noche.

—¿Ella... se encuentra bien? —preguntó, al tiempo que miraba la fotografía de Hannah Veigh Bilek, que, francamente, con su larga melena oscura y sus ojos azul claro, parecía sin lugar a dudas la hermana menor de Nicky—. No les sucedió nada, ¿verdad? Es que, como hay sangre en los guantes... Pero me consta que yo no hice nada. Y Thomas... Imposible. Imposible. ¿No?

—Da la impresión de que tiene dudas.

—Es un buen hombre —dijo ella, pero las palabras sonaron más espontáneas que convincentes.

—¿Dónde está, Nicky?

—No lo sé.

—¿La quiere?

—Nunca me ha abandonado.

—¿Ni siquiera ahora? Ha incendiado su casa, se ha esfumado.

Ella vaciló. Al instante, Wyatt dedujo lo que ella callaba. Thomas no se había ido. Al menos eso era lo que pensaba Nicky. Incluso a esas alturas, rondaba por ahí, en algún lugar cercano, esperándola. Hasta ese punto llegaba el poder de su vínculo.

Un marido que muy posiblemente urdió el accidente de coche y prendió fuego a su casa. Y a pesar de todo, en el fondo de su corazón, a Nicky le constaba que la quería.

Una de esas relaciones raras, pensó Wyatt. Los polis veían casos así cada dos por tres. Sin embargo, no se quedó más tranquilo.

Hizo que Nicky repasara la noche, una y otra vez, pero no consiguió que se viniera abajo. Ella llevaba puestos los guantes. A lo mejor la sangre era suya, del accidente, de la cantidad de cristales que había por todas partes, de ahí que estuviesen hechos trizas. Ella recordaba vagamente habérselos quitado,

habérselos metido en el bolsillo trasero del pantalón. Le resultaba demasiado incómodo llevarlos puestos y no quería tirarlos al suelo. La pala era un misterio para ella. No sabía por qué la llevaba Thomas.

Y, sí, había seguido a Marlene Bilek. Tenía intención de abordarla, pero se había acobardado. Querer cambiar no era lo mismo que cambiar. Intentar recordar tu pasado no era lo mismo que ser capaz de afrontarlo.

Finalmente, Kevin se la llevó para tomarle las huellas dactilares. Aunque técnicamente tenían las huellas de Veronica Sellers en el archivo, habían pasado treinta años. Wyatt, por no hablar de la policía científica, prefería contar con huellas más recientes y limpias para cotejarlas con las que habían extraído de la pala, los guantes, etcétera.

Cuando Nicky y Kevin salieron, Wyatt y Tessa se concedieron un minuto para tomarse un respiro. Él sacó la silla que había al lado de Tessa y se atusó el pelo, ya enmarañado. Por Dios, qué bien le vendría una ducha. Por no mencionar una cabezada.

—¿Has dormido algo? —le preguntó ella.

—Lo mismo que tú.

—Entonces debes de estar muy cansado.

Él hizo una mueca.

—Perdona por haberte fastidiado el fin de semana con Sophie.

—No es la primera vez. Le comenté lo del cachorro. Creo que te la metiste en el bolsillo desde el primer momento.

—¿Voy a acompañaros a elegirlo?

—Eso espero.

Ella estaba sonriendo con ternura, diciendo las cosas apropiadas. Y sin embargo él volvió a tener la misma sensación. Que se le escapaba algo. Una sombra en sus ojos que no acababa de encajar con la curva de sus labios. Tal vez sencillamente se encontrara agotado. O tal vez ese era el problema de salir con una mujer como Tessa. Ella siempre le resultaría un pelín misteriosa.

—¿Sophie bien? —le preguntó.

—Que yo sepa, sí.

—Es que... parece —no estaba seguro de cómo describirlo— preocupada.

—D.D. Warren me comentó algo interesante en la comida —dijo ella por fin, con la mirada clavada en el cuaderno de dibujo—. Todavía lo estoy asimilando.

—¿Interesante en el buen o en el mal sentido?

—Todavía lo estoy asimilando. Wyatt, ya sabes que no soy perfecta, ¿no?

—Jamás se me ocurriría decir semejante cosa.

—Hace tres años... las cosas se torcieron. No puedo decir que lo lamente.

—Después de haber conocido a Sophie, yo tampoco lo lamento. —Hizo una pausa—. ¿Estás metida en un lío, Tessa? Porque ya sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad? Sea lo que sea lo que necesites...

Ella sonrió de nuevo, esa sonrisa que no disipaba las sombras de sus ojos.

—No nos precipitemos. De momento, me he enterado de una interesante noticia...

Él la interrumpió y la cogió de la mano, porque le pareció que era lo mínimo que podía hacer. Ella se sobresaltó al notar su roce, pero no la apartó.

—Puedes contar conmigo, Tessa. Rotundamente, completamente, al cien por cien. Me consta que tienes un pasado, pero, personalmente, lo que me importa es nuestro futuro.

Puede que fuera fruto de su imaginación, pero por un momento le pareció apreciar un brillo de lágrimas en sus ojos.

—D.D. dice que soy una loba solitaria —susurró ella.

—Creo que Sophie y la señora Ennis discreparían.

Ella asintió con la cabeza, tardó en hablar.

—Nicky quiere ser libre —dijo de repente—. Sé que pones en duda la historia de la casa de muñecas, pero, después de pasar la tarde con ella, creo que ella también tiene un pasado, y por cierto bastante horrible. Donde no solo ocurrieron cosas; me da la sensación... de que no sobrevives en ese tipo de entorno sin hacer ciertas cosas tú también.

Esta vez fue Wyatt quien asintió.

—Tal vez veintidós años parezca mucho tiempo. Ella debería haberse presentado ante la policía antes, haberse puesto en contacto con su madre antes, pero lo está intentando ahora. ¿Acaso no es lo que importa?

—¿Dice que ha dibujado unos bocetos esta tarde?

—Mi propia terapia de estimulación de la memoria. Mira. —Tessa levantó la cubierta del cuaderno de dibujo y sacó media docena de hojas grandes—. Como puedes ver, es una artista de talento, con muy buen ojo para los detalles.

En un primer momento, Wyatt no estaba seguro de lo que estaba mirando. Una habitación circular con un mural de rosas y una cama cubierta de gasa.

Una chimenea de mármol en un salón elegante. Pero el tercer dibujo representaba todo el conjunto: una inmensa casa victoriana de madera con tejas planas, del tipo de las que construían las familias adineradas en el siglo XIX como residencia de verano para huir del calor y la pestilencia de las ciudades. La vivienda lucía un precioso porche alrededor de la fachada principal, una torrecilla de tres plantas, y una amplia ala derecha salpicada de infinidad de buhardillas. Una casa impresionante. Una casa cara. Y sin duda, teniendo en cuenta las ventanas con paños a rombos y repujadas molduras, una casa de muñecas.

Apartó la vista del boceto y miró a Tessa con aire pensativo.

—¿Crees que es real?

—Creo que ella la considera real.

—Eso no me saca de dudas.

Él pasó a la hoja siguiente, un retrato de una mujer madura, con el pelo recogido en un moño alto, de expresión adusta, de mirada fría. No pudo evitarlo. Le dio un escalofrío.

—Madame Sade —le informó Tessa.

—Parece una mujer capaz de raptar a niños pequeños —convino él.

—Le pedí a D.D. que revisara los casos de menores desaparecidos —comentó Tessa—. Siento curiosidad. Teniendo en cuenta las bases de datos de las que disponemos ahora, a lo mejor podemos comprobar si hace treinta años hubo un repunte en los casos de niñas desaparecidas en la región de Nueva Inglaterra. Le daría cierto peso a la versión de Nicky.

—Sí.

—Y en tanto en cuanto barajemos la idea de que existe esta casa, fíjate en lo que aparece al fondo. En la vista desde la ventana de la habitación de la torre.

Tuvo que revisar las hojas anteriores. En un primer momento lo había pasado por alto, pues aún estaba tratando de ubicarse, pero, en efecto, la habitación circular presentaba varias ventanas impresionantes. Nicky había plasmado meticulosamente cada rombo del cristal. Entonces, detrás de eso..., las montañas. Una vista que le resultaba tan familiar que le dio la sensación de que, si la examinaba durante un minuto más, la identificaría.

—Las Montañas Blancas. Crees que se encuentra en New Hampshire. —Miró a Tessa.

—Fue ella quien quiso mudarse aquí, no Thomas.

—Porque Marlene Bilek vive aquí.

—Tal vez. Pero ya la has oído. Está buscando respuestas. Creo que el instinto la trajo aquí. Más cerca de la verdad.

—El sheriff me hizo una buena pregunta esta mañana —dijo Wyatt de repente—. Si Thomas es el responsable de los accidentes de su mujer, ¿por qué lo hizo? Solo existen varias razones por las que un marido intenta matar a su esposa. Venganza, dinero, poder. Después de veintidós años, ¿qué cambió en su matrimonio?

Él sabía la respuesta, pero Tessa hizo los honores:

—Nicky decidió que había llegado la hora de seguir adelante. Estaba cansada de estar triste.

—Dar un paso para ser independiente puede suponer una amenaza para cualquier hombre, pero en especial para un marido a quien le gusta ocuparse de las cosas tanto como a Thomas —convino Wyatt.

—No me trago el cuento de que se conocieran en Nueva Orleans —afirmó Tessa.

—Yo tampoco. Siempre me sonó a farsa.

—He tratado de sonsacarle algo más sobre Thomas mientras dibujaba. Me da la impresión de que en cierto modo lo quiere. Pero, por encima de todo, cree que lo *necesita*. Él se ocupa de ella. Supongo que tendrá sus propios motivos. Ten en cuenta su patrón de conducta: siempre andan de un lado a otro. Más que vivir felices y comer perdices, parece una pareja a la fuga.

Wyatt volvió al dibujo de la madame.

—Si es cierto que Nicky estuvo recluida en esta casa de muñecas, y que Thomas estuvo involucrado de algún modo, se me ocurre como mínimo una persona que por nada del mundo querría que hablasen con la policía. —Dio unos golpecitos con los dedos al dibujo de la mujer de mirada fría—. Tessa, si todo esto es cierto... ¿Cómo se escapó Nicky, Vero? Eso es lo que más me inquieta. Una operación de esta envergadura, una mujer como esta no iba a permitir que una de las niñas se marchara por las buenas. Ocurrió algo. Y no me refiero a que Vero aprendiera a volar y a todas esas sandeces.

Tessa vaciló.

—Tengo una hipótesis. A lo mejor no soy imparcial, teniendo en cuenta mi propio... pasado y todo eso. Pero pienso que Vero fue secuestrada hace treinta años. Pienso que fue retenida por esta mujer en esta casa. Y pienso...

pienso que ocurrió algo realmente espantoso que le permitió escapar. No. Sospecho que Vero *hizo* algo realmente espantoso para conseguir huir. Y que, al cabo de todos estos años, eso es lo que no es capaz de afrontar. Solo que... —Tessa se encogió de hombros, esa triste sonrisa de nuevo en sus labios—. El pasado tiene voluntad propia. Quiere hacerse oír. Los recuerdos que ella misma había mantenido ocultos apostá están empezando a aflorar.

—Noviembre es el mes más triste —murmuró Wyatt—. Una mujer que ha vuelto dos veces de entre los muertos.

—Creo que Nicky está intentando recordar. Creo que una parte de ella incluso quiere contarnos lo que sucedió, liberarse de esa carga. Lo único que necesita es un empujoncito.

—¿Otra vela aromática? —Wyatt enarcó una ceja.

—No. Propongo un careo con ella y su madre. Dejar que hablen por fin.

Wyatt reflexionó sobre ello.

—De acuerdo. Llamaré a Marlene para darle la noticia. Ya ha mostrado interés en Nicky. No concibo que no quiera ver a su hija desaparecida después de todos estos años. No obstante, tenemos que mantenerlo en secreto. Dios sabe que la prensa se nos va a echar encima en el momento menos pensado.

—Cierto.

—Pero tiene que ser esta noche. Y no solo porque los federales le darán la vuelta a la tortilla por la mañana. Thomas Frank salió huyendo de la casa en llamas hace casi veinticuatro horas, y sin embargo le hemos seguido la pista a tan solo sesenta y cinco kilómetros de aquí. ¿Sabes lo que eso me dice?

Wyatt hizo una pausa.

—Que todavía considera a Nicky una amenaza. Y que todavía no ha acabado con ella.

Vero y yo damos sorbitos a nuestras tazas de té. El mural del rosal que había en la pared ha sido tapado con violentos tachones con rotulador negro. La gasa rosa que en su momento rodeaba la cama está hecha jirones ahora. El colchón, destripado, ha quedado reducido a un montón de pedazos de gomaespuma.

No quiero ni ver lo que le ha hecho a Osito Gordinflón.

—Estás asustada —le digo con mirada cómplice, aunque es mi corazón el que late desbocado en mi pecho.

—Que te den. —Vero no se ha tomado la molestia de vestirse. Ni siquiera de aparecer con piel. Estoy sentada junto a un esqueleto que sonrío con una mueca, mechones de pelo y carne en descomposición pegados a los huesos. Cuando bebe, veo la cascada de whisky cayendo por su putrefacta columna.

—Es tu madre —intento de nuevo—. Llevas años soñando con este momento. ¿Recuerdas?

—Lo que más me gustaba era esta habitación —dice bruscamente—. De todos los rincones de esta maldita casa. Esta habitación parecía diseñada para una princesa. Todas las niñas pequeñas sueñan con ser princesas.

—Tu madre te sigue queriendo —señalo.

De repente sonrío.

—Querrás decir tu madre, ¿no?

—Está bien —me oigo decir a mí misma, a ella, a los tristes restos de Osito Gordinflón, que se ha quedado sin ojos—. Todo va a salir bien.

Vero sonrío de nuevo, se sirve otro chupito de whisky.

—Ay, Nicky. Siempre has sido una idiota —asegura.

Sobre las nueve de la noche, soy incapaz de seguir en la cama. Me levanto, camino de un lado a otro de la habitación del hotel. Tessa, sentada en la otra cama, hace lo posible por darme espacio. Está sintonizando todos los canales nacionales, tratando de ver si se han hecho eco de la noticia a nivel nacional. Unas horas antes, cuando Wyatt nos sacó a toda prisa por la puerta trasera del departamento del sheriff, estaban llegando más cámaras, pues al final se había filtrado la noticia del hallazgo de una niña desaparecida hacía treinta años.

Yo acababa de regresar a la sala de reuniones, fascinada por mis huellas dactilares manchadas de tinta negra, cuando Wyatt soltó su segundo bombazo: Marlene Bilek quería mantener un encuentro conmigo. Ya. Esa misma noche. No era cuestión de discutirlo, de debatirlo. Él ya lo había organizado. Fin de la historia.

Iba a hablar con mi madre. Después de todos estos años, dudas, conjeturas...

Tessa me condujo de vuelta al hotel, metiéndose por todas las bocacalles y recurriendo a todas las técnicas de conducción evasiva que conocía. Una vez a salvo y cómodamente instaladas en la habitación, me aconsejó que cenara como es debido y que descansara. Iba a ser una larga noche.

Ahora Tessa está dale que te pego con el mando a distancia. De momento, parece ser que el asombroso giro de los acontecimientos en un caso sin resolver de hace treinta años solo es comidilla local. Lo más seguro es que los productores de los informativos mantengan un compás de espera, me informa Tessa, hasta obtener la confirmación definitiva, lograr una entrevista, conseguir una foto, para darle bombo a la noticia. Qué suerte tengo.

Me pongo a caminar de un lado a otro de nuevo sorteando las camas, con la cabeza a mil por hora.

Pienso en ese diminuto, angustioso apartamento. En la mujer que escondía a Vero en el armario ropero por su propia seguridad. En la madre que le llevaba helados, jugaba al escondite con ella y dormía, cuando él se ausentaba, abrazada con fuerza a su hija.

Hago una pausa para acariciar la colcha amarilla, para aspirar una fragancia que mi cabeza me dice que es imposible que siga ahí, aunque mi corazón sigue esperándolo.

Y echo de menos a Thomas. Me pregunto qué estará haciendo en este

preciso instante, a pesar de que no me explico qué sucedió el miércoles por la noche. Lo llamé. Y vino, porque siempre venía. Durante veintidós años, ha sido mi tabla de salvación, mi sostén. Puede que yo gritase aterrorizada de madrugada, pero él me daba los buenos días cariñosamente todas las mañanas. Al menos esa es mi impresión.

¿O no? A pesar de su insistencia en mantener nuestra intimidad, yo me había instalado en la habitación de invitados. ¿Otra señal de que al menos una parte de mí sabe más de lo que estoy dispuesta a asumir de manera consciente? Al despertarme en el hospital, mi primera reacción no fue de cariño, sino de ira. Deseaba perderle de vista, que se alejara de mí. Lo quería; lo odiaba. Puede que las conmociones me hayan machacado los sesos, pero tal vez las intrigas existiesen mucho antes de eso.

¿Por qué jamás se me ha ocurrido llamar a mi madre, establecer algún tipo de contacto con mi familia? Me escapé. De alguna manera, no sé cómo...

Vero aprendió a volar.

Pero nunca volví a casa. Me quedé con Thomas. Siempre Thomas.

«¿Confías en mí?», me preguntó el miércoles por la noche al entregarme los guantes.

Solo que ¿para qué necesitaba yo guantes? ¿Y por qué dije que sí?

Estoy enfadada con él, pienso. Por prender fuego a nuestra casa, por desaparecer en mitad de la noche, por dejarme con tantas preguntas sin respuestas.

«Corre», me advierte Vero en el fondo de mi cabeza. Y me consta que no se refiere al inminente encuentro con mi madre. Se refiere a Thomas.

Las diez y cuarto. El sonido del motor de un coche rompe el insoportable silencio. Salgo disparada de la cama, permanezco atenta al ruido del vehículo que se aproxima, al crujido de las ruedas al entrar en el aparcamiento. Instintivamente, voy hacia la puerta. Tessa me mira con gesto severo y me ordena que vuelva a sentarme. Me fijo en que se ha llevado la mano a la cadera, como para sacar una pistola, y el nerviosismo oficialmente me supera.

Echo a correr hacia el baño para vomitar. Al salir, oigo voces en el pasillo, y a continuación el sonido de una llave en una cerradura. La puerta de la habitación de al lado. Lo tenían planeado. Tessa ha reservado nuestra habitación; después, con otra identidad, la contigua.

Nada que nos vincule con el departamento del sheriff, donde los periodistas deben de estar al acecho. Ningún indicio de mi presencia. Ni de la

de Marlene Bilek.

En ese momento, sin el repentino estruendo de furgones de medios de comunicación en el aparcamiento, sin el repentino estrépito de fotógrafos por el pasillo, sin que nada altere la tranquilidad habitual de la temporada baja en el hotel de precio medio...

La puerta que comunica las habitaciones se abre lentamente. El sargento detective Wyatt Foster entra en la habitación.

A continuación...

Marlene Bilek aparece frente a mí.

No hablamos enseguida. Es uno de esos momentos... ¿Qué vas a decir? En vez de eso, nos quedamos de pie observándonos fijamente, empapándonos. Yo tengo en la mano su colcha. Ella posa la mirada en ella; entonces sonrío.

—Sabía que esa colcha iba adonde tenía que estar —susurra.

Estoy llorando. Las lágrimas me resbalan a raudales por la cara. No puedo parar; no puedo moverme; ni siquiera puedo enjugármelas. Me quedo inmóvil sin más, mirando fijamente a esta mujer, con las mejillas empapadas.

No todo es como yo esperaba. La mujer que yo había imaginado a lo largo de todos estos años era una madre de veintitantos años, un poco perdida, un poco resignada a su destino incluso antes de que le arrebataran a su adorada hija. La imaginaba con un aire más suave, con el cuerpo más rollizo, al estilo de una madre que reconforta. Esta mujer, por el contrario, tiene el semblante demacrado, sus facciones reflejan años de decisiones duras. Tessa había mencionado que le había dado la patada al maltratador de su ex, que había dejado de beber, que había dado un vuelco a su vida.

Todavía despide un inconfundible aire de tristeza. Una mujer que ha perdido mucho y que tiene presente que jamás lo recuperará.

—¿Por qué no..., hum, nos sentamos? —sugiere Wyatt. Señala hacia las dos camas—. Pónganse cómodas.

Tessa y él se cruzan la mirada. Tessa tiene el iPhone a mano. Caigo en la cuenta de que nos va a grabar. Porque, claro, incluso esta reunión «privada» sigue sometida a un gran escrutinio.

Marlene entra en la habitación despacio. Lleva puesto el uniforme rojo oscuro de la tienda de licores, pues esa es la estratagema que habían urdido para despistar a la prensa. Pero me sorprende que no se haya cambiado de

ropa, que no se haya puesto algo más personal para el reencuentro con su hija perdida hace tanto tiempo. Me descoloca más si cabe. Busco a mi madre y prácticamente solo veo a la cajera de la tienda de licores estatal Marlene Bilek.

Tomo asiento en el borde de la cama más próxima a la puerta. Ella toma asiento en la otra, enfrente de mí. Wyatt y Tessa se apartan hacia la pequeña mesa redonda que ocupa un rincón de la habitación, procurando darnos privacidad, aunque su presencia sigue muy palpable en el ambiente.

—Tienes el pelo tal como lo recordaba —musita Marlene, escrutándome. Enderezo los hombros con timidez—. Una larga melena de ondas castañas. Una vez a la semana, solía bañarte en la pila de la cocina. Después, si hacía sol, nos sentábamos junto a una ventana y te cepillaba el pelo hasta que se te secaba. Tenías unos bucles preciosos, mucho más bonitos que los míos.

Se lleva la mano a sus cortos rizos castaños encanecidos como avergonzada. Trato de recordar exactamente cómo llevaba el pelo por aquel entonces: largo, corto, rizado, liso..., pero me quedo en blanco. La imagen de una madre; eso es lo que he conservado después de tantísimos años. No la de una mujer en concreto, sino un ideal abstracto.

—Sin embargo, es curioso —comenta ahora Marlene—. De pequeña tenías los ojos mucho más grises. Ahora tiran más a azules. Supongo que suele pasar eso con algunos críos. El hijo de una amiga mía era rubio hasta los ocho o nueve años. Ahora es moreno.

—Tienes otra hija —me oigo decir a mí misma. ¿Lo he dicho en tono acusatorio? Seguramente no era mi intención.

—¿Te refieres a Hannah? —Marlene flaquea de nuevo. Baja la vista a la moqueta—. Es de pelo castaño, de ojos grises, como tú entonces. En el mismísimo instante en que nació, casi me da un síncope. Es Vero, pensé. ¡Dios mío, he recuperado a mi hija!

»Me costó lo mío dejar que Hannah fuese ella misma. Porque solo existe una Vero. Señor, te he echado tanto de menos, hija.

Se levanta súbitamente de la otra cama. Me pilla desprevenida. No me da tiempo a levantar las manos. Me estrecha entre sus brazos con fuerza.

Me está abrazando, pienso, casi perpleja. Soy yo, abrazada por mi madre.

Debería extender los brazos. Debería corresponderle al abrazo. Debería anunciarle: «Mamá, ya estoy aquí».

Pero soy incapaz de moverme. Soy incapaz de pronunciar palabra.

Tengo demasiado presente a Vero, en los confines de mi cabeza, riéndose histérica.

—Haces colchas —digo finalmente, al cabo de dos, tres, diez minutos. La mía yace a mi lado sobre la cama, una cosa más con la que de repente no sé qué hacer.

—Comencé hace veinte años —explica Marlene. A diferencia de mi mirada huidiza, ella mantiene los ojos clavados en mi cara, como fascinada—. Yo, hum... —Respira hondo—. Los años que sucedieron a tu desaparición fueron tiempos muy, muy oscuros. Y, Señor, yo pensaba que ya había vivido tiempos oscuros. Siento haberte llevado al parque aquel día. Siento haberme quedado dormida. Lo siento, lo siento, lo siento.

—Habías bebido. —Mi tono es más severo de lo que esperaba. No lo suavizo—. Estabas borracha.

—Lo siento. —Ella pronuncia las palabras de manera automática, las sílabas casi gastadas tras treinta años de repetición.

»En cuanto fui consciente de que no te podía encontrar —dice—. Cuando me pateé todo el parque, llamándote sin cesar, y aun así no venías..., lo supe. Supe en el acto que lo peor había ocurrido.

—Vero solo quería jugar a las muñecas —murmuro.

Hablo en tercera persona. No puedo evitarlo. No se me ocurre ninguna otra manera de narrar la historia. Durante muchísimos años, Vero ha sido una niña pequeña en mi cabeza, proclive a desprenderse de la piel en momentos de angustia. A sabiendas de que ella soy yo, o de que yo soy ella... Es demasiado surrealista. Vero es Vero. Yo soy una mera guardiana. Yo sé cosas porque ella me las cuenta. Una manera de desvincularme del horror, supongo, una excentricidad para sobrellevarlo. Pero ha funcionado desde hace tanto tiempo que ahora no puedo deshacerlo por arte de magia. Hasta sentarme cara a cara con esta mujer —con mi madre, me repito a mí misma— me resulta raro. Ella es la madre de Vero, pienso. Siempre he querido conocerla. Pero mi madre...

Sencillamente, no estoy preparada para eso.

—Vero siguió a la chica fuera del parque —continúo—. Pero Madame estaba esperándola. Un pinchazo con la aguja, un empujón para meterla en el coche. Para cuando la echaste en falta, Vero ya se había marchado.

Marlene clava los dedos en el borde del colchón. Pero asiente. No le estoy contando nada que no se le haya pasado por la cabeza a lo largo de los años.

—Hice todo lo que pude por encontrarte —me asegura. Si mi uso de la tercera persona le molesta, no da muestras de ello—. Respondí a todas las preguntas de la policía, fui de casa en casa por el barrio. Estaba segura de que solo era cuestión de tiempo. Que te encontrarían deambulando por las calles. Quizá habías seguido a un perro errante o a una furgoneta de helados, ¿quién podía saberlo? Pero la policía estaba en ello; toda la gente de la ciudad se volcó en la búsqueda. Eras mía, pero, a raíz de tu desaparición, te convertiste en algo de todos. Solo que ni por esas pudimos traerte a casa.

—Madame Sade se llevó a Vero a una casa —le digo—. A una bonita mansión donde instaló a Vero en una habitación digna de una princesa. Una cama mullida, un precioso mural con un rosal pintado a mano. Un juego de té de porcelana para ella sola.

—Durante los primeros días, no bebí ni una gota —murmura Marlene—. Estuve sobria. Completamente sobria por primera vez en diez años. Sin dormir, sin beber, sin comer. Esperé. Esperé, esperé, esperé, porque el teléfono sonaría en cualquier momento, y sería la policía para devolverte a casa.

—Madame le dio a Vero ropa nueva, y luego se la quitó porque Vero no dejaba de llorar. Madame dejó a Vero sola en esa enorme y fría habitación durante días y días. No durmió en la cama. En vez de eso, Vero se metía en el armario. Se acurrucaba desnuda en el suelo y lloraba por ti.

—Ronnie me pegó la primera noche —susurra Marlene, con los ojos clavados en los míos—. Me llamó zorra estúpida por haberte perdido. Luego, la segunda noche, me pegó porque no dejaba de llorar. Luego la tercera y la cuarta. La quinta noche, el agente que se presentó allí para ponerme al corriente de tu caso acabó llevándome a urgencias. Tuvieron que encajarme la mandíbula. Ese agente, Hank, me dijo que no volviera a ese apartamento bajo ningún concepto. Que el primer paso para salvar a mi hija, me dijo, era salvarme a mí misma.

—Había clases. Madame Sade venía todas las tardes. «Las niñas no pueden permitirse el lujo de ser estúpidas», dijo. Así que Vero aprendió a leer y matemáticas y geografía e historia. Luego hubo clases de baile y moda y maquillaje y peluquería. Le dijo a Vero que ahora era su madre. Que eran una familia. Que siempre viviría en esa preciosa casa; que lo único que tenía que

hacer era obedecer. Entonces madame Sade se marchaba de nuevo y dejaba sola a Vero. Todas las mañanas, todas las noches. Horas y horas y horas, noches enteras, completamente sola.

»Vero quería ser valiente —susurro—. Pero el aislamiento... Cada vez le costaba más recordar quién era. Y cada vez le costaba menos ser lo que a Madame se le antojase que fuera. Especialmente cuando cumplió doce años y llegó el primer hombre. Cuando terminó, no lloró. Vero sencillamente lo puso a buen recaudo, como algo que le había ocurrido a otra persona, y lo encerró en un rincón de su mente. A la auténtica Vero no podían haberle hecho nada de eso, porque la auténtica Vero era una princesa de un reino secreto, cuya madre era una reina maga que había hecho la promesa de mantenerla a salvo de la malvada bruja.

Me quedo mirando a Marlene.

—Vero se inventaba historias. O a lo mejor hacía lo posible por recordar su historia. Resulta muy difícil ser tú misma en la casa de muñecas.

Marlene es incapaz de seguir mirándome. No estoy segura de si la culpo.

—Volví con Ronnie —continúa ella ahora, pues se trata de un testimonio tan suyo como mío y, al cabo de treinta años, hay mucho que confesar—. En el mismo instante en que me soltaron, por supuesto que regresé. No sabía cómo apañármelas sola. Yo era una niña necia, ya embarazada cuando nos conocimos. No podía ganarme mi propio sustento, jamás había conseguido conservar un empleo. Ronnie se ocupaba de mí. Y aunque tuviera genio, bebiera demasiado a veces, me golpeará demasiado fuerte, en fin, al menos me daba un techo.

»Pero, a raíz de tu desaparición, las cosas empeoraron. La sexta vez que me atendieron en urgencias, el agente que acudió al aviso, Hank, dijo que ya estaba bien. Que me llevaba a su casa. Él se fue a dormir al sofá. Me dejó la cama. Pero, a cambio de eso, nada de empinar el codo, nada de llantos, nada de querer morirme. Ya le resultaba demasiado duro, al cabo de un año, saber que le había fallado a una niña pequeña a la que no había llegado a conocer. Ni en broma iba a fallarle también a su madre.

—Las niñas crecen. Incluso una hermosa princesa... —Hago una mueca, vislumbro un retazo de recuerdo entre las telarañas de mi mente. «Él ya no te quiere; ¿y ahora de qué me sirves?». Madame Sade se había enfadado. Más te valía que no se enfadase. No podías permitirte el lujo de que se enfadase.

Me estremezco, hago un esfuerzo por apartar el recuerdo de mi mente.

Cuando retomo el hilo, la imagen se ha desvanecido, está a buen recaudo, y añadido en tono prosaico:

—Vero se mudó abajo. Con una compañera de cuarto, Chelsea, una niña que le llevaba varios años. Chelsea también era de pelo oscuro, de ojos azules, porque así lo prefería el mejor cliente de Madame. Vero estaba contenta de compartir habitación, pensando que, finalmente, dejaría de estar sola. Pero Chelsea la odió nada más verla. A ella nadie la había querido jamás como a Vero. La madre de Chelsea la había vendido a madame Sade por un chute rápido. Al menos en la casa de muñecas había sido la favorita, vivía en la coqueta habitación de la torre. Hasta la llegada de Vero, claro está. Entonces Chelsea hizo jirones la ropa de Vero, le echó a perder el maquillaje.

»Obligó a Vero a dormir sobre una alfombra en el suelo. Le dijo a Vero que no era más que la mascota de madame Sade. Solo que madame Sade no tardaba en deshacerse de sus mascotas. Más pronto que tarde, le dijo a Vero, vendrían a por ella. La única manera de salir de la casa de muñecas era la muerte, y a Vero se le acababa el tiempo.

—Lo peor siempre eran las noches —dice Marlene—. Ver la puesta de sol, tener la constancia de que había pasado otro día y de que aún no sabía dónde estaba mi pequeña. Quería beber. Todo el rato. En lugar de ello, soñaba contigo. Me sentaba en el sofá de Hank y me ponía a recordar tu primer cumpleaños, el segundo, el tercero. Luego, al cabo del tiempo, imaginaba tu séptimo cumpleaños, el octavo, el noveno. Pero para el décimo cumpleaños, preparé una tarta de vainilla cubierta de azúcar glas de color azul porque ya eras mayor, y no tenía más remedio que creer que estabas creciendo. Tenía que creer que te encontrabas bien.

—Vero dormía en la alfombra. Hacía lo posible por no disgustar a Chelsea. Y, cada noche, se contaba cuentos a sí misma en voz baja. Sobre el reino secreto y la reina maga y la malvada bruja. Solo que, una noche, descubrió que Chelsea la estaba escuchando. Así que Vero contó otra historia, sobre un armario que servía de portal entre los mundos y, si lograba encontrar la puerta apropiada, podría escapar. Chelsea siguió escuchando. —Cierro los ojos y, por un momento, veo la escena con nitidez. A dos niñas, ambas de pelo oscuro, acurrucadas con las cabezas pegadas la una a la otra. Un recuerdo feliz, como el césped recién cortado. Un momento en el que me sentí prácticamente como en casa en la casa de muñecas. Me oigo a mí misma susurrar—: Vero dejó de dormir en la alfombra. Ocupó la cama, justo

al lado de Chelsea, y comenzaron a charlar y a confesarse secretos mutuamente y a intercambiar sueños. Se hicieron hermanas. Y Vero dejó de sentirse sola.

Estoy llorando, lágrimas lentas y silenciosas. ¿Por qué lloro? Entonces vuelvo a ver a Vero, dando vueltas sobre esa espantosa alfombra azul, con la aguja en la mano, el reguero de marcas en su brazo. Una presión insoportable me atenaza el pecho.

Marlene me coge de la mano. Noto sus trémulos dedos entre los míos. Infundiéndome valor. Haciendo acopio de valor ella misma. Estamos en esto juntas.

Ella toma la palabra:

—Un día, recaí. De buenas a primeras. Estaba dando un paseo y al pasar por una tienda de licores... entré. Compré una botella de whisky. Luego me fui a casa de Hank y me la trinqué entera. Cuando finalmente recobré el conocimiento en la sala de urgencias, Hank estaba hecho polvo. Me hizo jurar que jamás volvería a hacerlo. Me... me dijo que me quería. Me pidió que me casara con él. Pero con una condición: tenía que mantenerme sobria durante todo un año. Tenía que recuperar las ganas de vivir, me dijo, porque, de lo contrario, le rompería el corazón.

—Las cosas empezaron a cambiar en la casa de muñecas. —Me he internado de nuevo en mi cabeza, camino por el sombrío pasillo, cada vez más cerca de «Prohibido el paso, prohibido el paso, ¡¡¡PROHIBIDO EL PASO!!!»—. Ya no llegaron más bellezas más jóvenes y nuevas a la casa. El entretenimiento cada vez era menos frecuente, madame Sade cada vez se desesperaba más. Necesitaba dinero. «¿Acaso creéis que esta casa se mantiene sola?», decía. Con todo lo que comíamos y la ropa que necesitábamos. No éramos más que unas desagradecidas; no le extrañaba que nadie quisiera jugar con nosotras ya. Nos drogó. La primera vez, entró en la habitación tan campante y nos clavó la aguja. Yo pensaba que había llegado el final; que nos sedaría de nuevo, solo que esta vez nos llevaría al bosque y dejaría allí nuestros cuerpos hasta que se descompusieran. La única salida de la casa de muñecas, ¿no?

»Pero no era un sedante. En vez de eso, era... la sensación de fundirse, de flotar, el éxtasis. Nos reíamos tontamente; sonreíamos; bailábamos. Y en cuestión de semanas, haríamos lo que se le antojase a Madame, fiestas,

cháchara, entretenimiento, júbilo, más hombres, un montón de hombres, lo que se le antojase, siempre y cuando nos siguiera proporcionando la felicidad. —Hago una pausa y me viene a la cabeza lo que llevo recordando a medias desde hace mucho tiempo: “Vero aprendió a volar”.

—Una de las cosas que hice para mantenerme sobria fue empezar a hacer colchas —dice Marlene—. Por la mañana, acudía a las mercerías, me hacía con retales de telas. Elegía el gris de tus ojos, o el tono castaño de tu pelo, o el rosa de tu primer vestido. Cosía mi pena en las colchas y, de buenas a primeras, la gente empezó a preguntar si las vendía. Así que se convirtió en mi primer trabajo, el primer dólar que gané honradamente, vendiéndole una colcha a mi vecina. Más tarde, Hank me explicó cómo vender en internet. Después supe que estaba embarazada.

—La vida en la casa de muñecas... se desmoronó. Se palpaba en el ambiente. En las habitaciones se respiraba más tensión. Madame Sade se volvió más irritable, más crispada. Y nosotras... nos cansamos. Ya no charlábamos, no nos acurrucábamos juntas ni nos contábamos historias para consolarnos la una a la otra. Estábamos hasta arriba, de subidón total, o bien nos quedábamos groguis cuando estábamos por los suelos, de bajón total. A la hora de las comidas el ambiente se volvió más tenso. Mirando a las dos niñas mayores que se sentaban al otro lado de la mesa. La hostilidad. El amedrentamiento. *La certidumbre*. Vero y Chelsea saben que tienen que escapar. Pero ¿cómo?

—Formé una familia —susurra Marlene. Parece avergonzada por haber rehecho su vida por fin precisamente mientras su hija se encontraba al borde del abismo—. Me casé con Hank. Di a luz a una preciosa niña. Conseguí un empleo como Dios manda en la tienda de licores. Y no he probado una gota de alcohol en veinte años. Siento muchísimo no haberme rehabilitado antes. Siento muchísimo no haber aprendido la lección antes. Si pudiera retroceder en el tiempo, si pudiera enmendar lo que hice...

—Fallaste a Vero.

—Lo siento...

—Pero lo que yo hice fue peor.

No habla; los dedos le tiemblan entre los míos.

He llegado al final del pasillo de mi mente, a la puerta más grande de mis bancos de memoria. La que tiene un cartel donde se lee claramente: «Prohibido el paso». Pero tengo la mano en el pomo y voy a hacerlo. No

tengo más remedio. Justo ahora, en este instante. No hay vuelta atrás.

—Dejé de chutarme. Poquito a poco, día a día, fui disminuyendo las dosis, guardándolas. Era incapaz de seguir así. La vida, el lento deterioro. Teníamos que huir. A lo mejor, si pudiera pensar con claridad.

»Metí los viales en un agujero en mi colchón, donde madame Sade no los encontraría. Mi compañera de habitación me vio hacerlo, pero me daba igual. Ella y yo estábamos juntas en esto. Éramos hermanas. Traté de que lo dejara también, pero a ella le costaba más. Ya estaba cansada por aquel entonces, más cansada que yo si cabe. “Aun cuando consiguiéramos huir, ¿adónde iríamos?”, decía.

»Traté de... —Se me quiebra la voz. Ahora estoy girando el pomo. Observo cómo se desliza la puerta, veo el oscuro abismo que se abre ante mí.

»Yo lo sabía —digo en tono monocorde, sin mirar a nadie, con la vista clavada en la imagen de las manos de esta mujer entrelazadas con las mías—. Lo negaba en mi fuero interno, pero yo sabía lo que ella iba a hacer.

—Lo siento —susurra Marlene, como si intuyera lo que viene a continuación.

—Cogió el alijo. Hasta el último vial. Una tarde que yo estaba abajo, en la cocina, que me tocaba cocinar. Para cuando regresé ya estaba muerta, tirada en la alfombra. No sabía qué hacer. —*Chillando, rogando, suplicando. No me abandones, no me abandones, no me abandones. No puedo con esto yo sola*—. Madame vino. Jamás habíamos tenido un incidente así. Ella estaba fuera de sí, furiosa. Dijo que ya no tenía remedio. Que sencillamente había que esperar a que oscureciera para que el guarda se ocupara del cuerpo. Luego la dejó allí. Sin más. Y me quedé completamente sola en la habitación con el cadáver de mi mejor amiga.

»Le cepillé el pelo, sus largos bucles oscuros, tan parecidos a los míos. Le cerré los ojos, de un azul claro como los míos. Y entonces... supe lo que tenía que hacer.

Marlene sigue apretándome la mano, alentándome a terminar. Los polis, Tessa y Wyatt, se han levantado de la mesa del rincón y están ahí de pie expectantes, conteniendo la respiración.

Me obligo a alzar la mirada. Me obligo a mirarles directamente a los ojos al decir lo que tengo que decir a continuación.

—Cambié mi ropa por la de Chelsea. Conseguí subirla a la cama con sumo esfuerzo, la tapé. Después ocupé su sitio sobre la alfombra. —*Mojada de*

vómito, de orina pestilente—. Me hice un ovillo. Me ordené a mí misma no moverme.

»En un momento dado, la puerta se abrió. Las pisadas anunciaron la llegada del guarda. Yo no veía, solo oía, mientras él me levantaba y cargaba conmigo a la espalda. Pun, pun, pun, escaleras abajo, su hombro hundiéndose en mi estómago. Voy a vomitar. No puedo vomitar. Ya estoy muerta.

»Fuera, se adentra en la espesura, dando grandes y pesadas zancadas para salvar piedras y raíces de árboles. Está lloviendo. Lo noto a través de la alfombra. Una noche oscura y tormentosa. Perfecta para cavar una tumba. Al poco, se detiene. Me deja caer al suelo. Quiero chillar. Pero no lo hago. Ya estoy muerta.

»Entonces, de repente, me levanta del suelo. Me arroja al hoyo. Sin más. Sin despedida de madame Sade, sin últimas palabras por parte de la supuesta familia. Simplemente... Paf. Soy escoria y desaparezco. A continuación, por supuesto, coge la pala y comienza a cubrir la sepultura.

Marlene me aprieta con tanta fuerza las manos que se nos han puesto blancos los nudillos. He perdido toda la sensibilidad en la yema de los dedos. Pero no me echo atrás. La miro fijamente y, en ese preciso instante, caigo en la cuenta de la tremenda rabia que siento. Porque la Vero de seis años creía en ella, el poder de los abrazos de una madre. La Vero de seis años había luchado por ser valiente por ella, el amor infinito de una madre. Solo que la Vero de seis años por nada del mundo debería haber estado en aquella casa.

Reparo en ello por primera vez. Yo no debería haber tenido que salvar a Vero. Esta mujer, la madre de Vero..., era *su* obligación.

—La tierra pesa —le digo ahora, en tono áspero, cortante, desabrido—. Está húmeda y es densa. No puedo mover las piernas. No puedo mover los brazos. Estoy atrapada. Aprisionada. Me asfixio. Realmente ha llegado mi hora.

—Lo siento —susurra Marlene.

—Justo cuando pienso que he llegado al límite, el peso se estabiliza. El guarda se marcha. Ha concluido la tarea. Ahora comienza la mía. Me retuerzo, forcejeo, empujo y tiro. Lucho, lucho, lucho por salir de la tumba. Emerjo de la tierra en plena tormenta, dando boqueadas, pugnando por aire y cubierta de barro. Vuelvo de entre los muertos.

Un rayo quiebra el cielo. La sensación de la lluvia sobre mi cabeza. Y el aire, puro, bendito aire, que inhalo en mis pulmones una y otra vez. Río,

lloro, después me hago un ovillo y me vengo abajo por completo. Porque estoy viva. Y todo a costa de mi mejor amiga, mi única amiga. La hermana de mi corazón.

Suelto las manos de Marlene. Súbita, bruscamente, me zafo de ella.

—Yo sabía lo que iba a pasar.

Ella no sabe qué decir. Wyatt, de pie al lado de la mesa, da un paso al frente, como pensando que debería intervenir.

—Yo sabía que se tomaría una sobredosis. Estaba cansada, deprimida. Era una adicta, incapaz de contenerse. Y aun así dejé que viera dónde tenía escondido mi alijo.

—Cariño —comienza a decir Marlene.

—¡Calla! Tú eras consciente de los peligros que acechaban en un parque. Tú eras consciente de lo que podía ocurrirles a los niños desatendidos. Aun así, bebiste y llevaste allí a Vero.

Ella se echa hacia atrás, se queda callada.

Estoy desatada. La cabeza me estalla, pero lo peor es que se me rompe el corazón. He permitido que el recuerdo aflore, y ahora revivo ese día sin cesar.

—Igual que yo sabía perfectamente que, si escondía la droga, ella podría consumirla. La única salida de la casa de muñecas, y ella no aguantaba más. Me constaba. Y a pesar de ello lo hice. Porque su muerte me brindaba la mejor oportunidad de liberarme.

—Vero... —Marlene lo intenta de nuevo. Me zafo de su mano.

—¡Yo no soy Vero! ¿Es que no lo entiendes? Ella no está aquí. Ella no es más que un fantasma dentro de mi cabeza. Ella es un pasado que sigo intentando salvar, un error que sigo intentando asumir. No lo sé; no le encuentro del todo explicación. Quería verte, pero no quería hablar contigo bajo ningún concepto, porque soy incapaz de hacer esto. Soy incapaz de... volver atrás. Soy incapaz de... —No encuentro las palabras; no sé lo que estoy intentando decir. Doy dos pasos al frente, hurgo debajo de la almohada y cojo la foto que encontré en la chaqueta de Thomas—. Toma. —Prácticamente se la tiro—. ¿No quieres a tu pequeña? Esto es lo único que queda.

Marlene coge la foto. Se la acerca y acto seguido frunce el ceño.

—¿Quién es esta?

—Vero. Quién va a ser. Cómo no vas a reconocerla...

—No, no es Vero.

—¿Qué? —Esta vez soy yo la que no da crédito. Parpadeo, me froto las sienes. Recordar finalmente lo que en su momento luché tanto por olvidar me ha herido. Sé que estoy desorientada; sé que no rijo al cien por cien. Pero, aun así...

»Es Vero —insisto—. La foto se hizo en la casa de muñecas. La encontré en el bolsillo de Thomas. —Digo la última frase sin pensar. Wyatt y Tessa han salvado el espacio que nos separaba y ahora están examinando atentamente la foto.

—No, no es ella —insiste Marlene—. Entiendo que esta foto se hizo después, pero esta niña no es Vero.

—¿Está segura? —pregunta Wyatt a Marlene—. Es una fotografía antigua, no tiene buena resolución, pero el pelo, los ojos...

—Fíjese en el antebrazo izquierdo —le indica Marlene—. No tiene ninguna cicatriz.

—¿Qué cicatriz? —Yo, de nuevo, con un extraño timbre agudo en la voz. De repente...

Vero está de nuevo en mi mente. La reluciente calavera blanca de Vero me sonrío con una mueca. Vero, que siempre me ha parecido ajena a mí.

«Espera y verás —susurra—. Uno, dos...».

—Vero tiene una cicatriz —afirma Marlene—. De..., hum, un accidente, cuando tenía tres años. Ella estaba simulando que era un avión. Ella..., hum, se dio un golpe con la mesa de centro.

Solo que así no es como lo cuenta Vero. En la versión de Vero, que contaba noche tras noche a su compañera de habitación, Chelsea, el malvado caballero, Ronnie, lanzó por los aires a la princesa. La estampó contra la mesa. «¿Conque tienes ganas de llorar, mierdecilla? Te voy a dar motivos para llorar...».

Marlene se vuelve hacia mí ahora. En tiempo real. En la vida real. No en un recuerdo para olvidar.

—Enséñaselo —me ordena—. El brazo izquierdo. La cicatriz.

Me muevo a cámara lenta. Levanto el brazo izquierdo. Me subo la manga larga.

Dejo al descubierto lo que me consta que habrá ahí: una larga y pálida zona de piel sin la menor mácula.

Por fin soy consciente de ello, el último secreto que queda en esa caja negra destapada de la memoria. El detalle que oculté incluso a mí misma,

porque, por muchos años que hubieran pasado, no me veía capaz de afrontarlo. Vero vive dentro de mi cabeza, no porque sea una versión disociada de mi pasado. Vero vive dentro de mi cabeza porque soy yo quien la mató.

Entretanto, Marlene dice con un grito ahogado:

—Tú *no* eres mi hija.

Y Vero, triunfante como siempre, exclama a voz en grito: «¡Sorpresa!».

Quién eres? —Marlene Bilek tenía agarrada a Nicky por la muñeca, apretando con fuerza. Nicky, frente a la mujer mayor, hizo una mueca de dolor, claramente inquieta—. Sabes cosas. ¿Cómo vas a saber semejantes cosas? ¿Qué le hiciste a mi hija?

—Señora, por favor. —Wyatt se interpuso rápidamente entre las dos mujeres. Tuvo que obligar a Marlene a soltar de la muñeca a Nicky.

La mujer se volvió hacia él.

—¿Qué clase de juego perverso es este? Me dijo que había encontrado a mi hija. ¡Dijo que tenía pruebas!

—Tenemos huellas dactilares, señora Bilek. Huellas dactilares que coinciden con las de su hija...

—¡Pero ella no es Vero! No tiene la cicatriz. Vero tiene una cicatriz...

—Vale, vale. Que todo el mundo respire hondo. Vamos a hacer una breve pausa.

Wyatt condujo a Marlene a un lado de la habitación, y a Nicky al otro. Marlene tenía la mirada enloquecida, por el sufrimiento, la rabia, la traición. Nicky parecía simplemente perpleja. Y ya se había puesto a frotarse las sienes, señal de una inminente migraña. Al propio Wyatt le atenazaba un tremendo dolor de cabeza, y eso que no había sufrido tres conmociones cerebrales.

Tessa se ocupó de Nicky; ayudó a la mujer a sentarse en una de las sillas de madera que había a un lado de la habitación, mientras Wyatt se encargaba de hacer lo mismo con Marlene Bilek al otro lado. Tessa sacó botellines de agua fría del minibar. Le tendió uno primero a Nicky, y después a Marlene.

Ambas bebieron un buen trago.

Wyatt aprovechó el intervalo para recobrar la compostura. Le resultaba inquietante observar a las dos mujeres, sentadas en una habitación de hotel, no solo por el tono similar de su tez, sino por cómo se movían, por su porte. Bien podría decirse que fueran madre e hija.

Solo que, según Marlene Bilek, era imposible.

—Comencemos por el principio —dijo él, pasados unos instantes. Se dirigió a Marlene—. Dice que Veronica tiene una cicatriz.

—En la cara interna del antebrazo izquierdo. Justo bajo el codo. De cinco a siete centímetros. Se la hizo con la mesa de centro.

—Ronnie la estampó contra la mesa —repitió Nicky como en una salmodia—. La cogió en volandas. Vero no era más que una cría, y la lanzó contra la mesa de madera como si fuera una piltrafa. La mesa se rompió. Una de las patas le perforó el brazo.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Marlene en tono apremiante.

—Vero quiere volar —susurró Nicky—. Ella solo quería volar. ¿Cómo pudiste quedarte con él? ¿Cómo pudiste permitir que sufriera de esa manera?

Marlene palideció. No replicó.

—¿Está segura de lo de la cicatriz? —preguntó Wyatt de nuevo. No pudo contenerse. Era imposible que Vero tuviese una cicatriz. Porque, de ser cierto, nada tenía sentido.

—Consulte el parte de personas desaparecidas —contestó Marlene en tono cortante—. Figura en la relación de marcas identificativas.

Tessa hizo los honores. Sacó la copia del informe del maletín del ordenador y le echó una ojeada. Al levantar la vista, Wyatt leyó la respuesta en sus ojos. Ella asintió con la cabeza para confirmar que, efectivamente, habían rebasado el límite de la cordura.

Él se volvió hacia Nicky.

—¿Quién es usted?

—Estoy perdida. Nadie me ha querido jamás, ni siquiera antes de la casa de muñecas. Nadie me ha querido jamás, ni siquiera antes de la casa de muñecas.

—Es Chelsea. —Wyatt encajó las piezas—. Es la compañera de habitación. —Pensó que había dado en el clavo—: La que mató a Vero con el fin de escapar.

—Solo que me he pasado los últimos veintidós años tratando de salvarla.

Wyatt lanzó una mirada a Tessa. Ella había procurado advertirle de que

irremediamente había algún motivo por el que Nicky había enterrado su pasado. Esto a él le parecía un motivo de peso.

—Chelsea...

—Nicky.

—Nicky. ¿Murió Vero aquella noche?

—Solo hay una manera de salir de la casa de muñecas.

—¿Está segura? —preguntó él con delicadeza, consciente de cómo Marlene Bilek había contenido la respiración.

Nicky no respondió. Su expresión angustiada era prueba suficiente.

—¿Entonces cómo llegaron sus huellas dactilares a su coche?

—¡Ella no murió! —exclamó a viva voz Marlene inmediatamente, inclinándose hacia delante—. ¡Estaba contigo! Has visto a mi hija. Sabes dónde está.

Wyatt se volvió hacia Nicky. Tenía el ceño fruncido, se estaba frotando la frente de nuevo.

—Chsss. Por favor... Chsss...

—¿Se encuentra bien? —le preguntó él con cautela.

—Se está burlando de mí. No aguanto cuando se pone así. Ojalá se vistiera. O al menos tuviera piel.

Wyatt y Tessa se cruzaron otra mirada.

—Nicky —le dijo él en tono enérgico—. Miércoles por la noche. Se encuentra en su coche. Va de camino a la tienda de licores de New Hampshire. Va en busca de Marlene Bilek, la madre de Vero, con la que había perdido el contacto hacía tiempo. ¿Quién la acompaña?

Nicky abrió los ojos. Parecía afligida, pero no confusa.

—Me acompaña Vero. Siempre está conmigo. Pero no como usted piensa.

—Usted la está buscando.

—Siempre.

—Quiere mantenerla a salvo. Le falló en una ocasión, y ahora está atrapada tratando de enmendarlo.

—¡Sí!

—Nicky. —Wyatt la cogió de la mano, la sostuvo en la suya. Ella tenía los dedos helados, en marcado contraste con las gotas de sudor que se le estaban formando en la frente. Él se dio cuenta de que se les agotaba el tiempo. Al margen de sus preocupaciones por el resto del caso, no había duda de que las conmociones de Nicky eran reales, y el estrés de la situación estaba haciendo

mella en ella. En el momento menos pensado la atenazaría una migraña, y se acabó—. De una vez por todas, ¿consiguió salir Veronica Sellers, su amiga, su compañera de cuarto, de la casa de muñecas?

—Vero aprendió a volar.

—La droga, se tomó una sobredosis.

Nicky lo miró fijamente. Lo miró fijamente, lo miró fijamente, lo miró fijamente. Y por fin lo entendió Wyatt. No se trataba de que no pudiera admitir los hechos ante la policía. Se trataba de que no podía admitirlos ante sí misma. Chelsea, una niña a la que no habían querido antes de llegar a la casa de muñecas, pero que había encontrado una hermana allí.

—Sí —susurró ella. A continuación cerró los ojos, lo cual les vino bien a los dos, porque él no estaba seguro de poder soportar la pena que reflejaban.

—Nicky, tengo que hacerle otra pregunta.

Ella se tragó el nudo de la garganta.

—Las huellas dactilares, las que extrajimos de su coche... ¿Cómo llegaron allí?

—Tuvo que estar allí contigo —intervino Marlene en tono apremiante—. Mi hija. Estás mintiendo sobre su muerte. Ella iba contigo en el coche aquella noche.

Nicky negó con la cabeza.

—No, no es así.

—No —convino Wyatt—. Llevamos a una perra de búsqueda a la escena. Y según Annie, en el vehículo solo había un ocupante, la conductora que trepó hasta la carretera.

—¿Entonces cómo explicas las huellas dactilares? —presionó Tessa. Tenía el ceño fruncido. Él se sintió mejor sabiendo que esto le resultaba tan desconcertante a ella como a él—. Las huellas dactilares no pueden reproducirse. Son únicas. Incluso las de hermanos gemelos.

—Cierto. —Wyatt posó la mirada en las manos de Nicky. Habían extraído huellas del coche de Nicky, pero hasta esa tarde nunca se las habían tomado a la propia Nicky. La habían interrogado, se habían presentado en su casa, se la habían llevado a dar una vuelta en el coche, pero tomarle las huellas... No, nunca se les había ocurrido.

O sea, que en resumidas cuentas, habían hallado huellas dactilares de Veronica Sellers en el coche de Nicky Frank. Pero eso no quería decir que pertenecieran a Nicky Frank.

Un error garrafal, estúpido, de novato. Tenía que llamar a Kevin inmediatamente para que cotejara las huellas de Nicky que le habían tomado esa tarde con las huellas de Veronica Sellers de hacía treinta años.

—Nicky —le dijo—, esas huellas se quedaron impregnadas en sangre. Las vi con mis propios ojos. No eran huellas antiguas. Eran de esa noche. Impregnadas en sangre, en *su* sangre, sobre los asientos y el salpicadero de su vehículo.

—Vero quiere volar —susurró ella—. Y el coche salió volando, tan ingrávido. Noto su sonrisa. Noto que ríe conmigo.

—¿Qué ocurrió?

—Nada permanece ingrávido eternamente.

—¿Qué ocurrió?

—Lo difícil no es el vuelo; es la caída.

—¡Nicky! —exclamó él enérgicamente—. Míreme. Mire la foto. Esa foto *no* es de Vero. ¿Entiende? ¡Esa foto es suya! Suya. O sea, que independientemente de cómo llegara esa foto a manos de Thomas... Esto no tiene nada que ver con Vero. Siempre ha tenido que ver con *usted*.

—Se equivoca. —Nicky levantó la vista bruscamente, miró fijamente a los ojos a Marlene—. Sí tiene que ver con Vero. Bajo ningún concepto debió estar en la casa de muñecas. Bajo ningún concepto debió morir allí. Veintidós años después, sigue buscando venganza. Y todos nosotros lo pagaremos al final.

Wyatt acompañó a Marlene Bilek a la habitación contigua. Tras haber hecho su gran anuncio, Nicky se había desplomado sobre la cama más próxima. Marlene, por su parte, parecía haber superado su arranque de cólera y ahora parecía conmocionada.

Wyatt hizo que Marlene repasara los detalles de la descripción de Vero una vez más, pero no le aportó ninguna novedad. Su Vero tenía los ojos grises. Los de Nicky Frank eran azules. Y su Vero tenía una cicatriz en el antebrazo izquierdo. Sí, el accidente con la mesa de centro había ocurrido tal y como lo había relatado Nicky y, no, no se enorgullecía de ello, pero el hecho de que Nicky estuviera al tanto de los detalles no cambiaba nada. Puede que Nicky Frank estuviera al tanto de historias de la vida de Veronica Sellers, pero a pesar de ello no era la hija desaparecida de Marlene.

En cuanto a las huellas dactilares extraídas del vehículo de la mujer... Sencillamente no tenía sentido. Si Vero seguía con vida, ¿por qué no se había puesto en contacto con su familia? Y ya puestos, ¿por qué se había molestado Nicky en localizar a Marlene a través de Investigaciones Northledge? Y no era que Marlene hubiera recibido una sustanciosa herencia desde la desaparición de su hija. Ella pertenecía a una familia corriente de clase trabajadora, con lo cual hacerse pasar por la hija desaparecida de Marlene no le reportaba ningún beneficio económico.

—Está enferma —dijo Marlene por fin, aparentemente mostrando un atisbo de empatía tras reflexionar—. Y no me refiero únicamente a la insistencia con la que se frota la frente. Nicky, esa mujer..., está un poco loca, ¿verdad?

Wyatt vaciló, sin estar seguro de cómo responder a su pregunta.

—Sinceramente, creo que está confusa.

—Ella creía ser Vero —observó Marlene—. O sea, comprar la colcha, localizarme... Es como si realmente creyera que es mi hija.

—Da la impresión de que tiene un fuerte vínculo con Vero —señaló Wyatt tras una pausa, que era hasta donde alcanzaba a entender del asunto.

—¿Por qué?

Se mostró vacilante otra vez.

—Señora Bilek... Por muy trastornada que esté la mente de Nicky..., no creo que esté delirando. De hecho, sospecho que muchos de sus recuerdos son reales. Si ese es el caso...

Marlene se quedó callada.

—Cree que está diciendo la verdad sobre la casa de muñecas. Las historias que me contó al principio. Sucedieron de verdad. A Vero. Y a ella.

—Creo que averiguarlo es una deuda que tenemos con Nicky y Vero.

Ella levantó la vista hacia él.

—Mi hija murió allí. Esa niña, Chelsea, reunió fuerzas para dejar las drogas. Mientras que mi Vero... —Se le quebró la voz; tragó saliva con dificultad—. Por eso Chelsea no puede dejarla marchar. Aprovechó la muerte de mi hija para escapar, y desde entonces se siente culpable.

—No creo que debamos precipitarnos haciendo más conjeturas.

Wyatt cogió los bocetos que Tessa le había entregado antes.

—¿Reconoce esta casa? —Enseñó a Marlene Bilek el dibujo de la casa. La expresión de la mujer era indescifrable. Clavó los ojos en el dibujo con gesto

impertérrito.

—¿Este es el sitio? —Miró a Wyatt fugazmente—. Es grande. Es... señorial. Uno habría pensado que la gente que tuvo la suerte de vivir en una casa tan bonita era buena gente. Uno habría pensado que los niños, las crías, eran felices allí.

Wyatt continuó sujetando el dibujo. Tras unos instantes, ella negó con la cabeza.

Él pasó al boceto de madame Sade. Marlene se estremeció, una reacción muy similar a la de Wyatt la primera vez que lo vio. A continuación hizo algo inesperado. Alargó la mano y clavó el dedo en el boceto.

—¿Es esta la mujer que mató a mi niña?

Wyatt no dijo nada.

—Pasara lo que pasara, fue culpa suya. Ya ha oído lo que ha dicho Nicky, Chelsea. Esta mujer se llevó a Vero del parque. Esta mujer la encerró, no la dejó salir jamás. Esta mujer mató a mi pequeña.

—¿Le suena del parque?

—No.

—¿La había visto alguna vez? ¿En el edificio, por el barrio? —Porque Wyatt dudaba que una mujer como madame Sade raptase a niñas al azar. Estaba claro que buscaba un determinado perfil, sobre todo dado el parecido físico existente entre Vero y Chelsea. Tal vez incluso a petición de un cliente, lo cual exigiría indagaciones por su parte.

Pero Marlene negó con la cabeza.

—No.

—¿Está segura?

Ella lo miró con acritud.

—¿Acaso usted olvidaría a una mujer tan fría? Con solo mirarla se me revuelve el estómago.

A Wyatt se le ocurrió otra idea.

—¿Se fijó en alguno de los niños que había en el parque aquel día? —Hizo lo posible por describir a Thomas Frank en versión infantil, que no tenía más remedio que encajar en el rompecabezas de alguna manera. Pero Marlene negó con la cabeza una vez más.

—Ha pasado mucho tiempo, sargento. Y Nicky no ha mentado. Yo estaba borracha aquel día. No debería haber llevado a mi niña al parque. No debería haberme sentado en aquel banco. Fue culpa mía. Y pagué por ello, pagué el

mayor precio que puede pagar una madre.

Él cambió de táctica.

—¿Quién sabía lo de la cicatriz de Vero?

—Cualquiera que leyese el informe de personas desaparecidas, claro.

—¿Con eso se refiere al informe oficial de la policía? Porque no figura en ninguno de los carteles. Ahí solo aparecen su foto y los detalles básicos, altura, peso, edad.

—Cierto.

—¿Amistades y familiares? —le preguntó.

Ella hizo una mueca con aire avergonzado.

—La verdad es que no tenía. Solo estábamos Vero, Ronnie y yo.

—De modo que Ronnie estaba al tanto. ¿Le interrogó la policía alguna vez sobre la desaparición de Vero?

—Claro. Pero eso fue hace mucho tiempo, y él tenía una coartada: estaba trabajando cuando ella desapareció.

—Vale. —Pero Wyatt se puso a cavilar de nuevo. En lo tocante a la edad y a la descripción a grandes rasgos, Nicky Frank encajaba con la desaparecida Veronica Sellers. Si no fuera por la cicatriz, como señaló Marlene.

Lo cual despertó enormemente su curiosidad. Porque pocas personas tendrían conocimiento de ese detalle en particular. Ciertamente, el público no tenía acceso a los informes policiales. O sea, que si alguien quisiera que Nicky Frank se hiciera pasar por Veronica Sellers... Si llegara tan lejos como para, por ejemplo, dejar las huellas dactilares de una niña desaparecida en el coche de Nicky con el fin de salir impune de algo...

Pero ¿cómo? ¿Y por qué?

Thomas se reunió con Nicky aquella noche. Con su mujer, medio borracha, con una doble conmoción cerebral, sumamente alterada. Le dio los guantes. Puso el coche en punto muerto y lo empujó cuesta abajo en dirección a un barranco. ¿Se las habría ingeniado para dejar las huellas de alguna manera? ¿Porque quería que suplantase a Veronica Sellers? ¿O que muriera como la hija perdida hacía tiempo? Pero ¿por qué?

Una pala plegable, un par de guantes ensangrentados. ¿Qué demonios tramó aquella noche? ¿Y cuándo le encontraría algún sentido a este caso?

Wyatt le dio las gracias a Marlene por su tiempo. Hizo que la mujer le garantizara que no haría declaraciones a la prensa, y a continuación encargó a un ayudante que la llevara en coche a su casa.

En cuanto Marlene se marchó, Tessa apareció en el umbral de la puerta contigua. La habitación era idéntica a la de al lado; ella tomó asiento en la cama justo enfrente de él.

—Bien —dijo al fin—. La cosa no ha ido como estaba previsto.

—¿Te puedo hacer una pregunta? ¿Se puede manipular una huella dactilar?

—Más quisiera yo. —Lo dijo en tono seco. Él le lanzó una mirada, pero ella se limitó a sonreírle—. En teoría, supongo que sería posible. Extraerla de una superficie, tal vez con cinta adhesiva, y después intentar transferirla a otra. Pero... una huella latente no es más que una película microscópica de rugosidades y aceites naturales. Transferirla a una segunda superficie y conseguir reproducir la huella íntegra... suena a algo que podría funcionar mejor en una serie de televisión que en la vida real.

—¿Sabes lo que me chocó del vehículo? —le preguntó él.

Tessa negó con la cabeza.

—La suerte que tuvimos de conseguir huellas tan evidentes. Párate a pensar: en la mayoría de los coches ni siquiera se pueden dejar huellas. Las superficies son irregulares, están muy manoseadas, lo único que consigues es un galimatías de borrones. Pero el coche de Nicole Frank... Con mis propios ojos pude distinguir una huella de pulgar marcada sobre sangre. Qué suerte.

Tessa se quedó mirándolo.

—Estás pensando que las pusieron allí.

—Annie, la perra de búsqueda, jura que solo había una persona en el lugar del accidente, y yo no le llevo la contraria al olfato de un buen perro.

—Pero ¿por qué?

—No tengo ni idea.

—¿Cómo se podría conseguir esa huella? —continuó Tessa—. Al cabo de tres décadas, ¿acaso alguien tiene acceso al archivo de su caso?

—No es necesario el archivo de su caso para conseguir sus huellas —respondió Wyatt—. El Centro Nacional de Menores Desaparecidos y Explotados digitalizó todos los archivos hace años para difundirlos a nivel nacional. Para ayudar a cotejarlos.

—Así que no sabemos ni el cómo ni el porqué, pero en la columna del «quién» estás barajando a alguien con acceso a la base de datos nacional.

Wyatt la miró fijamente. En algún lugar de su cabeza, finalmente se le encendió la bombilla.

—De huellas digitales —afirmó—. De archivos *digitales*.

—¿Y?

—¿Sabes qué otra cosa puede hacerse con imágenes digitales?

—Pues... mandarlas por correo electrónico, en mensajes de texto, compartirlas...

—Importarlas a AutoCAD y crear una plantilla digital.

—¿Una plantilla digital de huellas dactilares?

—Sí. Que a continuación podría descargarse a una impresora 3D, lo cual crearía un molde en 3D con las características distintivas de las rugosidades para, por ejemplo, fabricar un guante de látex a partir de la huella perfecta de una mano.

Tessa abrió los ojos de par en par.

—Un guante de por sí no puede dejar huellas dactilares. Habría que impregnarlo con una sustancia grasa, como un espray de cocina...

—O sangre.

Tessa se estremeció ligeramente, pero asintió con la cabeza.

—Los guantes ensangrentados, los que recuperaste del coche de Thomas Frank.

—Eso es lo que le dio a Nicky aquella noche. Un par de... guantes con huellas dactilares... que había fabricado él mismo con su impresora 3D. Para que ella dejase las huellas dactilares de Veronica por todo el coche. Para que la confundieran con Veronica Sellers.

Tessa formuló la única pregunta posible:

—Pero ¿por qué?

Wyatt negó con la cabeza.

—No lo sé. Tiene que estar involucrado, ¿o no? Según Nicky, encontró la foto de... sí misma, supongo, entre las pertenencias de Thomas. Una foto hecha cuando ella estaba en la casa de muñecas.

—¿Cómo se escaparía? —preguntó Tessa de repente—. Es que toda esta historia de que hizo que Vero se tomara una sobredosis para después suplantar el cadáver de su compañera de cuarto... De modo que a Nicky la entierran viva, luego sale arrastrándose heroicamente hasta el mundo de los vivos en medio de una tormenta..., ¿y luego qué? ¿Emprende una caminata hasta Nueva Orleans?

Wyatt entendía a lo que se refería.

—Seguramente consiguió ayuda. ¿Ahí entra Thomas Frank?

—En esa hipotética situación, él la salvó. Y seguramente debía de sentir

algo por ella para acabar pasando los siguientes veintidós años juntos. El mero hecho de rescatarla en una noche oscura y tormentosa no exige un plan de por vida. Y aunque estuviera conchabado con madame Sade, tal vez con el cometido de..., ¿qué?, vigilar a Nicky todos estos años, no había necesidad de casarse. Da la impresión de que... a él le importa de verdad, al menos a su manera.

Wyatt seguía escéptico.

—Provocó el accidente del coche, con su mujer dentro. Prendió fuego a su casa, con todas sus pertenencias dentro. Si esto es amor, siento haber desperdiciado el tiempo comprando flores.

Tessa hizo un gesto con los ojos. Repasó de carrerilla el caso:

—Hace treinta años, Veronica Sellers, de seis años, fue secuestrada en un parque y recluida en un burdel de alto postín. Hace veinte años aproximadamente, murió en esa misma casa, pero su compañera de cuarto, Chelsea, consiguió escapar y ha mantenido viva la memoria de Vero a lo largo de todos estos años.

—Chelsea pasaba todo el tiempo en la casa de muñecas interiorizando las historias de Vero. ¿Y ahora es propensa a confundirlas con las suyas? ¿O tal vez solo desea que fueran las suyas? —Wyatt concluyó que era una cuestión discutible—. En cualquier caso, Vero siempre está con ella. Es incapaz de dejar que se vaya.

»Lo cual nos conduce a seis meses atrás, cuando Chelsea, que ha estado intentando vivir su versión de “felices para siempre” con su marido, Thomas Frank, míster “siempre cuidaré de ti”, decide que no puede seguir huyendo. Ella busca respuestas que expliquen sus inquietantes recuerdos, su trauma, su depresión, etcétera. Le exige que se muden a New Hampshire.

»Y sufre su primer accidente prácticamente nada más llegar. Una caída por las escaleras del sótano de su nueva casa. Seguida de un tropiezo en los escalones del porche.

—Seguido —continuó Tessa— del miércoles por la noche. Cuando conoce a Marlene Bilek, con la que está obsesionada por ser un vínculo vivo con Vero. Desafortunadamente, en ese momento Nicky descubre que la adorada mamá de Vero tiene una nueva familia y no llora la ausencia de Vero como Nicky/Chelsea ni de lejos.

—Nicky llama a Thomas. ¿Y él pone en marcha su plan? ¿Hace que su confundida mujer suplante a Veronica Sellers? —Wyatt se quedó mirando a

Tessa—. ¿Ves? Aquí es donde se me rompen los esquemas.

Tessa asintió con la cabeza. Lo observó con aire pensativo. Abrió la boca, hizo una pausa, negó con la cabeza.

—No. Coincido contigo. No tiene sentido.

—Voy a llamar a Kevin. Para que se ponga a cotejar huellas y a analizar esos guantes de goma. Después tú y yo vamos a repasar todo esto otra vez. Se nos escapa algo. —Wyatt miró la hora en su reloj y comprobó que casi era medianoche—. Nos quedan unas nueve horas para averiguarlo.

Tessa asintió con la cabeza a modo de aprobación.

—¿Dónde crees que puede estar ahora Thomas? —le preguntó.

A Wyatt no le cabía duda:

—Cerca.

Vero y yo estamos discutiendo.

—No quiero seguir con esto —le digo—. Quiero recuperar mi vida.

—¿Qué vida? No tienes vida. —Vero está sentada tranquilamente a la mesa de madera del dormitorio de la torre. Al final se ha vestido, lleva puesto ese horripilante vestido estampado, aunque la piel le cuelga del cráneo en jirones curtidos.

—¡No sabía nada de la cicatriz!

—Pues deberías. Vivimos juntas bastante tiempo. No es culpa mía que no prestaras atención. —Extiende el brazo izquierdo, pero vuelve a convertirse en un esqueleto, y solo quedan al descubierto los dos huesos que se extienden del codo a la muñeca—. Uy —dice—. Después de todo, a lo mejor he pasado algo por alto. Pero, como te decía, en realidad no es culpa mía. Yo soy tú, ya sabes.

Me froto la frente. ¿Mentalmente, en la vida real? Las líneas están demasiado difusas; ya no lo discierno.

—Quiero ser libre.

—No. Tú quieres ser yo. Siempre lo has querido. Te repito que no es culpa mía que seas tan envidiosa. Desde la primera vez que te hablé de mi madre, que te conté que alguien ahí fuera me quería de verdad, que alguien ahí fuera se *preocupaba* de verdad por mí. —Su tono es burlón—. Tú eres la que te empeñaste en amargarme la existencia.

Tiene razón. Hay otras imágenes en mi cabeza. Recuerdos más vagos, más turbios, que nunca rememoro, porque prefiero las historias de Vero. Desde el principio, escuchar los cuentos de la reina maga, de la bruja malvada. Puede que Vero hubiera acabado en la casa de muñecas, pero durante los seis años

anteriores a eso, seis largos y maravillosos años...

Una madre que la abrazaba. Una madre que dejaba que se encaramase en su regazo. Una madre que en una ocasión durmió con ella en el suelo y le suplicó que viviera.

Yo no tengo ninguno de estos recuerdos. Ni siquiera después de tres conmociones cerebrales. Yo solo tengo a Vero, a quien en cierta época odié y después... quise a mi manera. La reclusión puede surtir ese efecto en las personas. Sus historias se convirtieron en mis historias. Su esperanza, en mi esperanza. Porque, a lo largo de todos aquellos años que pasamos juntas, Vero jamás dejó de repetir que algún día volvería a ver a su madre.

Solo que, claro...

—No deberías haberme matado —dice ahora, como si tal cosa. Se está sirviendo una taza de té, un chupito de whisky—. Si no me hubieras matado, a lo mejor al final te habrías librado de mí.

—Eso no es justo.

—¿Quién hizo acopio de drogas? ¿Quién las guardó en un sitio donde sabía con seguridad que las encontraría su compañera de habitación?

Finalmente dejo de caminar de un lado a otro, hago lo posible por plantarle cara.

—Vero quiere volar —afirmo en tono monocorde—. Y eso es lo que hiciste. *Tú* te diste por vencida. *Tú* te metiste el chute, todo, lo que fuera, las reservas enteras. Si no lo hubieras hecho...

Vero me sonrío.

—Si no lo hubiera hecho... —dice para azuzarme.

Trato de no perder la concentración.

—Tú tenías a alguien ahí fuera que te quería. Deberías haber dejado la droga en su sitio. Si no por ti, al menos por ella.

Definitivamente, ahora se enfada de verdad.

—¿Y luego qué? ¿Habría vivido feliz como una perdiz? ¿Tú y yo, amigas del alma por siempre jamás en la mazmorra de la casa de muñecas?

De repente, la habitación se vuelve borrosa. El mural de rosas prácticamente se desvanece. Como si la habitación se llenara súbitamente de niebla. O de humo.

En mi mente, en la vida real, noto que automáticamente alargo la mano.

Pero, por descontado, Thomas no está ahí.

—Dime —me exige Vero—. Dime lo que habría pasado si no me hubiera

tomado las drogas.

—¡No lo sé!

—Sí lo sabes.

—¡No! Yo jamás...

—Sí, ya lo creo. ¡Lo sabías!

Y, por supuesto, tiene razón. Más sombras oscuras oscilantes. Recuerdos que no puedo permitirme el lujo de tener. Un desconocimiento deliberado que todavía espero que me aporte dicha. Solo que ahora siento su presencia, agrandándose, oscureciéndose, aterrorizando hasta el último recodo de mi mente. El sargento Wyatt tenía razón; nada de esto atañe a Vero. Me atañe a mí. Desde siempre, a mí y, después de tres conmociones cerebrales, al pasado que no estoy preparada para afrontar.

—Vete —le ordeno—. ¡No quiero volver a hablar contigo jamás!

—No puedo. Yo soy tú. La única que está hablando aquí eres tú. La única que está discutiendo eres tú. La única que no puede asumir la verdad eres tú. Yo no soy una bonita fantasmita, ¿sabes? Soy tu jodida conciencia.

Extiende el brazo. Ha recuperado la piel, y ahora la cicatriz del brazo izquierdo salta a la vista, un grueso frunce que desgarró salvajemente una tersa piel blanca. Lo cual demuestra de una vez por todas lo que yo ya sabía, aunque más tarde decidiera olvidar. Vero sonrío, salvo que esta vez no muestra una actitud antagonista. Su fantasma, mi conciencia, parece triste.

—Yo quería volar —dice Vero en voz baja—. Hace tiempo. Hace mucho tiempo. Una niña pequeña qué iba a saber. Entonces Ronnie me cogió en volandas y me lanzó contra la mesa de centro. Hay muchas maneras de morir, Chelsea. Y no todas sucedieron en aquella casa de muñecas.

—Lo siento.

—Tú querías que la princesa tuviera un final feliz. Tú querías que se reencontrara con la reina maga y que todo se convirtiera en rayos de sol y arcoíris. A tu manera, tú seguiste creyendo en mí mucho después de que yo dejara de hacerlo.

No digo nada.

—Pero en el fondo también sabes, Chelsea —continúa en tono sobrio—, por qué eso no era posible; mi historia solo era una obra de ficción. Ahora puedes venir a verme cuando te apetezca y resucitarme en tu cabeza durante el tiempo que quieras. Pero sigue sin haber vuelta atrás. Solo estás tú; la única superviviente.

—Yo te quería —susurro.

—Ya. Pero, te lo digo yo, el amor por sí solo no puede salvarte al final.

Súbitamente siento más movimiento en los oscuros recodos de mi mente. Recuerdos del pasado que juré no remover, y sin embargo... Alzo la mirada bruscamente. Vero está observándome con gesto malicioso.

—Basta —le digo.

—No puedo. Yo soy tú, ¿recuerdas?

—No estoy preparada para esto.

—¿Para qué? ¿Para el olor a humo? El calor de las llamas. Fuego, fuego, por todas partes. ¿Por qué quemaría tu marido vuestra casa, Nicky? ¿Por qué? Y, mejor aún, ¿desde cuándo se le dan tan bien los incendios a Thomas?

—¡Cállate!

Pero insiste. Vero le da un empujón a la mesa. Se pone a caminar por la habitación con paso firme. Sin vestido. Sin piel. Ahora ya no es más que carne en descomposición, aproximándose cada vez más con paso firme, alargando sus huesudas manos.

—Thomas —canturrea—. El guapo de Thomas. El cariñoso Thomas, Thomas, el que *siempre* ha estado ahí. ¿Es de tu pasado de lo que intentas escapar, Nicky? ¿O del hombre con el que te casaste?

Sus esqueléticas manos alcanzan mi cuello, me raspan las clavículas.

La puerta del dormitorio de la torre se abre de repente por detrás de mí. Pero no me vuelvo. Mantengo la mirada en la calavera de Vero, que sonrío con una mueca. Porque ya sé que no quiero ver a la persona que está ahí de pie.

—¿Qué has hecho, Nicky? —me susurra Vero—. ¿A quién más debes temer?

Me despierto sobresaltada con un grito ahogado. Me estalla la cabeza; me duele todo el cuerpo. Por un segundo, en un acto reflejo, instintivamente, paralizó hasta el último de mis músculos. Me obligo a no moverme. Viejas costumbres, de la época en la que nunca se sabía quién podía rondar. A la espera de hacerte daño otra vez.

Una primera inhalación cautelosa. Seguida por una larga y lenta exhalación. Escucho, identifico voces procedentes del otro lado de la pared, de la habitación contigua. Presto atención al posible sonido de otra presencia

más próxima. Solo cuando estoy absoluta y completamente convencida de que estoy sola abro finalmente los ojos, dejo que mis músculos se relajen.

La habitación está a oscuras. Alcanzo a ver un fino resquicio de luz en la pared del fondo, en la hendidura de la puerta que comunica las dos habitaciones de hotel. Me vienen a la cabeza retazos de recuerdos. Mi actual escondite, una anodina habitación de hotel de New Hampshire. El desastroso encuentro con Marlene Bilek, que resulta que no es mi madre, porque, claro, mi verdadera madre murió de sobredosis hace años, antes incluso de que yo escapara de la casa de muñecas. Alguien a quien una vez admiré, para luego volver a olvidar, porque ¿qué sentido tenía? Nunca fui la princesa con la reina maga. Me he pasado la vida entera a merced de una bruja malvada.

Me escuecen los ojos. Puñeteras lágrimas, pienso al ponerme de lado y ver la otra cama. Está vacía, como sospechaba. Tessa debe de estar en la habitación contigua, hablando con Wyatt.

Probablemente estén haciendo un refrito del caso. Tratando de dilucidar por qué me tomé la molestia de localizar a Marlene Bilek, si no es mi madre. Por qué me aferro a una colcha hecha a mano por una mujer desconocida.

Cómo acabaron las huellas dactilares de Vero en mi coche.

No sé la respuesta a la última pregunta. Me confunde tanto como a ellos. En cuanto a las dos primeras cuestiones..., supongo que lo único que intentaba era mantener viva a Vero, reavivar su recuerdo. Como nuestros encuentros imaginarios no bastaban para mitigar mi pesar, di un paso más estableciendo una conexión tangible con su madre.

Tal vez, si consiguiera que Vero fuera lo bastante real, si su familia fuera lo bastante real, seguiría presente y yo no me sentiría tan culpable.

Porque, después de veintidós años, todavía no he aprendido el oficio de vivir. Sobrevivo, supongo. Existo. Hasta me casé y me moví por todo el país. Pero ¿era eso realmente vivir o una mera forma de huir? La cantidad de noches que me desperté chillando. La cantidad de recuerdos que borré una y otra vez, hasta que mi mente acabó como un revoltijo mucho antes de la primera conmoción.

Escapé de la casa de muñecas, pero jamás del pasado. El peso de mi propia culpa, ¿una habilidad que jamás aprendí? No lo sé. Me da la sensación de que aspiro a ser algo más. De que deseo hacer algo más. Pero no sé cómo conseguirlo.

Podría huir de nuevo, me planteo ahora, acurrucada en la cama de la

habitación del hotel. Elegir un nuevo estado y una nueva ciudad, una nueva identidad. Es lo que he hecho hasta ahora. Sobre todo los dos primeros años a raíz de mi huida. Arrastrar a Thomas de un lugar a otro, de una identidad a otra, a menudo cada semana. Un caso evidente de histeria más que una estrategia para conseguir pasar página. Thomas me rogaba que me tomara las cosas con calma. Que al menos me asentara en una nueva ubicación antes de desecharla. Que al menos asumiera un nombre, una identidad, para que tuviéramos una mínima posibilidad de llevar una vida normal.

Siguiendo sus consejos, habíamos realizado un último intento con nuevas identidades, habíamos pagado un dineral por nuevos carnés, por historiales válidos. Nos habíamos convertido en Thomas y Nicole Frank, identidades que, según me aseguró, nos mantendrían a salvo. Y, sin embargo, me había visto obligada a mudarme cada dos años. Porque el peso de noviembre seguía sobrepasándome.

A lo mejor esta vez puedo darme a la bebida en serio, me planteo ahora. A tomar por saco el traumatismo cerebral. Me engancharé al whisky, aniquilaré estos terribles recuerdos de una vez por todas. Me diré a mí misma que soy libre, feliz e independiente. Que le den a Thomas; que le den a Vero. Me libraré de ambos. Seré una mujer que lo tiene todo.

Una mujer que no es nadie en absoluto.

Solo que eso no es del todo cierto, me da por pensar. Más sombras, moviéndose y dando bandazos en los confines de mi mente. El sabor de la tierra. La sensación de la tierra cediendo bajo las yemas de mis dedos. Y ese momento, ese momento brutal en que fui consciente de que lo había conseguido. Había salido; estaba viva. Me había liberado de la casa de muñecas.

Ese momento, justo antes...

Humo. Calor. Mi casa en llamas en New Hampshire. ¿Por qué le prendió fuego Thomas? Su taller, bueno, pero ¿la casa entera? ¿Qué necesidad había de reducirla a cenizas?

¿Desde cuándo se le da tan bien el fuego a Thomas?

Vero, riéndose en los confines de mi mente. «¿Es de tu pasado de lo que intentas escapar, o del hombre con el que te casaste?».

Lo freno todo. Procuro que mis ojos se centren en el aquí y el ahora. En la habitación de hotel a oscuras. En la cama vacía que hay a mi lado. Quiero dejar de sentirme tan desamparada. O perdida o confundida o sobrepasada.

Se acabó. La hora de la verdad.

Puedo pasar el resto de mi vida siendo la compañera de cuarto de una mujer muerta o la mujer de un hombre desaparecido.

Entonces, una milésima de segundo después...

No. Soy más que cualquiera de esas dos cosas. Soy la que quiso mudarse a New Hampshire, a pesar de que Thomas trató de hacerme cambiar de parecer. Soy la que contrató a una investigadora privada, a pesar de que Thomas trató de decirme que lo dejara correr.

Soy una mujer que ha vuelto dos veces de entre los muertos.

Y aún no he acabado.

Mientras Wyatt trabajaba con Kevin en el enigma de la huella dactilar, Tessa llamó por teléfono a D.D. Warren.

La detective de Boston respondió tan encantadora como siempre.

—¿Tienes idea de la hora que es?

—Según mi reloj, medianoche.

—Ni siquiera he aceptado trabajar para tu empresa de investigación de altos vuelos todavía...

—Pero sí que aceptaste un encargo como *freelance*.

—Ya había alcanzado la máxima puntuación con los Angry Birds.

—¿Tú, una «pájara enfadada»? ¡Quién lo habría dicho!

—Cierra el pico —dijo D.D.

Lo cual hizo que Tessa sonriera. Porque tal y como iba la relación con la temperamental detective, esto era lo habitual y, hasta ese momento, la conversación más normal que Tessa había mantenido en toda la noche.

—Perdona por llamarte a estas horas —se disculpó Tessa—. Pero, si la memoria no me falla, eres de las que trabajan las veinticuatro horas. Vamos, que dormirás cuando te jubiles. O el día que la palmes.

—Lo mismo da —replicó D.D.

—Perfecto, porque me da la impresión de que este caso se nos está yendo de las manos y nos vendría de miedo conseguir algunas respuestas más pronto que tarde.

Wyatt había terminado su llamada. Tessa le hizo un gesto para que se acercara, y puso el manos libres. Como Wyatt y D.D. habían trabajado juntos en el caso Denbe, no hicieron falta presentaciones.

—¿Qué tal el brazo? —preguntó Wyatt.

—Ahí va.

—¿Tienes ya fecha para tu prueba de aptitud física? —preguntó él.

—Ahí va —respondió D.D., esta vez en un tono que zanjaba la conversación—. Bueno, el caso de Veronica Sellers. Según los informativos de la noche, que siempre están al tanto y nunca se equivocan, habéis encontrado a la niña desaparecida. Si bien es cierto que treinta años después.

—Hum..., no estamos tan seguros —dijo Tessa.

Un momento de silencio. A continuación:

—Vaya, ¡esta sí que es buena! Supongo que después de todo me alegro de haber respondido a tu llamada.

Wyatt intervino para explicarle el lío de las huellas:

—Kevin acaba de examinar los guantes de látex con una lupa y no cabe duda de que hay líneas definidas en el extremo de cada dedo. Como si Thomas Frank de algún modo hubiera fabricado un par de guantes con huellas dactilares con la intención de dejar las huellas de Veronica Sellers por todo el coche.

—¿Pretendía que identificaran a su mujer como una niña desaparecida en un caso de hace treinta años? —preguntó D.D., desconcertada—. Pero ¿por qué?

—Esa es la pregunta del millón. ¿Alguna idea?

—He estado revisando todo el archivo de este lamentable caso —contestó D.D.—. Permíteme que te diga que cuando me pediste que consultase todos los casos de menores desaparecidos y adolescentes que se habían fugado de casa en Nueva Inglaterra en los últimos treinta años... Menudo encargo de mierda.

—Se trata de un caso importante —replicó Tessa—. ¿Acaso los encargos no son siempre de ese tipo?

—Bien visto. Mirad, me he dejado la piel, pero a la hora de rastrear una importante red de esclavas sexuales de hace tanto tiempo hay que tener en cuenta dos cosas fundamentales.

—Vale —la instó Wyatt.

—Primera: el Centro Nacional de Menores Desaparecidos y Explotados estaba aún en mantillas. De modo que no disponemos de una base de datos central. Bueno, más o menos. Los departamentos importantes, como el de Boston, se tomaron la molestia de remitir sus documentos. Pero si tenemos en consideración todas las oficinas de pequeñas ciudades, los departamentos del

sheriff que hay por ahí aislados, que ya por entonces andaban muy escasos de personal, al principio recopilar información era cuestión de suerte, especialmente durante los años que os interesan.

—Entonces vas de departamento en departamento —afirmó Tessa, lo cual era sin lugar a dudas un encargo de mierda, y, sin embargo, como los tres sabían, la manera de resolver las cosas.

—Sí, sí, sí. Lo que nos lleva al problema número dos. Datos mal procesados, resultados de mierda.

Tessa seguía dándole vueltas cuando Wyatt lo entendió.

—¿Te refieres a si los menores desaparecidos siquiera llegaron a considerarse desaparecidos?

—Ding, ding, ding, premio para el caballero. Preguntad a cualquier poli que trabaje en antivicio. La mayoría de las menores que acaban como prostitutas se han fugado de su casa. Puede que a algunas las hayan declarado como desaparecidas, pero la inmensa mayoría...

—Ni siquiera figura en el sistema —terminó Tessa la frase.

—Exacto. Puedo pasarme la próxima semana rogando y suplicando a todas las agencias de las fuerzas del orden de los lugares más remotos que busquen en sus archivos casos de personas desaparecidas desde hace como mínimo treinta años, o puedo dedicar mi tiempo a algo productivo.

—Me figuro que nos vas a impresionar con tu ingenio, ¿no? —terció Wyatt, esperanzado.

—Por favor. Me he roto el brazo, no la cabeza. Así que lo primero es lo primero. Para partir de cierta base, realicé un análisis estadístico somero. ¿Queréis que os dé algunas cifras para seguir en vela toda la noche? En los últimos veinticinco años se ha multiplicado por seis aproximadamente el número de casos de personas desaparecidas, de ciento cincuenta mil a casi novecientas mil. Bien, un significativo porcentaje de ese incremento puede atribuirse a un mayor control por parte de las fuerzas del orden y a la mejora de las bases de datos nacionales, al igual que la mejora en los diagnósticos de cáncer se tradujo en un incremento del número de casos de cáncer. No es plato de buen gusto ver cómo aumentan las cifras, pero tampoco es tan malo como parece.

»Al desglosar esas cifras, solo un cierto número de esos casos pertenecen a menores de dieciocho años y, entre ellos, doscientos mil se consideran casos de custodia familiar. En resumidas cuentas, solo un centenar de casos de

menores desaparecidos se incluyen en la categoría de secuestros a manos de desconocidos anualmente. Si me pongo en el papel de madre, esa cifra sigue siendo disparatada, y sin embargo... no son tantos como yo pensaba.

Tessa reflexionó y no tuvo más remedio que coincidir con ella. Wyatt y ella asintieron al unísono.

—Pero eso es a nivel nacional —intervino Wyatt—. Es raro que una red de tráfico sexual se expanda geográficamente hasta ese punto.

—Exacto. De modo que, si me centro en la región de Nueva Inglaterra, supongo que seguramente encontraré fichas de tal vez una docena o dos de menores desaparecidos. Pero esas no son las cifras actuales. Hay que tener presente que, en los años ochenta, los departamentos de policía no eran tan duchos en este tema. Así que pensé que, si conseguía encontrar al menos una docena de informes de menores desaparecidos, tal vez diese con alguna prueba de una red de tráfico sexual activa en ese periodo. Además, amplíé la búsqueda para incluir también a los que se habían fugado de su casa, por razones obvias.

Tessa asintió; Wyatt, también. Ninguno de los dos dijo nada, se mantuvieron a la espera sin más.

—Encontré tres casos —anunció D.D.—. Entre ellos el de Veronica Sellers. Pero eso es todo. En esa horquilla de tiempo desaparecieron tres menores. Dos niñas, un niño; Veronica Sellers, la más pequeña, con seis años, y los otros, una niña de doce años y un niño de catorce.

Tessa no pudo evitarlo. Frunció el ceño y miró a Wyatt.

—Así que, suponiendo que exista esa casa de muñecas, abarrotada de niñas explotadas... —intervino Tessa.

—No tendría más remedio que tratarse de menores fugadas —respondió D.D.—. Es probable que captadas en callejones, compradas a otros chulos. Solo que comentaste que era una red de alto *standing*, ¿no? Una casa victoriana, alfombras orientales, cristal de plomo, una clientela de élite. Me figuro que los clientes de ese tipo tendrían ciertas expectativas en la mercancía, por decirlo así. Por desgracia, una niña de corta edad con una carita fresca y saludable encaja. Una niña curtida en las calles, sin embargo...

—No parece el blanco adecuado —concluyó la frase Tessa. Consideró el asunto—. Según Nicky, pasó los primeros años encerrada en la habitación de una torre, recibiendo clases. Madame Sade se presentaba allí todos los días, le enseñaba materias básicas, pero también cultura general, entretenimiento,

etcétera. Puede que ella preparara a las niñas de la calle, que las puliera para sus clientes.

—Puede —convino D.D.—. Le quitaría mucho tiempo, sin embargo. Si pasaba tanto tiempo con una niña, ¿cómo iba a reclutar a las demás?

Tessa y Wyatt no encontraron respuesta.

—Tengo otra hipótesis para vosotros.

—Adelante —la instó Wyatt.

—Soy detective de homicidios. ¿Queréis saber cuál es el secreto del éxito? Apostar por lo más probable. Una mujer tiene un final brutal. Detén al marido. O, para darle más jugo, al chico que limpia la piscina al que acaba de dejar plantado porque, aunque puede que fuera bueno en la cama, ella no estaba dispuesta a renunciar a su mansión por él. En cualquiera de los casos, cuando tienes una víctima, lo más probable es que el autor se encuentre en la misma habitación que el cadáver.

—¿Te refieres a Thomas Frank? —preguntó Wyatt—. Porque, créeme, sospecho del marido.

—¿Quién es Thomas Frank? —preguntó D.D.—. Oye, mi encargo era investigar a Veronica Sellers y a otros menores desaparecidos hace treinta años. Encontré tres casos, lo cual significa que con toda seguridad *no* existía una red de tráfico sexual especializada en secuestros de niñas pequeñas. O... —Una larga pausa—. Las otras niñas que desaparecieron nunca fueron incluidas en la relación de desaparecidos porque sus padres nunca *denunciaron* su desaparición.

Tessa tardó unos instantes en entenderlo. Entonces cerró los ojos y se pegó a Wyatt, simplemente porque lo necesitaba.

—Si esta operación era de altos vuelos —continuó D.D.—, con una ubicación discreta, clientes adinerados, altas expectativas en la mercancía... Bueno, entonces igual la madame adoptó una estrategia más inteligente: ¿por qué arriesgarse a secuestrar el producto cuando puedes comprarlo sin más?

—Las niñas —dijo Wyatt—. Madame Sade no solo secuestraba niñas. ¿Las compraba?

—Claro. Eso pasa. Por desgracia, en cualquier parte del país, prácticamente todos los días de la semana.

—Como es natural, si los padres eran los que las vendían —apuntó Wyatt— no denunciarían la desaparición de sus propias hijas.

—Ni pensarlo. No podían llamar la atención sobre su propio delito. Y si

eres de una familia marginal, o a lo mejor eres madre soltera, sin el apoyo de un entorno familiar, ¿a quién le vas a dar explicaciones? Les cuentas a los vecinos que la pequeña Sally se ha ido a casa de tu ex o que está de visita en casa de sus abuelos o, qué demonios, que ha enfermado y se ha muerto. Os sorprendería qué pocas personas realmente escarban en el asunto, hacen las preguntas pertinentes. Por lo general, la gente no se mete donde no la llaman.

—¿El secuestro de Vero fue la excepción, no la norma? —preguntó Tessa—. Quizá madame Sade la raptara porque encajaba con un prototipo general, pelo castaño, ojos azules, o que, aún más oportunamente, estaba desatendida en el parque, ya que su madre se había quedado traspuesta por la borrachera. El secuestro de Vero fue un delito fruto de la casualidad, pero, en el caso de otras niñas, ¿quizá la madame adoptó una estrategia más directa?

—Bueno, para hacer las cosas más interesantes —dijo D.D.—: la madre de Vero no fue quien denunció su desaparición.

—¿Qué? —Tessa se sentó más derecha. D.D. ahora acaparaba toda su atención y la de Wyatt.

—Consulté el archivo original. Porque, francamente, despertó mi curiosidad. Es que, con tan *pocos* casos de menores desaparecidos en ese periodo, de la noche a la mañana aparece ella, y sin embargo jamás trató de localizar a su madre. ¿No os escamó? Porque, siendo como soy una paranoica poli de homicidios, a mí sí.

—Ella ha dicho que no estaba preparada, parecía que el asunto la ponía nerviosa y la asustaba... —Tessa cerró el pico. Al final Nicky Frank ni siquiera era Veronica Sellers, así que ¿qué más daba?

—Según el informe, Vero y su madre, Marlene, fueron al parque. La madre se quedó dormida en un banco. Al despertarse, su hija de seis años había desaparecido. A continuación se arma revuelo, se llama a la policía. Pero, fijaos: según las declaraciones de los testigos, Marlene no se puso a llamar a su hija. Simplemente empezó a vagar por el parque. No fue hasta que otra mujer la abordó, interesándose por su hija, diciéndole que había visto a Vero salir del parque, preguntándose qué había ocurrido..., cuando las cosas se precipitaron. Llegó la policía, tomaron declaración a Marlene, se ofreció una recompensa a toda prisa, nació un caso a nivel local. —En ese momento se dirigió a Tessa—. Pero dime, de madre a madre, ¿te pondrías a deambular por un parque sin llamar a tu hija que ha desaparecido?

Tessa no encontró una respuesta. Le resultaba inconcebible.

—Un momento —intervino Wyatt—. Esto pasó hace casi treinta años. A los casos de menores desaparecidos no se les daba la difusión de hoy en día. Es posible que a Marlene no se le pasara por la cabeza pensar en lo peor.

—Cierto. Y los agentes que investigaron el caso por lo visto coincidían contigo. Se trabajó en el caso, perdió fuerza, se aparcó, se retomó, se revisó, perdió fuerza y, llegados a un punto, hace diez años, se volvió a retomar el caso pendiente. Porque nunca se sabe, ¿verdad?

—Claro —convinieron Tessa y Wyatt.

—Bien, ese detective, en sus notas, de buenas a primeras plantea algunas preguntas sobre Marlene Bilek. Y no solo sobre su comportamiento o dejadez en el parque. No, lo que le llamó la atención fue que, seis meses después, Marlene abrió la primera cuenta de ahorros de su vida con cinco mil dólares en efectivo.

—¿Qué?

—Sí. Bien, en esa época, Marlene mantenía una relación con un colega de la policía, Hank Bilek. Él afirmó rotundamente que el dinero procedía del ex de Marlene, un maltratador. En resumidas cuentas, el tal Ronnie le había partido la cara en demasiadas ocasiones. Hank se portó como un caballero, le hizo una visita a Ronnie, le advirtió que como se le ocurriera volver a ponerle la mano encima a Marlene pasaría los siguientes seis meses recuperándose del palizón que le iba a dar. Para hacerlo oficial, Ronnie cubriría los gastos de la mudanza de Marlene, de ahí los cinco de los grandes para que ella pudiera dejarle y buscar casa propia.

—Vale —interrumpió Tessa—. He de decir que me gusta el estilo de Hank.

—Claro, ¿cómo no te va a gustar? No obstante, hay un problema... En la cuenta de Ronnie en ningún momento hubo constancia de un cargo de cinco mil dólares. Y él disponía de esa cantidad. Acababa de terminar un trabajo importante de fontanería. Pero, mientras que en la cuenta de Marlene figura un movimiento de entrada, en la de Ronnie no figura ninguno de salida. Así que ¿de dónde venía el dinero?

—Crees que Marlene podría haber vendido a su hija de seis años por cinco mil dólares —dijo Wyatt despacio.

—Es una hipótesis que merece la pena barajar.

—Pero Marlene no cobró el dinero hasta seis meses después —objetó Tessa.

—El caso era una noticia de primera plana. ¿Cómo iba a aparecer semejante suma a nombre de Marlene a las veinticuatro horas del rapto de su hija? Por favor, le habrían puesto los grilletes sí o sí. Sin embargo, seis meses después, sin pistas, sin sospechosos, sin hipótesis... La prensa había pasado página. Igual que la policía.

—¿Alguna prueba —preguntó Wyatt— de que el dinero guardara relación con la desaparición de Vero o, digamos, de algún sospechoso?

—No hubo tanta suerte. La entrega se realizó en metálico, así que no había posibilidad de rastrearlo. Y, si vamos al caso, el historial de Marlene está limpio. Un historial de alcoholismo, sí, pero no delictivo. —Tessa alcanzaba a oír la divagación en la voz de D.D.—. Marlene no tenía pinta de sospechosa. Sobre todo dada su actuación de sufrida madre emitida por televisión.

—¿Qué hay de su nueva vida con su nueva pareja, con su nueva hija? —inquirió Tessa.

—Limpia como una patena —informó D.D.—. A todas luces, Marlene es una ciudadana respetuosa con la ley. Puede que hace treinta años tocara fondo, pero se encarriló.

—Bueno, una misteriosa inyección de cinco de los grandes en metálico no le viene mal a nadie —masculló Wyatt.

—Y ahora... —intervino D.D.—, estáis diciendo que Nicky Frank no es Veronica Sellers, ¿no? ¿Entonces quién es?

—Estamos examinando sus huellas dactilares —explicó Wyatt—. Creemos que es Chelsea, la compañera de habitación de Vero en la casa de muñecas. Pero de momento no tenemos el apellido ni ningún otro dato.

—Se parece a Vero, ¿verdad? ¿La misma fisonomía en general, pelo castaño, ojos azules? ¿Más o menos de la misma edad?

—Parece ser que llegó a la casa de muñecas antes, de modo que quizá unos años mayor.

—Vale. Voy a repasar los informes de los menores fugados. A ver si consigo encontrar la ficha de alguna niña con ese nombre y esa descripción. Con probar no se pierde nada.

—Te lo agradezco —dijo Wyatt. Zanjaron la conversación y pusieron fin a la llamada.

Tessa soltó el teléfono. Reconoció la expresión de Wyatt. Estaba cansado y cabreado, pero seguía devanándose los sesos.

—Me da la sensación de que nos están tomando el pelo —afirmó bruscamente—. Nicky, que es Vero, que es Chelsea. Marlene, que es una madre trágica, que a lo mejor es del tipo de mujeres que venden a sus propias hijas. Thomas Frank, que es un marido cariñoso, que es un pirómano en toda regla, que es un cerebro criminal. Todos están metidos en esto hasta el cuello, pero ¿cómo encajamos las piezas?

—Necesitamos a Thomas Frank —dijo Tessa en voz baja.

—Créeme, lo sé. Tengo a agentes de patrulla registrando cada hotel y motel en un radio de ochenta kilómetros. Estamos rastreando hasta la última llamada de móvil y movimientos de tarjetas de crédito. Por desgracia, el hombre es un fantasma. Ni siquiera sabemos el vehículo que conduce. El que robó en el hotel lo abandonó en la cuneta a quince kilómetros, donde se pierde cualquier rastro. Casi da la impresión de que esto lo ha hecho antes.

Wyatt se pasó los dedos por el pelo.

—Una pregunta —dijo de repente—. Dado que Nicky no es Vero, ¿cómo pudo reconocer a Marlene Bilek el miércoles por la noche?

—¿Qué quieres decir?

—O sea, tú le dijiste a Nicky que Marlene Bilek trabajaba en una tienda de licores del estado de New Hampshire. Bien, según Nicky, nada más entrar en la tienda, reconoció a la madre de Vero. ¿Cómo? ¿Basándose en las historias que le habían contado hace más de veinte años?

—Nicky dijo que la buscó online.

—Tal vez, pero a juzgar por cómo lo explicó Nicky, su reacción fue más instintiva, casi visceral. Ella *sabía* que Marlene era la madre de Vero.

—¿Piensas que la había visto en alguna ocasión?

—¿Por qué no? —Wyatt se había levantado de la cama, caminaba de un lado a otro—. Si Marlene se embolsó cinco mil dólares, no tuvo más remedio que conseguir el cheque de caja de alguna manera; ese tipo de cosas no se mandan por correo postal. ¡Maldita sea! Le enseñé el dibujo de la casa que hizo Nicky. Le enseñé el boceto de madame Sade. Ella me miró fijamente a los ojos y me dijo que no reconocía nada. Pero te apuesto a que estuvo en aquella casa un día. Recogió el cheque personalmente, y Nicky la vio allí. Por eso Nicky se ha empeñado en localizarla. Marlene no es un mero vínculo con Vero. Es otro detonante de activación para los recuerdos borrados de Nicky. Eso es, vamos a recogerla.

—¿A Marlene Bilek?

—Ya lo creo. —Wyatt ya estaba cruzando la habitación hacia la mesa redonda, a coger sus llaves—. Y, ya puestos, despierta a Nicky también. Nos vamos a llevar a las dos a dar una vuelta.

—¿Crees que Marlene puede conducirnos a la casa de muñecas? —Tessa ya se había levantado de la cama también.

—A la casa de muñecas, a madame Sade, lo quiero todo. Te apuesto lo que sea —Wyatt se dio la vuelta, con los ojos resplandecientes— a que las encontramos, a que encontramos a Thomas Frank. Y a que llegamos al fondo de esto de una vez por todas.

A Tessa le agradó oír eso. Pasó a la habitación anexa para despertar a Nicky.

Solo que...

—Wyatt —lo llamó con urgencia.

Volvió a comprobar la primera cama, la segunda, el baño, el pequeño armario. Pero la habitación era bastante pequeña; la realidad, inevitable.

—¿Qué pasa? —Wyatt irrumpió en la habitación, las llaves tintineando.

—No está aquí. Wyatt, Nicky Frank se ha ido.

No es difícil salir a hurtadillas del hotel. En mitad de la noche, en temporada baja en la región de North Country. En verano, un hotel como ese estaría a rebosar de familias deseando zambullirse en la piscina, practicar senderismo por las montañas, *rafting* por los ríos. A principios de otoño, los autobuses turísticos atestarían el aparcamiento de personas de la tercera edad amantes del paisaje otoñal, pertrechados con cámaras y jerséis de punto grueso. Con diciembre, cómo no, llegaría la nieve, y adolescentes aficionados al *snowboard* y chicas monas con impecables modelitos de esquí. Pero ahora, a mediados de noviembre, cuando las montañas están despojadas de hojas, cubiertas únicamente de tierra...

Ni a los lugareños de North Country les agrada noviembre. Es una época de espera. Precisamente la misma sensación que tenía yo de la noche. Expectante. Con un ambiente lo bastante fresco como para que se me pusiera el vello de punta en la nuca.

No me costó mucho escabullirme de la habitación. Primero fui a por el maletín del ordenador de Tessa, que había dejado junto a la mesa. Después hurgué a oscuras, hasta que mis dedos tantearon la forma rectangular de la llave de su coche. A continuación solo fue cuestión de esperar a que Wyatt y ella subiesen el tono de voz, a que hablasen más alto, más centrados en la conversación telefónica que mantenían en la habitación de al lado. En seis pasos silenciosos me pegué a la salida.

Tessa hizo una pregunta en tono agudo. Abrí la puerta. Un clic sordo. Otra exclamación procedente de la habitación contigua. Me deslicé fuera y cerré la puerta. Segundo clic sordo.

A partir de ahí no esperé. Enfilé el pasillo en dirección a las escaleras. Bajé

un tramo; a continuación crucé a grandes zancadas el aparcamiento en penumbra, llave en mano y con suma determinación.

Pero, claro, adónde ir, qué hacer...

¿Saber quién no eres es lo mismo que saber quién eres? ¿Saber que estás harta de huir es lo mismo que saber cómo coger el toro por los cuernos?

¿Saber que estás cansada de olvidar es lo mismo que saber cómo recordar?

Camino a grandes zancadas por el aparcamiento buscando el todoterreno Lexus negro de Tessa. Arriba, una noche despejada. Media luna en el cielo e infinidad de estrellas. No puedo evitar pararme a contemplarlas. De todos los sitios donde he vivido, las ciudades, las costas, los desiertos, no hay nada comparado al cielo nocturno en las montañas de New Hampshire.

Debería contar las estrellas, pienso. Hay tantas, tal inmensidad. Podría contar y contar y con cada una me sentiría más pequeña, más insignificante. Hasta desaparecer de una vez por todas, de pie en medio del aparcamiento de un hotel. Sin más decisiones que tomar. Sin más pasado del que huir.

Entonces, un instante después, huelo a humo.

Y por eso sé que él está aquí.

No puedo evitarlo. Doy un paso al frente. Luego otro. Solamente hay seis coches en el aparcamiento poco iluminado. No obstante, sé que no está en ninguno de ellos. Es la sombra que hay allí mismo, apoyada en un árbol. El hombre que se endereza despacio y se despega de las ramas.

Mi marido camina a mi encuentro.

Es curioso las cosas que aprecias después de tantos años juntos. No le veo la cara. Se encuentra demasiado lejos y está demasiado oscuro. Pero no me hace falta verle los ojos o la nariz o la línea de la boca o el contorno de la mandíbula. Reconozco a mi marido simplemente por sus andares.

Y por la consiguiente presión en mi pecho.

Lleva las manos en los bolsillos. No tiene una actitud amenazadora, pienso, y sin embargo ya tengo los nervios de punta. Por si acaso, sujeto firmemente la llave de Tessa con el puño cerrado.

Él se detiene a poco más de un metro de mí. Noto su mirada en mi cara, escrutándome, mientras trato de calibrar su talante.

Automáticamente me embarga la emoción. Un apremiante deseo de abalanzarme, de lanzarme hacia él. Porque estoy sola y dolida y deseaba una familia y perdí una familia y él es todo cuanto tengo. Todo, quizá, lo que siempre tuve y, Dios, lo he echado de menos. El consuelo de su voz serena.

El roce de sus dedos, masajeándome las sienes. La fuerza de su determinación, día tras día, semana tras semana, mes tras mes.

«Te quiero —me dijo, hace tantos años—. Dondequiera que desees que vaya, quienquiera que necesites que sea, cualquier cosa que precises que haga..., siempre estaré a tu lado».

Al mirar fijamente al que es mi marido desde hace veintidós años, me doy cuenta de que por primera vez tengo miedo.

—¿Dónde vas? —pregunta. Con el tenue reflejo de la luna, alcanzo a ver que tiene el ceño fruncido—. ¿Acaso tienes permiso para estar aquí siquiera?

—Qué gracia, yo iba a preguntarte lo mismo.

Vuelve a fruncir el ceño. Da otro paso al frente, pero algo en mi expresión le hace parar en seco. Se balancea sobre los talones. Nervioso, pienso. Inseguro, lo cual no tiene el menor sentido.

—Te has reunido con ella, ¿a que sí? —pregunta—. Con Marlene Bilek. Vi a los polis traerla.

—Me estás espiando.

—Pues claro. ¿Qué esperabas?

Niego con la cabeza, reprimo el impulso de frotarme la frente.

—Has prendido fuego a nuestra casa. —A continuación, tal vez lo más importante—: Tú estabas conmigo el miércoles por la noche. Me pediste que confiara en ti. Después me pusiste al volante, me abrochaste el cinturón de seguridad y empujaste mi coche por una pendiente.

Thomas se queda callado. Me observa atentamente. ¿Esperando a que siga hablando? ¿O esperando a que siga recordando?

Súbitamente caigo en la cuenta de que el sargento Wyatt se equivoca. Esto nunca ha tenido que ver con Vero. Y nunca ha tenido que ver conmigo. Tiene que ver con nosotros. Con Thomas y conmigo. Porque eso es el matrimonio, ¿no? Nunca atañe a uno o al otro. Es siempre una dinámica entre dos.

Y Thomas y yo nos conocemos desde hace muchísimo tiempo. La relación más larga de mi vida. Se remonta al olor a césped recién cortado. Y a la vista de una niña solitaria desde el dormitorio de una torre.

A lo largo de todos estos años, mi marido no ha esperado a que yo le contase la verdad. Sencillamente ha esperado a que la recuerde.

Doy un paso al frente. Para avalar mi hipótesis, extendiendo el brazo izquierdo y me subo la manga para dejar al descubierto mi piel tersa.

—Vero tiene una cicatriz —digo.

Ahí, durante un fugaz instante, un destello de confirmación en sus ojos.

—En el antebrazo izquierdo —continúo, sin apartar los ojos de su cara—. Yo no.

Lo sabe. Sabe perfectamente de qué estoy hablando.

—Pero las huellas dactilares —objeta— extraídas de tu coche... La policía te identificó como Veronica Sellers. Lo vi en las noticias.

—No soy Vero. Marlene Bilek lo sabe y yo también.

Tuerce el gesto, ¿decepcionado, frustrado, enojado? El no saberlo me irrita.

—Fue cosa tuya. —Mi certidumbre crece y, con ella, mi sensación de poder—. Tú me diste esos guantes. ¿Los manipulaste de alguna manera, grabaste las huellas dactilares de Vero en las puntas de los dedos? Ya lo creo que sí. Hiciste que me los pusiera. Y después...

Lluvia, barro. Tengo frío; tengo calor. Estoy llorando, pero no emito ningún sonido. He bebido demasiado whisky. He seguido a la mujer, a la reina maga de todas las historias. Y he visto a Vero, que estaba muerta pero que ahora está viva, y mi mundo se está desmoronando y no consigo volver a encajar las piezas.

Thomas, respondiendo a mi frenética llamada. Thomas, cabalgando al rescate una vez más.

—¿Confías en mí? —me pregunta, apostado junto a la puerta abierta de mi coche—. ¿Confías en mí?

Se agacha, presiona sus labios contra mi mejilla. Con suavidad, con delicadeza. Una promesa ya imbuida de arrepentimiento.

De repente, en medio de la lluvia y el barro y el olor a tierra removida.

El olor a humo. El calor del fuego.

Me siento en mi Audi, con el cinturón abrochado en medio de una carretera desierta empapada de lluvia. Miro fijamente a mi marido, y casi alcanzo a ver las llamas danzando a su alrededor.

Lo recuerdo.

En ese momento, recuerdo todo.

Y a él le consta que lo sé.

Mi marido alarga la mano por delante de mi regazo. Mi marido pone el vehículo en punto muerto. Mi marido se aparta, cierra la puerta, me deja encerrada. Y caigo en la cuenta, demasiado tarde, de lo que está a punto de hacer a continuación.

Sus labios moviéndose bajo la lluvia.

—¿Confías en mí? —me pregunta de nuevo Thomas. Lo tengo justo delante. Tan cerca que noto el calor de su cuerpo, la suavidad de su voluminoso abrigo.

—Intentaste matarme.

—Te quiero.

Niego con la cabeza. Me ordeno a mí misma centrarme en sus actos en vez de escuchar sus palabras.

—En aquella época sucedió algo. Peor que suplantar la identidad de Vero, peor que ser enterrada viva. ¿Qué puede ser peor que ser enterrada viva, Thomas? ¿Qué hiciste?

—Te quiero —repite.

Entonces me doy cuenta de que estoy condenada, pues ya oigo el mensaje de fondo. *Al final no tendrás escapatoria.* Vero había tratado de advertirme. A lo mejor no era de mi pasado de lo que estaba tratando de huir, sino del hombre con el que me casé.

—Yo no soy Veronica Sellers —me oigo decir a mí misma. Necesito pronunciarlo en voz alta. El truco de las huellas dactilares que había urdido Thomas me había despistado, mi propio estado de confusión y mi remordimiento de conciencia me habían hecho mucho más vulnerable. Pero Vero es Vero, y yo soy yo, y tengo una deuda contraída con las dos para hacer lo correcto.

—Lo sé.

—Me llamo Chelsea Robbins. Mi madre me vendió a madame Sade cuando tenía diez años. Y la odié por eso y la quise por eso porque la casa era más bonita, la comida mejor y al menos madame Sade fingía que éramos una familia. Entonces apareció Vero y me echó a patadas del dormitorio de la torre y la odié por eso, pero la quise por eso porque se convirtió en la hermana que nunca había tenido y tejió nuestro mundo en un cuento de hadas.

Lo miro.

—Y te conocí, el chico al que observaba de lejos, caminando libremente por la finca. Y te odié por eso y te quise por eso, pero sobre todo... —Se me quiebra la voz—. Te quise. Desde el primer instante, te quise y jamás me lo he perdonado.

Thomas sonrío. Creo que es el gesto más triste que he visto jamás en la cara de un hombre.

—Ha llegado el momento —dice sin más—. Ella ya ha esperado bastante.

Me tiende la mano. Esta vez, la agarro y lo sigo por el aparcamiento. Porque no hay nada más que hacer. No hay nada más que decir.

Thomas tenía razón: yo no debería haber regresado a New Hampshire bajo ningún concepto; no debería haber contratado los servicios de una agencia de detectives bajo ningún concepto; no debería haberme esforzado tanto en sacar a la luz los recuerdos que me había costado más aún olvidar bajo ningún concepto.

Pero lo hecho, hecho está.

Y ahora, al cabo de veintidós años, no hay vuelta atrás para ninguno de los dos, para nadie.

Las llaves de mi coche han desaparecido —informó Tessa al cabo de diez minutos. Wyatt y ella habían encendido las luces y le habían echado un rápido vistazo a la habitación antes de encaminarse hacia el aparcamiento. Como no había rastro de Nicky dentro ni fuera, habían regresado a la habitación y habían procedido a su registro inmediatamente. Absurdo, en realidad, dado que buscaban a una mujer hecha y derecha, lo cual no era precisamente algo que pudiera colarse debajo del cojín de un sofá.

—No tiene vehículo propio —comentó Wyatt.

—Pero ¿dónde va a ir? Tampoco tiene casa propia.

Wyatt asintió. Se enderezó, observó el desaguisado en la habitación del hotel y finalmente soltó un suspiro de derrota.

—De acuerdo. Hora de reorganizarse. Hay que reaccionar. Francamente, todo este maldito caso nos ha tenido con la lengua fuera, y no nos está conduciendo a ninguna parte. Desde el punto de partida, ¿qué sabemos?

—Que Nicky Frank ha desaparecido —respondió Tessa con acritud. Había destapado las dos camas. Ahora estaba a gatas, asomada debajo de la primera, después de la segunda, como si localizar a una testigo desaparecida fuese igual que encontrar un par de zapatos perdidos.

—Nicky Frank, que *no* es Veronica Sellers —subrayó Wyatt—, la niña que desapareció hace treinta años.

—Con lo cual es probable que no se dirija a la casa de Marlene Bilek —masculló Tessa, todavía agazapada en el suelo—. Su único contacto en la zona sigue siendo su marido, Thomas.

—Que muy posiblemente orquestara el accidente y urdiera una trampa para que ella suplantara la identidad de Vero.

Tessa finalmente hizo una pausa y se sentó sobre los tobillos.

—¿Podrían estar juntos en esto? ¿Una artimaña urdida entre ambos para que Nicky se hiciera pasar por una niña desaparecida? ¿A lo mejor, como parte de la trama, Thomas y Nicky fijaron un punto de encuentro de antemano por si la cosa se ponía fea, y allí es adonde se dirige ahora Nicky?

Wyatt hizo una mueca.

—Solo que ¿de qué va esta artimaña? ¿Qué podría ganar Nicky haciéndose pasar por la hija de Marlene desaparecida hace tiempo como para justificar el riesgo de sufrir un accidente de coche grave, por no hablar del incendio de su casa provocado por Thomas?

Tessa tuvo que pensarlo.

—¿Venganza? ¿Porque Marlene le falló a su hija, o tal vez incluso estuviese involucrada en el secuestro de Vero? Nicky quiere resarcirse, ¿y qué mejor manera de conseguirlo que haciéndose pasar por la niña desaparecida?

—Creo que Thomas anda detrás de esto.

—Vale. —Tessa reanudó el registro, metió la mano entre el somier y el colchón de la cama más próxima a la puerta.

Wyatt hizo un repaso contando con los dedos.

—Las contusiones de Nicky son reales. Su pérdida de memoria ciertamente parece real. Luego está la sucesión de accidentes, el incendio de la casa, etcétera. En todos esos escenarios, Nicky es una víctima, no la autora. Dado que todo esto comenzó cuando decidió mudarse a New Hampshire y buscar respuestas, creo que su deseo de averiguar la verdad desbarató los planes. O sea, que Thomas es quien tiene algo que esconder.

—Un momento. —Tessa hizo una pausa—. ¿Qué tenemos aquí? —Tanteó con los dedos bajo el colchón; a continuación sacó despacio una enorme hoja de papel, con el borde superior rasgado por haber sido arrancada del cuaderno de dibujo. Tessa la sacó con cuidado de donde estaba metida, debajo del colchón de la cama de Nicky.

Wyatt cruzó la habitación en el acto para examinar el boceto a lápiz.

—Ese es Thomas Frank.

—Un pelín joven, ¿no te parece?

—Seguramente lo haya dibujado antes, cuando le pediste que se pusiera a trabajar, porque tienes razón; este no es el Thomas Frank de hoy en día. Es él hace veinte años, como poco.

—La época de la casa de muñecas. Dios mío, fíjate en su cara.

Wyatt entendió a qué se refería. El Thomas al que él había interrogado era un varón de edad media estresado. Obviamente cansado, quizá un pelín crispado por cuidar de su esposa enferma, pero no el tipo de hombre al que uno miraría dos veces.

Mientras que el joven Thomas —¿el adolescente?— parecía demacrado. Angustiado. Endurecido.

Un chaval que ya tenía mucho que esconder.

—¿Nicky no te enseñó esto? —preguntó Wyatt.

Tessa negó con la cabeza.

—No. Salí a responder a una llamada. Apuesto a que lo escondió en ese momento.

—Ella está sentada aquí. La vela está encendida, el ambiente huele a césped. Ella dibuja la casa. Hace un boceto de madame Sade, y luego... esto.

—Wyatt reflexionó—. No se lo esperaba. Apuesto a que por eso lo escondió. De todos los detalles que empezaron a venirle a la cabeza, debe de haberla consternado que Thomas guardase relación con la casa de muñecas, que lo conociese de antes, es más, que *él* la conociese a *ella* de antes.

—Él guarda relación con la casa —susurró Tessa—. Y, a juzgar por su expresión, no pinta bien. ¿Crees que ella se puso en contacto con él de alguna manera, que fijaron una hora para reunirse? Pero ¿cómo? Si ni siquiera tiene teléfono.

Wyatt se encogió de hombros.

—Si realmente busca respuestas, Thomas es el siguiente por donde empezar.

—Solo que... —A Tessa se le apagó la voz—. No creo que este chico —le dio unos golpecitos al boceto— tenga nada bueno que contarle.

Wyatt asintió. Le preocupaba lo mismo. Con que la mitad de lo que Nicky había contado sobre la casa de muñecas fuera cierto, había un montón de secretos que salvaguardar por los que valía la pena matar.

—Tenemos que echar un vistazo a tu coche. Ya.

—¡Mierda! Qué idiotas. Es mi coche, maldita sea. ¡Y tengo OnStar!

Tessa hizo la llamada. Una vez que le facilitó la contraseña, el operador del sistema OnStar se ofreció a prestarle asistencia de muy buen grado. De

hecho, le facilitó la ubicación de su Lexus en menos de treinta segundos: estacionado en el aparcamiento del hotel.

—¿Qué demonios?

Wyatt y ella salieron juntos y descubrieron el todoterreno negro de Tessa aparcado bajo una farola de consumo energético eficiente.

—¿Por qué se ha llevado las llaves si no tenía intención de llevarse mi coche? —Tessa explotó. Parecía gravemente ultrajada.

—¿Para ganar tiempo, para evitar que la sigamos? —razonó Wyatt—. Había escondido el boceto de Thomas. Está claro que quiere un poco de privacidad.

Wyatt sacó las manos de los bolsillos, caminó por el aparcamiento. La una de la madrugada. Había cuatro coches aparcados, un inventario rápido. Setos, árboles, arbustos, nada.

—Ella no salió andando de aquí —afirmó él—. Estamos demasiado lejos de la civilización, por no hablar de alguna carretera principal. De modo que si no está aquí y tu coche sí, encontró otro medio de transporte.

—A lo mejor no tuvo necesidad de ir en coche al encuentro de Thomas. Él se reunió aquí con ella.

—¿Lo llamó desde la habitación del hotel? —Wyatt probó suerte.

—Imposible. Le pedí al gerente del hotel que bloqueara la línea. Procedimiento de contención. Además, yo llevo el móvil encima. No necesitábamos nada más para comunicarnos.

Wyatt estaba impresionado.

—¿No te fiabas de ella?

—Oye, que sea mi clienta no significa que yo sea estúpida. Un montón de gente recurre a nosotros y luego se anda con triquiñuelas, lo cual, por supuesto, acarrea problemas al hábil investigador. Con un único medio de contacto siempre sé lo que se cuece. Por ejemplo, sé que ella no llamó a Thomas.

—A lo mejor él nos siguió desde el departamento del sheriff hasta aquí —conjeturó Wyatt—. O incluso me siguió la pista mientras fui a por Marlene Bilek. Teniendo en cuenta lo que dijeron los informativos de la noche, no hay que ser muy listo para deducir que ella querría reunirse con Nicky. —A Wyatt se le apagó la voz. Si Thomas sabía que Nicky se encontraba allí, entonces en cuanto ella salió del hotel en dirección al aparcamiento en penumbra... Cayó en la cuenta de que no la habían protegido ni mucho

menos. Más bien la habían metido directamente en la boca del lobo.

Wyatt volvió a echar un vistazo a su reloj. Tenía que dar el aviso por radio, movilizar al equipo para una nueva búsqueda. Pero ¿a qué debían estar alerta? Ya llevaban más de veinticuatro horas buscando a Thomas Frank. El hombre era un jodido fantasma.

—Necesitamos cámaras —dijo Tessa entre dientes, como leyéndole el pensamiento—. Para una búsqueda como esta, en Boston contaríamos con registros de peajes, cámaras en los semáforos, sistemas de seguridad de cajeros automáticos en cada manzana. Con un clic en una pantalla de vídeo, pescaríamos a Thomas.

—Un momento. Puede que no estemos en una gran ciudad, pero este hotel tiene sistema de seguridad. Fíjate. —Señaló hacia la azotea del hotel, donde se distinguía claramente al menos una cámara. Se giró en redondo y enfiló en dirección a la recepción—. Puede que aún tengamos un as en la manga.

La recepcionista del turno nocturno se identificó como Brittany Kline. Rubia, vivaracha y muy emocionada por poder ayudar en una investigación oficial de la policía. En efecto, el hotel disponía de un excelente sistema de seguridad, les informó. Instalado hacía seis meses, con estupendas cámaras, estupenda resolución de imágenes, un montón de material grabado. A ella le gustaba curiosear en noches de poco movimiento. Bueno, para reforzar su curso de criminología online. Los condujo a un despacho al fondo, donde inmediatamente demostró su habilidad a la hora de recuperar vídeos del sistema. Con ayuda de Brittany, averiguaron qué cámara de seguridad ofrecía una mejor perspectiva del aparcamiento; a continuación rebobinaron las diversas cintas en intervalos de un minuto. Solo necesitaron cuatro intentos para dar con ello.

—¡Ahí! —exclamó Tessa con excitación, señalando a la pantalla, mientras Brittany trajinaba en los controles digitales—. Esa es Nicky, en dirección a los coches del aparcamiento.

—Y hay una segunda persona, apartándose del árbol —señaló Wyatt.

Observaron cómo se acercaba la figura. Estaba claro que era un varón, pero se hallaba de espaldas a las luces de arriba, a contraluz. No obstante, a ninguno de los dos le cupo la menor duda.

—Thomas —afirmó Wyatt.

—Ella no parece asustada —comentó Tessa.

—Y, sin embargo, no hay abrazo de reencuentro.

—¿Puedes ampliarlo? —preguntó Tessa a Brittany. La recepcionista de noche hizo lo posible, pero la resolución seguía granulosa. Después de toquetear por aquí y por allí, concluyeron que la grabación tenía más nitidez en un plano general. Brittany puso el tamaño a pantalla normal y le dio al replay.

Wyatt observó la pantalla. Nada más ver a su mujer, Thomas iba a su encuentro rápidamente, y acto seguido era patente que se detenía vacilante. También Nicky se detenía en seco tras acercarse instintivamente a su marido. Amor y temor, pensó él. Sentimientos que iban de la mano en cualquier relación.

Incluso en la suya con Tessa.

Thomas alargaba la mano hacia su mujer.

Nicky se quedaba inmóvil. ¿Duda?, se preguntó Wyatt. ¿Hostilidad? ¿Recelo? ¿Seguía viendo al que era su marido desde hacía veintidós años, a un hombre que se había comprometido a cuidar de ella? ¿O veía al adolescente de mirada sombría de la casa de muñecas, a un chico obviamente preparado para hacer lo que tuviera que hacer, independientemente de las consecuencias?

Pasó otro instante. Dos. Tres.

Thomas se acercaba más a ella. Nicky levantaba ligeramente la cabeza. No había buena iluminación. Aunque Wyatt no consiguió ver su expresión, no le extrañó demasiado lo que hacía a continuación.

Agarraba la mano que le tendía su marido. Se entregaba a él.

Brittany soltó un fuerte suspiro, como si estuviera viendo una película romántica.

Mientras que Tessa exclamó:

—¡Oh, Dios mío, están compinchados!

—Quizá —murmuró Wyatt. Pero él no estaba pensando en un acto delictivo a medias. Más que nada, estaba pensando que el amor es así.

Thomas conducía a Nicky al último vehículo de la fila. Un monovolumen deportivo. Un Subaru verde oscuro. En cuestión de segundos, daba marcha atrás en el aparcamiento. En dirección a la salida.

Wyatt y Tessa, que estaban de pie detrás del asiento de Brittany, se inclinaron hacia delante, en vilo, para ver si la luz del aparcamiento iluminaba la matrícula trasera, si les proporcionaba lo que estaban buscando.

—Vamos —susurró Wyatt, y se sacó una libreta y un boli del bolsillo—.

Vamos...

Un dígito. Dos, tres...

Mientras tomaba nota apresuradamente, Tessa de repente lo cogió del brazo.

—¡Para! —ordenó a Brittany—. Congela esa imagen. Mira. A la derecha. Hay otro coche saliendo. Wyatt, alguien los está siguiendo.

Thomas y yo conducimos en silencio. Él tiene ambas manos en el volante, y su mirada salta del parabrisas al espejo retrovisor. No estoy segura de qué está comprobando. Pero percibo su tensión.

Al otro lado de las ventanillas del coche, la oscuridad pasa como una ráfaga. Aquí no hay farolas. No hay guardias de tráfico, semáforos. Estamos en las montañas, adentrándonos en una inmensa espesura. Debería estar lloviendo, pienso. Así sería exactamente como la otra vez.

—Durante mucho tiempo —dice Thomas por fin— pensé que bastaría con poner tierra de por medio, que bastaría con darte tiempo para recuperarte. Hubo rachas, ya sabes, meses enteros, a veces hasta un año, en las que daba la impresión de que te encontrabas mejor. Te sorprendía sonriendo ante un pájaro, una flor, un amanecer. Se te iluminaba la cara cuando yo entraba en una habitación. Hasta dormías por las noches.

No digo nada.

—Pero luego las cosas se truncaban de un día para otro. Sin previo aviso. Yo leía un libro detrás de otro sobre el tema. Trataba de identificar la causa. Algunos pacientes con trastorno de estrés postraumático no soportan el ruido; para otros es un olor, un color, la sensación de que las paredes se les vienen encima. En tu caso... no conseguí averiguarlo. El mar, el desierto, la ciudad, el campo. Lo intenté con todo. Pero daba igual donde fuéramos; las pesadillas te seguían acosando.

Mi marido se vuelve hacia mí. Me cuesta ver su semblante en la oscuridad, pero percibo la expresión seria de su mirada.

—Lo intenté, Nicky. Lo intenté de mil maneras. Durante mucho tiempo creí que podría ser quien te salvara. Pero luego...

Hace una pausa, vuelve a prestar atención a la carretera.

—Me caí por las escaleras —completo yo la frase.

—Vero —afirma él. Percibo un poso de amargura, aunque entiendo, en algún rincón de mi cabeza, que sus sentimientos hacia ella son tan complejos como los míos. Sin embargo, él encontró el modo de seguir adelante. Yo no, y en eso radica la diferencia.

—Días enteros —dice ahora— tumbada en el sofá con esa maldita colcha hablando en murmullos. Largas y enrevesadas conversaciones con Vero. Vero vuela. Vero llora. Vero solo quiere ser libre. Si te interrumpía, te ponías hecha una furia. Si trataba de consolarte, me abofeteabas y te ponías a vociferar que todo era culpa mía. *Me odiabas. Vero me odiaba. Vete.*

Lo visualizo tal cual me lo cuenta. El ansia, un ansia que me corroía, de comunicarme con el pasado. Thomas, entrando en la habitación. Thomas, osando interrumpirme. El brusco contacto de la palma de mi mano sobre su cara.

«Todo es culpa tuya. Sé lo que hiciste. Ella me lo dijo, ¿sabes? ¡Ella me lo cuenta todo!», le grité.

Thomas, que ni siquiera se molesta en discutir. Thomas, que se aleja.

—El día que te caíste por las escaleras del sótano, cuando volví del taller y no te encontraba... Corrí por toda la casa desquiciado. Pensé que me habías abandonado, Nicky. Pensé: se acabó. Puesta a elegir entre un futuro conmigo o un pasado con Vero..., te habías marchado. La niña fantasma había ganado.

No digo nada.

—Luego por fin te encontré tirada en el suelo del sótano... No reaccionabas al llamarte por tu nombre. Por ninguno de ellos. Créeme, probé con la lista completa. Con todos los sitios donde habíamos estado, con los nombres que teníamos al principio. Finalmente, te llamé Vero. Y tú abriste los ojos. Me miraste fijamente. Y juro por Dios que estuve a punto de irme en ese preciso instante. Tú, ella... No puedo más.

No puedo evitarlo. Me estremezco ligeramente porque me consta que tiene razón. Hay una fina línea en mi mente, y lleva así mucho tiempo. «Yo soy tú», me dice Vero. Pero me pregunto qué quiere decir realmente. ¿Que forma parte de mi subconsciente, que quizá incluso sea la voz de mi conciencia culpable? ¿O... algo que no tiene nada que ver en absoluto?

Me gustaría decir que no creo en fantasmas, pero no puedo.

—Lo único que siempre he deseado es que seas feliz —dice Thomas ahora,

asiendo con fuerza el volante—. Y he luchado con uñas y dientes durante veintidós años, pensando que dando pasos hacia delante dejaríamos atrás el tiempo. Pero me equivoco, ¿verdad, Nicky? No puedes seguir adelante. Tienes que volver atrás. Puesta a elegir entre Vero y yo, ha ganado Vero.

Me quedo callada. No puedo decirle a mi marido lo que quiere oír, por lo que es más fácil no decir una palabra.

En vez de eso, escudriño la oscura noche que pasa como una ráfaga por detrás de él. Huelo a humo. Siento las llamas. Pero no alargo la mano buscándolo.

Ambos hemos llegado demasiado lejos para eso.

Entonces siento a Vero. Está de pie en los confines de mi mente. No habla, no sorbe el té, ni siquiera está sentada en la casa de muñecas, sino que aparece más bien como una figura solitaria, expectante en un vacío negro. No le veo la cara; más bien noto su actitud.

Sombría. Cansada. Triste.

Caigo en la cuenta de que no viene a mi encuentro porque, por primera vez en veintidós años, yo voy al suyo.

Finalmente abre la boca. Pronuncia una única palabra: «Corre».

Pero ambas sabemos que es demasiado tarde para eso.

Thomas reduce la velocidad. En ese momento, reparo en ello. Una pista de tierra ha aparecido a la derecha. Prácticamente cubierta de vegetación, resultaría bastante difícil localizarla de día, y de noche resulta casi imposible. Solo que, por supuesto, Thomas ya sabe que se encuentra ahí.

«¡Corre!», susurra Vero de nuevo.

Pero no tengo adónde ir. Ahora estoy atrapada en este coche, como seguramente estaba atrapada en el Audi hace tres noches.

Mientras mi marido gira, los faros iluminan fugazmente una maraña de arbustos, y el coche rebota en el primer bache.

—Lo único que siempre deseé —repite Thomas— es que fueras feliz.

Mientras pone el vehículo en tracción a las cuatro ruedas para subir por la tortuosa pista.

De vuelta a la casa de muñecas.

La casa donde Thomas pasó su infancia.

Le perdieron la pista al Subaru verde. Kevin logró identificar parte de la matrícula con un vehículo que figuraba en la lista de robos del día anterior. Al ser un modelo antiguo, no estaba equipado con prestaciones modernas como GPS para su localización, y no habían conseguido avistar el vehículo.

A las dos de la madrugada, Wyatt se recostó en el asiento con impotencia, y se frotó la cara con la palma de la mano.

—Seguimos a la zaga. Thomas se da a la fuga, lo perseguimos. Nicky se burla de nosotros con medio rompecabezas, nos devanamos los sesos intentando determinar las piezas que faltan. Por una vez, me gustaría tomarles la delantera en este juego.

—¿Por ejemplo sabiendo adónde se dirigen Nicky y Thomas? —le preguntó Tessa.

—Oh, ya sé adónde se dirigen. No consigo situarlo en un plano, claro, pero sé adónde se dirigen.

—A la casa de muñecas.

—¿Quién conduce el segundo vehículo? —gritó él con impaciencia. Seguían en el despacho del fondo del hotel, rodeados de vídeos de seguridad que habían repasado hasta la saciedad. Wyatt le había pedido a Brittany que saliese de la habitación con el pretexto de que ya no necesitaban su ayuda, pero sobre todo porque nunca era conveniente dar la impresión de estar atascado delante de una ciudadana que sentía admiración por ellos—. ¿Qué demonios ocurrió en el pasado, qué demonios está pasando ahora y quién se nos escapa? Porque si Nicky está con Thomas y, según mi ayudante, Marlene Bilek fue trasladada a su casa sana y salva hace tres horas, ¿quién queda para seguir en su coche a nuestros dos sospechosos favoritos?

Habían tratado de ampliar la imagen de la cinta de seguridad donde aparecía el segundo coche, pero el vehículo había permanecido en la penumbra del borde del aparcamiento. En la grabación distinguían un vehículo pequeño y oscuro. Ni siquiera un atisbo de la cara del conductor, y mucho menos algo que les resultara realmente de provecho, como una imagen fugaz de la matrícula.

—¿Madame Sade? —conjeturó Tessa.

A Wyatt le entraron ganas de bramar de impotencia. Llevaba casi cuarenta y ocho horas sin dormir. Sumado a la sensación de estupidez que le embargaba, la noche le estaba pasando factura.

Cogió el boceto de la mujer que le tendió Tessa y lo sujetó en alto.

—Vamos a mandar esta imagen a la prensa, tenemos que explicarles el motivo.

—Que la policía tiene que hacerle unas preguntas relativas a la desaparición de una niña hace treinta años —le apuntó Tessa en el acto—. Sin decir que es una sospechosa, pero dando a entender que es una testigo. La gente se muestra más proclive a despotricar de sus vecinos cuando no les acarrea problemas.

—Excelente plan para los programas de informativos de la mañana. El problema es que necesitamos respuestas ya, y las ruedas de prensa no funcionan bien a las dos de la madrugada. Más que nada porque la audiencia que se busca está durmiendo.

—Igual deberías dar una cabezada —le sugirió Tessa.

A él le entraron ganas de bramar de nuevo.

—Quiero la casa de muñecas. A Thomas, a Nicky, respuestas. Todo en la casa de muñecas.

—Tenemos el dibujo.

—Se lo mandamos a las inmobiliarias de la zona esta tarde. Ningún resultado. Por si las moscas, Kevin consultó una base de datos de impuestos sobre bienes inmuebles en New Hampshire: demasiados resultados. Las casas históricas, incluso las antiguas mansiones victorianas, se encuentran a patadas por estas colinas.

—¿Y qué hay del maridito de Marlene? —preguntó Tessa—. Si Marlene se encuentra a salvo en su casa, ¿qué pasa con él? Porque apuesto a que tiene algo que opinar sobre el hecho de que la hija que había desaparecido hace tiempo aparezca de entre los muertos.

—Solo que Nicky no es Vero. No supone ninguna amenaza para él ni para la nueva situación familiar.

Tessa frunció el ceño y se dejó caer en la silla de despacho que había enfrente de Wyatt.

—Tanto Nicky como Thomas guardan relación con la casa de muñecas — afirmó Tessa—. No podemos demostrarlo, pero es lo más lógico.

—Estoy de acuerdo.

—Lo cual quiere decir que su relación no comenzó en Nueva Orleans, sino aquí. Lo cual quiere decir que lo más probable es que ambos sepan cosas sobre un antiguo burdel que muchas personas no querrían que salieran a la luz.

—Tres veces de acuerdo —le aseguró Wyatt—. Por desgracia, eso nos conduce al mismo acertijo. La clave es la casa de muñecas. Solo que no podemos localizarla.

—¿Y las pesquisas sobre la verdadera identidad de Nicky/Chelsea? —le preguntó Tessa.

—De momento las huellas dactilares no han proporcionado resultados. Suponiendo que Chelsea se hubiera fugado de casa o que fuera vendida a madame Sade, es posible que sus huellas no consten en el sistema, o sea, que puede que jamás se esclarezca eso.

—¿Y la verdadera identidad de Thomas Frank?

—No hay huellas para analizarlas. El incendio destruyó las pruebas que había en la casa. Se intentó extraer huellas latentes de su coche, en la habitación del hotel, etcétera, pero no se consiguió nada de provecho. El tío o es muy afortunado o es muy bueno. Intenta adivinar por cuál me decanto. — Wyatt soltó un sonoro suspiro y apretó los puños contra la mesa del despacho —. El caso está empezando a cabrearme.

—No es culpa tuya —señaló Tessa con delicadeza—. Empezaste con un accidente de coche. ¿Quién iba a suponer que desembocaría en un caso antiguo de secuestro de una niña y un burdel victoriano?

—Noviembre es el mes más triste —dijo él entre dientes. Acto seguido hizo una pausa. Repitió la frase en voz alta—. Noviembre es el mes más triste. Cuando Nicky escapó. Seguramente. Noviembre. El mes más triste. Cuando no tuvo más remedio que matar a Vero para sobrevivir.

—Vale...

Él levantó la vista hacia Tessa, sintiendo las primeras punzadas de

excitación.

—Es una variable. No solo nos estamos remontando a veintidós años atrás. Estamos buscando algo que sucedió en noviembre hace veintidós años.

—¿Denunciaría madame Sade la desaparición? —preguntó Tessa—. Quiero decir, si fingía que eran una familia, o necesitaba hacer el paripé con los vecinos al desaparecer su «hija» adolescente...

—Dudo que quisiera que la policía merodeara en su finca, sobre todo teniendo en cuenta que acababa de morir otra chica. —Wyatt hizo otra pausa, le dio un par de vueltas al asunto—. No obstante, es una buena pregunta. Una noche de noviembre, desaparecen dos niñas en la misma casa. Una muere; la otra por lo visto huye.

—A lo mejor desaparecieron tres niños —conjeturó Tessa—. ¿Qué me dices de Thomas? Suponiendo que estuviese involucrado, igual salió huyendo con Nicky.

Se observaron mutuamente con aire pensativo.

—Madame Sade tuvo que resolverlo de alguna manera —reflexionó Wyatt—. Explicar la nueva situación a sus vecinos, tal vez incluso a las autoridades locales. De lo contrario, la gente habría sospechado.

—Puede que denunciase que se habían fugado.

—Tres niños. De la misma casa. —Wyatt le lanzó una mirada—. En calidad de exagente, ¿a que seguro que lo comprobarías?

—Desde luego.

—Pero nadie lo hizo. —Lo dijo con más seguridad—. Porque si ella hubiese puesto una denuncia, D.D. habría reparado en ello durante su investigación, ¿o no? Ella consultó todos los casos de menores desaparecidos en los últimos treinta años. Es imposible que se le pasaran por alto tres adolescentes de New Hampshire. Es un caso demasiado extraño como para no llamar la atención.

Tessa captó su razonamiento.

—Madame Sade no dijo ni mu. A lo mejor se vio sobrepasada por la situación. A ver, primero cree que Vero está muerta y enterrada en el bosque. Solo que, como es natural, en un momento dado debió de averiguar que el cuerpo que se habían llevado no era el de Vero, sino el de su compañera de cuarto. Había desaparecido como mínimo una niña, por no hablar de la que había muerto. A lo mejor eso la sobrepasó. Se dio a la fuga. Tiene su lógica.

Wyatt se mostró de acuerdo. Dados los intensos acontecimientos de

aquella noche, el miedo y la incertidumbre de todos los implicados, era lógico que la mujer fuera presa del pánico y que clausurara el tinglado. Se le ocurrió una nueva variable que investigar.

—¿Y la casa? Las niñas no están, la dueña se ha dado a la fuga, ¿y qué pasa con la casa?

—Depende de si la dueña continúa pagando la hipoteca, la contribución, ese tipo de cosas.

Wyatt enarcó una ceja.

—Si estuvieras huyendo de pecados del pasado, ¿continuarías mandando por correo el recibo de la contribución? —Se enderezó y tamborileó con los dedos sobre el tablero de la mesa—. Ese es el objetivo de nuestra búsqueda. Los gravámenes sobre impuestos adeudados. De una casa victoriana histórica, remontándonos al mes de noviembre de hace veintidós años. ¿Por qué no?

—Me pongo con ello.

—¿Que te pones con ello?

—Claro. —Tessa ya estaba sacando su ordenador—. ¿Qué te crees que hacemos los investigadores privados? Investigar muertes e impuestos. Las únicas dos cosas de las que nadie se libra, lo cual las convierte en la mejor fuente de registros.

Sus dedos comenzaron a moverse a toda velocidad por el teclado. Wyatt se puso a mirarla mientras trabajaba sin formular más preguntas. El trabajo de Wyatt estaba condicionado por las órdenes de registro. No quería saber qué sucedía con el de ella.

—En la mayoría de las ciudades cuentas como mínimo con un año antes de que comiencen a inquietarse —le informó Tessa—. Como ejecutar un embargo cuesta lo suyo, optan por mandar por correo notificaciones reclamando los plazos vencidos durante un tiempo. Al no conocer la ciudad en concreto se complica la cosa, claro está, por eso los motores de búsqueda valen su peso en oro... —Siguió tecleando, frunció el ceño, siguió tecleando—. Vale, tengo casas. Casas antiguas, casas de lujo, casas valiosas. Pero no veo ninguna victoriana. A ver, probemos con las de hace veintidós años. Diecinueve. Dieciocho.

Los dedos seguían tecleando, el ceño seguía fruncido.

—Mierda. —Tessa hizo una pausa y alzó la vista—. No veo nada. Y sin embargo... Estamos sobre la pista. Noviembre, hace veintidós años, Vero

muere, Nicky desaparece, igual hasta un joven llamado Thomas se esfuma. Por fuerza tuvo que afectar a la actividad de la casa de muñecas. Por fuerza tuvo que provocar una reacción por parte de madame Sade.

Wyatt se encogió de hombros.

—Busca eso. Noviembre, hace veintidós años, casa victoriana. Qué demonios, alguien recibiría un aviso de algo, ¿tal vez incluso la denuncia de la fuga de un menor?

Tessa se puso a teclear de nuevo.

—Ostras... No es posible. ¡Tiene que ser una tomadura de pelo!

—¿Qué? —Wyatt se levantó de la silla y se inclinó por detrás del hombro de Tessa en el reducido espacio. Ella hizo un gesto hacia la pantalla para que lo leyera. El titular de un artículo. No sobre la desaparición de una adolescente ni la muerte de una chica.

Sino sobre un incendio.

Una casa victoriana centenaria, una de las últimas antiguas residencias de verano de la zona. Reducida a cenizas. Noviembre. Hacía veintidós años. Con un cuerpo sin identificar hallado en los humeantes escombros.

—La casa de muñecas —murmuró Tessa—. Seguro.

—Sabes lo que esto significa, ¿no?

—Que vamos a desplazarnos a sesenta y cinco kilómetros al norte.

Wyatt ya tenía las llaves en la mano.

—Desde luego, pero no es a eso a lo que me refería. Hablo de Thomas. Un marido que incendió su propia casa hace dos noches. Un hombre que está claro que tenía experiencia con las latas de gasolina.

Ella captó el mensaje.

—Que definitivamente estuvo en la casa en aquella época. Fue él quien la redujo a cenizas. —Tessa titubeó—. ¿Y ahora va de camino hacia allí con Nicky? Pero si no queda nada, si ha quedado reducida a escombros, ¿a qué van allí?

—No lo sé. Pero intuyo que, por su propio bien, será mejor que Nicky empiece a recordar.

Para cuando el coche remonta el desvaído camino de entrada, tengo el estómago revuelto y me estalla la cabeza. Intento convencerme a mí misma de que estoy mareada debido al movimiento. Pero, por supuesto, no es solo por eso. Es el pavor, los nervios, la tristeza, el miedo. Es un cúmulo de emociones turbias, y las manos me tiemblan hasta tal punto que no puedo abrir la puerta del coche. Forcejeo con la manija una y otra vez.

Juraría que huelo a humo, aunque me consta que es imposible. Y me aterroriza que, en cuanto salga del coche, se ponga a llover. Dudo que pudiera sobrellevarlo. Dudo que pueda sobrellevar esto.

Thomas baja del coche. Trajina durante unos instantes en la puerta de atrás y saca algo del asiento trasero. Como no salgo del vehículo enseguida, lo rodea para ayudarme. Tengo que agarrarme a su brazo para tenerme en pie. No levanto la vista, soy incapaz de mirarle a la cara. En vez de eso, clavo la mirada en la manga del abrigo de mi marido; estoy temblando como un flan.

Ya las noto. Las sombras de los confines de mi mente. Formas escurridizas y susurros escalofriantes que me atemorizan más que Vero si cabe. Ojalá regresara, aunque fuera en forma de calavera con esa mueca de sonrisa.

Pero ahora está callada. Me dio su mejor consejo y yo hice caso omiso.

O quizá, al enfrentarse de nuevo a este lugar, también esté demasiado aterrorizada para hablar.

Por un fugaz instante, pienso que ojalá el amor realmente curara todas las heridas. Ojalá los sinceros cuidados y atenciones de Thomas hubieran bastado para curarme. De alguna manera, él había tenido la capacidad de seguir adelante.

Pero yo no. Tiene razón; estaba perdiendo el juicio incluso antes de sufrir

tres contusiones en la cabeza.

Thomas da el primer paso, con mi mano enganchada a su brazo. Lentamente, hago un esfuerzo por seguirle. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que lleva algo en la mano izquierda. Una pala, lo que ha cogido del asiento trasero. Thomas lleva una pala.

No hablo. Camino con este hombre, mi marido. Me viene a la cabeza que no llegamos a celebrar una boda formal, que no bajamos el uno al lado del otro las escaleras de la iglesia, declarados oficialmente marido y mujer.

Pero ahora tenemos esto.

Un hombre. Su mujer. Nuestro secreto compartido.

La finca era bonita en su época. En algún punto en el fondo de mi mente, lo sé. Yo alcanzaba a ver la ondulada extensión de césped desde la casa, especialmente desde el dormitorio de la torre, que gozaba de vistas de doscientos setenta grados. Pasaba horas a solas, contemplando la parte posterior de la inmensa finca, por no mencionar la amplia glorieta de la entrada, en cuyo centro se erigía una borbotante fuente. Rosales en verano, variedades de sedum color herrumbre en otoño. Las caballerizas, que se hallaban a la izquierda, ya habían sido transformadas en un garaje de tres plazas por aquel entonces. El otro anexo se encontraba un poco más atrás. Una cabaña para el guarda, o quizá una casita de juegos para los privilegiados hijos de la familia que había construido la casa cien años antes.

Yo solía imaginarme a un niño y una niña, de rubios rizos suaves que ondeaban, un tieso peto azul para él, un vestido rosa vaporoso para ella, correteando detrás de un balón de cuero pasado de moda por el césped. También había un estanque a espaldas de la casa, un lugar para refrescarse en los calurosos días de verano.

Yo jamás fui allí. Jamás metí el dedo del pie en el agua estancada. Me limitaba a contemplar las ondas de la superficie verde desde la ventana de la tercera planta, tratando de imaginar a la familia que había construido en su época esa casa de veraneo. Preguntándome lo que opinarían si vivieran para ver en lo que se había convertido.

Thomas lleva una linterna. Me suelta del brazo para alumbrar la glorieta, pero no hay nada, nada salvo maleza y zarzas. A continuación busca la fuente central, pero se ha derrumbado o ha quedado engullida por la vegetación.

A la naturaleza le gusta recuperar lo suyo. En este caso, no cabe duda de que así debería ser.

—¿Qué recuerdas? —me pregunta Thomas en voz baja. Avanzamos siguiendo la estrecha vereda, que es lo único que queda del camino de entrada.

—Al salir del coche...

Es abril, está atardeciendo, ya siento el frío. Tengo hambre, estoy cansada, estoy asustada. Pero no dejo traslucir estas cosas. Me meto en el papel, hago acopio de valor. Hasta que salgo del coche. Levanto la vista y veo...

—Era preciosa —susurro—. Como sacada de un cuento de hadas. Especialmente para una niña de ciudad como yo. Yo solamente había visto pisos, edificios. Y venir aquí, ver esto...

—Ya se encontraba deteriorada —comenta Thomas. Lo dice en tono pesaroso. Levanta la pala que lleva en la mano izquierda—. A raíz de la muerte de mi padre, el dinero no daba para el mantenimiento. A pesar de la... idea de negocio... de mi madre..., la casa nunca fue la misma. Yo solía plantearme que a lo mejor las casas tienen alma. Que no basta con pintarlas y repararlas. Hay que darles un aire nuevo. Con amor, risa, vida; qué se yo. Pero a raíz de la muerte de mi padre, lo que mi madre hizo con esta casa, en esta casa... No creo que jamás llegara a ser la misma.

Seguimos adentrándonos entre la vegetación.

En su época, había un precioso porche que rodeaba la fachada principal. Una verja pintada de blanco, molduras repujadas. Si cierro los ojos, todavía la visualizo mentalmente. Pero cuando vuelvo a abrirlos, al seguir el haz de luz de la linterna de Thomas, me quedo perpleja al comprobar que nada es tan grande como yo lo recuerdo. El porche, como es natural, ha desaparecido. La casa, también. Lo único que se conserva son los cimientos, una pila de gigantescos bloques de granito de los que se utilizaban en aquella época.

A Thomas únicamente se le daba bien el fuego. Para destruir estos cimientos habría necesitado dinamita.

—Cuando mi madre te trajo a casa por primera vez —prosigue tras una pausa— dijo que eras otra niña que había adoptado. Ese era su gran proyecto desde la muerte de mi padre. Teníamos una gran casa, un montón de habitaciones vacías. Ella optó por tener niñas en acogida. Por dinero, por supuesto. Nunca fue de las que fingían preocuparse por los demás.

—Un coche paró en la puerta de nuestro edificio —le explico—. Mi madre me dijo que subiera al coche. Que hiciera todo lo que la mujer me ordenara.

No fue la primera vez.

—Lo siento.

—Yo no esperaba que me secuestraran. No obstante, cuando vi por primera vez este sitio... Era, con diferencia, el lugar más bonito donde jamás había estado. Y la comida era mejor, también.

—Al principio, la creí —continuó Thomas—. Era lógico. El estado paga por la adopción de niños y yo era consciente de que necesitábamos dinero. Era lo único de lo que hablaba mi madre. Del inútil de mi padre, que le había prometido esto y lo otro, pero que no había resultado ser nada más que un fracasado que luego va y se muere...

Thomas me mira; aunque me cuesta leerle la expresión en la oscuridad, lo siguiente lo dice en un tono rotundo y sincero:

—Yo la odiaba. Seguramente ya lo sabrás. Hizo esto, todo esto, por pura codicia. Porque se merecía una vida lujosa. Como mi padre le falló, bueno, este fue lógicamente el siguiente paso. Ella recibió a «menores en acogida», todos los cuales eran niñas bonitas. Luego empezó a organizar fiestas por todo lo alto. Para conocer a los vecinos, me decía. Yo era tan pequeño también que tardé años en darme cuenta de que los invitados a las fiestas solo eran hombres mayores y ricos. Y ninguno se iba a su casa después de cenar.

Ya estamos lo bastante cerca como para subir a la primera mole de granito. No quiero bajar la vista hacia el hoyo de lo que antaño era la bodega de la casa, pero no puedo evitarlo. Juraría que huele a humo otra vez, pero todos los rescoldos de madera calcinada desaparecieron hace muchísimo tiempo. Solo veo una densa vegetación verde, enredaderas y maleza que han engullido los huesos de la que fuera una casa señorial en su época.

Calor, pienso. Si cierro los ojos, volveré a sentirlo en mis mejillas.

Oiré los gritos.

Me echo hacia atrás bruscamente, resbalo del bloque de granito. Thomas intenta agarrarme, pero es demasiado tarde. Caigo pesadamente y me golpeo la espinilla contra el duro bloque rectangular. Sangre. Dolor.

Humo. Fuego.

Gritos.

No puedo evitarlo. Alargo la mano. Suplico, imploro.

—¡Sálvala! ¡Por el amor de Dios! ¡Por favor!

Thomas se queda inmóvil. Permanece ahí de pie con expresión sombría, la linterna en una mano, la pala en la otra. Lo sabe. Lo que le estoy pidiendo. Lo

que finalmente estoy recordando.

Pero, mientras que yo estoy llorando, sus ojos permanecen secos.

—Lo siento —dice, pero no estoy segura de a qué se refiere. Si a lo que ocurrió entonces, o a lo que ha de ocurrir ahora. —Las primeras dos niñas que llegaron —prosigue, al tiempo que salta del bloque de granito— eran mayores. De quince, dieciséis años. Yo tendría ¿cinco? No le di muchas vueltas. Mi madre me dijo que no tenían familia. Que se quedarían en casa. Y así fue.

»Volviendo la vista atrás, creo que empezó con ellas. A lo mejor ya eran prostitutas. O simplemente niñas que habían pasado por... ciertas experiencias. —Me mira fugazmente—. Puede que mi padre no hubiera sido el sostén que mi madre deseaba, pero pertenecía a un largo linaje de gente que tenía contactos. Mi madre sacó el máximo partido de esos contactos. Al principio organizaba cenas íntimas con pocos invitados, los vecinos, conocidos de la familia. Mi madre no se complicó la vida. Cócteles antes de la cena, sencillas comidas al aire libre para alardear de casa, presentar a sus nuevas “hijas”.

»Puede que tratase de recuperar su estatus, nuestro estatus, en los círculos sociales, pero me da que concibió un plan desde el principio. Ella sabía lo que deseaban los hombres mayores, aburridos, adinerados. De modo que comenzó con un evento para parejas, para que a partir de ahí los maridos “se pasasen” por aquí a ver si mi madre necesitaba algo, quizá para quedarse un par de horas. Aunque yo no entendía del todo el trasfondo, sí que notaba los nuevos patrones. Cada vez más visitas masculinas. Dos “hijas en acogida” que se pasaban la mayor parte del tiempo enseñándoles la casa a los invitados masculinos, incluyendo largos ratos en sus dormitorios. Ya ni siquiera me acuerdo de sus nombres, pero todo empezó con aquellas dos niñas.

Me vienen imágenes a la cabeza. Una mujer de mediana edad con unos elegantes pantalones de lino acompañándome desde su coche. Conduciéndome al interior de una casa venida a menos, pero sin duda señorial en su época. Subiendo por el largo tramo de escaleras de la torrecilla que miraba al sur.

«Esta será tu habitación. —El dormitorio de la torre—. Ponte cómoda. Voy a traerte ropa».

Cerró la puerta. ¿Con llave? A estas alturas no estoy segura. A lo mejor sí, al principio. Pero poco importaba. Viviendo allí, confinada en una mansión

encaramada en una ladera montañosa, a cincuenta, sesenta kilómetros de la civilización, ¿adónde iba a ir? ¿Adónde podría haber huido cualquiera de nosotras?

Madame Sade no contaba con vigilantes armados ni sistemas de seguridad a la vista. Su fría sonrisa y su voluntad de hierro le hacían el mismo servicio.

Miro hacia arriba. No la veo, pero siento que sé dónde estaría, la torrecilla de tres plantas, alzándose contra el cielo de la noche.

—Me encantaba esa habitación —susurro.

—Te vi en la ventana —dice Thomas—. Tenías diez años, la primera niña pequeña que traje...

—Que compró —rectifico con amargura.

Él no lo rebate.

—Más o menos de mi edad. Yo estaba en el jardín, cortando el césped, porque todo el mundo, incluso yo, tenía que ganarse el pan. Alcé la vista. Te vi con la cara pegada al cristal. Tenías una expresión muy seria. Entonces levantaste la mano, como alargándola hacia mí...

»Y yo... No sé cómo explicarlo. Solo tenía doce años, pero con una simple mirada me quedé prendado. Quería entablar conversación contigo, hacerme amigo tuyo. Quería *conocerte*, aunque lo tenía prohibido. Ya se habían establecido las reglas. Las niñas en acogida aparte. Mi madre se ocupaba de vosotras. Los huéspedes os visitaban. Yo, por el contrario, tenía totalmente prohibido relacionarme con vosotras.

—Me saludaste con la mano. —Por un momento, vuelvo a tener diez años. Sola y abrumada por esa casa de lujo y por la mujer bien vestida que siempre me aterroriza. Estoy en la habitación más bonita que jamás he visto, en una torre de princesa en toda regla, pero ya sé que en la vida todo tiene su precio. La habitación me costará cara. La casa me costará cara.

Entonces bajo la vista. Veo al niño. Una fugaz sonrisa. Un rápido saludo con la mano. Enseguida la esconde detrás de la espalda y echa un vistazo a su alrededor, nervioso. Pero yo no bajo la mano. La mantengo pegada al cristal. Imagino, por un momento, que estoy en el césped con él. Él me sigue sonriendo y ya no me siento tan asustada ni sola.

Thomas tenía razón: no se nos permitía mezclarnos ni relacionarnos. Pero, en cierto modo, se convirtió en mi tabla de salvación, en el aliciente de una existencia por lo demás monótona, sentada en una jaula de oro, esperando que cayera la noche. Madame Sade imponía las normas: primero nos recluía

en esa mansión; luego ensalzaba sus propias virtudes. *Mira a qué casa más bonita te he traído para que vivas; mira qué vestido te acabo de comprar. Fíjate qué suerte tienes de que cuide de ti, qué afortunada eres de tener la oportunidad de progresar en la vida.*

Ella esbozaba aquella sonrisa fría, la que nunca alcanzaba sus ojos, y la niña lista obedecía. La niña lista no soñaba con una vida más allá de aquellas paredes.

Si no, madame Sade te quitaba la comida, te hacía jirones la ropa, destrozaba uno de tus juguetes nuevos, tal vez el que te había regalado el día anterior. Te retorció el brazo por detrás de la espalda con tanta fuerza que apenas podías respirar, y te recordaba todo lo que había comprado y pagado. Oh, sí, incluida tú misma. Así que más te valía espabilar, no decir ni pío y entretener a ese hombre de ahí, porque nadie te echaría en falta si una mañana no te presentaras a la hora del desayuno. En aquellos bosques densos y oscuros desaparecían montones de cosas. Incluidas las niñas desagradecidas.

Espabilé. No dije ni pío. Entretuve a ese hombre de ahí.

Pero también observé al niño del cortacésped en el jardín. Lo escruté bajo mis pestañas mientras caminaba a grandes zancadas por la finca. De vez en cuando se fijaba en mí al cruzarnos por el pasillo.

Vero tenía a la reina maga y a la princesa perdida del reino secreto.

Yo tenía conversaciones totalmente ficticias con un chico al que oficialmente no conocía. Hasta que, por supuesto, perdí mi sitio en la habitación de la torre.

Ahora levanto la vista al cielo, al espacio vacío del horizonte donde en aquel entonces se ubicaba la torrecilla de tres plantas. Ella está cerca, pienso. Muy cerca. Ha dejado de ser una mera presencia en mi mente, está aquí, en estas ruinas cubiertas de vegetación.

—Vero me quitó la habitación —me oigo decir a mí misma—. Cuando llegó, me mandaron abajo de un puntapié.

Thomas no dice nada.

—Por eso la odiaba. No tenía por qué. Podría haberme compadecido de ella. Era tan pequeña, no era más que una pobre niña a la que habían separado de su familia. La oía llorar noche tras noche, ¿sabes? Pero no me daba ninguna lástima. Es más, la odiaba.

—Divide y vencerás —comenta Thomas con delicadeza—. Mi madre no tenía un pelo de tonta.

No puedo seguir mirando hacia arriba. Huelo a humo, y lo que va a suceder a continuación... El verdadero motivo por el que Thomas me ha traído aquí.

—Yo solo quería que me devolvieran mi habitación —murmuro. ¿Una disculpa? Dirigida a él, a ella, qué sé yo—. Yo quería fingir que era una princesa. Porque, como es natural, por entonces ya sabía que no era más que una puta.

Thomas se pone delante de mí.

—No es culpa tuya. ¿Es que no lo entiendes? Por eso no tienes más remedio que recordar, Nicky. Porque al olvidar lo que ocurrió, también olvidas la causa por la que no tienes que culparte.

—No. —Niego con la cabeza, luego me obligo a mirarle y respiro hondo para serenarme—. No lo entiendes. Lo de Vero es culpa mía. Soy yo quien la mató. Desde el primer instante en que empecé a esconder la droga, sabía que ella la encontraría. Sabía que la consumiría. Y para colmo, la quería. Por entonces se había convertido en la hermana pequeña que nunca había tenido, en lo más parecido a una amiga íntima. Ella era mi familia. Mi única familia. Y yo la maté. Consciente, deliberadamente. Dejé que muriera para poder vivir yo.

Thomas me observa atentamente. Me mira y me mira con detenimiento. A continuación dice algo de lo más extraño. Dice:

—¿Y luego qué, Nicky? Vero consumió la droga. Pero ¿qué pasó luego?

No hay cobertura —informó Tessa, pegando el teléfono a la ventanilla del asiento del pasajero, como si eso sirviera de algo—. Malditas montañas.

—¿Sabes dónde estamos? —le preguntó Wyatt. Porque le daba la impresión de que llevaban un siglo conduciendo, y Tessa no dejaba de tener razón. De momento, lo único que se veía eran montañas oscuras e interminables.

—No, solo dónde hemos estado.

—Seguro que estamos cerca.

—¿Sabes qué? Esta carretera de por sí avala una de nuestras hipótesis. Llevamos conduciendo una eternidad y por no ver no hemos visto ni un oso. Si efectivamente esta es la ubicación de la infame casa de muñecas..., es completamente imposible que Nicky Frank pudiera escabullirse de la finca por arte de magia e hiciera autoestop hasta Nueva Orleans ella sola. Por fuerza tuvo que contar con alguien.

—Thomas no solo es su marido; fue su vía de escape —convino Wyatt.

—Interesante base para un matrimonio.

—Y sin embargo ha durado veintidós años.

—Hasta los últimos seis meses —rezongó Tessa—. Cuando Nicky decidió averiguar la verdad sobre su pasado e inmediatamente pasó a ser prescindible.

Wyatt no hizo ningún comentario. Él había sido el primero en dudar de Thomas. De cualquier hombre cuya mujer hubiera sufrido tres accidentes misteriosamente. Por no hablar de que la propia Nicky lo había situado en la escena del accidente de coche. Y sin embargo, el vídeo... Había algo en el vídeo. La manera en la que Nicky seguía yendo a su encuentro, agarrándole

la mano que le tendía.

Temor y amor.

Wyatt estaba cometiendo el mayor error de un investigador y le constaba. Estaba contemplando a dos sospechosos, Nicky y Thomas Frank, y viéndose a sí mismo y a Tessa.

—Venga ya —le pinchó Tessa—. No me vengas con que de buenas a primeras te has convertido en fan de Thomas Frank. Como mínimo, se reunió con su angustiada mujer el miércoles por la noche, le dio unos guantes con huellas dactilares falsas y luego le puso el cinturón de seguridad antes de empujar el coche por un barranco. Menudo comportamiento de hombre inocente.

—Fan sería mucho decir. Pero tengo que aclarar, para tu conocimiento, que el vehículo en cuestión era un Audi Q5 nuevo con airbag, sistema de seguridad y todo ese rollo. Difícilmente una trampa mortal. Además, le puso el cinturón de seguridad.

—Para cubrirse las espaldas mejor, para hacer que pareciera un accidente.

—Nicky ya estaba borracha. Habría tenido el accidente de todas formas. A ningún agente a cargo de la investigación le habría despertado sospechas que no llevara el cinturón abrochado.

—Él no es un agente.

—Cierto. Es solo que...

Ella se quedó mirándolo.

—Suéltalo.

—No sé. Como poli, coincido contigo. Está claro que se trata de un hombre con mucho que esconder. Y, sin embargo, después de dos décadas casados... Tú misma lo comentaste. El mero hecho de que la salvara aquella noche no significa que tuviera que casarse con ella. Y aun cuando su cometido fuera no quitarle ojo de alguna manera, vigilarla por encargo de madame Sade, al cabo de veintidós años, ¿cómo finges ese tipo de relación? No sé. He visto ese vídeo esta noche y... hay algo, algún detalle que todavía se nos escapa.

—Eres un romántico —le dijo Tessa.

—Prefiero el término «abierto de miras».

—El boceto que dibujó ella. Thomas estuvo en la casa de muñecas. La expresión de su cara en el dibujo. Thomas no era un niño feliz. O sea, que a todas luces era partícipe de lo que pasó en aquella época. Nicky empieza a

recordar *todo*, y esos recuerdos suponen una amenaza para él.

—Él también era joven. Posiblemente también una víctima.

—Tenía una expresión dura.

—A mí me pareció de determinación.

—¡Wyatt!

—¡Tessa! Sabes que te quiero, ¿no? —dijo de repente.

Tessa se quedó inmóvil en el asiento del pasajero. Él se dio cuenta de que el comentario la había pillado desprevenida, aunque en el fondo no. Amor y temor, pensó él de nuevo. Salvo que no en el caso de Nicky y Thomas, sino en el suyo.

—No se me da bien esto —murmuró Tessa.

—Tessa, ¿qué pasa?

—¿Por qué no nos limitamos a... resolver este caso? A ti te gusta detener a la gente; a mí me gusta detener a la gente. Nos irá fenomenal.

—¿Es por Sophie? —preguntó él en tono sereno—. Porque tengo paciencia, Tessa. Me consta que todavía no ha terminado de aceptarme. No pasa nada. Sé que esto es una carrera de fondo.

Ella no contestó.

Una curva cerrada en la carretera. Tuvo que concentrarse.

—John Stephen Purcell —dijo ella de repente—. La policía acaba de encontrar la pistola con la que lo mataron. Me han dicho que extrajeron una única huella latente.

Wyatt no pudo evitarlo; soltó un sonoro suspiro.

—¿Eso es todo? ¿Por una pistola? ¿Por una pistola que acaban de encontrar? ¿Por eso estás tan distante?

—No lo entiendes. John Stephen Purcell, el hombre que *disparó* a Brian, mi marido... —Sus palabras estaban cargadas de significado.

—No, no, no —interrumpió él apresuradamente, apretando el volante—. Sí que lo entiendo. Y no estamos casados, de modo que aquí no hay dispensa legal, y definitivamente no hay necesidad de decir nada más. Por Dios, Tessa. Pensaba que ibas a romper conmigo.

Esta vez le tocó a Tessa fruncir el ceño.

—¿No te importa? No me refiero solamente a lo que la policía pueda descubrir; me refiero a lo que hice en el pasado.

Él ni siquiera tuvo que pensárselo.

—No. Tú salvaste a Sophie. Tessa, sé quién eres. Por eso te quiero tanto.

Ella se quedó en silencio de nuevo. Esta vez no fue un silencio inquietante, sino más bien reflexivo.

—Tessa —dijo él, en tono desenfadado—, no te vas a librar de mí tan fácilmente.

—¿Y si no me queda otra? Una huella dactilar; eso es lo único que hará falta.

—Saldremos de esta. Somos dos personas inteligentes con un montón de contactos entre las fuerzas del orden y a nivel judicial. ¿Acaso crees que no podemos salir de esta?

—No puedo perder a Sophie.

—Lo sé.

—Mil noventa y seis días. Me dije a mí misma que sería suficiente. Pero no lo es.

—Lo sé.

—Además, ya sabes, el cachorro. No puedo dejar tirado al cachorro, y ni siquiera lo conozco. Nuestra familia está cambiando, eso es lo que comentó Sophie. Nuestra familia, mi familia. No puedo renunciar a eso, Wyatt. No puedo perderlos a todos.

—Entonces saldremos de esta. Porque eso es lo que hacen las familias. Eso es lo que hacemos nosotros.

Y, de repente, cayó en la cuenta. De hasta dónde estaba un hombre dispuesto a llegar por la mujer que amaba. O qué hacía Thomas Frank aquella noche, en la escena del accidente de su mujer, con un guante con huellas dactilares falsas.

Un marido desesperado, tomando una medida drástica...

—¡Para! —gritó Tessa. Se giró y señaló a un punto en la oscura carretera justo cuando los faros lo iluminaron fugazmente—. Ese es el cruce. El camino hacia la casa de muñecas. ¡Wyatt, hemos llegado!

No puedo quedarme quieta más tiempo. Thomas tiene la linterna, pero no quiero mirar. Me alejo de él. Me duele la cabeza. Me duele el corazón. Me tapo los oídos, como si eso sirviera de algo, pero es en vano. Sigo oyendo los gritos.

Está aquí. La siento. En el viento, en las zarzas, en la dureza de los cimientos de granito. Y me echo a temblar. Porque era capaz de mantener a raya a la Vero de mi cabeza. A la niña que venía de visita. Al esqueleto que se quedaba a tomar el té. Pero a esta Vero...

Esta Vero me puede hacer daño.

—Durante los primeros cinco años —dice Thomas, subido al bloque de granito—, mi madre no se complicó la vida. Acogíamos a un par de niñas al mismo tiempo. Siempre adolescentes; se quedaban un año o dos, y luego se marchaban. Superaban la edad, ¿no es cierto? Pero a medida que pasaba el tiempo, mi madre se volvió más codiciosa. Por aquel entonces había hecho otros... contactos, en la industria. Se acabaron las niñas en acogida. Simplemente traía a chicas que hacían la calle. Lo negociaba directamente con sus respectivos chulos. O, como en tu caso, las compraba directamente a sus respectivas familias. Sin testigos, sin líos. Todo el mundo tenía que apechugar con lo suyo, ¿no es cierto?

»Creo que también comenzó a aceptar encargos. Tal vez de algunos de sus clientes, o solo de los más pudientes. No estoy seguro. Pero llegaban chicas más pequeñas. A ti, por ejemplo, te trajo con diez años. Pero eso también complicaba las cosas. Las niñas pequeñas en principio eran más dóciles, pero algunas de las nuevas adquisiciones... estaban más curtidas. Se habían criado mintiendo, robando, apaleando, metiéndose en refriegas. Recuerdo que mi

madre le dio una bofetada a una de las nuevas. Yo estaba justo entrando en la habitación; tendría trece, catorce años. Me paré en seco, impactado. Pero entonces la niña, que medía la mitad que mi madre..., le devolvió el tortazo.

»Así que mi madre lanzó un órdago. Empezó a drogarlas. Decía que de todas formas eran adictas. Que simplemente les estaba haciendo un favor ahorrándoles el trance del mono.

Thomas hizo una pausa, esbozó una tenue sonrisa.

—Es curioso cómo sabes que algo va mal y aun así haces la vista gorda. Por ejemplo, si yo admitía que mi madre era una criminal que suministraba droga a adictas, también tenía que admitir su culpabilidad por mantener a una niña de diez años enclaustrada en la habitación de la torre. O peor aún, a la pequeña Vero, que solo tenía seis años cuando entró por nuestra puerta.

»Yo era incapaz... Era mi madre. Y yo no era más que un crío. Como el resto de vosotras, no tenía adónde ir.

Thomas sale del bloque de granito. Se coloca delante de mí, intentando que le mire. Pero no puedo. Se me agolpan demasiadas cosas en la cabeza, y los recuerdos son a la vez más sencillos y más espantosos de lo que puedo digerir.

Las nuevas chicas eran mezquinas, horribles y crueles. Antes, cada una iba a lo suyo. Después tuve que guardarme las espaldas. No bastaba con odiar a los hombres. Tuve que esconder el cepillo del pelo, poner mis vestidos a buen recaudo, no quitarle ojo a mis golosinas.

Las chicas eran más mayores y listas. Especialmente comparadas con Vero y conmigo. Madame Sade acabó colocándonos en la misma habitación.

«De lo contrario, os comerán vivas —nos advirtió con frialdad—. En serio. Espabilad».

Yo odiaba a Vero. Todas las barrabasadas que me hacían las otras niñas las pagaba con ella. La reacción en cadena del sufrimiento. Y puede que eso nos convirtiera en una familia. Una familia numerosa y disfuncional donde cada miembro pugnaba por ser más dañino.

Vero comenzó a contar historias. Las susurraba para sí. De reinos secretos. De una reina maga. De una princesa secuestrada.

Al principio, creo que le servía de mero consuelo. Pero con el tiempo...

Le tiré de la lengua. «Cuéntame más cosas de esa madre que quería a su hija. Cuéntame más cosas de esa hija que sabe que algún día volverá a casa».

Poco a poco, hicimos frente común, mientras la casa de muñecas se volvía

más tenebrosa e infernal.

—Ya no podía seguir fingiendo normalidad —dice Thomas ahora, como leyéndome el pensamiento—. Llegados a un punto, hasta yo fui consciente de que la mayoría de las familias de acogida no tenían a los niños encerrados en torres, y que los repartidores corrientes no resultaban tan turbios, ni se relamían cada vez que aparecía una niña.

»Le planté cara a mi madre. Al menos, lo intenté. Le dije que dejásemos de acoger niñas. Que estaba preocupado por ellas. Que por qué las cosas no podían... volver a ser como antes y punto.

»“¿Qué? —se burló de mí mi madre—. ¿Te refieres a vivir en la miseria?”.

»“Si quieres ayudar a las niñas —me dijo—, lo mínimo que podrías hacer es echar una mano con su medicación”. Y así fue como, a los catorce años, empecé a ir en coche a la ciudad, a reunirme con nuestros “socios”, y después volvía a la casa con droga. Ni siquiera tenía edad para conducir. Lo que significa que me mantenía ojo avizor cada centímetro del trayecto, aterrorizado de que me diera el alto algún poli. Mi madre no pasaba ni una, ni siquiera a su propio hijo.

Levanto la vista hacia él.

—Te convertiste en un camello. Tú comprabas todo. ¡Nos mantenías enganchadas a las drogas!

Thomas no lo niega.

—¿Dónde habría podido ir, Nicky? ¿Qué habría podido hacer si mi madre me echaba? Su artimaña fue hacernos a todos culpables. Nos convirtió a todos en cómplices del delito. Por eso ninguno de nosotros podía escurrir el bulto, porque todos estábamos totalmente atemorizados por las consecuencias.

Quiero discutir con él. Quiero bramar y gritar porque sería más fácil echarle la culpa. A lo mejor, en otra época, incluso lo hice. Pero ahora tengo una imagen en mi cabeza. Un adolescente con una mata de pelo castaño, todo brazos y piernas, bajando a grandes zancadas los escalones de la entrada, con aire resuelto. En el último momento se gira, mira hacia atrás. La expresión de su cara. Impotencia, añoranza y rabia. Antes de seguir caminando hacia el vehículo.

Él también era un prisionero. Recuerdo haberlo pensado entonces. Lo irónico es que él era su hijo, su verdadero hijo, y era una víctima más, como el resto de nosotras.

Vero comentó en una ocasión que el que más lástima le daba era él. El resto de nosotras no pertenecíamos a esa casa. Pero Thomas tenía razón: ¿adónde habría podido ir? Madame Sade era su única familia. Esa era su casa. ¿Cómo vas a huir de eso?

Vero y yo duramos más que la mayoría. Pero, al final, los años y años de desesperanza hicieron mella. Vero cada vez hablaba menos de la reina maga. Yo dejé de fantasear con conversar largo y tendido con el niño al que antaño veía cortando el césped. Sucumbimos. Depresión. Miedo. Ansiedad.

Entonces, cuando nos negamos a hacer acto de presencia por las noches, a acatar órdenes —porque ¿qué más daba?—, madame Sade nos metió un chute. Primero a mí. Luego a Vero.

Debería haber protestado. Debería haber huido, haberme rebelado, lo que fuera. Me habría gustado ser la niña que al menos opuso resistencia.

Pero no lo hice. Me quedé inmóvil. Extendí el brazo. Y cuando la metanfetamina penetró por mi vena... El subidón. De repente me sentí viva por primera vez desde hacía años.

Mientras Madame permanecía ahí sonriendo con la jeringuilla.

No se limitó a convertirnos en víctimas. Nos enseñó a hacerlo nosotras mismas. A tragar para sobrellevarlo. Así que lo hicimos, lo hicimos, lo hicimos.

Hasta el día en que comencé a esconder la droga.

—Yo me figuré lo que estabas haciendo —dice Thomas, con esa asombrosa habilidad para leerme el pensamiento—. Tardé unos cuantos días en darme cuenta; no tenías los ojos tan vidriosos, estabas más alerta, tus respuestas eran más rápidas. Yo seguí suministrándote las dosis, y tú seguiste aceptándolas, pero estaba claro... No dije ni una palabra. Si querías desengancharte, no iba a ser yo quien te delatara. Yo te admiraba, Nicky. Tramabas algo. Y pensé que ya iba siendo hora de que alguien urdiera un plan.

—Había tocado fondo —contesto sin más—. Y no me refiero a la adicción. Me refiero a la vida. En principio mi plan no era desengancharme y huir. En una ocasión me lo planteé. Pero, aun desenganchándome, salir de la casa... No tenía ninguna posibilidad en el bosque; era demasiado espeso, el terreno era demasiado escarpado. Solo quedaba el camino de acceso, pero ella te habría mandado a por mí y listo.

Thomas no rebate. Eso es lo que habría pasado, y los dos lo sabemos.

—Mi primera idea no fue escapar; fue tomarme una sobredosis. Y para ello, como es lógico, necesitaba hacer acopio de una cierta cantidad. Entonces me la pincharía de golpe. Vero me observaba. Estaba al tanto de lo que yo me traía entre manos. Entonces un día...

»Fue ella quien me dijo lo que hacer. ¿Y sabes lo más gracioso? —Le sonrío a Thomas, e incluso a estas alturas, al cabo de todos estos años, los ojos se me inundan de lágrimas—. Lo primero que pensé fue que ella sencillamente quería mis dosis. Estaba mirando por sí misma, manipulándome. Yo, por supuesto, me negué tajantemente. ¿Tomarse una sobredosis con *mi* droga para que después yo simplemente ocupara su lugar en la saca? ¡De ninguna manera!

»Pero Vero... siempre había tenido mucha facilidad de palabra. Un don para contar historias. “Vero quiere volar” —murmuro—. Al cabo de tantos años. Vero quería volar; sabía que jamás volvería a su casa.

»Ella sufría, ¿sabes? Todas sufríamos. Pero ella realmente se estaba muriendo por dentro. Siguió erre que erre. Diciéndome que lo necesitaba. Solo hay una manera de huir de la casa de muñecas. —Miro a Thomas—. Llevábamos allí tantísimo tiempo —digo con voz queda—. Las demás chicas estaban de paso. Pero Vero y yo, ¿acaso pensabas que tu madre nos dejaría, podría dejarnos marchar algún día?

Thomas guarda silencio.

Sopla el viento. O a lo mejor es la respiración de Vero, su aliento sobre mi mejilla. Está aquí. Me consta. Porque Vero solo lo consiguió a medias. Murió; pero ni con esas logró escapar de la casa de muñecas.

—Me desenganché de la droga. Escondí el alijo. Entonces, después de una noche especialmente mala... Vero lo cogió. La vi acercarse a mi colchón, hurgar en el canapé. La vi sacarlo. La vi metiéndose el chute.

»Protestar. Intervenir. Quitárselo. Tirarlo. Tantas cosas podría haber hecho. Pero no lo hice. “Vero quiere volar”. Así que la vi alzar el vuelo.

—Ninguna de las chicas se había tomado una sobredosis hasta esa fecha —comenta Thomas en voz queda—. Mi madre no sabía qué hacer. Me mandó a comprobar cómo se encontraba Vero una y otra vez. Recuerdo que estabas acurrucada en el rincón. Habías estado llorando.

El joven Thomas, el chico de la mata de pelo, inclinado sobre el cuerpo de Vero, tomándole el pulso. El joven Thomas volviéndose hacia mí. Cruzándonos la mirada. Y, por un momento, tengo la certeza de que sabe lo

que he hecho. Pero se lo guarda para sus adentros.

Sale de la habitación. Al volver, es evidente que ha tomado una decisión. Coloca el cuerpo de Vero con cuidado sobre la vieja alfombra azul. Lo enrolla despacio, casi con delicadeza. No tengo más remedio que apartar la vista porque me resulta demasiado doloroso.

—La sacaré de aquí después —me dice—. Cuando anochezca. ¿Estarás bien hasta entonces?

No respondo, solo asiento con la cabeza. Al alzar la vista, veo que me observa fijamente. Sabe lo que he hecho, pienso de nuevo. La cuestión es: ¿sabrá lo que tengo previsto hacer a continuación?

Me paso casi toda la tarde esperando. Igual hay algún cambio. Thomas no tardará en venir. Madame Sade exigirá ver el cuerpo de Vero. En la casa solo hay otras dos chicas; las dos son mayores que Vero y que yo, tienen dieciocho años. A lo mejor quieren venir. Pero no ocurre nada.

La casa permanece en silencio todo el día. Salvo el sonido de la lluvia contra el cristal.

Noviembre, el mes más triste del año.

Cuando el cielo comienza a oscurecer, por fin me despego del suelo. Desenrollo el cuerpo de Vero, no tan despacio, no con tanta delicadeza. El corazón me late a cien por hora. Sus miembros se desploman y los míos tiemblan. No creo que ninguna de las dos pueda soportarlo. Finalmente consigo sacarla y colocarla en la cama. Me cambio la ropa con ella, destapo la cama.

Acuesto a Vero en mi cama. Y me meto bajo el manto de la muerte.

Huele a ella. A loción de vainilla y jabón de almendras. A la sonrisa que solía esbozar antes de que los días se acortaran y las noches se alargaran. A las historias que solía contar cuando aún albergaba la esperanza de volver a ver a su madre.

Yo la odiaba. Pero luego la quise. Se convirtió en la única familia que jamás tuve. En la hermana pequeña, más guapa, más lista y más graciosa, pero le perdoné todo porque me quería más de lo que yo merecía y ambas lo sabíamos.

Me pregunto si ya habrá huido. A alguna luz resplandeciente del cielo. O a lo mejor ha vuelto a los brazos de su cariñosa madre.

Entonces me echo a llorar, pero en silencio porque así es como aprendes a llorar en una casa de muñecas; sin emitir el menor sonido jamás.

Finalmente, pasos por el pasillo. La puerta se abre. Una larga pausa.

Thomas, recuerdo en ese instante. Que vuelve a recoger el cadáver, acatando órdenes de su madre.

Me noto tensa. Hago un esfuerzo por relajarme. Cómo voy a tener miedo, me recuerdo para mis adentros. Ya estoy muerta.

El sonido de pasos que se aproximan lentamente. Alcanzo a oír su respiración cuando se agacha.

No me destapes. No hagas comprobaciones. ¿Y si las hace?

Pienso en cómo nos cruzamos la mirada hace apenas unas horas. Pienso en cómo lo he visto observar fijamente esta casa. Y ya no tengo miedo.

Mientras Thomas carga conmigo. Mientras Thomas me lleva a cuestas por el pasillo, escalera abajo, hasta el vestíbulo.

—¡Espera! —El tono imperioso de madame Sade.

—¿Qué, madre?

—No me digas que todavía está vestida. La ropa no es barata, ¿sabes? ¿Eso de ahí no es un calcetín?

—Esta ropa no te hace falta.

—No digas tonterías. Déjala en el suelo. Ya hay bastante con perder a una chica. Por lo menos nos quedaremos con la ropa.

—No.

—¿Qué?

—No pienso dejarla en el suelo. No pienso quitarle la ropa a una niña muerta. Me dijiste que me ocupara de ella. Eso es lo que estoy haciendo. Así que o te apartas de mi camino o cavas la tumba tú misma.

Una larga pausa. Procuero no respirar, no escuchar el estruendo de mi corazón. Porque noto el temblor en los brazos de Thomas. Soy consciente de lo que le está costando esta conversación. De lo que todavía podría costarme a mí.

Entonces...

Thomas avanza. Sale por la puerta principal, baja los escalones, camina bajo la lluvia, aunque de momento no me cala. Estoy guarecida por la alfombra, perdida en un mundo oscuro de sonidos amortiguados.

Camina durante una eternidad. Mi pie topa con hojas y ramas mojadas, y me doy cuenta de que se ha internado en el bosque. Claro, ¿dónde si no va a cavar la tumba?

Caigo en la cuenta despacio, y con creciente pavor. Si me lleva a cuestas

con los dos brazos, entonces, por definición, es imposible que lleve una pala. O sea, que ya ha estado en el bosque. Ya ha cavado la fosa.

Ahora simplemente me soltará dentro. Sin tiempo para prepararme. Ya no habrá más «algún día», «quizá», «finalmente». Se acabó.

Sin la menor duda.

Se detiene. Está jadeando. Entonces.

Caigo. Hacia abajo, abajo, abajo, al fondo de la oscura tierra.

¿Grito? Cómo voy a gritar. Ya estoy muerta, ya estoy muerta, ya estoy muerta.

No obstante, estoy gritando. En los confines de mi mente, estoy gritando: Vero, Vero, Vero. Lo siento mucho, Vero.

La primera palada de tierra mojada cae pesadamente. Seguida por otra, luego otra.

Cierro los ojos, aunque no puedo ver. Aprieto los puños, aunque no puedo moverme. Estoy muerta, estoy muerta, estoy muerta. Soy Vero, acurrucada contra el fondo del armario, armándome de valor para no temer a la oscuridad.

Palada tras palada de tierra.

¿Cuánto se tarda en enterrar un cuerpo? No lo sé. Estoy demasiado perdida en las tinieblas de mi mente. Vero. Vero. Vero.

Pero el sonido cesa. El peso de la tierra se asienta, permanece inalterable. Entonces...

Me invade el pánico. No aguanto ni un segundo más. Me sacudo y me retuerzo y empujo de un lado a otro. Y grito. A voz en cuello. Hasta desgañitarme. Sin parar, frenéticamente, aullando.

Estaba muerta, pero ahora estoy viva. Y los pulmones me explotan, pugnando por aire frenéticamente.

De repente, el cielo de la noche se abre sobre mí. No me explico cómo lo he hecho, pero soy libre. Noto la lluvia sobre mis mejillas. Noto el sabor del barro sobre mis labios. Abro la boca e inhalo con ansia.

Justo a tiempo de oír un grito ahogado. Al tiempo que Thomas retrocede trastabillando, con las manos todavía asiendo con fuerza la mortaja.

—¡Tú! —exclama—. ¡Oh, Dios mío! ¡Tú! ¡Lo sabía!

Thomas no echa a correr.

En vez de eso, escucha mi relato. Luego entrelaza los dedos con los míos.

Y dice:

—*Esto es lo que vamos a hacer ahora.*

—¡Ay...! ¡Uf, maldita sea! ¿Es que esta carretera no tiene fin?

El todoterreno de Wyatt pasó sobre otro bache; Tessa rebotó y se dio un cabezazo con la ventanilla.

—No creo que esto sea una carretera —comentó él—. Más bien parece un camino particular.

—Por el que está claro que no ha transitado nadie en años.

—No es cierto. Fíjate en eso. —Avanzaron bajo las ramas colgantes de otro árbol, que crujieron al rozar con el techo del vehículo—. Una rama recién partida.

—¿Nicky y Thomas?

—Apostaría a que sí.

—Wyatt, no es posible que otro coche los haya seguido hasta aquí sin que se den cuenta. La carretera está totalmente desierta, cuesta mucho dar con este camino.

—El segundo vehículo tendría que seguirlos muy de cerca —convino Wyatt.

—En cuyo caso, sabrían que tenían compañía.

—¿Un tercer cómplice? —preguntó Wyatt.

Tessa se encogió de hombros.

—Por fuerza debe tratarse de alguien que ya sabía cómo encontrar este sitio.

—Así que o un tercer cómplice, o alguien no tan agradable del pasado. —La miró fugazmente mientras el vehículo pasaba por otro enorme socavón—. Lo cual enseguida va a poner las cosas muy interesantes.

Tú me salvaste. —Me quedo mirando a mi marido; el recuerdo es tan real, tan vívido, que me da la sensación de que si alargara la mano podría tocarlo.

—¿Has oído eso? —me pregunta de repente. Thomas se da la vuelta, el haz de su linterna oscila por las ruinas, pero soy incapaz de concentrarme.

Me cuesta respirar. Me tiembla todo el cuerpo, y no me lo explico. Estoy a salvo. Estoy fuera de la tumba. Thomas me sacó. Thomas me salvó.

Hace veintidós años, nos encontramos en la oscuridad.

Entonces, ¿por qué tengo un nudo que me atenaza el pecho?

—Me dijiste que me quedara en el bosque —murmuro. Le estoy hablando al aire. Thomas se ha alejado, se ha acercado al montón de bloques de granito. Todavía lleva la pala. ¿Para qué ha traído una pala?—. Me dijiste que me escondiera. Y eso fue lo que hice.

Viene hacia mí. Lentamente. Como un murmullo. El viento contra mi mejilla.

—Humo. —Me vuelvo hacia mi marido—. Hay humo en el ambiente.

El olor a humo. El calor del fuego.

Gritos en el aire.

Humo.

Alargo la mano, pero una vez más mi marido no está ahí para agarrármela. Se encuentra demasiado lejos, la luz de la linterna trémula en sus manos.

—Cuando volví a la casa, mi madre me estaba esperando en el vestíbulo —dice. Su voz suena rara. Forzada—. Empezó con sus habituales exigencias. No dejes huellas de barro. No hagas esto, no hagas lo otro. ¿Te has desembarazado del cuerpo? Bueno, ¿sí o no?

»Y... la vi. Finalmente la vi. No era mi madre. Ni siquiera era una persona.

Era un monstruo. Como algo sacado de una antigua película de terror. Nos devoraría a todos. Y no le importaría lo más mínimo.

»Le dije que ya no podía más. Le dije que me iba, que me llevaba el coche. Eso fue todo.

»Ella se burló de mí. Que dónde iría, que qué haría, que era un niño, que no sabía nada de la vida. Y me ordenó que me fuera a la planta de arriba.

»Pero no lo hice. Me quedé allí. No moví ni un músculo. De modo que se acercó y me dio un bofetón. “¡A tu habitación!”, gritó. Como si de verdad fuera un niño en vez del hijo al que había convertido en camello y sepulturero y Dios sabe qué más. Aun así, no me moví. Me dio otro bofetón, y otro.

»“Basta —dije al final, sujetándole la mano—. Se acabó”. La aparté de un empujón y subí a mi habitación a la tercera planta. Cogería mi ropa y, por supuesto, mis ahorros. Después tenía previsto hacer exactamente lo que le había dicho. Metería todo en el coche y me largaría. Luego, una vez a salvo, pararía en el arcén y volvería atravesando el bosque a por ti. Sería perfecto, pensé. Ella no me perseguiría; yo era su hijo. Y tampoco a ti, pues no podía permitirse el lujo de meterse en más problemas, especialmente con la muerte de Vero todavía por resolver.

»Pero ella no estaba dispuesta a permitir que me marchara. Me siguió escaleras arriba. Fuera de sí, gritando, vociferando. Las dos chicas mayores se asomaron para ver qué estaba pasando. En el descansillo de la segunda planta, mi madre me alcanzó. Me dio una colleja; pero, como ni con esas me detuve, se abalanzó sobre mí. Se me echó encima literalmente. Era como si se hubiera vuelto loca. Supongo que eso es lo que pasa cuando nadie te ha llevado la contraria jamás. Forcejamos. Y entonces...

Thomas hace una pausa. Se encuentra a un par de metros de distancia. Demasiado lejos para poder verle la cara en la oscuridad.

—Se cayó por las escaleras —dice en tono monocorde—. Aterrizó con el cuello. Todos oímos el crujido. Estaba muerta.

Abro la boca. Cierro la boca. No sé qué decir.

—Les dije a las chicas que se marcharan. Eran las únicas que quedaban en la casa, y tampoco era que lamentaran su muerte. Les di las llaves del coche. Por iniciativa propia, saquearon la porcelana, la plata y el cristal. ¿Por qué no? Era lo mínimo que se merecían.

»Después... —Thomas vacila, aparentemente tratando de recomponerse—.

Si me marchaba por las buenas y dejaba el cuerpo, seguro que habría una investigación en toda regla. Así que llegué a la conclusión de que tenía que hacer algo. Había sido un accidente; se había roto el cuello. A lo mejor, si daba la impresión de que se disponía a salir precipitadamente de la casa, ya sabes, como huyendo de un incendio...

—No. —En cuanto pronuncia las palabras, me tapo los oídos de nuevo. Soy incapaz de escuchar esto. El corazón, si ya me latía rápido, ahora lo hace multiplicado por tres o por cuatro. El olor a humo. El calor del fuego. Sus gritos. «Por favor, para, por favor, para, por favor, para».

El viento arrecia, agudizando mi desasosiego. Azotándonos a ambos.

Pero Thomas no para.

—Yo no lo sabía, Nicky. Créeme. Jamás imaginé... Cogí las latas de gasolina del garaje. Las vertí por todos los dormitorios de la segunda planta, en el rellano, comenzando por una de las chimeneas para que pareciera, no sé, que un leño había caído rodando, provocando el incendio. Usé cuatro latas de gasolina, porque estaba lloviendo, y era preciso que la casa ardiera. Tú saliste de una tumba. Bueno, pues yo iba a procurar que empezásemos de cero.

»Cuando terminé, dejé las latas de gasolina vacías en el garaje. Después, encendí cerillas y las fui dejando caer, empezando por el dormitorio del fondo de la segunda planta en dirección a la salida. Montones de cerillas. Al poco... la súbita deflagración me pilló totalmente desprevenido. Aunque el exterior de la casa estuviera mojado por la lluvia, por lo visto, a lo largo de cien años, la madera del interior se había resecado y ardió como la tea. Me chamusqué el vello del dorso de las manos mientras cruzaba el vestíbulo y salía por la puerta.

»Fue impresionante. Fue aterrador. Entonces oí sus gritos.

—No. No. Por favor, para. —Me doblo, sin apartar las manos de mis oídos. Las lágrimas me resbalan por la cara.

Pero Thomas no se detiene. Se acerca cada vez más. No deja de hablar. Y ahora, después de todos estos años, no puedo dejar de recordar.

—No estaba muerta —susurra—. Yo no era más que un niño, comprobando cómo se encontraba una niña, y jamás habíamos tenido un caso de sobredosis. A lo mejor estaba inconsciente, como en coma. No lo sé. El caso es que cuando se desató el incendio se despertó.

Estoy en el bosque. Huelo a humo. Arrugo la nariz. ¿A quién se le habrá ocurrido hacer fuego en una tormenta?

Entonces oigo el primer grito. De Vero.

—Ella no podía bajar. El descansillo de la segunda planta ya había sido engullido por las llamas por completo. Así que seguramente subió. Para huir de las llamas.

Ahora estoy corriendo. Por el bosque, las ramas mojadas azotándome la cara. Ya me trae sin cuidado la ira de madame Sade o la bonita promesa de Thomas. Tengo que ir al encuentro de Vero. Me está llamando a voces.

—La vi —dice Thomas, la linterna sacudiéndose incontroladamente en una mano, la pala en la otra—. Arriba, en la habitación de la torre, aporreando una de las ventanas con los puños. Lo intenté, Nicky. Fui como una exhalación hacia la puerta principal, pero a esas alturas el calor abrasaba. Entonces me abalancé hacia el garaje, donde guardábamos la escalera de mano.

A lo lejos, la veo. Vero en la habitación de la princesa. Me está mirando. Ya alcanzo a ver llamas anaranjadas ondeando detrás de su cabeza.

Vero ya no grita. Vero aprieta la mano contra el cristal. Vero alarga la mano, igual que yo alargo la mano en dirección a ella. Sin dejar de correr. Con tanto ímpetu, tan rápido. Para intentar... No sé qué hacer.

Simplemente corro despavorida en dirección a ella, llamándola.

Ahora soy yo la que la llama a voces.

Desaparece. Un instante después, el cristal se hace añicos. Una silla sale despedida. Una de las pequeñas de la mesita infantil. El fuego ruge de aprobación, inhalando aire fresco, ansiándolo con avidez.

Otra silla; ahora se han roto ambos paños. Entonces Vero vuelve a aparecer, de pie, en el hueco del cristal roto. Está sangrando. Las manos, los pies, la cara.

Le da igual.

El olor a humo. El calor del fuego.

Mientras alza los brazos sobre su cabeza. Cierra los ojos. Eleva el rostro hacia el cielo nocturno.

Vero quiere volar.

Doy un grito.

Ella no emite sonido alguno.

Al lanzarse al vacío. Lejos del calor. Lejos de las llamas.

Su pelo oscuro ondea tras ella. Su camisón estampado aletea como provisto de alas.

Vero quiere volar.

Otro grito. Thomas, que acude a mi encuentro. Pero es demasiado tarde. Ninguno de los dos puede hacer nada.

Lo difícil es la caída.

Mientras Vero cae, cae, cae. Se estampa contra el suelo. Un pálido fardo arrugado e inmóvil.

—Cuando volví, era demasiado tarde. Yo no sabía que una casa podía arder así —murmura Thomas—. Yo no... Solo éramos unos chiquillos, Nicky. Había muchísimas cosas que ignorábamos.

Soy incapaz de mirarle. Se me está rompiendo el corazón. Como se me rompió aquel día. Porque tiene razón. Todo fue culpa nuestra. No tuvimos ninguna culpa. Únicamente tratábamos de sobrevivir a lo que de entrada nunca deberíamos haber tenido que sobrevivir.

Thomas me llevó con él aquel día. Me cogió en brazos para meterme en el asiento del pasajero del coche de su madre, donde me hice un ovillo, empapada y temblorosa. La casa ardió. Vero murió. Thomas me llevó a Nueva Orleans.

En los días y semanas posteriores, apenas era persona. Si me dormía, me despertaba chillando. Si estaba despierta, me pasaba el tiempo llorando.

Thomas encontró una casa. Thomas compró comida. Thomas consiguió trabajo en un plató de cine durante el día, y luego me estrechaba en sus brazos de noche. Mientras yo trataba de recomponerme en vano una y otra vez.

Hasta que, al cabo de cuatro semanas, cuando intentaba hacer la colada, encontré una foto en el bolsillo de Thomas que seguramente hizo cuando nadie miraba. De una niña de diez años con un vestido estampado. Yo.

Y me rompí. No se me ocurre otra manera de definirlo. Me observé y vi a Vero. Recordé a Vero, me vi a mí misma, y no pude... Simplemente, no pude.

Thomas llegó a casa. Lo recibí anunciándole que me iba, que lo abandonaba, que me largaba de allí. Yo había muerto, y había llegado la hora de morir. Se acabó Chelsea. Se acabó Vero. Me mudaría, nueva identidad, nueva ciudad, nueva experiencia. Era mi única salida.

Y dijo que sí.

Al principio no lo entendí. Entonces se dirigió al vestidor, echó un poco de ropa en una bolsa y anunció que estaba listo. Que si yo necesitaba

marcharme, nos marcharíamos. Que si yo necesitaba una nueva identidad, él también conseguiría otra. Que si yo necesitaba empezar de cero, él empezaría de cero conmigo.

Me quería. Estaba dispuesto a ir donde fuera, a hacer lo que fuera, a asumir cualquier identidad, con tal de estar conmigo.

Y eso fue lo que hicimos. Lo que llevamos haciendo veintidós años.

—¿Cómo lo lograste? —le pregunto. Porque eso es lo que no entiendo. Cómo aquella noche me rompió por completo, mientras que a mi marido lo hizo tan fuerte.

—Tú eras lo que yo quería, Nicky. Ni siquiera sé cuánto tiempo llevaba observándote, esperándote. Le fallé a Vero. Soy consciente de ello. Fallé a todo el mundo, incluido a mí mismo, por no actuar antes, por no rebelarme contra mi propia madre. Te aseguro que al principio me lo repetía para mis adentros hasta la saciedad. Todos los «podría», «tendría», «debería». Pero, al final, no pude dar marcha atrás. De modo que decidí seguir adelante. Juré hacerte feliz aunque me llevara el resto de mi vida. Y eso es lo que he estado haciendo. Quererte. Aunque solo fuera por ti, me bastaba.

—La echo de menos.

—Lo sé.

—Debería haber conseguido que saliéramos de allí las dos —exclamo precipitadamente—. Debería haber sido más lista. Por entonces ella estaba perdida, muy apagada. Hasta había dejado de contarme sus historias. Pero, tal vez, si hubiera podido sacarla de allí. Devolverla a su reino secreto, a la reina maga. Tan solo era una chiquilla que echaba de menos a su madre.

—No habría salido bien.

—Podría...

—No. Imposible. Nicky, date la vuelta.

El tono de su voz es cortante. Me pilla por sorpresa, como una bofetada.

Caigo en la cuenta de que ya no sopla el viento. La noche se ha quedado totalmente quieta. Totalmente silenciosa.

Me doy la vuelta. Muy despacio. Y me encuentro a Marlene Bilek alumbrada por la linterna de Thomas.

Tiene en su ajada cara una expresión adusta que me resulta insólita. Y va armada.

Tenemos un problema. —Era Kevin, comunicándose por radio mientras ellos daban sacudidas por la empinada cuesta llena de baches.

—¿Qué tipo de problema? —gritó Wyatt por encima del ruido del motor del todoterreno puesto a prueba.

—Marlene Bilek ha desaparecido. Mandé a un agente uniformado a por ella, a petición tuya. La casa está a oscuras, el vehículo no está en la puerta. No hay rastro de ella.

Wyatt se volvió hacia Tessa.

—A lo mejor quiere mantener una charla en privado con la última persona que vio a su hija con vida.

—¿Regresó al hotel, vio a Nicky con Thomas y decidió seguirles? —Tessa frunció el ceño—. Pero ¿por qué? Si ya sabe que Nicky no es Vero.

—No, Nicky es algo más poderoso. Es el recuerdo de Vero, el legado andante de la infancia de Vero.

—¿Piensas que a Marlene le preocupa que Nicky pudiera haberse enterado de que recibió dinero tras el secuestro de Vero? Pero ¿por qué no indagó un poquito antes?

—No podía. No en nuestra presencia. Pero no me extrañaría que haya intentado volver después para sondearla. A lo mejor vio que Nicky se reunía con Thomas y decidió seguirles.

Tessa meneó la cabeza, aún no convencida.

—Pero es imposible que los haya seguido de cerca sin que se dieran cuenta...

—Efectivamente. Lo cual avala mi primera hipótesis. Si Marlene Bilek es quien conduce el segundo vehículo, definitivamente ha estado aquí antes.

—Tú mataste a mi hija. —Marlene Bilek se aparta de los cimientos, se acerca a la glorieta. Aunque tiene la cara iluminada por la luz de la linterna de Thomas, prácticamente no se vislumbra nada más en la noche cerrada. Su coche. De dónde ha podido salir. Si está sola o no.

Está claro que ha estado escuchando mientras recorríamos los confines de nuestra memoria.

—Fue un accidente —me oigo decir a mí misma. ¿Es raro disculparse ante una mujer que va armada con una pistola? ¿O acaso es la reacción más natural?

—Murió en el incendio. Aquí. Donde se hallaba la casa señorial.

No digo nada. Soy vagamente consciente de que Thomas hace amago de acercarse a Marlene sin que se dé cuenta.

Pero no hay suerte.

—Alto. Un paso más y le pego un tiro a ella primero. Créeme, esta pistola no es para impresionar. Lo primero que Hank me enseñó fue a usar un arma de fuego. Un buen ejercicio para una mujer, dijo, que ya había pasado demasiado tiempo de su vida como un saco de boxeo.

—Vero te quería.

Pronuncio las palabras para que le sirvan de consuelo, pero, en cambio, Marlene da un paso atrás, aparentemente desconcertada.

—¿Qué te contó?

—¿A qué te refieres?

—¿Lo supo? ¿Llegó a enterarse? Después de todo lo que has dicho, después de escuchar lo que vivió. Señor. Esa mujer aseguró que era una buena casa. ¿Cómo iba yo a pensar lo contrario? Ella tenía ropa cara, un coche bonito. Jamás se me pasó por la cabeza. ¡Jamás se me pasó por la cabeza!

Por primera vez, creo que lo entiendo. O tal vez sea sencillamente porque el viento ha vuelto a arreciar. Y ahora hace frío. Gélidos escalofríos ascienden por mi espada.

Es Thomas quien hace los honores. Se ha parado a dos metros y medio de ella, pero ahora coge con firmeza la linterna.

—Vendiste a tu hija.

El viento sopla con más ímpetu. Nos alborota el pelo.

Miro fijamente a Marlene como si la viera por primera vez. Ella no lo niega. Pues claro, madame Sade era una mujer de negocios. ¿Y qué clase de mujer se arriesgaba a raptar a niñas, cuando comprarlas resultaba mucho más fácil?

—¡Fue por necesidad! Ronnie, las palizas... Ya no aguantaba más. No sabéis lo que es sentirse tan indefensa...

Me río amargamente.

Marlene se sonroja.

—No tenía dinero. No podía salir adelante sola, y mucho menos con Vero. Por no hablar de la manera en la que Ronnie la miraba últimamente. Fue por su propio bien. No tenéis por qué creerme, pero un día, a través de una amiga de una amiga, me enteré de que una mujer a veces acogía a niñas. Vivía en una casa lujosa, no tenía muchos hijos. Que hasta podías sacar un pellizco. Que se compadecía de las madres solteras; eso fue lo que me comentaron.

No puedo evitarlo.

—¿Te refieres a otras adictas, a alcohólicas? ¿A mujeres dispuestas a vender a sus propias hijas por el siguiente chute?

—Vero viviría mejor. Yo podría abandonar a Ronnie, valerme por mí misma. Salvo que aquel día en el parque... Una de las mujeres que había allí se dio cuenta de que Vero ya no estaba conmigo. No tuve elección. No tuve más remedio que gritar que la habían secuestrado. De lo contrario la policía lo habría averiguado.

—Me acuerdo de eso —la interrumpió Thomas bruscamente—. Mi madre estaba hecha una furia esa tarde. Se pasó la noche entera mascullando que si pretendías que algo te saliera bien tenías que hacerlo tú mismo y punto.

—¡No fue culpa mía! No obstante, funcionó. La policía investigó, no encontró pistas; todo se diluyó. Ella consiguió a Vero y, en un momento dado, cuando las aguas volvieron a su cauce, yo conseguí mi dinero.

Súbitamente, me viene a la memoria:

—¡Yo te conozco!

Marlene me miró con gesto ceñudo.

—No sé a qué te refieres.

—Por eso te reconocí en la tienda de licores. En el instante en que te vi, te reconocí. Un recuerdo, pensé. En parte estaba en lo cierto. Solo que no era un recuerdo de Vero, no era una imagen de ti escondiendo a tu pequeña en el armario. Era aquí. Justo aquí. Viniste a la casa a recoger el dinero

personalmente. Madame Sade te gritó.

—¡Vine a cobrar lo que me debía!

El viento, más fuerte ahora. Más frío.

—¿La viste? —me oigo susurrar a mí misma—. Por aquel entonces, estaría de pie junto a la ventana de la torre. Es posible que estuviera asomada a la glorieta de la entrada. Que viese el taxi aparcando. A su madre apeándose, subir por la escalera. Después de pasarse tantas noches llorando y suplicando, por fin venías a rescatarla.

El pelo me sacude las mejillas. Un escalofrío me pone la carne de gallina en los brazos.

Al percatarme de cosas de las que no me había percatado hasta ahora. Al saber cosas que es imposible que supiera.

—Ella aporrea el cristal con sus pequeños puños —me oigo susurrar a mí misma—. Te llama, emocionada, esperanzada. Vero tiene seis años. Vero ha sido localizada. Vero volverá a casa.

»Solo que nadie abre la puerta de su habitación en ningún momento. Al final, sales de la casa. Bajas los escalones. Te metes en el taxi. Te marchas sin ella.

»Vero quiere volar. Quiere abrir la ventana y alzar el vuelo desde el alféizar. Porque ya no le importa nada. Su madre ha venido. Su madre se ha ido. Ella te quería con todo su corazón. Y tú se lo rompiste.

—¡No fue culpa mía!

—¡Vendiste a tu propia hija!

—Y pagué el precio. Volví con Ronnie. Pasé otro año recibiendo palizas de muerte. ¿Acaso eso no cuenta? La cagué y pagué por ello.

—¡No tanto como ella! ¿Y qué pasó después de dejar a Ronnie? ¿Por qué no fuiste a la policía entonces? ¿Por qué no rescataste a tu hija entonces?

Marlene no responde. No hay necesidad. Todos lo sabemos. Porque la habrían arrestado también. ¿Y qué tipo de mujer querría ir a la cárcel, cuando podía empezar de cero con otro hombre, con cinco mil dólares en el bolsillo y sin nadie que pudiera aguarle la fiesta?

Doy un paso hacia ella. La pistola oscila en su mano. Me da igual. Doy otro paso, y otro. Yo no tengo pistola, ni linterna, ni ningún tipo de arma. Solo tengo mi indignación, y con eso basta.

—¿Qué pensará de ti tu nueva y mejorada familia una vez que se entere de lo que realmente le hiciste a tu primogénita? Tú no eres en absoluto la

víctima. Tú eres el monstruo que atemorizaba a Vero en la oscuridad.

—No lo sé. Y no tengo previsto averiguarlo.

Marlene me apunta con la pistola. Me mira directamente a los ojos.

Justo cuando Thomas grita:

—¡Corre!

Él lanza la linterna. Noto que me roza la oreja un segundo antes de estamparse contra la cara de Marlene.

Ella suelta un alarido y en un acto reflejo se lleva la mano izquierda a la cara, pero con la derecha aprieta el gatillo.

Una bala. Juro que puedo verla. Observo cómo perfora la noche con un movimiento en espiral, en dirección a mi pecho. Durante una fracción de un instante, me trae sin cuidado. Extiendo los brazos. Abrazo mi propia muerte.

Porque así es como tenía que ser irremediablemente. Lo supe desde el primer momento en que puse los pies en la finca. Supe que moriría aquí.

Así es la vida en la casa de muñecas.

Y entonces...

Caigo al suelo. No sé cómo ni por qué. No me da tiempo a pensarlo. Otro disparo. Thomas grita, a mí, a ella, no sabría decir. Echa a correr, con la pala en ristre, un hombre al ataque.

—¡Corre! —me grita—. ¡Corre!

Y me da por echar a correr despavorida por las colinas onduladas que solía contemplar desde la habitación de la torre, atajando para internarme directamente en el bosque.

Otro gáñido de impotencia de Marlene. Otra explosión de la pistola. Y a continuación un sonoro gruñido, claramente masculino. Thomas, pienso; ha disparado a Thomas.

Pero no puedo retroceder. Ahora el viento frío me arrastra con ímpetu. Me adentro en el bosque.

—¡Vero! —exclamo.

Y me consta que está aquí conmigo. Corremos juntas, dos niñas escapando por fin. Alargo la mano, y está ahí.

—¡Disparos, disparos!

El todoterreno de Wyatt acababa de remontar la cuesta cuando se oyó el primer disparo. Cogió la radio; Tessa ya estaba desabrochándose el cinturón

de seguridad.

—Allí —informó ella, al tiempo que señalaba hacia la ventanilla de Wyatt—. Luces. Cerca de ese montículo de vegetación.

Dio un frenazo e identificó el coche de Marlene al frente. Pidió refuerzos rápidamente mientras desenfundaba el arma; acto seguido Tessa y él abrieron ambas puertas para cubrirse momentáneamente. Lo que fuera que estuviera pasando estaba aconteciendo más allá del haz de los faros. Más que presenciar la escena, la estaban escuchando.

Dos figuras oscuras oscilantes de dos personas forcejeando. Luego, el gáñido de impotencia de una mujer, seguido por el chasquido de un disparo. Un gruñido amortiguado; a continuación, la segunda figura se desplomó en el suelo.

Thomas Frank, supuso Wyatt, al ser la figura de mayor tamaño.

—¡Marlene Bilek! —exclamó Wyatt—. ¡Policía! ¡Suelte el arma!

Él apuntó con su arma, pero a esa distancia, a oscuras...

Por lo visto, Marlene Bilek se planteó lo mismo. Porque un instante después recogió una linterna del suelo. Entonces, mientras ellos observaban, echó a correr por la hierba.

—Se escapa —exclamó Tessa.

—O va a la caza. ¿Dónde está Nicky?

—¡Mierda!

Ambos echaron a correr por la oscuridad.

Las hojas me azotan la cara. Sorteé un árbol, pero me quedo atascada brevemente en un arbusto. La espesura es densa, está cubierta de matorrales, y no tengo nada que alumbre mi camino. Ya estoy destrozada y jadeando, abriéndome paso a empellones a través de la vegetación como un oso enfurecido.

Ella me encontrará. Lleva linterna. Lleva pistola.

Ya se ha desembarazado de Thomas, y ahora me toca a mí.

Moriré en este bosque, igual que hace veintidós años.

Ahora, con el corazón desbocado y las lágrimas resbalando por mis mejillas, me asombra la cantidad de imágenes que me vienen a la cabeza. No son de la casa de muñecas. No son de Vero. Son de Thomas.

Estoy huyendo para salvar mi vida. Aproximándome al precipicio de mi

tercera muerte y, más que nada, recordando al hombre que me amó.

Días y semanas y meses en la casa de muñecas. Cruces de miradas, pero jamás de palabras. Cómplices antes de que alguno de los dos tuviera la valentía de verbalizar el crimen. Pero él estaba al tanto, y yo estaba al tanto de que él estaba al tanto, y eso bastaba para que ambos abrigásemos esperanzas.

Porque ¿qué es el amor sino un ejercicio de fe?

Las noches que se mantuvo a mi lado. Yo lloraba y lloraba. Despotricaba contra él; le pegaba. Le echaba la culpa; le suplicaba. Y él aguantaba. Me abrazaba, me acariciaba el pelo y me susurraba que todo iría bien. Porque ¿qué es el amor sino perseverancia?

Te perdono, pienso, aunque hasta este momento no era consciente de hasta qué punto lo culpaba por el incendio. Pero él tenía razón; solo éramos unos críos. No sabíamos lo que hacíamos. De todas formas, ninguno de los dos debería haber estado allí.

Vero lo sabe. Si pudiera detenerme en este preciso instante, sentarme y tomar una taza de té, Vero llevaría puesto su mejor vestido. Me abrazaría, yo le correspondería al abrazo y nos estrecharíamos con fuerza.

Porque ¿qué es el amor sino perdón?

Más estrépito. Por detrás de mí. Aproximándose.

Corro a ciegas. Tal vez incluso en círculos. No hay dónde ir. Solo árboles cada vez más grandes, matorrales cada vez más densos y espesos. Llego a un pequeño claro, y eso es todo. Doy vueltas y vueltas. Pero estoy atrapada.

Ha llegado la hora. Lo que llevo esperando veintidós años.

Respiro hondo. Me paro, me giro, me preparo para lo peor.

Gritos a lo lejos. Caigo en la cuenta de que es la policía. Ha llegado y va a la caza. Si encontrara el modo de ganar tiempo... ¿Dos minutos? ¿Tres, cuatro, cinco?

Debería trepar a un árbol. Pero justo cuando estoy intentando pensar en algo, oigo un chasquido nítido justo a mi espalda. Me giro en redondo; Marlene está ahí.

El bosque no ha sido más considerado con ella que conmigo. Tiene arañazos y sangre en la cara, su corto pelo ralo ahora es un nido de ratas. Está jadeando debido al esfuerzo y está claro que la persecución no ha hecho más que enardecer su cólera. Tantea ligeramente la pistola; acto seguido, me apunta con ella.

—No te muevas —me oigo decir a mí misma.

Ella frunce el ceño.

—¿Qué estás diciendo?

—Ella está aquí. ¿No lo notas? Ella está aquí. Aquí mismo. Con nosotras.

—Hija, te has dado demasiados golpes en la cabeza.

—Podría haberse ido contigo a cualquier parte, ¿sabes? A un albergue para indigentes, a una casa de acogida para mujeres. Ella te quería muchísimo. Eras su mundo. La única persona que la protegió.

—¡Basta!

—Ella se acordaba de aquella noche. De la salvaje paliza que le dio Ronnie. Le pareció interminable. Pero luego él se marchó y apareciste tú, la estrechaste entre tus brazos. Te pasaste toda la noche arrullándola. Le suplicaste que no muriera. Ella oyó cada palabra. Sobrevivió por ti.

A Marlene le tiembla el brazo. Aprieta los labios; percibo que hace amago de apretar el gatillo. Me pregunto si sabrá que le cae un torrente de lágrimas por las mejillas.

—Cinco mil dólares. ¿Semejante amor y la vendiste por unos míseros cinco mil dólares?

—¡Basta!

Pero no paro. No puedo.

—Dile que la quieres. Ahora. Dilo en voz alta. ¡Lleva treinta años esperando! Treinta años a que vuelvas a por ella. Has tardado treinta años en venir a por ella. Has tardado treinta años en recordar lo mucho que la quieres.

—No...

—¡Tienes que hacerlo!

—¡No puedo! ¿No lo entiendes? Yo no lo sabía. No fui consciente de ello. Realmente me dije a mí misma que era por su bien. Después, cuando se fue, cuando me di cuenta de lo que había hecho... No había vuelta atrás. ¿No lo entiendes? ¡Yo misma me arranqué el corazón, y eso no tenía remedio!

—¿La echabas de menos?

—¡Sí! ¡Cada día!

—¿La querías?

—¡Sí! ¡Sí, sí, sí!

—Ella también te quiere. Te quiere y te odia, y no hay nada que yo pueda hacer para salvarte de lo que va a ocurrir a continuación.

Marlene frunce el ceño.

—¡Muchacha, estás loca! —Da un paso al frente con aire resuelto, como para zanzar esto de una vez por todas...

Ella no repara en lo que yo ya sé. El revoltijo de objetos de hace tantos años, asomando todavía entre la tierra. Porque en aquel entonces la noche también era oscura, y el tiempo se condensó y mi visión se nubló por el grosor de mis lágrimas. Mientras arrastraba su cuerpo por el bosque, lejos de las llamas. Al dar con la tumba medio rellena cavada escasas horas antes. Al arrodillarme para cavar más hondo en la tierra apelmazada y húmeda con mis manos desnudas.

Por supuesto, estaba agotada, conmocionada y traumatizada. No cavé muy hondo para depositar mi más preciada posesión. Sus extremidades cayendo de cualquier manera. Sus ciegos ojos grises clavados en mí. Sin tiempo suficiente para hacerlo como es debido. Solo para salir del paso.

Al cerrarle los ojos.

Al besarla en la mejilla.

Al susurrarle: «Lo siento».

Antes de echar unos puñados de tierra e internarme en la noche a toda prisa.

En ese momento Marlene viene a por mí.

Da un paso al frente.

Tropieza con el primer objeto que sobresale. Trastabilla con el segundo, luego con el tercero. Alarga la mano izquierda como para mantener el equilibrio, pero no le sirve de nada. Los objetos han ganado.

Cae hacia atrás.

Así de fácil. Da un traspié, se cae, se levanta.

Pero esta vez hay un chasquido. Lo bastante fuerte como para reverberar en el silencio cuando Marlene se golpea la cabeza con una piedra especialmente redondeada y suave.

De esas que una niña podría encontrar en el bosque para marcar la tumba de su mejor amiga.

El murmullo del viento de nuevo. Juraría que oigo su voz. Noto sus lágrimas. La princesa perdida del reino secreto finalmente se reúne con la reina maga después de todos estos años...

Extiendo los brazos.

—Lo siento —le digo—. Te quiero, Vero.

Marlene no se vuelve a levantar.

Al cabo de unos minutos Wyatt irrumpe en el claro y se para en seco al localizarme con la linterna. Enfoca hacia mí, después hacia el cuerpo, y luego hacia los objetos que asoman entre la tierra.

—¿Thomas? —pregunto en el acto.

—Tessa lo está atendiendo. La ambulancia viene de camino. —Da un paso para acercarse al cuerpo de Marlene, el haz de su linterna danza sobre su cráneo roto, sus ojos ciegos. No hace falta comprobarle el pulso. Es tan evidente para él como para mí; lo hecho, hecho está.

La linterna vuelve a alumbrar el suelo a la altura de los pies de Marlene. El amasijo de huesos que sobresalen de entre la tierra.

Él levanta la vista hacia mí.

—Wyatt, le presento a Vero. Vero, te presento a Wyatt.

Después, ninguno dice una palabra.

Yo morí dos veces.

Recuerdo la sensación de dolor, lacerante y agudo, y a continuación de agotamiento, demoledor y profundo. Quería permanecer tumbada. *Necesitaba* poner fin a aquello. Pero no lo hice. Hice frente al dolor, al agotamiento, a la jodida luz blanca. Me arrastré para volver al mundo de los vivos.

Por Vero, volví de entre los muertos por ella.

Ahora estoy encontrando la manera de seguir adelante por mí.

Marlene Bilek disparó a Thomas en el costado. No fue una herida grave, pues la bala le rozó las costillas sin dañar nada de relevancia ni quedar alojada en ningún sitio. Aun así, pasé un par de noches en vela junto a su cama en la habitación del hospital, agarrándole de la mano con la vista clavada en el movimiento ascendente y descendente de su pecho.

¿Cómo lo había hecho?, me pregunté. Hacerme compañía después de tres accidentes, mientras yo superaba el dolor durmiendo la mona, obligado a permanecer sentado, en vilo, pendiente, en ascuas. Querer a alguien hasta ese punto y sentir tanta impotencia.

Me fascina este hombre con el que me casé. Puede que haya tardado veintidós años, pero por fin empiezo a ser consciente de la suerte que he tenido. De haber encontrado el amor. De haber construido una vida. Está todo ahí, realmente.

Simplemente es cuestión de agarrarlo con ambas manos y tomar las riendas de mi propio futuro.

En los días posteriores al incidente, la policía me bombardeó a preguntas. Hice lo posible por contestar, mientras mi flamante abogado, por mediación de Tessa, estuvo pendiente de recordar a todo el mundo mi corta edad en la

época de los presuntos sucesos y abusos: circunstancias atenuantes.

Desde mi punto de vista..., ¿qué es la memoria? ¿Qué sabe nadie realmente del pasado? Describí los sucesos de aquella última noche con Vero lo mejor que recordaba. No obstante, como seguramente el sargento Wyatt habrá comprobado después de pasar varios días conmigo, la verdad puede ser relativa, y la mente, una bestia caprichosa. De lo que creo saber a lo que realmente sé... Lo único que puedo decir es: preguntad a Vero. Pasad con ella una tarde. Tomad un té con ella.

Al fin y al cabo, esta es su historia.

El marido de Marlene Bilek, Hank, y su hija, Hannah, reclamaron su cuerpo. No han pedido mantener un encuentro conmigo y no creo que yo pudiera mantener un encuentro con ellos. Me resulta demasiado duro mirar a Hannah, Vero en versión 2.0, sin imaginar lo que podría haber sido. Para ellos, supongo que soy la mujer que se aprovechó de Marlene afirmando ser la hija que había perdido hacía tanto tiempo.

¿Qué saben ellos de las sospechas de la policía con respecto a la desaparición de Vero hace treinta años, sin contar con lo que hizo Marlene su última noche en el bosque? Oficialmente, Marlene murió a consecuencia de una caída. Tropezó; se partió en dos el cráneo. Yo lo vi con mis propios ojos. Disparó a Thomas, de eso no cabe duda. Desde nuestro punto de vista, actuó con violencia para encubrir la verdad de lo sucedido hace treinta años. Pero a sus seres queridos les resultaría igual de fácil creer que actuó por venganza contra dos personas relacionadas con el secuestro de Vero.

El pasado es el pasado. Fueran cuales fueran los pecados que cometió Marlene, pagó por ellos. Yo vi su dolor con mis propios ojos. Yo la vi morir.

Ahora es cosa de Vero y ella.

Al fin y al cabo, es la historia de Vero.

De los dos, Thomas es quien se enfrenta a un mayor escrutinio judicial. Primero, el sospechoso incendio que arrasó nuestra casa. Segundo, los posibles cargos por manipulación de pruebas, dado el hallazgo de huellas dactilares de Veronica Sellers en mi Audi. Por último, la autoría del incendio sin esclarecer de la casa de muñecas, por no mencionar la muerte de su madre, hace veintidós años, además del reciente hallazgo de restos de huesos en la finca.

A nuestro abogado no le preocupa. Parece ser que somos los únicos dos testigos de los sucesos de aquella noche lejana. Hemos declarado

oficialmente que la madre de Thomas murió al caer por las escaleras. Mientras que Vero, atrapada entre las llamas, saltó por una ventana de la tercera planta. De modo que queda la cuestión de cómo se desató el incendio, pero por lo visto no se conservan pruebas. Las pequeñas ciudades, la escasez de recursos y todo eso.

En cuanto a los sucesos más recientes... Resulta difícil demostrar que Thomas creó las huellas dactilares falsas, dado que la impresora 3D en cuestión quedó carbonizada. A propósito del incendio provocado de la casa, el inspector de incendios solamente ha hallado huellas dactilares de Thomas en la lata de gasolina. Nada de extrañar, puesto que se trataba de su domicilio.

La propia Tessa me comentó, con una leve sonrisa, que una única huella dactilar no constituye una prueba tan fehaciente como se podría pensar. Para construir un caso como es debido, la fiscalía necesita innumerables evidencias físicas, y como mínimo un par de testigos. De lo contrario, siempre queda la duda. Y hoy por hoy, con la amplia cobertura mediática de los casos notorios..., a los fiscales no les agradan las dudas. Por lo visto, muchos optan por archivar el caso, a pesar de disponer de huellas dactilares.

Wyatt y ella han venido de visita esta mañana. He encontrado una preciosa cabaña de alquiler para la convalecencia de Thomas. Creo que, en todo el tiempo que llevamos casados, es la primera vez que me encargo personalmente de buscar un sitio. Me sienta bien tomar las riendas.

También me sienta bien tomar una decisión.

Thomas, postrado en la cama del hospital:

—Deberías irte. Nueva identidad, comienzo de cero. Marcharte ahora que puedes. Por el amor de Dios, Nicky. El día menos pensado me pueden detener por provocar un incendio. Por no hablar de urdir un accidente de coche contigo dentro. ¿Qué clase de hombre hace semejante cosa?

—Tú me quieres.

—Te traicioné. Fabriqué unos guantes con huellas dactilares falsas, intenté literalmente convertirte en una niña muerta.

—Solo porque pensaste que me haría feliz. Al fin y al cabo, me pasaba la mayor parte del tiempo en compañía de ella. Y Dios sabe que mis otros pseudónimos no funcionaron. Lo intentaste con tu cariño y resignación. Al cabo de veintidós años, entiendo que adoptarás una medida más drástica.

—Yo no sabía que Marlene había vendido a Vero —me dice en tono

apremiante, apretándome la mano—. Tu reacción al recibir la colcha, y luego tu necesidad de localizar a la madre de Vero... Yo pensaba que la necesitabas, que a lo mejor, en cierto modo, te recompondrías con su cariño. En vista de que estabas tan al tanto de la vida de Vero y de tu confusión mental a consecuencia de las dos primeras caídas... Supuse que si la policía te identificaba como Vero, confundida o no, asumirías su identidad. Y tal vez, solo tal vez, encontrarías cierta paz.

—Con la salvedad de que la policía no solo me identificó como Vero; te siguió la pista como principal sospechoso del accidente de coche, lo cual condujo a que prendieras fuego a nuestra casa con el fin de cubrirte las espaldas.

—Yo no quería abandonarte. Pero al final parecía la única solución para mantenerte a salvo.

—Yo no puedo ser Vero —le digo en voz baja—. Solo puedo ser yo misma. Pero entiendo lo que hiciste y los motivos. Y entiendo por qué me llevaste de nuevo a la casa aquella noche: porque si no podía ser Vero, no tenía más remedio que enfrentarme de una vez por todas a los hechos. Por eso llevabas la pala, ¿verdad? Me ibas a llevar a su tumba. Ibas a cavar para sacarla y luego, juntos, haríamos por fin lo que deberíamos haber hecho hace veintidós años. Llevarla a la comisaría. Hacerle justicia a Vero.

—Yo también lo recuerdo, Nicky. Aquella noche..., siempre lo recuerdo.

Esta vez soy yo quien le aprieta la mano.

Pasados unos instantes, Thomas, sin mirarme, dice deprisa:

—Sigo pensando que deberías marcharte. Soy el único heredero de aquella condenada casa. Es patrimonio familiar, de modo que al cabo de tantos años, la parcela, las ruinas, todo me pertenece. Al menos las autoridades estatales han incinerado los restos de mi madre; si no, también tendría que encargarme de eso.

—No pienso ir a ninguna parte.

Thomas:

—Es una jodida pesadilla legal. Es posible que tarde años en resolverse. Nicky...

—Me gusta ese nombre. Creo que lo voy a conservar. Nicky Frank. Tiene fuerza. Apropiado para una mujer que ha vuelto dos veces de entre los muertos.

—¿Es la conmoción hablando de nuevo?

—Quizá. Entonces, ¿serás Thomas Frank? ¿Serás mi marido?

Thomas guarda silencio.

Yo:

—No me has respondido.

Thomas:

—...

Yo:

—¿Estás llorando?

Thomas:

—Por lo que más quieras, acércate para que pueda besarte.

Thomas va a seguir siendo mi marido. Viviremos aquí, tal vez no felices para siempre. Todavía tengo pesadillas. Y dolores de cabeza y dificultad para centrarme y días buenos y días malos, por no mencionar los años de recuperación física y mental que tengo por delante.

Pero todos tenemos cicatrices. Eso es lo que nos convierte en supervivientes.

Ahora Wyatt me comenta que, tras la prueba del ADN, los huesos hallados en el bosque pertenecen sin duda alguna a Veronica Sellers.

Además, la familia de Marlene ya ha reclamado el cuerpo. Tienen previsto enterrar a Vero al lado de Marlene. Madre e hija juntas de nuevo.

Aun sabiendo lo que sé, no tengo nada que objetar.

Su hogar; eso es lo que Vero quería. Lo que todas queríamos. Volver a casa de nuevo.

Tessa me cuenta que Wyatt y ella van a comprar un cachorro. Parece más relajada que la última vez que la vi. Los pillo sonriéndose varias veces. Al marcharse, él la coge de la mano y ella no se suelta.

Creo que hacen una bonita pareja. Me alegro de que se sienten más cerca el uno del otro, rozándose las rodillas. Me muero de ganas de conocer a su cachorro.

Y ahora...

Thomas está descansando en el dormitorio del fondo. No me necesitará durante un rato.

Así que saco la colcha. Me acomodo en el sofá.

Cierro los ojos... y Vero y yo compartimos una taza de té.

Nota de la autora y agradecimientos

Escribir una novela es una labor conjunta. O, en este caso, de una pequeña legión de especialistas médicos. Comencé *Tocado y hundido* partiendo de una mujer que había sufrido algún tipo de traumatismo cerebral, a consecuencia del cual se había convertido en una extraña incluso para sí misma. Como soy una fanática de los finales felices, quería una lesión que fuera grave, incluso que trastocase la vida, pero al mismo tiempo que ofreciera la promesa de la recuperación. Recurrí a mi farmacéutica favorita, Margaret Charpentier, y a una de sus estudiantes, Christine d'Amore, que enseguida me proporcionaron toda la información habida y por haber sobre traumatismos cerebrales, su tratamiento y las secuelas a largo plazo.

En vista de tan amplias posibilidades, consulté asimismo a un buen amigo y colega de la narrativa de suspense, el doctor C. J. Lyons, que me ayudó a centrar la búsqueda en el síndrome posconmocional, un trastorno de salud de un alcance lo bastante amplio como para poder cubrir todo lo que necesitaba hacer mi heroína, y al mismo tiempo sin renunciar a la posibilidad de un futuro halagüeño. En la vida real, lo más probable es que Nicky hubiese tardado años en recuperarse de sus múltiples conmociones cerebrales. Como soy una fanática de los finales felices, insisto, me gusta imaginar que se ha librado de los dolores de cabeza.

Una vez que me decidí por la lesión de mi heroína, el siguiente paso era provocarle realmente las lesiones. Recurrí a Eric Holloman, especialista en reconstrucción de accidentes. Me agrada que disfrutara de la experiencia de idear él mismo el siniestro desde el principio, en vez de realizar la acostumbrada tarea de analizar algo producto de otra persona. No hay muchos tipos en el ámbito de la física que alcancen ese nivel de libertad

artística.

Cualquier error, por supuesto, es mío y nada más que mío. Confieso que no se me dan bien los diagnósticos médicos ni las reconstrucciones de accidentes de coche, pues las ciencias no son mi fuerte.

La labor policial, por otro lado, francamente me apasiona. Y, una vez más, fue una delicia trabajar con el teniente Michael Santuccio, de la oficina del sheriff del condado de Carroll. Digamos que cuando Wyatt hace algo sumamente audaz e inteligente, todo es cosa de Michael.

Por cierto, uno de mis primeros asesores, el especialista en medicina forense retirado Napoleon Brito, me llamó por teléfono un día y me planteó la idea de utilizar una impresora 3D para crear huellas dactilares falsas. Dado que yo había estado leyendo sobre la controversia en torno a las armas fabricadas con plástico, la posibilidad de sumergirme en el mundo de la impresión 3D me resultaba demasiado interesante como para dejarla pasar. Con ese fin, también quiero transmitir mi más profundo agradecimiento a Jeff Nicoll de Ambix Manufacturing, en Albany, New Hampshire, por permitirme realizar una visita guiada a su empresa de fabricación de piezas de plástico y ver en funcionamiento las impresoras 3D.

Cómo no, mi marido y cerebro de la ingeniería también colaboró en este proyecto. Normalmente Anthony es quien dice temer a su diabólica esposa. Tras pasar una tarde escuchando a Jeff y a él barajando con excitación todas las maneras posibles de fabricar algo para hacer el mal, lo mismo te digo, mi amor. Nuestra hija también merece una salva de aplausos por ser mi mejor estilista para asistir a todos los eventos mediáticos, además de una consejera fuera de serie para resolver cuestiones problemáticas de la trama. Ella piensa que la llevo en coche a dar clases de equitación por obligación. En realidad es una triquiñuela para enfrascarnos en tormentas de ideas para mis novelas.

Enhorabuena a las ganadoras del concurso «Matar a un amigo, mutilar a un colega», de www.lisagardner.com. A Sally Schnettler, que designó a Marlene Bilek para morir. Por otro lado, Michelle Brown designó a Brittany Kline para su aparición estelar como recepcionista de noche. Mientras que la ganadora del concurso internacional, Berrin Vural Celik, de Estambul, le dio nombre a la médica de Nicky en honor a su hija, Sare Celik. Mi más profundo reconocimiento también para Jean Huntoon, que se ganó el derecho a ser un personaje de esta novela gracias a su generosa donación a la Rozzie May Animal Alliance. Gracias por apoyar a esta loable organización, por no

hablar de todos los gatos y perros de nuestra comunidad.

Por último, en memoria de Sierra, nuestra adorada sheltie, la más cariñosa de la familia. Se nos fue en agosto. Todavía la echamos de menos.

Tessa Leoni vuelve con un nuevo caso.

Una niña ha desaparecido... el único problema es que su padre afirma que la pequeña ni siquiera existe.



Mi nombre es Nicky Frank. Aunque lo más probable es que no lo sea.

Nicole Frank no debería haber sobrevivido al accidente de coche. Y mucho menos haber logrado escalar el escarpado barranco a oscuras, con lluvia y herida. Pero un pensamiento la hace seguir adelante: Vero.

Busco a una niña. Debo salvarla. Aunque lo más probable es que no exista.

Cuando llega al lugar, la policía comienza una búsqueda desesperada de la niña desaparecida. Hasta que su marido les informa de que Nicky sufre daños cerebrales y no deberían confiar en nada de lo que cuenta.

Mi marido dice que hará cualquier cosa para ayudarme. Aunque lo más probable es que no pueda.

¿Quién es Nicky Frank y qué pasó la noche en que su coche se salió de la carretera? ¿Fue un accidente o algo más siniestro? Para el sargento Wyatt Foster y la investigadora Tessa Leoni nada está claro en este caso. Sobre todo cuando descubren que este puede no ser el primer accidente que sufre Nicky.

Esta es mi vida. Aunque lo más probable es que no lo sea.

Críticas:

«Giros laberínticos y sorpresas nos esperan en cada página. Gardner ha escrito una novela de suspense que es una delicia.»

New York Journal of Books.

«Escrito con mano experta... ¡Gardner obliga al lector a intentar adivinar hasta el final!»

Publishers Weekly

«En esta nueva entrega, la autora consolida su lugar en la primera fila de los maestros del *thriller*. Gardner tiene un puesto reservado en la mayoría de las listas de *best sellers* y con este libro va a reclamar su sitio una vez más.»

Booklist

«Lisa Gardner ha escrito otro *thriller* atrapante... Esta historia es como una cebolla: cuando quitas una capa, otra parte del misterio sale a la luz.»

Associated Press

«Gardner ha pensado toda su trama de principio a fin y controla cada recoveco y cada detalle, cada giro y cada sorpresa. Sabe cuándo revelar nueva información y cuándo mantenerla oculta. Su escritura mantiene al lector enganchado y en busca de respuestas de principio a fin.»

Huffington Post

Sobre la autora

La autora superventas **Lisa Gardner** comenzó trabajando en hostelería hasta que, cansada de quemarse el pelo en los fogones, decidió dedicarse a su pasión: escribir. Confiesa que la fase que más disfruta cuando comienza un libro es la de documentación, y ha convertido su interés por los procedimientos policiales, las técnicas forenses más revolucionarias y las tramas imprevisibles en 17 novelas de suspense que han sido éxitos internacionales. Lisa vive en Nueva Inglaterra con su familia.

Título original: *Crash & Burn*

© 2015 Lisa Gardner, Inc

© 2018, María del Mar López Gil, por la traducción.

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-246-3

Diseño de cubierta: Coverkitchen

Fotografía de portada: © Dreamstime

Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

[Tocado y hundido](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Nota de la autora y agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)